

1996

LETRA

44

600 Ptas.

INTERNACIONAL



APUNTES NOMADAS

Ryszard Kapuściński

CIBER-SEXO

Paul Virilio

FUTBOL, JUEGO Y PASION

Juan Nuño
Ödon von Horváth
Umberto Eco
Albert Camus
Cristina Peri Rossi
Javier Alfaya
Roberto Blatt
Vinicius de Moraes
Miguel Rubio
Arcadi Espada

Oscar Scopa • Salvador Clotas • Blanca Alvarez
Lidia Jorge • Raymond Rehnicher • J.M. de Quinto
M. Navarro • Joaquín Leguina • Rosa Pereda
M. Antolín Rato • Mario Merlino • A. García Ortega
Juan Villoro • Santiago Kovadloff • Wilhelm Schmid
Juan Carlos Vidal • Sergi Pàmies



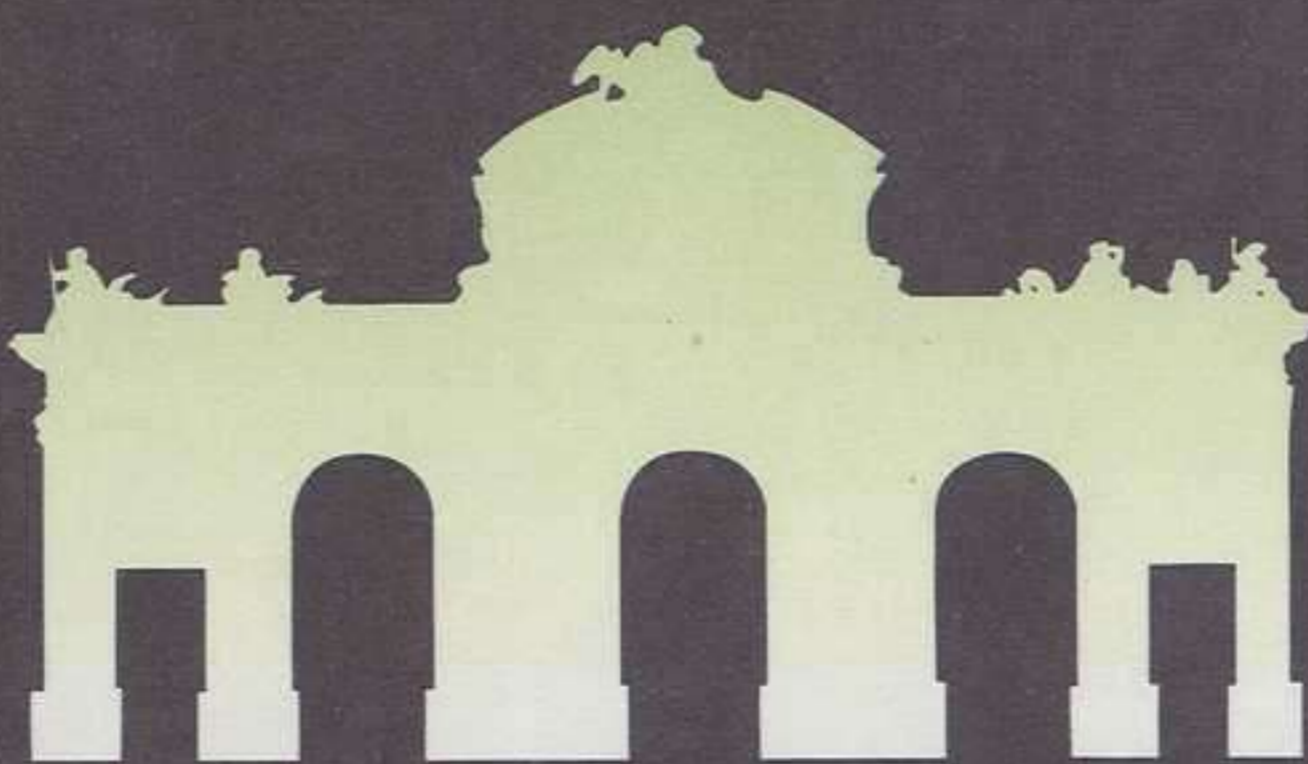
PATROCINA



CAJA DE MADRID



AYUNTAMIENTO DE MADRID



Comunidad de Madrid



MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA
Dirección General del Libro y Bibliotecas

de Madrid

PARQUE DE EL RETIRO

del 31 de mayo al 16 de junio de 1.996

Horario: laborables de 11 a 14 y de 18 a 22 horas. Sábados, Domingos y Festivos de 11 a 15 y de 17 a 22 horas.

Organiza: Comisión Intergremial de Libreros - Editores - Distribuidores.



MAPFRE VIDA



TELEMADRID



LETRA⁴⁴

INTERNACIONAL

DIRECTORES

Salvador Clotas
Antonin J. Liehm

SUBDIRECTOR

Manuel Ortuño Armas

COORDINADORA

Rosa Pereda

SECRETARIA DE REDACCION

Mercedes García Lenberg

CONSEJO DE REDACCION

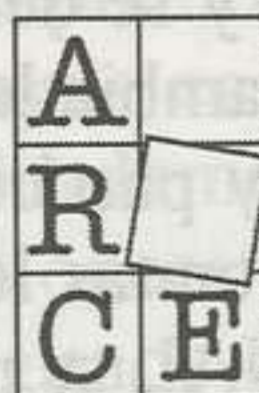
Victoria Camps
Josep M. Carandell
Luis Goytisolo
Jon Juaristi
Ludolfo Paramio
Carlos Piera
Josep Ramoneda

DISEÑO GRAFICO

Macua & García-Ramos, S.A.

REALIZACION GRAFICA

Carácter, S.A.



LETRA INTERNACIONAL
ES MIEMBRO DE ARCE
ASOCIACION DE REVISTAS
CULTURALES DE ESPAÑA

LETRA INTERNACIONAL

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
28010 Madrid.
Teléf.: 310 46 96 - 310 47 98
Fax: 319 45 85

CIF n.º G-28667061
Depósito Legal: M-4655-1986
ISSN 0213-4721

MAYO-JUNIO 1996

INDICE

• Página editorial	2
• Ryszard Kapuściński Apuntes nómadas	4
• Paul Virilio De la diversión a la perversión sexual	15
• Oscar Scopa El contrato social de la Generación del 20	22
• Salvador Clotas Harold Bloom: ¿canónico o canónigo?	24
• Blanca Alvarez La Bella y la Bestia	28
• Lidia Jorge La mano española	32

FUTBOL, JUEGO Y PASION

• Juan Nuño Razón y pasión del fútbol	36
• Ödon von Horváth Leyenda del campo de fútbol	38
• Umberto Eco El Mundial y sus pompas	42
• Albert Camus Lo que le debo al fútbol	44
• Cristina Peri Rossi El fútbol como metáfora	45
• Javier Alfaya El fútbol y sus intérpretes	48
• Roberto Blatt Dios existe...	49
• Vinicius de Moraes Canto de amor y angustia	50
• Miguel Rubio Mi segunda patria	52
• Arcadi España Entre el fútbol y la vida	55
• Raymond Rehnicher La hierba y los elefantes	57

LOS LIBROS

• José María de Quinto (Manuel Andújar), Mariano Navarro (E. Haro-Tecglen), Joaquín Leguina (Peridis), Rosa Pereda (Elie Wiesel), Mariano Antolín Rato (Antonio Regalado), Mario Merlino (Menchu Gutiérrez), Adolfo García Ortega (Luis A. Piñer).	65
---	----

CORRESPONDENCIA

• Juan Villoro , Santiago Kovadloff , Wilhelm Schmid , Juan Carlos Vidal , Sergi Pàmies , Rosa Pereda	76
---	----

Página editorial

Cuando se cumplen diez años de su aparición en el panorama español, LETRA INTERNACIONAL sigue fiel al principio que informó su creación, el de contribuir de una manera eficaz a la difusión del pensamiento actual y el debate cultural, siempre desde una perspectiva amplia en lo geográfico, abierta y plural en su concepción de la cultura. En los 44 números aparecidos hasta ahora se han tratado los temas más diversos, desde el análisis de las realidades políticas y los síntomas sociales a la mirada crítica sobre los acontecimientos artísticos y las corrientes estéticas, desde el pasado más remoto hasta la realidad más inmediata.

En un primer momento el proyecto de LETRA INTERNACIONAL parecía tener algo de utópico y hasta de imposible. La revista aparecía en cuatro ediciones y cuatro lenguas distintas —en España, en Italia, en Francia y en Alemania— que conservarían una independencia de criterio básica, pero que tendrían en común un porcentaje alto de sus materiales y unos objetivos claros: se trataba de participar, potenciándolo, en el debate sobre la identidad europea, es decir, sobre la reflexión de una Europa que se construía —como decíamos en el primer editorial— desde una cultura milenaria, «sobre la que pesan, sin alterarla en lo esencial, las divisiones políticas que expresan las relaciones de fuerza del mundo de hoy».

Hablábamos de una realidad transnacional, sutil, y pensábamos en la Europa que va «desde el Atlántico hasta los Urales». El proceso de construcción de la revista resultaba tener analogías extraordinarias, incluso en sus dificultades, con la construcción de esa Europa que debía aunar lo común y lo específico, la riqueza de las culturas nacionales y la que se deriva de ese acervo que es mucho más que el simple cosmopolitismo. Lanzábamos, entonces, nuestra voluntad de desafiar el provincianismo de muchas culturas, grandes y pequeñas, y al mismo tiempo la necesidad de que se oyera la voz de todas ellas, sin las cuales esa Europa se despegaría de su propia realidad.

Hoy el escenario intelectual, político y cultural en que nació y se desarrolló en los primeros años LETRA INTERNACIONAL ha cambiado a medida que hemos crecido con nuevas ediciones. Incardinada y partícipe de un proyecto común a otras diez ediciones europeas en otras tantas lenguas y países —además de en España, LETRA INTERNACIONAL se publica hoy en Alemania, Polonia, República Checa, Italia, Francia, Rusia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Croacia y Serbia, existiendo entre ellas un dinámico intercambio—, los contenidos de la edición española cuentan con unos rasgos específicos que inspiran su línea editorial.

Por una parte, la revista sigue prestando una particular atención al debate europeo, a los cambios vertiginosos sufridos en estos años, cambios que no han sido menos rápidos en la propia sociedad española. Y desde aquí intenta potenciar la reflexión de los intelectuales y creadores españoles en un debate que trasciende las fronteras nacionales. Reivindica LETRA INTERNACIONAL el papel de España como puente con las áreas que comparten unos orígenes culturales comunes, lo que nos obliga a una atención específica al pensamiento y la creación de América Latina, incluyendo a los sectores hispano-

en Europa del Este. De modo que la
vieja literatura polaca feudal de
XVIII. Encuentré maravillosas palabras
sivas y llenas de matices, y con todo ello elaboré un vocablo

El idioma español se caracteriza por una riqueza léxica, una especie de efecto zococó, colorida y enajada de florituras, de sugestiva imaginación y una fantasía incalculable. La prima de mi plaza sobre la «guerra del fútbol» entre El Salvador y Honduras no es por ello sencilla y es poco

hablantes de Estados Unidos. Este papel es quizá el rasgo más diferenciador de la edición española con respecto a las otras europeas: la voluntad y la necesidad de repensar las relaciones con América desde una España integrada en la nueva configuración europea.

LETRA INTERNACIONAL no es una revista aséptica: no creemos que nuestra misión sea la de proponer una ideología o un programa para el presente o el futuro, pero sí intentamos ofrecer una descripción, crítica y reflexiva, imaginativa y audaz, de la actualidad de un mundo cada vez más complejo cuyo análisis nos exige sobre todo seriedad, precisión y una extraordinaria viveza. El rigor intelectual y creador es uno de nuestros criterios fundamentales, y en LETRA INTERNACIONAL encuentran un espacio el ensayo, la creación y la crítica literaria, el reportaje y la entrevista, cubriendo un amplio espectro temático que abarca desde la ciencia y la filosofía hasta la literatura y cualquier expresión artística, sin olvidarnos de las nuevas realidades culturales y políticas. No somos un periódico ni una revista académica; nos dirigimos a ese público que en la época de la información múltiple, impersonal, digerible y dosificada aspira a algo más: a encontrar un equilibrio informativo y crítico que les permita formarse una opinión propia y fundamentada del mundo en que vivimos.

La edición española de LETRA INTERNACIONAL apareció en 1986, configurándose en nuestro país como el primer proyecto europeo de este tipo. Al cumplir la revista dos años se incorporó a la dirección Carlos Barral, escritor y editor de innegable trascendencia en este segundo medio siglo español, contribuyendo a un mayor enraizamiento de LETRA INTERNACIONAL en la cultura española. A su figura queremos hoy rendirle un homenaje emocionado cuando esta revista, su revista, cumple diez años.

Hace un año nuestro proyecto presentaba la suficiente madurez y aceptación como para permitirse el inicio de una nueva etapa sobre cuyas características habíamos pensado largamente. En esta línea abordamos los cambios necesarios en la periodicidad —a partir de entonces bimestral— y en el formato, pero también en su estructura y algunos contenidos. Manteniendo su misma orientación, sin renunciar al contacto continuo y fluido con el mundo intelectual europeo y americano, intenta LETRA INTERNACIONAL intensificar su presencia crítica y activa en el ámbito cultural español y en el de la América que habla nuestra lengua.

En suma, hemos iniciado una etapa más de crecimiento de esta publicación insólita en nuestro mundo cultural, abierta y plural, convencidos de que es posible una cultura crítica y reflexiva, sin dogmatismos pero sin concesiones, ofreciendo LETRA INTERNACIONAL como espacio y plataforma para la reflexión y el debate, para la crítica y la creación, para el conocimiento mutuo y la solidaridad. Al agradecer los innumerables apoyos y colaboraciones que hemos recibido durante estos años, queremos reiterar nuestro deseo de incrementar el número de amigos y colaboraciones. LETRA INTERNACIONAL es una puerta siempre abierta.

Apuntes nómadas

Ryszard Kapuściński

Uno

Viajar descubriendo, la lectura y la reflexión conforman, todo unido, mis textos. Estas tres profundas raíces de mi escritura son las que persigo simultáneamente. Aparte de eso, me ayudan dos elementos: la poesía y la fotografía.

La primera raíz es el viaje como descubrimiento, como exploración, como esfuerzo: viajar en busca de la verdad, no de distensión. Viajar significa para mí atención, paciencia para informarme, deseo de saber, de ver, de comprender y de acumular todo el conocimiento. Viajar así supone entrega y un trabajo duro.



La segunda raíz es una lectura amplia sobre el tema. Si uno desea conferir a su escritura una cualidad cubista, ha de enriquecerse. Incorporo citas para dejar que resuenen otras voces, invito a otros a hablar en mis textos. A veces uno cree haber hecho un descubrimiento. Al leer se constata a menudo que esa idea ya la tuvieron otros, de modo que uno intenta avanzar en otra dirección o ir más lejos para no resultar banal con la repetición.

La tercera raíz, en la que descansan las otras dos, es mi propia reflexión. Mediante mi experiencia como viajero y lector trato de dar con un enfoque original, con nuevas imágenes, nuevas descripciones, nuevas reflexiones.

Si faltase alguno de estos tres componentes, mi prosa no funcionaría. Sólo los tres operando simultáneamente facilitan un proceso que no aspira a ser exhaustivo, pero sí una aproximación lo más certera posible. Pero incluso cuando no se alcanza la imagen real, sueño con ella y lucho por acercarme en lo que pueda a la verdad.

Me considero un detective de lo otro, de otras culturas, de otras formas de pensar, de comportarse. Soy un detective de una «otredad» concebida positivamente, con la que quiero tomar contacto para comprenderla. Se trata de cómo puedo describir la realidad de un modo nuevo y adecuado. A veces se denomina esta escritura como no ficción. Yo diría que se trata de una escritura creativa no-ficcional. Para ello resultan importantes la fuerza creativa y la presencia personal. A veces me preguntan cómo es el héroe de mis libros: «Yo soy el héroe, pues estos libros tratan de una persona que viaja, mira, lee, piensa, y que escribe sobre todo ello».

Dos

Yo no soy esencialmente poeta, pero utilizo la poesía como ejercicio lingüístico; la poesía es irrenunciable para mí. Requiere una concentración lingüística extrema, y eso beneficia a la prosa. Mi prosa ha de tener música, y la poesía es ritmo. Cuando me pongo a escribir, tengo que encontrar un ritmo. En cuanto he encontrado el ritmo de la frase todo fluye. El ritmo le lleva a uno como un río, se nada en movimientos rítmicos. El ritmo lo encuentro mediante la intuición. Si no doy con la cualidad rítmica de una frase, la omito. La frase ha de encontrar primero un ritmo interior, luego la página y finalmente todo el párrafo. Así confiero a la prosa una dimensión poética. La poesía tiene una gran densidad, por lo que la prosa poética no puede abarcar demasiadas páginas.

Normalmente trato de encontrar frases breves, pues generan ritmo y movimiento. Son más rápidas y dan claridad a la prosa. Cuando escribí *Imperio*, constaté que si quería ofrecer una descripción más acertada necesitaba frases más largas. De pronto el estilo de mi escritura se transformó por completo. Se debía a la amplitud del asunto, que no puede abarcarse con frases breves. El estilo ha de ajustarse al objeto. Una descripción de la interminable amplitud del paisaje ruso requiere frases largas.

Además de la relación entre asunto y estilo, está la que liga al tema y el material lingüístico. Cuando escribí *Rey de reyes*, quería describir un poder autoritario. La mirada autoritaria de un poder autoritario tiene algo de anacrónico. Para expresar lo trasnochado del objeto debía despertar la impresión de algo superado, infinitamente envejecido. Mi crítica de la estructura autoritaria del poder se expresaba por medio de esta revelación de su extemporaneidad. También se trataba de revelar lo anacrónico de nuestro sistema autoritario

en Europa del Este. De modo que leí cuidadosamente la vieja literatura polaca feudal de los siglos XVI, XVII y XVIII. Encontré maravillosas palabras olvidadas muy expresivas y llenas de matices, y con todo ello elaboré un vocabulario particular.

El idioma español se caracteriza por una riqueza barroca, una especie de efecto rococó, colorida y cuajada de florituras, de juguetona imaginación y una fantasía inconmensurable. La prosa de mi pieza sobre la «guerra del fútbol» entre El Salvador y Honduras no es, por ello, sencilla, y es poco transparente precisamente por recoger esas tradiciones hispánicas.

En Africa, el material lingüístico ha de poder describir cualidades tropicales. La literatura africana contemporánea no se escribe en las lenguas autóctonas, sino en francés o en inglés. Eso impide que se establezca un vínculo profundo con las lenguas tradicionales. Lo que uno puede apropiarse procede de los poetas nacionales de más edad. La poesía africana tradicional es ritmo, sencillez, repetición. A veces se repite una frase una y otra vez, y de esa repetición surge un efecto musical: la música, en el Africa tradicional, es fundamentalmente tambores, tambores que hablan. Sólo unos pocos escritores europeos han tratado de describir el ambiente y el clima de la espesa selva tropical. Probablemente sea Joseph Conrad quien más se haya aproximado a su esencia. La experiencia de los trópicos tuvo una enorme influencia en su prosa. Eso hace que aparezcan las repeticiones, los ritos, los misterios, algo surrealista, algo que lo rodea a uno sin que sea posible penetrar en el corazón de esa oscuridad. La lengua polaca no conoce esa tradición tropical y ha de vérselas con esa ausencia.

Siempre que se refiera a culturas foráneas, cada asunto requiere un cambio de estilo. Cualquier otra forma descriptiva resultaría artificial. Hay que dar la impresión de que se escribe desde el interior de ese clima particular, de esa cultura o situación.

Hay que crear una atmósfera en el interior de la prosa. No es posible describir el hielo siberiano de la misma manera que el ardor del desierto. En el Sáhara sólo hay vida por la mañana y al atardecer. Durante el día, sus habitantes están paralizados por ese calor espantoso. Permanecen tumbados, esperando a que pase el día. Hay que describir esa lentitud, la parálisis, el paisaje totalmente muerto, la calma absoluta del calor tropical, el silencio del día tropical. La prosa ha de reproducir el vacío de esas horas. En el frío siberiano en cambio se libra un combate perpetuo con la nieve. Cuando se avanza por una capa de nieve muy alta, a menudo se siente uno perdido. Surge la sensación de sentirse amenazado por el entorno. El entorno es un enemigo. Hace un frío helador, y el frío es el enemigo. La naturaleza no es pasiva sino una fuerza activa que hay que combatir a cada instante. No hay referencias, y uno sabe que si sigue perdido más de dos horas, morirá. Se experimenta una tensión constante. Un miedo inconsciente. La buena prosa ha de reproducir ese estado de tensión y la presión de esa naturaleza agresiva y peligrosa.

Tres

Cuando recopilé material para un libro, me concentro en lo que podrían decir las personas. La mayor parte de las veces encuentro a mis héroes por casualidad, pero lo importante es su forma de expresarse, su mundo, su mirada, no los míos. Yo trato de permanecer en la sombra. Se trata de sus pensamientos, de sus visiones y reflexiones.



La fotografía se dirige hacia un aspecto muy distinto del hombre. Se observa su rostro, su comportamiento, su humor, su apariencia externa. Se trata de experiencias muy distintas. La fotografía se dirige hacia la materialidad de las cosas. La cámara es un instrumento de penetración, de concentración, de búsqueda de realidad y vida. Se descubren cosas imposibles de captar sin un objetivo. Cuando se fotografían paisajes, se trata de ciertos detalles de la arquitectura, de la luz, de las sombras, que nos permiten acercarnos a otras dimensiones de la realidad. Esa minuciosa observación de los detalles a veces resulta muy útil al que escribe. Cuanto más se aproxima uno al detalle, más cerca se está de la realidad. El objetivo de la cámara opera como un dispositivo selectivo, no puede recogerlo todo. Hay que elegir una parte del paisaje, aislar la parte elegida del resto. La cámara fotográfica ha de concentrarse en determinados rostros, no en una masa indeterminada;

uno mira pormenorizadamente, no en abstracto. Así, se vuelve uno más observador frente a la diversidad de la expresión humana. La fotografía es una excelente escuela que te enseña a trabajar con detalles.

Una fotografía exige la decisión sobre lo que en último término ha de ser mostrado. Esa inquisición sobre el marco de una realidad también se efectúa al escribir. Cuando describo algo, lo contemplo como si fuera una fotografía. La fotografía es siempre el retrato de un momento determinado que se convierte en objeto callado. Lo que a mí me interesa es conferir más tarde movimiento a ese retrato. Utilicé esa técnica en *Shao la desmesura del poder*. Pongo la fotografía en acción, la traslado al presente.

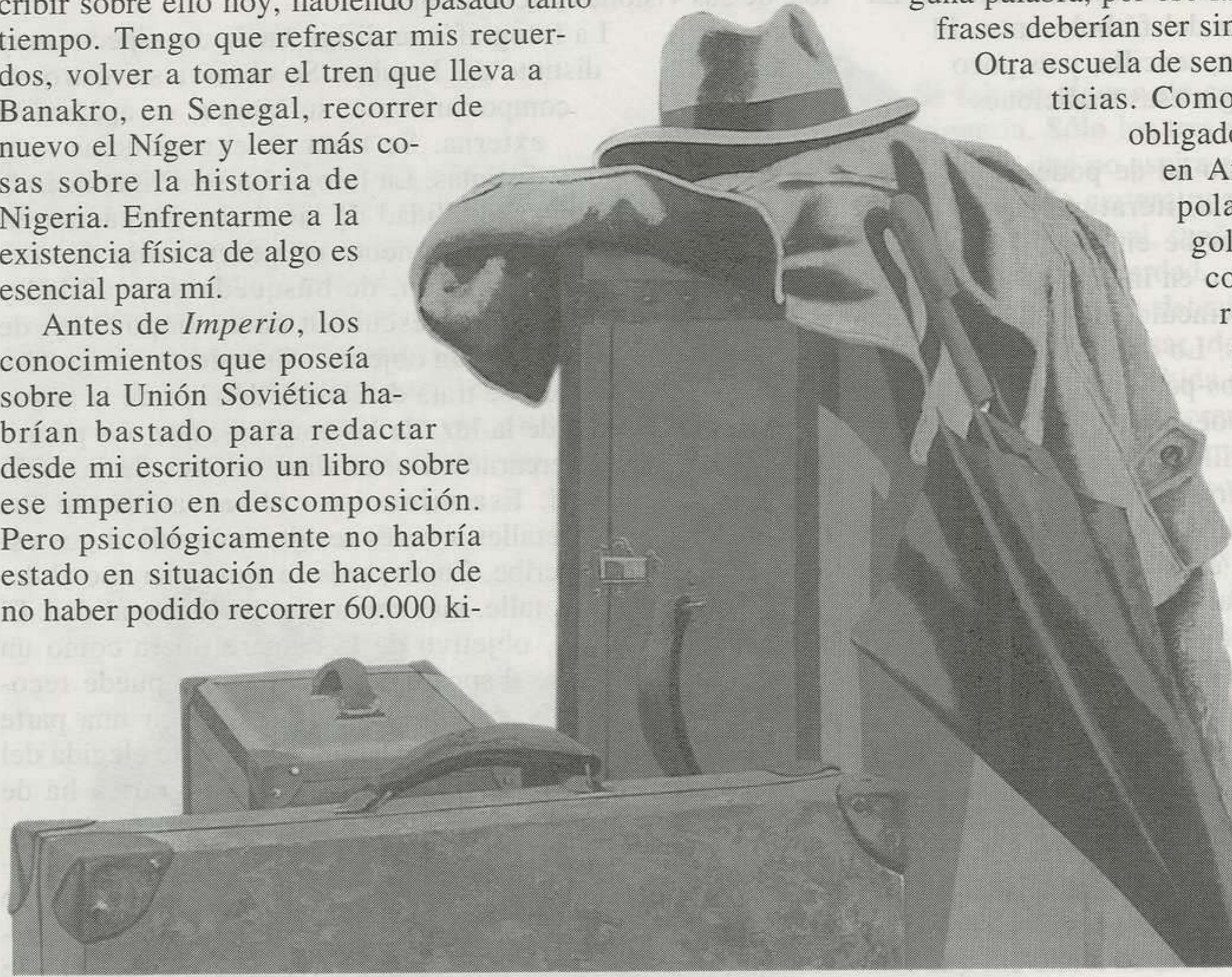
Una aproximación cubista significa conferir a las cosas complejidad, profundidad y efectos plásticos. No se trata de describir un rostro en sus aspectos realistas, más simples, sino de indagar en la forma de un rostro, en sus líneas, y desde diversas perspectivas, de subrayar la cambiante luz que irradia y que se refleja en él. Se trata de atrapar la riqueza de la realidad. Un retrato fotográfico no tiene nada de mecánico, sino que surge como un combate por la complejidad, la plasticidad, la riqueza del objeto. Lo mismo ocurre con la escritura.

Una prosa sencilla, clara, poderosa, presupone convicción y seguridad en sí mismo por parte del autor. Esta sensación surge cuando uno se convierte en testigo de un acontecimiento. Cuando tengo que escribir algo con lo que jamás he estado en contacto directo, me siento inseguro. Más de una vez me han pedido un retrato de Bokassa, el presidente de Africa Central, y siempre me he negado porque nunca le he visto de cerca. No puedo forjarme una imagen certera de una

persona si no la he podido ver al menos cinco segundos. Schopenhauer ha escrito algo sobre los primeros segundos del encuentro entre dos personas, decisivos para la formación de una imagen del otro. Uno conoce a alguien, y en seguida se crea una sensación positiva, negativa, o indiferente.

Hace veinte años viví durante un periodo prolongado en Africa occidental, pero no me atrevería a escribir sobre ello hoy, habiendo pasado tanto tiempo. Tengo que refrescar mis recuerdos, volver a tomar el tren que lleva a Banakro, en Senegal, recorrer de nuevo el Níger y leer más cosas sobre la historia de Nigeria. Enfrentarme a la existencia física de algo es esencial para mí.

Antes de *Imperio*, los conocimientos que poseía sobre la Unión Soviética habrían bastado para redactar desde mi escritorio un libro sobre ese imperio en descomposición. Pero psicológicamente no habría estado en situación de hacerlo de no haber podido recorrer 60.000 ki-



lómetros de Rusia, y en condiciones tan adversas que varias veces estuve a punto de renunciar a mi empresa. Me decía: «No soy lo bastante fuerte, hace demasiado frío, no hay nada para comer, no hay posibilidades de viajar, ni alojamiento». Naturalmente, llevaba algo de dinero, pero ¿qué significa el dinero en el paraje siberiano, donde no hay nada que comprar? Sufrí terriblemente. Tuve que obligarme a proseguir el viaje para poder comprender más. Viajar te hace cobrar seguridad.

Cuatro

Ya en el viaje se desarrolla el esquema básico de la trama. Mi memoria es muy fiable cuando se trata de datos importantes. Consignarlo más tarde es un proceso de selección y de creación de sencillez. La prosa bella, clara, requiere rigor, una selección exigente. La prosa es una forma tan transparente de literatura que el lector reconoce de inmediato dónde el autor se sentía inseguro y no ha sabido organizar el material. La sencillez crea una transparencia suma, por eso resulta complicado escribir con sencillez. Uno no puede engañar o hacer trampa. Mi sencillez se basa en una escuela clásica: la de Pascal, Stendhal, Flaubert, o la de la Biblia con sus frases claras y poderosas. Amo la prosa de Chéjov. En una ocasión quiso escribir un relato sobre una experiencia en el mar y buscó desesperadamente una definición del mar. Finalmente leyó en

un trabajo sobre Homero de una alumna una frase de éste que decía: «El mar es monstruoso». Chejov pensó: «Aquí está todo lo que puede decirse sobre el mar». Comenzar un libro con buen pie significa para mí una frase descriptiva simple. *Vivir otro día*, mi reportaje sobre Angola, comienza con la sencillísima expresión: «Estuve viviendo tres meses en Luanda, en el Hotel Tívoli». No es posible eliminar aquí ninguna palabra, por eso la considero una frase modélica. Las frases deberían ser simples y la composición, polifónica.

Otra escuela de sencillez fue para mí la agencia de noticias. Como reportero de agencia uno se ve obligado a ser breve. He sido corresponsal en Africa para una agencia de noticias polaca muy pobre. Para describir el golpe de Estado de Nigeria en 1964 contaba con exactamente 100 dólares. Un télex costaba 50 centavos por palabra. De modo que sólo disponía de 200 palabras —eso equivale a una página—, para describir un acontecimiento de semejante complejidad. Debía ser extremadamente ahorrativo y, así, no pude caer en la tentación del barroquismo.

Mi objetivo es transmitir una sensación y hacer llegar la experiencia de una situación. No me detengo a reflexionar sobre principios constructivos poetológicos, por ejemplo según el lema: esta parte será un drama, la próxima poesía, la tercera un ensayo y la cuarta un reportaje. Escribir constituye para mí un proceso de aproximación cautelosa. Es evidente que no puedo ofrecer una descripción exhaustiva, y eso precisamente me permite desbaratar los límites tradicionales del género literario. Tengo que transgredir las normas de género heredadas para hacer justicia a la realidad y escribir de un modo enteramente nuevo.

Mi capacidad de idear no es de tipo abstracto, se asienta sobre experiencias personales. Sé por experiencia cómo hablan determinadas personas. Muchas de las descripciones de mis libros resultan de observaciones realizadas en situaciones comparables, que traspongo a fin de describir una determinada escena. En la base de tal procedimiento está la certeza, y la similitud de las situaciones no constituye para mí un requisito necesario. Mi escritura no se apoya en la libre imaginación, y la única manipulación consiste en la composición de la estructura, en la ligazón de diversas situaciones típicas y verdaderas para llegar a una afirmación condensada. *Ulises* vive de la enorme capacidad inventiva de James Joyce. Yo necesito complejidad y, al seleccionar a partir de material objetivo, lo transformo y lo compongo de nuevo.

La escritura de agencia es rápida, pero superficial. Tiende a dibujar el mundo sirviéndose de extremos, en blanco y negro, bueno y malo, revolucionario o reaccionario. La brevedad se antepone a todo, y esto tiene por consecuencia la simplificación. La compleja riqueza de la vida se pierde en ese lenguaje con el que condensamos las noticias. Después de tener que producir durante años caricaturas de mis percepcio-

nes, descubrí que se me habían arrebatado paisajes temáticos enteros de una escritura verdaderamente responsable. ¿Qué es un hecho? Por lo general, consideramos que se trata de un estado de cosas político, económico o histórico. Pero, ¿acaso el clima, los sentimientos y afectos, el ambiente que reina en una sociedad no son también realidades? ¿Dónde quedan estos hechos en el mundo de las noticias? Un incentivo importante fue la escuela francesa de historiografía *Annales*, que ha transformado la definición de aquello que hay que contemplar como un hecho histórico. La historia se ha entendido tradicionalmente como la historia política de reyes, gobiernos, instituciones o guerras. La escuela *Annales* empezó a investigar el papel que desempeñan el clima, las sequías, las mentalidades. Las obras de Marc Bloch, Fernand Braudel o Georges Duby me resultaron muy instructivas. Y así empecé a escribir de otra forma. Cada uno de mis libros se convirtió prácticamente en una segunda versión de lo referido por cable, de las llamadas «noticias puras y duras». Los libros cuentan la historia que se escondía detrás.

Cinco

Simplificando mucho, hoy la situación que atraviesa la literatura se me aparece así: por una parte tenemos la literatura de ficción, que cada vez se concentra más en la vida interior, en la psique del individuo. El punto de partida es siempre la persona aislada. Hoy domina el interés por la vida interior y sus relaciones con la de los otros, y con estas relaciones se suele designar en nuestra tradición las relaciones con otros seres cercanos, con la esposa, el vecino, amantes y amigos. En el polo opuesto del espectro literario tenemos las noticias: informes duros, breves, simples. ¿Hay un punto intermedio? Entre uno y otro hay un considerable vacío, sobre el que yo decidí trabajar. Para poder describir el clima o el ambiente, los sentimientos y afectos de los seres humanos hay que servirse de los logros de la literatura de ficción. Y, sin embargo, las noticias hablan de lo más importante: la creación de la historia.

La capacidad de retentiva del hombre es cada vez más escasa. Hoy asistimos a la desaparición de la conciencia histórica. La historia se sustituye por el *collage*. Las generaciones en proceso de maduración apenas saben lo que ocurrió hace veinte años. Esto es un fenómeno enteramente nuevo. Esa ruptura con el pasado sugiere la pregunta de cómo escribir con este trasfondo para que al día siguiente no se convierta en papel de desecho. A principios de diciembre de 1991, mientras escribía *Imperio*, tuve que viajar a Nueva York para investigar. En los escaparates de las librerías descubrí una cantidad ingente de títulos nuevos sobre si la política de Gorbachov sería capaz, y cómo, de garantizar la pervivencia de la Unión Soviética. Su fecha de aparición se transformó en la fecha de su declive. ¿Cómo evitar que la propia escritura se vuelva obsoleta tan rápidamente? Mi respuesta a esta cuestión es la «ensayificación» de mi prosa. Thomas Mann, y sobre todo sus novelas *La montaña mágica* y *Doctor Fausto*, fueron para mí decisivos en este sentido.

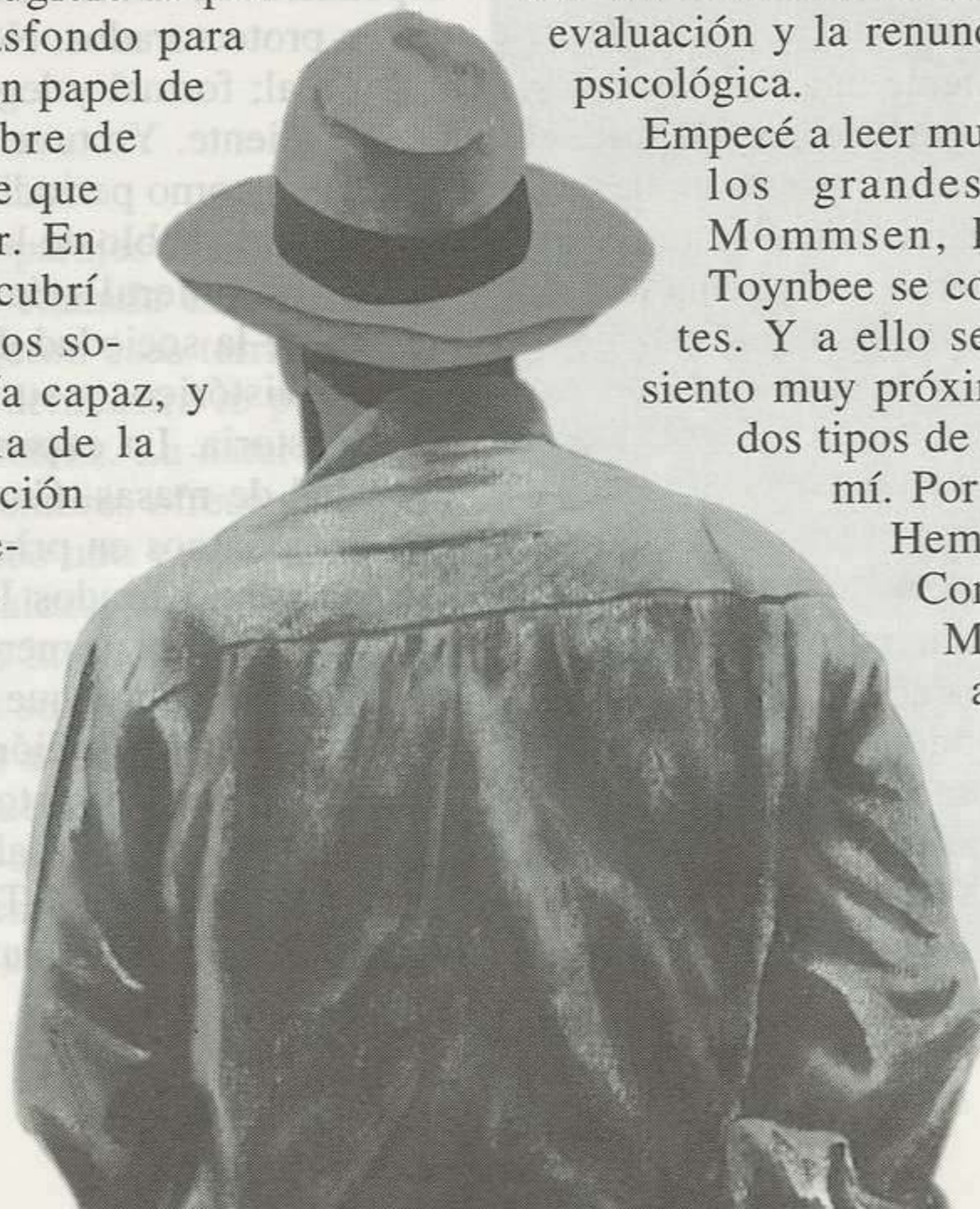
Hoy la imagen la ocupa el televisor, y así seguirá siendo. Si queremos utilizar en la prosa la descripción de una imagen, dicha descripción sólo será eficaz si la imagen se convierte en punto de partida de una reflexión. En mis reportajes utilizo exclusivamente aquellas imágenes que ofrecen un trasfondo de reflexión. La televisión ofrece incesantemente imágenes del mundo, pero es incapaz de acompañarlas de reflexión. La solución sólo puede radicar en esta vinculación de imagen y reflexión. Uno ve una determinada imagen y trata de explicar lo que no muestra y, al tiempo, esa imagen es la única clave de dicha reflexión.

Hoy el autor escribe después de haber leído infinidad de libros, de haber absorbido una infinidad de opiniones distintas y de meditar sobre las cuestiones más diversas desde múltiples perspectivas. La distinción entre lo que es cosecha propia y lo que se absorbe de fuera resulta cada vez más difícil. Y, así, cada vez somos más compositores o arquitectos. Nuestra visión del mundo adquiere involuntariamente rasgos cubistas. Inconscientemente, participamos de un proceso creativo colectivo. Resulta prácticamente imposible saber quién escribe a partir de un yo auténtico. Ese yo auténtico ya no existe, ese yo femenino, masculino, o neutro, ha dejado, en rigor, de existir. La cuestión del talento y la individualidad se reduce cada vez más a una cuestión de selección, aprovechamiento, traslación de material, y de cómo dotarlo de rasgos individuales.

Seis

Todavía hoy me dejo fascinar por mis descubrimientos. Soy una persona curiosa. Cada vez que descubro algo nuevo, trato de entender cómo está hecho y cómo funciona. En el instante en que uno se convierte en testigo de un suceso, piensa: «¡Fabuloso! ¡Qué importante es esto!», y anota cada detalle. Tres meses después se constata que la mayor parte de estos hallazgos no era tan relevantes. De todo ello no queda más que la calidad de la observación y, aún más importante, la calidad de la reflexión. Se requiere una selección, y la valoración que distingue lo importante de lo que no lo es resulta decisiva. Se trata de escribir tan poco como sea posible, de seleccionar cuidadosamente, de descartar, cortar, reducir, tirar, y conservar una de cien observaciones. Este proceso carece en mi caso de reglas; la intuición y mis conocimientos son los únicos criterios a los que me atengo. A menudo la evaluación y la renuncia constituyen una auténtica tortura psicológica.

Empecé a leer muy tarde debido a la guerra. Entonces, los grandes historiadores como Gibbon, Mommsen, Ranke, Michelet, Burckhardt, o Toynbee se convirtieron en figuras muy importantes. Y a ello se añade la filosofía, mi pasión. Me siento muy próximo al existencialismo. Más adelante dos tipos de escritores cobraron importancia para mí. Por una parte la tradición romántica de Hemingway y Saint-Exupéry, Chéjov y Conrad. Por otra, autores como Thomas Mann o Marcel Proust, que se acercan a esa frontera en la que resulta difícil distinguir entre filosofía y prosa de ficción. *Cool memories*, o *America*, de Jean Baudrillard, carecen prácticamente de trama, sólo son reflexión. En mi opinión,



Baudrillard es uno de los autores contemporáneos más relevantes. No hace falta hablar de los méritos de autores como Bruce Chatwin, V.S. Naipaul, o Paul Theroux, pero no me influyeron excesivamente. Yo sigo mi propio camino.

La identificación constituye un requisito fundamental de mi trabajo. Tengo que vivir con los seres de los que escribo, comer o pasar hambre con ellos. Quiero convertirme en parte del mundo que describo, tengo que sumergirme en él y olvidar otras realidades. Cuando estoy en Africa no escribo cartas ni telefono a mi casa. El resto del mundo desaparece. De otro modo me quedaría al margen. Necesito tener la ilusión, al menos durante un tiempo, de que el mundo que experimento es el único que existe. Eso a veces supera la ilusión. En alguna ocasión estuve seguro de estar viviendo mi último mundo y de que de ahí iría directamente al otro.

No puedo hablar de la muerte en el frente desde un confortable hotel lejos del frente. No puedo saber qué significa estar sitiado, en qué condiciones se lucha, qué armas, qué ropas visten los soldados, qué comen, qué sienten. Hay que entender la dignidad de otros seres humanos, aceptarlos, y compartir sus miserias. Pero eso tampoco basta, sólo poner en juego la propia vida. Lo más importante es el respeto a los seres sobre los que se escribe.

A menudo informo sobre el frente, pero lo que me fascina no es el frente en sí. Me fascina el proceso a través del que se hace la historia. La historia la hacen seres humanos que ni siquiera sospechan cómo ocurre esto y que se convierten en víctimas de esa cruel diosa llamada «historia». A menudo luchan sin saber por qué, pero así se hace la historia casi siempre en nuestro siglo. La historia nace —desgraciadamente— incluso hoy en medio de la sangre, en la lucha, en la batalla. Y sólo se puede dar testimonio de ello ocupando los puestos de lucha.

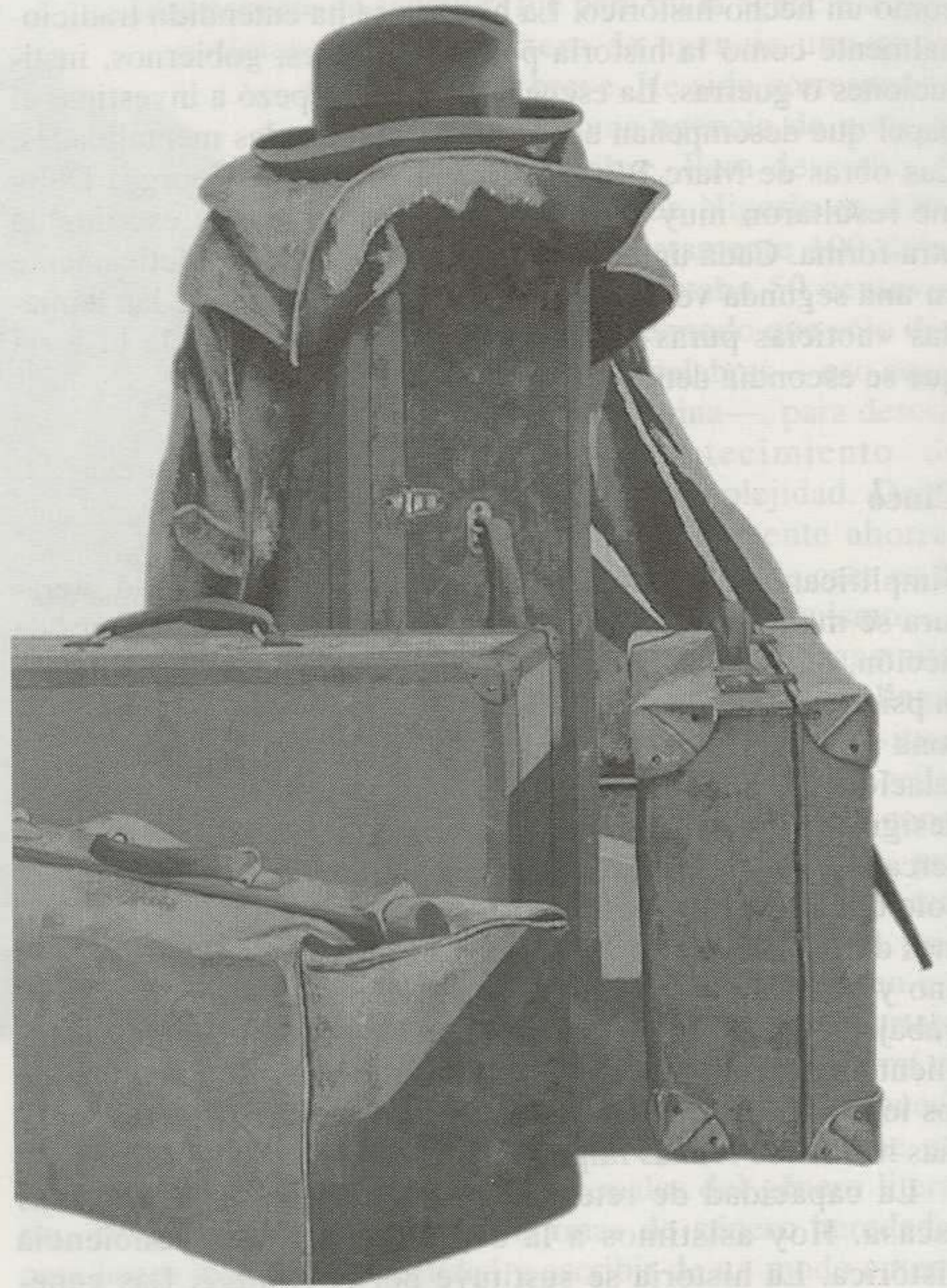
Es posible que esta disposición mía a asumir riesgos esté influida por cierta ingenuidad infantil. En una ocasión volé hasta Nagorny-Karabach escondido en un avión ruso, disfrazado de piloto. En realidad, estaba seguro de que los militares me descubrirían. Se trataba de una misión casi imposible. Si me hubieran descubierto, me habrían acusado de «intento de secuestro aéreo», y la ley rusa prevé la pena de muerte para este delito, que considera capital. Probablemente no habrían llegado a condenarme a muerte, pero es seguro que habría terminado en la cárcel. Finalmente, la cosa salió bien, y yo experimenté el placer del que se dice «¡otra vez lo he conseguido!» Ese es el juego.

Cuando un libro tiene éxito, uno siente una satisfacción similar. También *Imperio* constituía un gran riesgo. Me dije: «O escribo un libro extraordinariamente bueno, o será un desastre que acabará conmigo». Era luchar por mi vida. Siento un profundo deseo de experimentar un ambiente de extrema tensión. Cuando no es así, me sobreviene el sopor y soy incapaz de ser creativo. Mis libros surgen en el radio de la actividad.

Siete

En 1954, tras cursar estudios de historia, quise establecer contacto con la historia de un modo menos académico. Quería saber cómo se hace la historia, qué supone el surgimiento de la historia. Tuve la suerte de que hacia mediados de nuestro siglo el Tercer Mundo despertó. Se trataba de un fenómeno histórico totalmente inusitado. El siglo XX no sólo era único en su experiencia del totalitarismo, sino también por haber asis-

tido al nacimiento del Tercer Mundo. Si comparamos un mapa político mundial de la primera mitad del siglo con otro de la segunda, veremos dos mundos muy distintos. Pues la primera mitad está estructurada jerárquicamente. El planeta está dominado por un puñado de estados independientes, el resto del mundo tiene el estatus de colonia, pseudocolonia y dominio. Todo forma parte de esta estructura controlada por Europa occidental y por los EE.UU. Hoy contemplamos un



mundo totalmente distinto. Reconocemos casi 200 estados independientes, observamos un mapa sin colonias, pseudocolonias o protectorados. No estoy hablando de la situación material o real; formal y legalmente, nuestro mundo es un mundo independiente. Yo tuve la suerte de poder seguir de cerca este fenómeno como periodista, viajero e historiador. A eso me refiero cuando hablo de la «creación de la historia».

Por lo general relacionamos el siglo XX con el surgimiento de la sociedad de masas. Las masas irrumpieron en el terreno histórico, y su mera aparición influyó enormemente en la historia. La experiencia totalitaria es un producto de la sociedad de masas. Cuando hablamos de sociedad de masas, nos imaginamos en primer lugar a los países desarrollados de Europa y los Estados Unidos de América. Pero esa imagen sólo vale para la primera mitad del siglo. Más tarde hubo una segunda evolución, que condujo a la sociedad de masas mundial. La descolonización del Tercer Mundo provocó un fenómeno único en la historia de la humanidad: la sociedad de masas instaurada a escala mundial.

El nacimiento del Tercer Mundo independiente fue muy rápido. Sólo en 1962 surgieron en Africa 17 estados indepen-

dientes. El movimiento independentista, denominado en kiswahili *uhuru*, está estrechamente ligado a un segundo movimiento de masas: el del desplazamiento del campo a la ciudad. Dicho vínculo está relacionado con un fenómeno burocrático y otro de índole cultural. En la mayor parte de las primeras colonias, el acceso a la ciudad se restringía por procedimientos administrativos. Antes de la independencia, si alguien quería establecerse en la ciudad debía solicitar un permiso. Podía resultar muy peligroso viajar por Suráfrica sin pasaporte. El mismo sistema imperaba en la Unión Soviética. Ser miembro de un *koljós* equivalía a disponer de un pasaporte. Sin pasaporte no cabía pensar en cambiar de residencia y, así, se seguía encadenado al *koljós*. En casi todas las colonias ocurría lo mismo, aunque no siempre fuera tan extremo, pero sin un permiso nadie obtenía trabajo y la estructura burocrática limitaba la movilidad de todos. La independencia quebró estas limitaciones impuestas por la administración colonial. Los hombres esperaban de la independencia una mejora inmediata de su nivel de vida y creyeron que ésta sólo era factible en las ciudades. Y en cierto modo es cierto.

Quien viaje hoy por Africa podrá ver la diferencia con sus propios ojos. Cuando llega la noche en el campo, la oscuridad es total; los que viven allí no tienen dinero para alumbrarse. Tampoco hay madera, pues ya han roturado todos los bosques. De modo que incluso cocinar se ha convertido en un problema. Tienen que dormir, porque no pueden hacer otra cosa. En una pequeña ciudad, en cambio, ya se ven algunas farolas, hay algo de electricidad. Esto se traduce en una mayor calidad de vida. Así ocurre en todo Africa. En los pueblos no hay calles. Y en verano resulta soportable, pero en época de lluvias es terrible. La gente está siempre mojada y chapotea en el fango. Sufren de reumatismo y otras enfermedades. Incluso en las regiones tropicales, donde hace calor durante la época de lluvias, se ven atezados por las enfermedades y la incomodidad que ello supone. En cambio en las ciudades se han asfaltado algunas calles y se ven aceras. Esto supone una diferencia abismal, a la que los europeos no suelen prestar la menor atención. Pero para las personas que proceden de estas regiones miserables y apartadas, la vida en la ciudad constituye por sí misma un progreso. En la ciudad, además, es más fácil encontrar trabajo y conseguir alimentos y otros objetos necesarios para la subsistencia. La población africana ha vivido, además de su explosión demográfica, la transformación que supone pasar de una estructura campesina a una urbano-campesina.

Ocho

Es sorprendente que en medio de los parajes más hermosos sobrevengan los sucesos más crueles. Ruanda es un país de ensueño, y precisamente allí se produjeron esas terribles matanzas. Este fenómeno de la crueldad demuestra lo poco que tiene que ver un hecho así con la naturaleza. La naturaleza es maravillosa, pero las acciones de los hombres ofrecen un contraste absoluto con esta cualidad. Cuando uno vive allí, olvida la contemplación estética de la naturaleza, absorbido como está por la supervivencia. Uno olvida la naturaleza, se concentra en otros hombres, pues de ellos surge la amenaza. Los africanos permanecen en parte ligados a las tradiciones heredadas, están unidos a la naturaleza puesto que veneran piedras, rezan al sol y sacrifican plantas, animales y árboles. Su naturaleza está plagada de dioses, buenos y malos. Pero esta relación con la naturaleza se difumina cada vez más. Los afri-

Premio Anagrama de Ensayo

VICENTE VERDÚ



Una agudísima visión de Estados Unidos, por uno de los más perspicaces observadores de los tiempos actuales

Vicente Verdú



El planeta americano

XXIV Premio Anagrama de Ensayo

ANAGRAMA
Colección Argumentos



ANAGRAMA

canos que se trasladan a las ciudades tienen que arreglárselas en un entorno desconocido, lejos de la naturaleza. Por una parte siguen ligados a un pasado rural, pero por otra han de adaptarse a la vida urbana. De este conflicto surgen grandes tensiones y crisis psicológicas.

En la Unión Soviética puede observarse otro fenómeno: gentes que vivían en el pueblo y se han trasladado a la ciudad, que son incapaces de adaptarse a las costumbres urbanas. Dejaron —y con ello me refiero a la gran mayoría de los habitantes de las ciudades rusas— de ser campesinos, pero no adquirieron una cultura urbana. El vacío cultural, la falta de identidad cultural los caracteriza. Las ciudades están sucias y descuidadas, las casas son pobres y están llenas de objetos *kitsch*. El *kitsch* se ha convertido en norma cultural. En términos generales, la ciudad rusa es una mezcla de estética *kitsch*, pobreza material y sequía cultural.

El nacimiento del Tercer Mundo creó las condiciones que facilitarán posibles progresos en el futuro. He estado, y aún estoy, fascinado por los seres del Tercer Mundo que han creado su propio Estado y su propia nación a costa de terribles luchas. Es el tema de mi vida. Probablemente se deba a mi procedencia de un rincón muy pobre de Europa. Cuando cumplí siete años, había guerra. Viví mucha violencia, pero sufrí mucho más a causa de la pobreza y el hambre. Era una situación desesperada, no había nada. En el invierno de mis diez años —y el invierno es frío en Polonia—, no tenía zapatos. Mis padres no me los podían comprar, no tenían dinero. Yo corría desesperado de un lado a otro, hasta que por fin un vecino que fabricaba jabón ilegalmente me ofreció generoso: «Ven, te doy crédito, intenta venderme el jabón.» Un pedazo de jabón costaba un *sloty*, y un par de zapatos 400; nada de zapatos de cuero, sino zapatos con suelas de madera, no había otros. De modo que tenía que vender 400 trozos de jabón, pero las gentes eran pobres y casi nadie podía permitirse comprar jabón. Tenía hambre, lloraba y les contaba a todos mi historia, luché y luché, y tardé muchísimo en reunir los 400 *sloty*. Pertenezco a esa clase de personas que no se criaron en un «cuarto de juegos». James Joyce escribía cartas admirables a los doce años; a esa misma edad yo corría descalzo y medio desnudo detrás de las vacas, y no había leído ningún libro. Quizá sea por eso por lo que me llevo mejor con los que no tienen nada que comer y no dejan de soñar con poseer algo, y que se sienten felices por tener cualquier cosa.

Me identifico con las mayorías silenciosas, con los seres pobres, marginados, que carecen de cualquier posibilidad de mejora real, y que, sin embargo, siguen viviendo. Su lucha me atañe, comparto sus sueños y sentimientos.

Los hombres y mujeres del Tercer Mundo, los soldados de los movimientos guerrilleros que llego a conocer suelen ser personas muy sencillas, y distintos entre sí. Uno conoce a buenos y a malos, listos y tontos. El tipo medio —casi siempre niños— tiene buenas intenciones y suele actuar ignorando por completo las reglas del juego de las grandes potencias enfrentadas. Trato de contar algo sobre estos seres, y no sólo en situaciones de guerra. La mayoría de nuestro planeta calla. No sabemos nada de esa mayoría silenciosa, pero habría que intentar escribir su historia. Mis escritos son escritos de partisano, pero trato de ser objetivo en ellos.

Nueve

En nuestro mundo, en general, pero sobre todo en las sociedades infradesarrolladas, la política lo impregna todo. Cala e influye todos los ámbitos vitales elementales y determina el destino de cada individuo. La política constituye un factor extremadamente poderoso y gracias a la difusión por los medios de comunicación opera en todos los rincones del mundo. El 90% de todas las noticias giran en torno a los actores del teatro político en cartel,

los héroes de la clase política: presidentes, ministros, parlamentarios, generales, líderes, activistas, populistas. Hoy no se puede escribir ni reflexionar sobre la si-



tuación global ignorando la enorme importancia que reviste la política.

Normalmente consideramos el poder como un fenómeno político, como poder del gobierno, de la burocracia, de los militares. Sabemos que estamos incluidos en el juego del poder, pero no somos conscientes de la medida en que el poder constituye un fenómeno particular de la existencia humana. En este sentido es omnipotente.

Más allá de esta situación general está el poder político, que a su vez goza de una primacía mayor de lo que queremos admitir: ha ido afianzándose en cada nueva etapa del avance tecnológico. Los medios de comunicación electrónicos reforzaron su influencia en nuestra experiencia cotidiana, a pesar de que la electrónica pueda llegar también a convertirse en una fuerza contrapuesta al poder. Si observamos lo que ha ocurrido en los últimos veinte años, veremos que los combates más sangrientos se debieron en muchas ocasiones a la lucha por el control de los medios de comunicación de masas. En la revolución rumana de 1989, en Lituania, en Tayikistán, en el golpe de Moscú se luchaba por la televisión, signo de que el poder se ha desplazado desde sus centros políticos tradicionales hasta las emisoras. Si queremos representarnos el mundo actual, debemos situar en un plano central el problema del poder. Las personas casi no son ya conscientes de en qué medida están incluidos en la política. Muchos no quieren admitirlo y dicen: «La política no me interesa. No me gusta, odio a esos políticos...» El común de las personas cree que será menos independiente si se ven incluidas en el acontecer político; que serán un peón en un tablero de ajedrez, una marioneta, una minucia manipulable. En los sistemas autoritarios, la política se convierte en un asunto muy peligroso. En las sociedades totalitarias, la política era privilegio o monopolio de la *nomenklatura*. La actividad política estaba vedada para el resto. Cuando yo participaba en una reunión y preguntaba más tarde a los que habían intervenido: «¿Por qué ha

BOLETIN DE SUSCRIPCION

LETRA
INTERNACIONAL

C/. Monte Esquinza, 30 - 2.º dcha.
28010 MADRID

TARIFA (6 números)

España	3.600 ptas.
Europa (correo ordinario) .	4.150 ptas.
(correo aéreo)	6.200 ptas.
América (correo aéreo)	7.500 ptas.

Nombre y Apellidos

Dirección

Ciudad C. P.

Teléfono Suscripción a partir del N.º

FORMA DE PAGO

Adjunto talón bancario Giro postal N.º

Tarjeta de crédito: Contra reembolso

Visa Mastercard/Eurocard/Access

Caja Madrid/6000

Núm.:

Caduca:

Domiciliación bancaria:

Sr. Director de

Sucursal n.º Ruego atienda

hasta nuevo aviso los recibos que anualmente les pasará la

revista LETRA INTERNACIONAL en concepto de suscrip-

ción contra mi c/c.

Entidad Oficina D. C. N.º de Cuenta

Firma:

Puede también suscribirse por teléfono (91) 310 43 13 o fax (91) 319 45 85.

LETRA 43

INTERNACIONAL

DIARIO DE 1920

Isaac Babel

ARMAS DE MUJER

Nancy Huston, Nadia Fusini, Rosa Pereda,
Noni Benegas, María Escribano, María Lourties

NO SOMOS JUDIOS

Hanif Kureishi

Sami Naïr, Jean Daniel, Michael Walzer, Pedro A. Vives,
John Updike, Francisco Ayala, Mariano Navarro

Laura Freixas • Felipe Hernández Cava
Miguel Rubio • Miguel Angel Molinero
Roberto Blatt • Juan Antonio Rodríguez Tous
Rosa Pereda • Mariano Navarro • Ramón Irigoyen
Barbara Probst Solomon • Wilhelm Schmid
Mijaíl Ryklin

LETRA 42

INTERNACIONAL

SOLIDARIDAD O BARBARIE

Edgar Morin

EL PESO DE LA LEY

Roberto Blatt, Luis Seguí, Gérard Miller,
Massimo La Torre

DE CUANDO BRETON CONOCIO A TROSTKI

Mark Polizzotti

Andrew O'Hagan, Seamus Heaney, Gilles Deleuze,
Lourdes Ortiz, Sergio Pitol, Jesús Díaz,

Rosa Pereda • Salvador Clotas • Rafael Ballesteros
Mario Merlino • Carlos Alvarez-Ude
César Alonso de los Ríos • Felipe Hernández Cava
Fernando Huici • Mariano Navarro
Juan Villoro • Sergi Pàmies • Mayra Montero
Juan Carlos Vidal

planteado usted esa pregunta política? ¿Qué es lo que le interesa de la política?» casi siempre recibía la respuesta: «No me interesa en absoluto». Estas gentes llegaron a ser apolíticas por precaución, por miedo a ser castigados por su interés político, y prefirieron una vida tranquila al peligroso mundo de la lucha política. Mi escritura insiste en decir: «no hay vida social fuera del ámbito político».

Diez

Seguramente los factores emocionales son cruciales para el estallido de una revuelta o de una revolución; se trata de la sensación que tienen los humanos de verse humillados y maltratados. Se convierte en la gota que colma el vaso. La sensación preponderante en una revolución es esa sensación que lleva a exclamar «¡basta ya!». Las sociedades son enormemente pacientes, son estables y pueden esperar. Las sociedades son cuerpos pesados. Tienden a conservar su *statu quo* sin mostrar ninguna voluntad de cambio. Se mueven lentamente y con grandes dificultades. Sólo tras un largo periodo de aceptación del padecimiento llega el momento decisivo, altamente irracional, donde esta sociedad dice «¡basta!».

La emoción positiva más importante en una revolución es la esperanza. Desgraciadamente en estos casos se trata siempre de una especie de ingenua esperanza de que todo cambiará para mejor. La revolución estalla cuando las gentes dicen: «no queremos esperar más, ni un día, ni una hora. ¡Ya está bien!» De pronto creen que la situación puede modificarse por arte de magia, repentinamente, sin solución de continuidad, y dar un giro de 180 grados. Esperan resultados directos y absolutos. Naturalmente, esta mejora inmediata jamás se produce. Y, así, toda fase revolucionaria concluye con la desilusión. Siempre tenemos la sucesión lógica de un periodo de paciencia muy prolongado, un estallido revolucionario, grandes e imperiosas expectativas, poco realistas, ingenuas y con un alto contenido emocional, que no pueden ser satisfechas. Y a ello le sigue la decepción.

Cuando los seres humanos se reúnen, perciben su fuerza. No hay ninguna explicación racional para el hecho de que en determinados momentos puedan llegar a reunirse un millón de personas en una plaza sin haber sido convocadas. Esta espontaneidad resulta muy interesante: un día cualquiera, un millón de seres humanos se congregan en un lugar. ¿Por qué? Incluso si esto hubiera sido organizado de algún modo, en muchos casos este esfuerzo de planificación durante años no ha producido ningún efecto. En Francia se convocó a la revolución durante años, pero sólo funcionó en 1789, y fue entonces cuando estalló la Revolución Francesa.

Se trata de tomar conciencia del misterio, incluso diría que de la metafísica del momento crucial del estallido revolucio-

nario. En una sociedad convulsionada por las crisis se dan todas las condiciones previas para un cambio. La mayoría de las sociedades del mundo contemporáneo se encuentran en una crisis permanente. Teóricamente se cumplen todos los requisitos de un alzamiento revolucionario, pero éste no se da. Las revoluciones ocurren raramente. ¿Qué falta para que se pro-



duzca una revolución? Esta es la pregunta que no encuentra respuesta. Una crisis social puede prolongarse durante años y años, y luego, de pronto, en ese enero particular, en ese lunes en concreto, estalla. ¿Por qué no el martes? ¿Por qué no el mes anterior?

En el marco de la lógica general de la evolución histórica me han llamado la atención ciertos elementos que no pueden ser explicados racionalmente o considerados necesarios. De pronto nos tropezamos con un fenómeno sorprendente. Y *a posteriori* buscamos una explicación racional: la situación económica era mala, el sistema estaba corrompido, y no había revolución. Tenemos que respetar la irracionalidad de estos momentos históricos particulares. Con la guerra ocurre lo mismo. A veces el detonante es una nimiedad. De pronto un hecho intrascendente se convierte en factor determinante. A veces nos encontramos con acontecimientos mucho más relevantes que no provocaron la guerra. En esta extraña alquimia, el comienzo real continúa envuelto en el misterio.

Cyprian Kamil Norwid, un gran poeta polaco y filósofo del siglo XIX, dijo que un pueblo como nación y, en particu-

lar, la masa de los humanos, es incapaz de pensar en abstracto. Piensa en términos de nombres, personas, historias de líderes; sólo eso les permite organizarse. Cuando se ha encontrado, o inventado, tal personaje, opera como acumulador de las expectativas y energías de la nación. Sin personas que organicen no hay revoluciones ni movimientos sociales relevantes. Se requería un Gandhi en la India, y un N'kruma en Ghana.

La mayor parte de los soldados rasos de los diversos movimientos de liberación africanos o latinoamericanos que he conocido poseían un nivel muy bajo de conciencia política. Muchos ni siquiera estaban al tanto de los objetivos políticos de su lucha. En Angola sólo sabían que luchaban por Aghostino Neto o Jonás Savimbi. Si Savimbi hubiera desaparecido de la escena de la noche a la mañana, el movimiento guerrillero se habría disuelto de inmediato. Naturalmente que hay un trasfondo tribal en el caso de estas funciones de liderazgo, pero esto no explica cabalmente su existencia. Hay una necesidad funcional que les lleva a organizarse en torno a figuras de líderes.

Consideremos el caso de Etiopía y el papel del comandante de la armada en la guerra civil contra los movimientos independentistas. El ejército etíope era el ejército más poderoso de África con medio millón de soldados enrolados. Participaron en la guerra civil luchando contra el movimiento guerrillero de Eritrea. Cuando se supo que su comandante en jefe, Mengisto, había huido del país, simplemente regresaron a sus casas. El ejército se disolvió sin que se disparase un solo tiro: ¡medio millón de soldados en un día! Esto prueba la importancia de la figura del líder como catalizador de todas las energías, expectativas, sueños, esperanzas y voluntades. Sin semejante foco nada funciona.

Once

Cada cultura tiene su propia escala de valores, y la economía no ocupa en todas el primer puesto. Las poderosas culturas de la China o de India no renunciarán a su identidad. Aceptarán ciertos avances tecnológicos, como el ordenador, pero seguirán siendo ellas mismas. Un buen ejemplo es la esquizofrenia soterrada que caracteriza a la mentalidad japonesa. Por una parte destaca como productora de las tecnologías universales más avanzadas, mientras que en la cultura, los modos de vida, la mentalidad y la esfera doméstica, sigue conservando su carácter específicamente japonés.

Las culturas antiguas están firmemente arraigadas. Las personas que pertenecen a ellas se sienten orgullosas de sus tradiciones y les son fieles, pues les confieren un sentimiento de dignidad. Todo el siglo XX es una prueba de que las tradi-

ciones culturales fuertes y civilizaciones como las de China, India o México son muy resistentes. No pueden ser destruidas así como así. ¡Qué esfuerzos no hicieron los soviéticos para destruir la vieja cultura rusa, o las de Armenia, Chechenia, o Georgia! ¡Y cuánta sangre se ha derramado por eso! Y, sin embargo, estas culturas subsisten, y los hombres están dispuestos a morir por su cultura.

La cultura es un fenómeno complicado, y también puede constituir una rémora, tener un carácter conservador o reaccionario. Que la evolución actual no es capaz de destruir las culturas antiguas en su globalidad, sino que debe establecer un compromiso, un marco de coexistencia con ellas, prueba que el moderno mundo de la tecnología no constituye en este caso una verdadera amenaza. Los fenómenos de disolución se producen en las ciudades, donde impera la cultura del *pop*, del sexo, y los medios de comunicación. Pero éste no es el principal problema. Mucho más importantes son la pobreza, la carestía, el fanatismo, y, sobre todo, la paz. Hay un peligro indirecto que sí amenaza a las culturas tradicionales. Estas se conservan en los pueblos, y hoy asistimos a la lenta muerte del pueblo en todo el planeta. La clase campesina es cada año más reducida, a pesar del crecimiento demográfico. Los avances en el terreno de la agricultura son tan colosales que es muy probable que el campesinado deje de existir en cien años. Tal vez sobrevivan algunas granjas de gran tamaño, pero

las pequeñas, con sus arados, su trabajo manual y su escasa productividad, serán pronto superfluas.

Doce

El fenómeno iraní no puede generalizarse. Morir por la causa, convertirse en mártir de la Guerra Santa, significa suerte en el islam chiíta. Durante la guerra entre Irán e Irak, la artillería iraquí sitió una colina. Un puñado de soldados iraníes la escalaron, se abrieron las camisas y ofrecieron su pecho desnudo al cielo mientras gritaban: «¡Dadnos más!». Todos murieron.

En el transcurso de la revolución iraní llegué a visitar a algunos comités revolucionarios de Jomeini. Sus cuarteles estaban llenos de fotografías de pasaporte de jóvenes. Me enseñaron estas fotos diciendo: «Estos son nuestros mártires». Cuantas más fotografías tenían, más orgullosos se sentían. Los comités emitían comunicados de guerra en farsi que enviaban a los padres de los fallecidos y que rezaban más o menos: «Felicitamos a Madam Sarah Mahmut y a su esposo Ibrahim Mahmut, pues dos de sus hijos han caído hoy en la Guerra Santa». Jamás he visto semejante energía de pensamiento y sentimiento exclusivamente concentrada en la muerte. En la universidad de Teherán vi a unos *muyahidin* caídos que eran



conducidos, envueltos en paños blancos, cada uno en un carro, por una masa de rostros fanáticos. A su alrededor, una multitud se peleaba por tocar los cadáveres. Sus rostros expresaban éxtasis, los vi transfigurados de felicidad cuando lograban rozar los cadáveres. Jamás he visto nada parecido en ningún lugar.

El Islam no es sólo una religión, es toda una cultura, y esta cultura se expandirá, aunque le lleve tiempo. La civilización islámica es extraordinariamente dinámica. Hoy hay que añadir al poder del Islam la fuerza de países como Turquía, Paquistán e Irán. El mundo islámico es rico en petróleo y otros productos del subsuelo. La mayoría de los occidentales no son conscientes de esta increíble concentración de fuerza. El Islam es una religión extremadamente disciplinada. En *Sha* describí a una masa orante: un millón de seres que realizan en el mismo instante el mismo gesto, y sin una palabra que los guíe. Eso es increíble y caracteriza al Islam en general. Irán no volverá a adoptar el modelo de desarrollo occidental. El modelo del Sha era estúpido y suponía una humillación extrema para los habitantes del país. Cuando se importa agua mineral de París a un lugar cuyas magníficas corrientes han alimentado a los más grandes poetas del mundo, como el poeta persa Ferdusi, las gentes se extrañan y se ofenden. Importar pan alemán y americano a un país que cuenta con el riquísimo pan persa es sencillamente de mal gusto. Si yo hubiera vivido en Irán en aquel tiempo, también me habría rebelado contra el Sha.

La revolución iraní fue un acontecimiento fascinante e históricamente crucial. Supone una lección sobre la imposibilidad de democratizar los estados multinacionales. Irán era un imperio, un poder autoritario en el que las fuerzas democráticas quisieron alterar el equilibrio de poder. Comenzaron por atacar su centro. Cuando obtuvieron cierta ventaja, difundieron el eslogan de la democratización. Un Estado multinacional posee minorías; los kurdos, los armenios y el resto de minorías que coexisten en Irán se apropiaron del eslogan de la democratización y lo convirtieron en una exigencia de independencia. La democratización equivale para ellos al derecho a escindirse. La revolución iraní comenzó como un movimiento democrático; Bachtiar, Bani-Sadr eran abogados demócratas. El primer gobierno que sucedió a la revolución se componía de hombres que habían estudiado en Harvard, en la Sorbona, etcétera. Tras la victoria de la revolución, las minorías dijeron: «Para nosotros, democracia significa seguir avanzando. Nos gobernasteis y nos saqueasteis. La auténtica democracia equivale para nosotros a independencia». Al surgir esta exigencia, se produjo en el centro un cambio en el equilibrio de fuerzas. Y desde el centro de poder de la nación gobernante —que en este caso eran los farsí— respondieron: «No, este es nuestro Estado». En ese momento tuvo lugar una inversión radical de la revolución. Las fuerzas del gobierno autoritario y la dictadura se hicieron con el poder. Jomeini representó ese estadio de la revolución iraní en que la nación gobernante del Estado toma conciencia del peligro que entraña una desintegración total. Reacciona movilizándose a las fuerzas represivas para sustituir el eslogan de la democratización por el de la «integridad nacional». Y de este modo se obtiene un medio para anular a las mino-

rias, para mantener la integridad del Estado. Por eso todas esas revoluciones democráticas fracasan en los estados multinacionales, pues la condición previa de la democratización es la disolución del Estado.

Trece

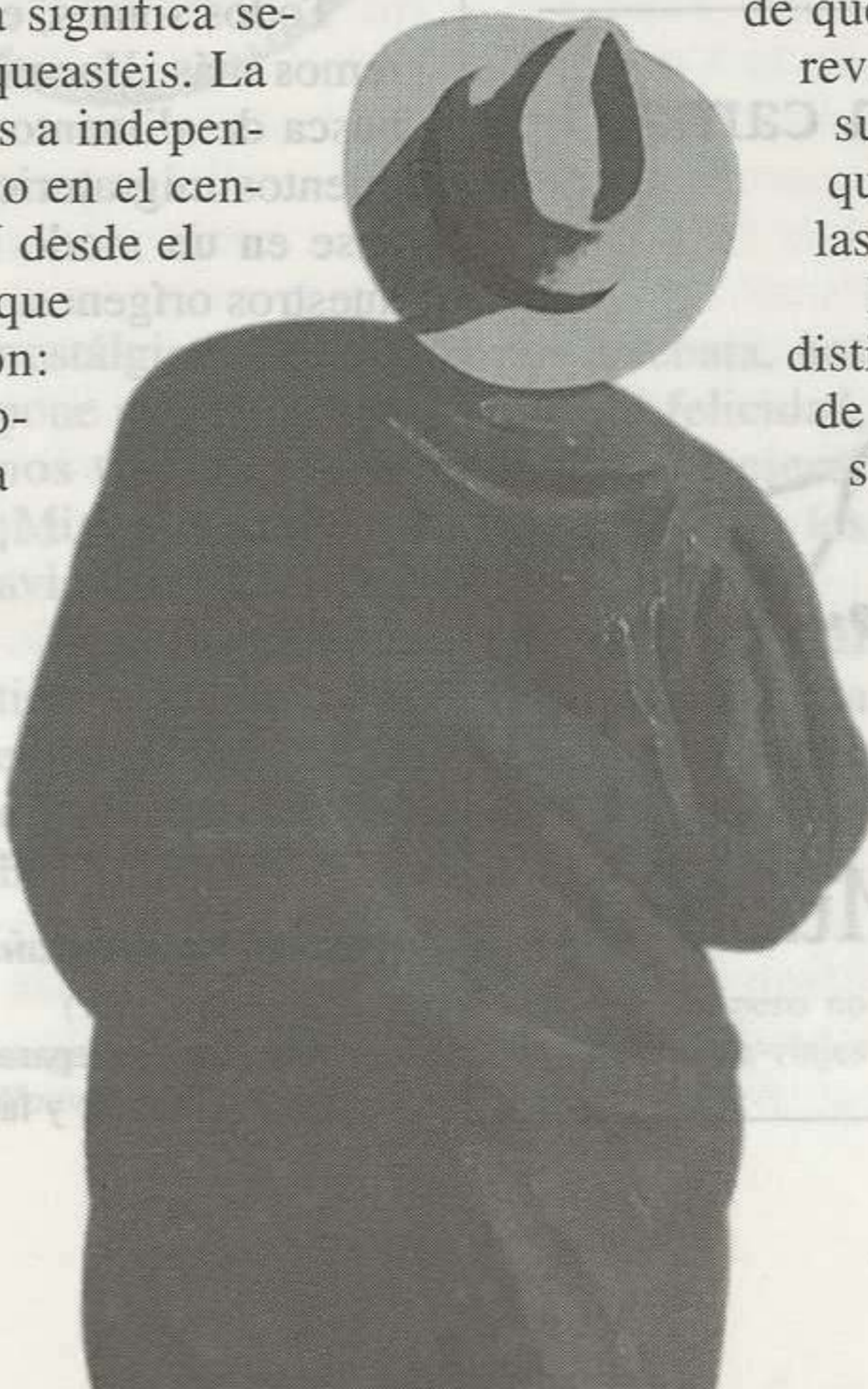
El cinismo es incompatible con la profesión de corresponsal de guerra, incluso con la de corresponsal en el extranjero. Este oficio, esta misión, presupone una clara noción de las miserias humanas y requiere afecto por los seres humanos. Hay que verse como miembro de una familia, a la que pertenecen también todos los hombres sencillos de nuestro planeta que carecen hasta de lo más elemental. Hay que vérselas con problemas muy antiguos, con la penuria; así es el mundo, a la larga no se puede esperar mucho. El calor humano es esencial en este tipo de trabajo. Un cínico no podrá cosechar buenos resultados en este oficio. El cinismo y el nihilismo, la degradación de los valores y el desprecio de los demás hacen que el mundo sea insoportable. He visto a seres que se sentían infelices por tener que desempeñar este oficio, pero jamás me he tropezado con cínicos entre sus filas.

El tipo clásico del corresponsal de guerra suele ser alguien modesto, tratable, amable, cooperador. Se trata de un grupo muy particular de periodistas. Viven en las condiciones más adversas, y no sólo porque estén expuestos a ser heridos o a morir. La gente que va a estos lugares necesita algo más que una motivación profesional. Este oficio precisa gente con disposición al sacrificio. A menudo falta el agua, la comida, hay problemas de transporte, se padece frío, humillaciones, golpes, arrestos. Pero jamás me he encontrado en este campo con meros aventureros, ni con seres deseosos de morir. Estos hombres y mujeres tratan modestamente de dar lo mejor de sí y cumplir con su deber. Sólo una motivación muy profunda hace que se queden aun a riesgo de sus vidas. Somos una especie de misioneros.

Naturalmente, a veces siento rabia por la ignorancia y el desinterés por la situación del Tercer Mundo que encuentro incluso entre los intelectuales europeos, pero aún me entristece más la imposibilidad de hacer algo. Soy muy consciente de los límites de mi actuación. Se trata de un trabajo idealista.

Se vive como un revolucionario, pero convencido de que jamás asistiremos a un auténtico cambio revolucionario. Me entristece pensar que resulta casi imposible franquear el abismo que separa a las sociedades de consumo de las sociedades pobres.

Estoy convencido de que cada cultura es distinta, cada una es un todo, con una escala de valores propia, muy arraigada en las personas. Cuando hoy en día un voluntario de la ayuda al desarrollo va a un pueblo africano, casi siempre lo hace porque quiere, no porque sus habitantes estén particularmente interesados en que lo haga. Posiblemente su cultura sea la del ocio, prefieren no hacer nada. Y resulta muy violento que se vean obligados a creer en los valores de una cultura ajena. A menudo los representantes de los países desarrollados se sorprenden al ver que hay quien rechaza las costum-



Dos buenas razones para no mirar la tele.

Elias Canetti
Premio Nobel

Hampstead

Apuntes rescatados 1954-71

Tras el título *Apuntes rescatados* se oculta una "suma" conscientemente elegida y organizada del pensamiento de Canetti. En 1960 apareció *Masa y poder*. En Hampstead, en el espacio de su biblioteca, las reflexiones y hallazgos que integran esta obra concebida y escrita en gran parte durante la emigración, no habían aún abandonado a Canetti.

Elie Wiesel
Premio Nobel

Todos los torrentes van a la mar

Autobiografía

Infancia feliz en Sighet, pequeño pueblo de los Cárpatos que durante mucho tiempo ignoró el significado y hasta la palabra "guerra". Furor y tinieblas de Auschwitz, de Buchenwald: el artista adolescente sale vivo pero exhausto, con la mente muda, sin patria. No obstante, conserva dentro de sí los sueños mesiánicos, la sonrisa de la hermanita, las últimas palabras de su padre —secretos que poblarán toda su obra, secretos que aquí, por primera vez, Elie Wiesel revela. Cuarenta años después llega la consagración del escritor: el premio Nobel de la paz.

Esta noche se lee en la cama.



Anaya & Mario Muchnik

bres americanas. Pero es que hay culturas en las que trabajar es menos importante que rezar. De modo que no llegarán a fabricar automóviles u ordenadores, pero es que tampoco tienen ningún interés en hacerlo. Eso tampoco me defrauda, admiro la escala de valores de otros pueblos, como por ejemplo la familia, que consideran lo más importante de sus vidas y fuente de su satisfacción más íntima. Este tipo de satisfacción tiene mucha dignidad y constituye un valor positivo. Uno ve vagar a seres por África que no llevan más que un pequeño hatillo. No tienen necesidad de poseer nada más, con un mínimo de propiedades se dan por satisfechos. Si habla uno con ellos, sonríen, son hospitalarios y afectuosos. Uno tiene la impresión de que son felices. Tienen otras recompensas. Lo mejor es aceptar esto. No se puede cambiar todo.

Catorce

Cada dos o tres años me veo impelido a escribir un libro, e *Imperio* me llevó cinco años de mi vida. Quiero viajar e investigar, y también tengo que sentarme a escribir. Pero mi curiosidad siempre me empuja a salir al mundo. No hay ningún lugar en el mundo del que pudiera decir: «A la larga, me quedaré aquí». Aunque quizá sienta una leve tentación de regresar a Africa, al Sáhara. Amo el desierto. Tiene algo metafísico, trascendental. En el desierto, el cosmos se reduce a unos pocos elementos. Se trata de la reducción absoluta del universo: arena, sol, de noche las estrellas, el silencio, el calor del día. Uno viste una camisa, carece de zapatos, come alimentos muy básicos, un poco de agua para beber: la simplicidad absoluta. Esto te transmite la sensación de la maravilla del cosmos. No hay nada más entre tú y Dios, entre tú y el universo. Cada vez que he ido a Africa y he tenido tiempo he buscado la experiencia única del desierto. He cruzado el Sáhara tres veces con los habitantes del desierto; en una ocasión con un grupo de nómadas con el que me crucé por casualidad. No podíamos entendernos verbalmente, pero proseguimos el viaje juntos. No intercambiábamos palabras, pero compartimos la experiencia conjunta de la amistad y la fraternidad. De pronto surgió una sensación increíblemente fuerte de que tus hermanos y hermanas están diseminados por todo el mundo, aunque no seas consciente de su existencia —una sensación prodigiosa.

Todos somos, en algún sentido, nómadas, y cada vez lo seremos más. Hace mucho tiempo, las gentes se trasladaban en busca de alimentos y para sobrevivir. Con los grandes movimientos migratorios de hoy, el nomadismo volverá a convertirse en un modo de vida. De alguna forma regresaremos a nuestros orígenes.

RYSZARD KAPPUŚCZIŃSKI

— «Masacre en el paraíso». *Letra Internacional*, 35.

— «Entre el temor y la esperanza». *Letra Internacional*, 36.

De la perversión a la diversión sexual

Paul Virilio

*Creen que son felices
porque no se mueven*

Tristan Bernard

Con la ciber-sexualidad ya no existe el divorcio sino la desintegración. La realidad propioceptiva se torna súbitamente impropia y todo acontece en el terreno de la distanciación recíproca.

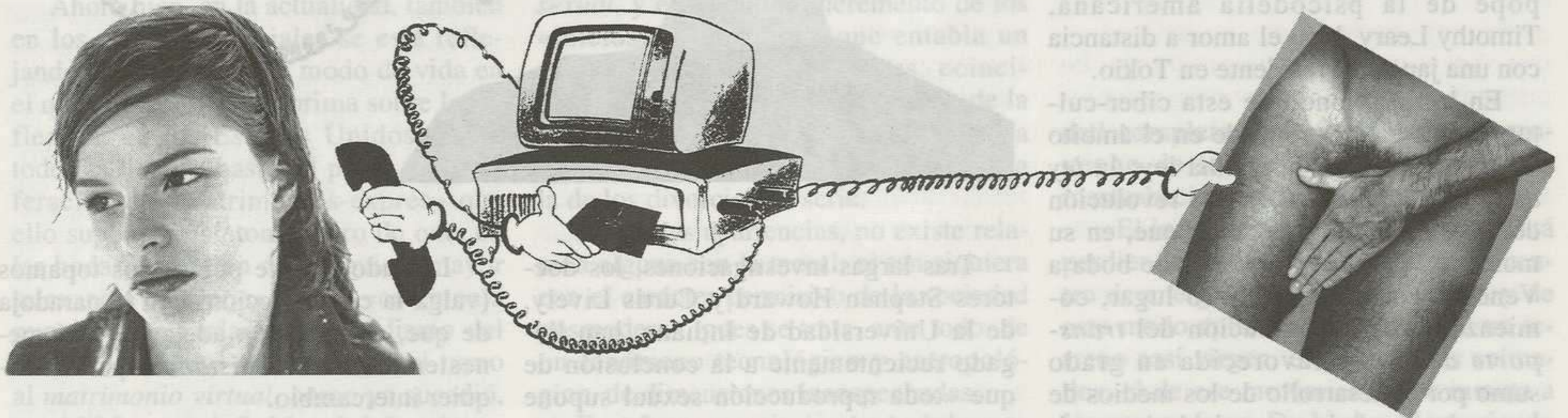
Así es como se forma una conjunción discreta, furtiva, basada no ya en la atracción sino en el rechazo, en la repulsión de las partes en presencia. Con esta cópula de los que han dejado de ser «cónyuges», la estética de la desaparición se desvanece, a su vez, ante la ética de la necesaria desaparición del «prójimo», del «esposo», del amante, en provecho de ese «ajeno», de ese «lejano» que Nietzsche nos recomendó que amásemos...

pánico de disyunción, cuyo advenimiento anuncia ya la acumulada difusión de los divorcios y el crecimiento exponencial de las familias mono-parentales. Quien prefiera al ser virtual —el lejano— antes que al real —el próximo— está confundiendo la sombra con la presa, está eligiendo la estampa, el clon, en detrimento de un ser sustancial que resulta un estorbo y con el que hay que cargar, en el sentido literal de la palabra (1), un ser de carne y hueso cuya única equivocación es estar presente aquí y ahora, en vez de estar más allá.

De hecho, los grandes cambios de las tecnologías de la acción a distancia tan sólo habrán contribuido a sacarnos de cuajo de nuestro mundo. Al acelerarse las técnicas de propulsión —ya se trate del motor de vapor (el tren), ya del motor de explosión (el automóvil, el avión)— hemos perdido el contacto con la realidad sensible. Oigamos al aviador

brantamiento de la realidad de aquél, o aquella, con quien, sin embargo, querríamos unirnos o a quién querríamos amar.

Como en la tobera del reactor de un aparato capaz de romper la barrera del sonido, en el amor a distancia todo sucede merced a la fuerza con la que expulsamos al prójimo, merced a esa capacidad de repeler su proximidad inmediata, de gozar del alejamiento y «avanzar» en el placer de los sentidos del mismo modo que el chorro del reactor propulsa el avión a reacción. Así pues, igual que el despegue del aparato supersónico nos permite *sobrevolar* la madre Tierra y la geografía de los continentes, la «tele-operación» del amor-a-reacción le permite a la pareja *sobrepasar* la proximidad recíproca sin peligro de contaminación, puesto que hay una gran distancia —nunca mejor dicho— entre el preservativo electromagnético y la frágil protección del condón.



Tras seducirnos el simulacro, la sustitución nos decepciona: la mujer-objeto de todos los deseos, de todas las fantasías, cede de pronto el puesto al *objeto-mujer*. Esta inversión, síntoma de una considerable explosión de la realidad sensible, no es sino la consecuencia de haber cruzado la «barrera del tiempo», ese tiempo-límite de la velocidad de la luz, de las ondas electromagnéticas, que pone en entredicho no sólo la velocidad relativa del ser vivo, sino también cualquier materia, cualquier presencia ajena efectiva, en provecho de un fenómeno

nostálgico: «¡El avión nos arrebató, nos pone en peligro, nos brinda la felicidad, nos trae de regreso cuando él quiere! ¡Mi único amor verdadero han sido los aviones!» (Claude Roy)

Así pues, junto a la barrera del tiempo, de ese tiempo *mundial* que toma el lugar del tiempo *local*, se produce efectivamente otra explosión, otro BANG supersónico que indica el que-

(1) «Me gusta llevarme a los niños, pero no cargar con ellos», anuncio de la agencia de viajes *Nouvelles Frontières*.

La cópula, que hasta ahora era aún algo «vital», pasa de repente a ser optativa y se convierte en una práctica masturbatoria teledirigida... La innovadora era de la fecundación artificial y de la ingeniería genética es también la que logra interrumpir el coito, cortar la corriente de las relaciones conyugales de los sexos opuestos mediante un equipo bio-cibernético que coloca sensores en los órganos genitales.

Paul Valéry mantenía que «lo más hondo del hombre es la piel». Y aquí es donde interviene la perspectiva más re-

ciente: la *perspectiva táctil* de ese sedicente «tacto a distancia» que, en la actualidad, perfecciona las perspectivas tradicionales de la vista y el oído, una *paradójica perspectiva cutánea* sin la cual resulta imposible intuir la desmesura de la ciber-sexualidad.

Al enfundarse en ese «traje de datos», en efecto, el *individuo se viste de información*, una segunda piel le cubre repentinamente el cuerpo, un interfaz de músculos y nervios se le superpone a las capas cutáneas. Para él, para ambos, la información se convierte en el único «relieve» de la realidad corporal, en el único «volumen».

Vestidos con ese «mono», literalmente confeccionado con impulsos electrónicos, que codifica y descodifica todas las emociones, la pareja del amor virtual inicia un proceso cibernético en el que la consola informática no se limita ya a sintetizar imágenes o sonidos, sino que, antes bien, coordina y dirige las sensaciones sexuales.

Tras la *camisa de fuerza química*, los psicotropos, he aquí la *camisa de fuerza electrónica*, aunque, en este caso, se busca el efecto contrario, pues no sirve para calmar un pasajero ataque de locura, sino para excitar, para sobre-excitar hasta la locura... una locura contagiosa, ya que se transmite de forma instantánea y se dice que el veterano pope de la psicodelia americana, Timothy Leary, hizo el amor a distancia con una japonesa residente en Tokio.

En lo más hondo de esta ciber-cultura, como siempre sucede en el ámbito de la técnica, rige la misma ley: la *ley de la mínima acción*. Tras la revolución de los medios de transporte, que, en su momento, propició los viajes de boda a Venecia, o a cualquier otro lugar, comienza ahora la revolución del *transporte amoroso*, favorecida en grado sumo por el desarrollo de los medios de la revolución de la transmisión instantánea.

Considerando que la consumación virtual del *acto carnal* es a las parejas más modernas lo que la comunidad virtual es ya a la sociedad civil de usuarios de la red Internet, vamos a asistir, en un futuro próximo, a un sorprendente divorcio.

De hecho, si bien la tecnología industrial favoreció, durante el desarrollo urbano del pasado siglo, el progresivo declive de la familia *extensa* del mundo rural en provecho de la familia *burguesa* y, más adelante, de la bien llamada *familia nuclear*, el final de la su-

premacía de la proximidad física, en la megalópolis de la era postindustrial, no se limitará a estimular el auge de la familia *mono-parental*, sino que provocará otra ruptura, más radical aún, entre hombre y mujer, que supondrá una amenaza directa para el futuro de la reproducción sexuada, ya que son precisamente las crecientes prestaciones del amor a distancia las que ahondan la ruptura «parmenidiana» entre los principios masculino y femenino.

Fijémonos ahora en qué motiva la desproporcionada preponderancia que concedió la evolución de las especies animales a la reproducción sexuada, siendo así que, aparentemente, la partenogénesis representa una solución menos costosa.



Tras largas investigaciones, los doctores Stephen Howard y Curtis Lively, de la Universidad de Indiana, han llegado recientemente a la conclusión de que «toda reproducción sexual supone una mezcla de genes que permite reducir al mínimo el riesgo de extinción de las especies frente a diferentes infecciones y, sobre todo, frente a las previsibles mutaciones de dichas especies».

Ahora bien, existe una mutación que no ha tenido en cuenta esta precencia de la naturaleza: la mutación de la biotecnología. Con el actual desarrollo de las tecno-ciencias de la vida —investigación sobre el genoma humano o procreático—, biosfera y tecnosfera acaban confundándose, en parte gracias a los logros de la nano-tecnología y aprovechando, por otra, los de la informática; no podemos por menos de esperar, de

aquí a poco, la aparición de otros desviados derroteros, de otras confusiones babélicas en el ámbito de la información genética, de entre las cuales el niño probeta de la fecundación *in vitro* no es el más destacado, sino que lo será, el día de mañana, el amor vivido a distancia gracias a la interactividad sexual.

Llegados a este punto, nos topamos (valga la contradicción) con la paradoja de que, de ahora en adelante, será menester *reunirse a distancia* para cualquier intercambio.

Detengámonos a analizar someramente qué perdemos, o qué nos arriesgamos, al menos, a perder por completo, cuando nos adentramos en los trámites de la sexualidad cibernética, que representa, incluso, una amenaza para la propia reproducción sexual, puesto que vulnera el deseo de procreación, en el que ya se ha cebado bastante nuestro modo de vida.

Aunque, en la actualidad, la proximidad inmediata todavía define con bastante claridad el *ser inmediatamente presente*, el día de mañana dicha situación corre el riesgo de diluirse peligrosamente, si es que no desaparece del

todo, y con ella el antiguo y socializador refrán: *Dime con quién andas y te diré quién eres.*

Pero antes de seguir profundizando, conviene que volvamos por un momento a las danzas de cortejo del reino animal, a las maniobras de aproximación y al «noviazgo» que, antaño, precedían al «matrimonio» entre cónyuges potencialmente capaces de «fundar una familia».

Tradicionalmente, los hitos de una boda eran, por una parte, el viaje, el alejamiento propicio, anterior o posterior a la ceremonia, que, de este modo, mantenía viva la memoria de los riesgos biológicos que podían derivarse de una consanguinidad entre los esposos (2). Y, por otra, el *acto carnal* propiamente dicho, el apareamiento, que daba fe de que el matrimonio se había consumado plenamente, pues la cópula representaba la unidad legal del contrato.

Ahora bien, en la actualidad, también en los trámites nupciales se está reflejando el impacto de un modo de vida en el que la precipitación prima sobre la reflexión; en los Estados Unidos, sobre todo, ha llegado hasta tal punto la proliferación de «matrimonios-exprés» que ello supone un síntoma claro de que, en las bodas de hoy en día, adquiere mayor relevancia el «viaje» que la «ceremonia nupcial»; no tardará el nomadismo del *matrimonio drive-in* en cederle el turno al *matrimonio virtual*, como ya sucedió, en 1995, en el Salón del Instituto Nacional de Técnicas Audiovisuales de Montecarlo, en el que dos tele-cónyuges se desposaron ataviados con vídeo-casos y trajes de datos.

A partir de ahora, la lejanía primará sobre el raptó nupcial, y, como sucede en las reuniones a distancia, lo más importante será el alejamiento, el desmembramiento de las partes en presencia; no ya tanto el tacto, el contacto físico entre la pareja como el rechazo del otro.

(2) En China, antiguamente, el raptó en el *carro nupcial* era componente imprescindible de la boda.

De ahí el desarrollo de un *turismo sexual* y la organización, también en este ámbito, de redes mundiales de prostitución infantil, como sucede en Tailandia, donde la mencionada *diversión sexual* constituye más del 80% de la renta nacional.

Del mismo modo que en el alpinismo de alto riesgo cuenta menos, hoy en día, coronar una cumbre que ser el más rápido en las competiciones de escalada, las prácticas sexuales no tardarán mucho en DIVERGIR.

A semejanza de un reactor nuclear que ya no logra generar suficiente energía y está a punto de explotar, la *pareja motora* de la historia está empezando a divergir y no tardará en desintegrarse, al alcanzar el punto en que el recíproco rechazo supere la atracción, la seducción sexual.

De este modo resulta más fácil comprender la proliferación de denuncias, en los Estados Unidos, por *acoso*

sexual, y el repentino incremento de los «juicios de intención» que entabla un número creciente de mujeres, coincidiendo, precisamente, con la moda de la desintegración en cadena de la pareja generadora, inmediatamente posterior a la de los divorcios en serie.

Pese a las apariencias, no existe relación alguna con la moral, ni tan siquiera con el carácter permisivo de la sociedad posmoderna, pues se trata, ante todo, de un fenómeno tecnológico y antropológico, de dimensiones insospechadas.

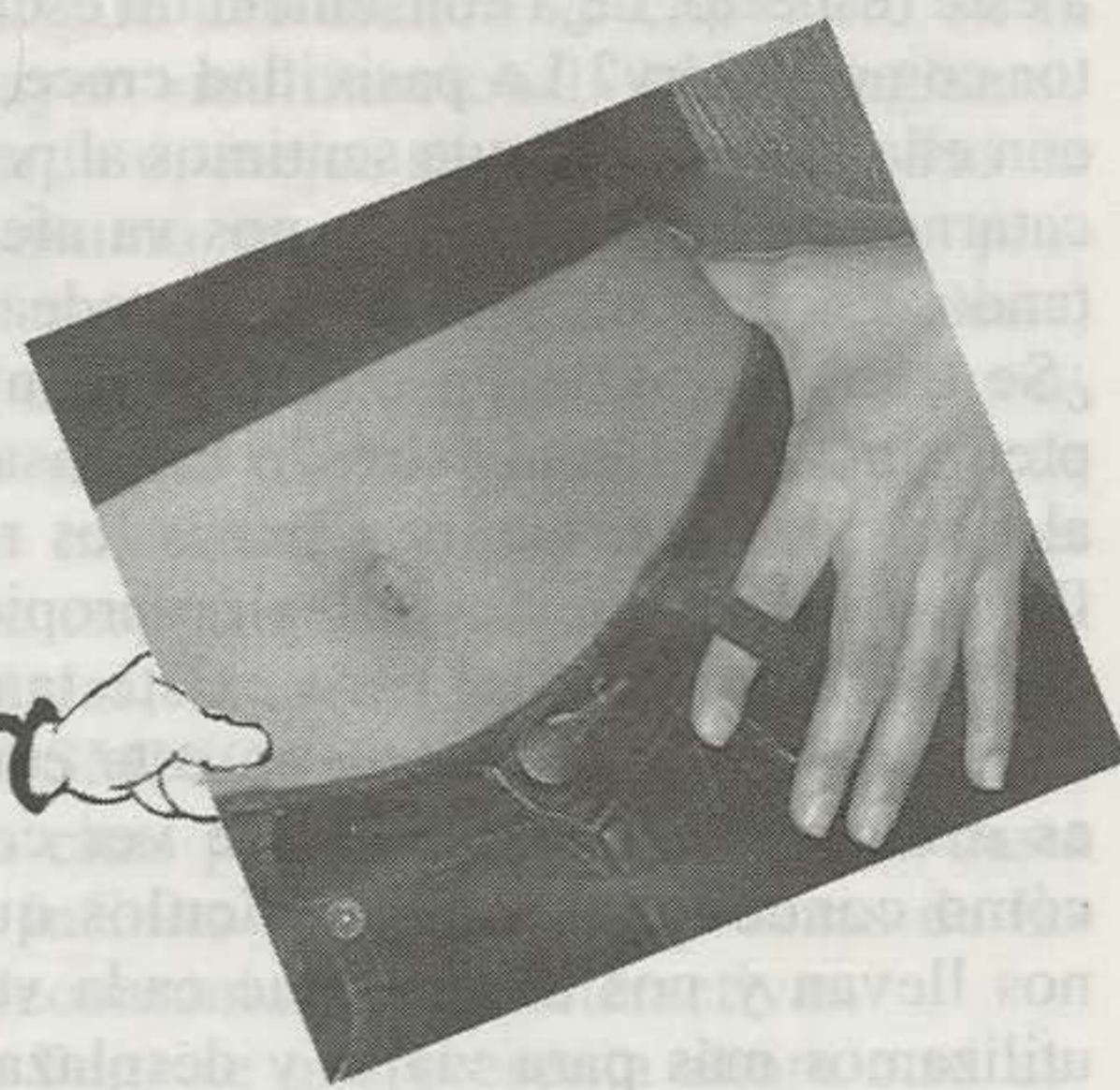
En efecto, sustituir *potencialmente* la conjunción inmediata de los cuerpos por una discreta disyunción mediática, utilizando para ello los artificios de la ciber-sexualidad, desencadenaría un proceso de desintegración fisiológica y demográfica sin precedentes históricos.

Las tele-tecnologías del amor-a-distancia no sólo no recogen ni poco ni mucho el habitual distingo entre el placer de los sentidos —el acto sexual por amor al arte— y el acto carnal con fines reproductivos, sino que inician, además, de forma furtiva, un control a distancia de la natalidad y las primicias de un *hiper-divorcio* que

supondrá, dentro de poco, una amenaza para el futuro de la reproducción humana.

Ya avisó Leonardo Sciascia que «cuando se pierden de vista los hechos, todo puede suceder». En realidad sí, como parece muy probable, llega a superar, el día de mañana, el *placer virtual* de la tele-presencia sexual al *placer real* del amor carnal, pronto las únicas capaces de perpetuar la humanidad serán las sociedades no sólo subdesarrolladas, sino «mediáticamente» desabastecidas.

Tras condenar al paro técnico tanto a las *call-girls* como a las «chicas de la calle», la cibernética de las futuras citas por cable jubilará, dentro de poco, a los machos y las hembras de una humani-



dad completamente invalidada, en provecho de los sexos mecánicos de la masturbación mediática.

«El individuo de la era científica está perdiendo la capacidad de sentirse centro de energía», decía Paul Valéry, y de este modo aplicaba su intuición a un terreno casi virgen, el de los seres animados, el de ese movimiento que inmuta a los seres vivos. De hecho, sigue siendo un misterio por qué se mueven los organismos vivos, y ése es el misterio mismo de la vida. «Cuando parpadeamos, cuando contraemos los músculos, o cuando unos corredores aceleran el ritmo, nos parece que cada una de estas acciones brota espontáneamente desde dentro, mientras que tenemos la impresión opuesta cuando se mueven el camión, el avión o el cohete, cuya fuerza motora procede de la repentina dilatación del gas al alcanzar una temperatura elevada, la misma impresión que nos causan los barcos de vela, las olas o los árboles que agita el viento, pues si se

mueven es porque los obligan los elementos externos (3).»

Los organismos vivos son, pues, fuentes de energía y actúan como conjuntos «bio-moleculares» que transforman las energías luminosas o químicas en todo aquello que la vida precisa: movimiento, calor o equilibrio interno. Sin embargo, hasta el momento éramos psicológicamente conscientes de esa transformación *metabólica* e identificábamos la egocentración del ser vivo no ya sólo con el hecho de estar sanos, sino con el de «estar en forma» —de sentirnos en forma por las mañanas, por ejemplo— y con ese influjo nervioso que al despertarse, nos despierta.

¿Cómo interpretar el fracaso del que, a este respecto, deja constancia un escritor como Valéry? La pasividad crece, y con ella la ansiedad que sentimos al percatarnos de la pérdida que nos va afectando, a nosotros y a cuanto nos rodea... ¿Se trata acaso de un envejecimiento prematuro, debido al estrés, a las prisas, al ritmo de vida, que nos satura los reflejos y reduce nuestra reflexión propioceptiva? Es probable, pero existe también otra explicación, que en este caso es *exteroceptiva*, y tiene que ver con cómo conducimos esos vehículos que nos llevan y nos traen y que cada vez utilizamos más para viajar y desplazarnos.

Por otra parte, como ya indiqué en una obra escrita hace tiempo (4), resulta muy revelador examinar cómo evoluciona y cambia a lo largo de la historia el «sitio del conductor». Por ejemplo, antaño los conductores iban a la intemperie, en contacto con el aire libre, escuchando el rugir del motor y del viento, sintiendo las vibraciones de la carrocería de la máquina; pero hoy en día comprobamos que el exceso de velocidad ha hecho que poco a poco el conductor haya quedado recluido, primero tras la pantalla de las gafas, luego detrás del parabrisas y, finalmente, dentro de automóviles cerrados.

Los conductores pioneros se dejaban llevar por los sentimientos; vino luego la conducción que se fiaba de los instrumentos; más adelante llegó el piloto automático, por no hablar del mando a distancia del que disponen los más diversos aparatos. *¿Cómo no intuir*

idéntico destino en lo tocante a la relación amorosa, a la conducta cibernética de los amantes separados?

Cuando dirigimos a distancia las sensaciones y, por ende, el placer físico, se reproduce al instante esa pérdida de contacto con el cuerpo de la «máquina de correr», cuya voluptuosidad envuelve de tal modo al conductor que un experto como Ayrton Senna llegó a decir que cuando se ponía el mono ignífugo de piloto de Fórmula 1 *era literalmente como si se enfundase en el coche de carreras.*

Cuando perdemos la propiocepción energética del cuerpo, lo que estamos viviendo, en resumidas cuentas, es un nuevo episodio de la historia de las prótesis, una historia que invalida (nunca mejor dicho) las teorías de un Leroi-Gourhan, según las cuales las herramientas, los más variados instrumentos, son como una prolongación de los órganos del hombre: el martillo mejora el puño, las tenazas mejoran la mano, etcétera; estas afirmaciones, que pueden ser de recibo en el campo de la mecánica, carecen no obstante de toda verosimilitud si pasamos de la noción de masa a la de energía (sobre todo de energía eléctrica) y, aún más, a la noción de información en su calidad de tercera dimensión de la materia. Pues cuando los relés eléctricos ocupan el lugar de los relés mecánicos, la ruptura es manifiesta y el cuerpo desconecta hasta que los impulsos electromagnéticos de los nuevos mandos a distancia desembocan, como sucede, por ejemplo, con el zapeo, en una conducta inerte del individuo. En último término, la ley de la mínima acción saca del circuito, mediante el uso de la cibersexualidad, al ser animado del amante.

Con la prolongación «bio-mecánica» por una parte, y la posterior ablación «energética» por otra, el individuo de la era tecno-científica pierde, efectivamente, la capacidad de sentirse centro de energía y se convierte, primero en un ser inútil, y luego, al poco tiempo, en un supernumerario que debe enfrentarse a la automatización de sus funciones productivas o perceptivas.

«Lo único que puede salvarnos es un nuevo arte de gozar», afirma un eslogan publicitario de la ciber-cultura. Saint-Pol Roux expresaba precisamente este deseo en un breve poema que trata de la aceleración, al escribir, refiriéndose a los transportes:



Correr más es jugar con la muerte.
Correr más es gozar de la muerte (5).

Tales palabras pueden aplicarse perfectamente a las capacidades de las transmisiones instantáneas. A partir de ahora, la zoofilia va a ir cediendo terreno ante las primicias de una tecnofilia del amor-a-distancia y va a dar comienzo «el juego del amor y del azar», juego de patológica inercia que va de consuno con el *sumum* del confort y la autarquía de los sentimientos.

«Para aquel que se peca de que es mortal, comienza la agonía», afirmaba Arthur Schnitzler. Gozar, si no de la muerte, al menos de la agonía de su presencia virtual, de una progresiva parálisis de las propias facultades, tal es el reto, inconfesado aún, de esas «teleoperaciones» en las que los amantes separados no pueden ya aspirar a la mutua presencia si no recurren a sus respectivos mandos a distancia... y el espectro de la emisión/recepción de una señal energética suplantarán en adelante al orgasmo. Las ratas de laboratorio disfrutaron hace unos años de la primicia de es-

(3) Dan Urry, «Les machines à protéine», *Pour la science*, febrero de 1995.

(4) Paul Virilio, «La conduite intérieure», *L'horizon négatif*, París, Galilée, 1984.

(5) Saint-Pol Roux, *Vitesse*, París, Rougerie, 1973.



tos juegos de electrocución recíproca previos a la vivisección.

Fijémonos, a título de comparación, en otra agonizante presencia en el mundo: la enfermedad de Alzheimer, esa demencia senil que afecta a la realidad sensible del sujeto. La víctima no está para nadie, ni siquiera para sí, tras haber perdido el contacto con el cuerpo, que se ha independizado de la mente.

Inconsciente, sometida a irreversibles perturbaciones de la memoria y a una desorientación espacial y temporal, *deja de existir aquí y ahora* y, si despierta de tarde en tarde, carece por completo de sincronización con el entorno pese a los esfuerzos de quienes la cuidan, que intentan proporcionarle, durante estos breves intervalos de conciencia, ciertos puntos de referencia espacio-temporal que la obliguen a conservar, aunque sólo sea por un instante, algún vínculo con el propio cuerpo y algún tipo de relación con quienes la rodean.

En el preciso momento en que la realidad deja de ser lo que era, la víctima huye por caminos ignotos hacia una virtualidad patológica que no puede por menos de recordarnos la *ciber-patología* de los amantes separados, adeptos a un juego interactivo que los aleja mutuamente por un espacio virtual que nadie sino ellos podrá conocer jamás... Son como cibernautas de una demencia, precoz en este caso, que a todos permite conectarse a cualquier red en la que el acoso sexual no sólo está tolerado, sino vehementemente propiciado (tras el oportuno abono), de forma tal que la descentralización «tele-sexual» se convierte en hábil complemento de la del tele-trabajo a domicilio.

El sexo ha dejado de existir y lo ha sustituido el miedo. El miedo al otro, al ser diferente, ha podido más que la atracción sexual. Tras la lucha contra la gravedad de los cuerpos pesados y las investigaciones acerca de las técni-

cas de levitación y de ingravidez, comienza un conflicto del mismo tipo, opuesto a la atracción universal que permite la supervivencia de la especie: ingeniería genética, fecundación artificial, etcétera, otros tantos ejemplos de una misma tentación de acabar con los seres vivos.

«Imagináos por unos instantes que el acto generador dejara de ser algo necesario y voluptuoso y se convirtiese en una reflexión pura y regida por la razón. ¿Sería posible que subsistiera la especie humana?», preguntaba Schopenhauer en su ensayo acerca de la metafísica del amor (6). Ha pasado un siglo y las investigaciones cibernéticas acerca de la desviación sexual vuelven a plantear la cuestión de saber hasta dónde nos llevará esta separación de cuerpos, esta diástasis de los seres vivos.

Tras las diversas perversiones *contra natura*, van esbozándose ahora otras prácticas alternativas del amor, otras *diversiones*, complejas en esta ocasión, no ya «bestiales» y zoófilas, sino «maquinales» y descaradamente tecnófilas.

Pero, ¿qué se esconde tras este fenómeno pánico de retirada, de retiro, que pretende eludir el acto carnal? El temor a la contaminación del sida u otros temores, otros espantos inconfesables. La ciencia de las máquinas nos destierra misteriosamente, no sólo del mundo geofísico, sino también del cuerpo físico del prójimo que contradice continuamente nuestro ego y cuya vital necesidad no es ya lo que era antaño, en los tiempos en que el reino animal mandaba, con todo su potencial energético, sobre esas energías de síntesis, o más bien de sustitución, que hoy predominan.

Prolifera una información que derrota a los hechos y se *sintetiza* a más y mejor en los medios de comunicación de masas, en los que la imagen triunfa ya sobre el objeto, aunque sólo pueda ser «imagen» suya; pero también vence, y es lo que nos importa al llegar a este punto, a la circunstancia de hacer el amor aquí y ahora, en tanto que prevalece un remedo mecánico en el que la «distancia» vuelve a ser *distentio*, distensión y disensión de la pareja, al convertirse los juegos del amor y del azar en vulgares juegos de sociedad, en una

especie de casino virtual análogo a la bolsa de valores donde, en los famosos mercados de derivados, los *trader* y otros *golden-boys* se entretienen durante todo el año en hacer saltar la banca.

Oigamos de nuevo a Schopenhauer, cuando habla del interés sexual —y no ya financiero—, refiriéndose a ese futuro monopolio cibernético del placer de los sentidos: «Ese interés en que se basa cualquier comercio amoroso, desde el más pasajero de los caprichos hasta la pasión más sincera, sigue siendo, para todos y cada uno, el asunto más importante, aquel cuyo éxito o fracaso interesa en mayor grado, por lo que puede aspirar al adecuadísimo nombre de *asunto del corazón* (7)».

Imaginemos ahora que el oficio más antiguo del mundo se convierte en la mayor «multinacional» que imaginarse pueda o, mejor aún, que la sociedad de consumo va más allá de los meros productos de supermercado y se convierte, el día de mañana, en sociedad de consumo tele-sexual; entonces el mundo de los multimedia ya no se limitaría a ser ese casino que tanto critican los economistas, sino un burdel, un BURDEL COSMICO, y el sorprendente auge de las citas por cable se reproduciría hasta el infinito merced a las proezas de las telecomunicaciones interactivas.

Pero se nos presenta ahora otro aspecto de esta emergente diversión sexual, y viene reforzado por la rabiosa individualización que, junto con la crisis demográfica, amenaza de consuno a nuestras sociedades. Si, como todo el mundo sabe por experiencia, a tenor de su escaso nivel de filantropía, «cuanto más se individualiza el amor, mayor intensidad posee (8)», las condiciones de vida en la ciudad mundial acelerarán aún más, a medida que se vaya debilitando la unidad de población familiar, la autarquía del soltero empedernido, y se perseguirá la intensidad con redoblado esfuerzo, mientras que habrá cada vez mayores equivalencias entre los «deportes de aventura» y la búsqueda de experiencias sexuales de alto riesgo.

En realidad, si bien es evidente que el cuerpo social ha precedido en el tiempo al cuerpo animal que genera, y si también es cierto que «el ser en sí reside más en la especie que en el individuo» (9), la individualización contem-

(6) Schopenhauer, *Douleurs du monde*, París, Rivages, 1990.

(7) Schopenhauer, *op. cit.*

(8) Schopenhauer, *op. cit.*

(9) *Ibid.*

poránea hace peligrar desde todos los frentes la persistencia de dicho ser.

«Ahora bien, ¿qué otro tema podría resultar de mayor interés que ese que tiene que ver con el beneficio o el perjuicio de la especie? Pues el individuo es a la especie lo que la superficie de los cuerpos es a los propios cuerpos» (10). SUPERFICIE ayer aún, con la hondura sin par de la piel (Valéry), INTERFAZ hoy, gracias a los logros de esas telecomunicaciones entre los cuerpos INDIVISOS que consiguen plasmar la paradoja de un INDIVIDUALISMO TOTALITARIO, al permitir no sólo «reuniones a distancia», sino también uniones tele-sexuales de las sensaciones genitales; HIPER-DIVORCIO de una humanidad cuya propia desunión reúne, en la que la *interactividad* provoca una desintegración de los cuerpos análoga a la que causa la *radioactividad* en las partículas elementales de la materia.

¿Cómo no caer aquí en la tentación de comparar a Schopenhauer con Heidegger? Si, como afirma este último, la técnica es la consumación *real* de la metafísica, la cibernética, por su parte, consume virtualmente la «metafísica del amor», en detrimento de la especie y de su reproducción sexual.

El «CIBER-FEMINISMO» participa en el desarrollo de una conciencia feminista y destaca la importancia de los multimedia en la percepción del cuerpo (11). Con tales palabras comienza el manifiesto de una asociación fundada recientemente, recogiendo las de un artículo que apareció hace ya diez años en *Socialist Review*, y esta agrupación femenina añade: «Las tecnologías de la comunicación y las biotecnologías son herramientas considerables que nos permiten volver a inventar el propio cuerpo ...; el advenimiento de la cultura postindustrial acarrearán una honda modificación de las sociedades humanas. En la misma medida van a modificarse la arquitectura sensorial y orgánica del cuerpo humano, las identidades sexuales y culturales e, incluso, nuestras formas de pensamiento y el lugar que nos corresponde a cada uno».

Al considerar que la emancipación de las costumbres será el siguiente paso,

tras la constatada evidencia de la importancia política y cultural del CIBERESPACIO, el autor de las anteriores líneas acaba por plantear la cuestión vital del control: «¿Quién se encargará de crear, el día de mañana, los códigos y las descripciones que deberán representar los cuerpos del ciberespacio, donde todo existe bajo forma de metáfora? De entrada, ello depende ya de la forma en que los cibernautas se internan en el cuerpo virtual».

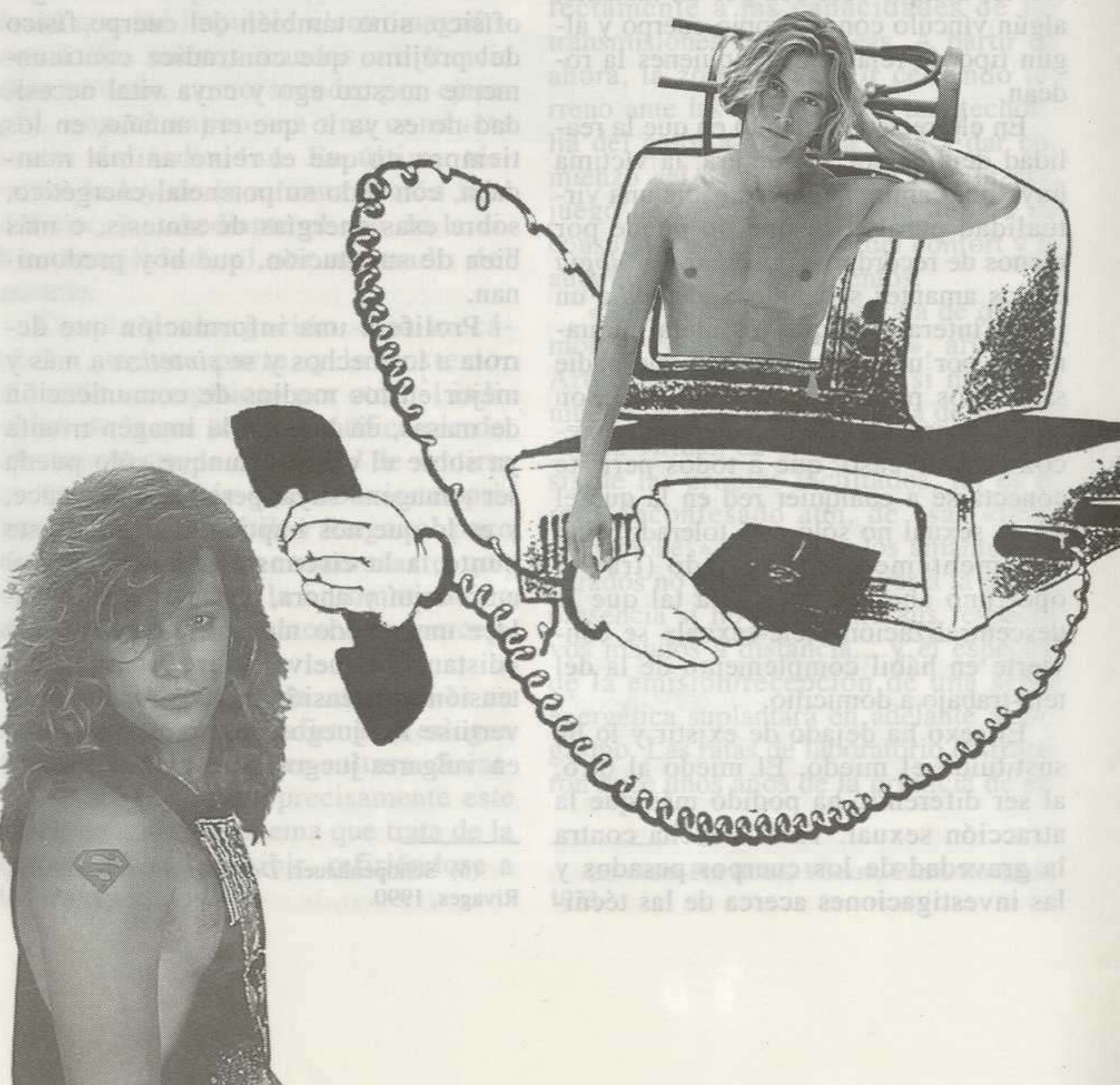
A continuación, el ciber-feminismo plantea el argumento de la importancia de la responsabilidad política en la elaboración de este cuerpo, «auténtico sujeto revolucionario»: «¿Cómo serán las relaciones sociales de la sexualidad, los comportamientos sexuales de comunicación de los cuerpos, el deseo y las diferencias entre sexos en la era de la metáfora codificada? El control de la interpretación de las fronteras del cuerpo supone un auténtico reto feminista».

Parece lógico que, en estos momentos en que están desapareciendo una a una las fronteras que separan a la biología de la tecnología, al ser humano de la máquina, comiencen a apremiar las nuevas tomas de postura, lo que explica esta llamada final: «Urge que las mujeres participen en la construcción del ciberespacio desarrollando una REPRESENTACIÓN

SENTACIÓN IMAGINARIA CIBERNÉTICA que pueda convertirse en la herramienta que les permita construirse a sí mismas. Si bien es cierto que los multimedia pueden llegar a ser un formidable instrumento que controle y someta, sólo depende de nosotras, mujeres, que sea una herramienta de emancipación».

Este texto es mucho más que un manifiesto de la militancia femenina, pues suena ya como una voz de alarma ante la amenaza de una sustitución en la que las máquinas podrían suplantar a los encantos carnales de la feminidad. De hecho, aunque existen los más diversos sustitutos de los órganos sexuales (vibradores, consoladores...), no procede ya una simulación a la que pronto suplantarán prácticas «alternativas» en las cuales el hiper-realismo del cuerpo virtual será a la carne lo que las drogas son a la mente. La dependencia letal de los estupefacientes anuncia lo que será el día de mañana el implacable universo imaginario del CIBER-SEXO.

«VELOCIDAD: COITO EN EL FUTURO», profetizaba hace más de medio siglo Saint-Pol Roux, surrealista adepto a un cine vivo capaz de engendrar una humanidad espectadora: «¡Oh, cámara, matriz, dignate parir de veras! ¡Imágenes planas, henchíos de relieve!



(10) *Ibid.*

(11) «En attendant», *Lettre d'information de la Maison de toutes les chimères*, 3, diciembre 1994.

Dadles sexo a esos condones, dadles aire a esos globos» (12). Tales deseos son ya hechos. Gracias al guante de recuperación de fuerza (DATA GLOVE) y, sobre todo, al traje de datos (DATA SUIT), *todo funciona como traído por el rayo* y el flechazo de los amantes separados se convierte de pronto en *pistolazo* de gracia.

Del entretenimiento erótico pasamos, pues, a la diversión sexual y, sin tardar, a la divergencia fatal, la de ese reactor que desencadena la fisión nuclear. Puesto que ahora el orgasmo cibernético llega a la velocidad de las ondas electromagnéticas, la diferencia entre *éxtasis* y *diástasis* es mínima, infra-mínima. Pues, efectivamente, si el alejamiento acerca hasta tal punto a los amantes (interactivos) que acaban por *amar a la lejanía como a sí mismos*, desaparece para siempre la distancia entre el divorcio y las nupcias.

Observemos ahora, a modo de conclusión provisional, las primeras reacciones éticas que ha provocado esta mutación telemática de la sexualidad. En un mensaje apostólico dado a conocer en 1994, coincidiendo con el año internacional de la familia, Juan Pablo II decía: «La unión y la procreación no pueden separarse de *forma artificial* sin alterar la verdad íntima del acto conyugal en sí» (13).

No debemos limitarnos a ver en estas palabras un simple rechazo de la contracepción o la habitual y consabida alusión al carácter indisoluble del matrimonio, sino plantearnos otro interrogante referido a la naturaleza del ARTEFACTO distanciador. *¿Qué artificio* es éste, en efecto, que deja desfasada incluso la unión de los cuerpos en provecho de una tele-sexualidad virtual que no se limita a preconizar el divorcio, sino también la *separación de cuerpos*?

¿Qué va a ser no ya sólo del porvenir del matrimonio instituido, sino también

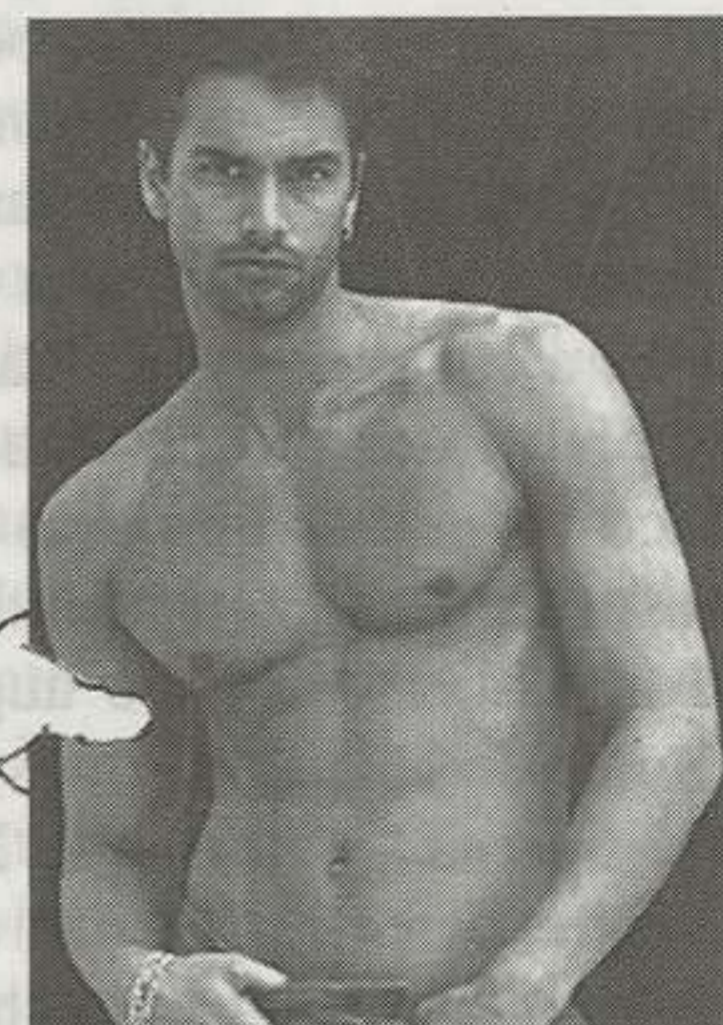


del divorcio, si se está desintegrando, en el sentido literal de la palabra, no ya la pareja, sino la cópula?

En tiempos aún más recientes, durante un congreso celebrado en la primavera de 1995 en Roma, unos especialistas católicos lanzaron una llamada en contra del desarrollo fácilmente predecible del amor cibernético. Al denunciar como una «catástrofe del amor» esos hábitos interactivos, los congresistas de Roma destacaban que a partir de ahora la industria del sexo ofrecía a los amantes «un espacio ilusorio y artificial, una vía de escape fácil a la incapacidad que puedan tener algunas personas para la confrontación responsable» (14), y también que este mundo feliz del consumo a distancia de relaciones sexuales con dos o más participantes no es sino una negación del coito humano y no constituye ya un accidente dentro del matrimonio, como el adulterio o el divorcio, sino un accidente

dentro de la realidad del propio «acto carnal» y, por ende, del auténtico conocimiento del otro, puesto que, como reza la Biblia, *conocer al otro es amarlo*.

Como hemos podido comprobar, «la revolución de la información», que está tomando, en nuestros días, el relevo de la revolución de la industria manufacturera, no carece de peligros, ya que los desmanes fruto del progreso de la INTERACTIVIDAD co-



rran el riesgo de ser, el día de mañana, tan letales como los de la RADIOACTIVIDAD, y la «bomba informática», que ya Einstein denunció hace tiempo, precisará a no mucho tardar de un nuevo tipo de disuasión, no ya militar y nuclear, como no pudo por menos de suceder con los riesgos mayores de la «bomba atómica», sino, en este caso, política y social. A menos que, con el declive de la familia nuclear y el auge de la unidad de población MONO-PARENTAL, la desintegración social no haya entrado ya en una fase irreversible.

PAUL VIRILIO

— «El arte del motor». *Letra Internacional*, 18.

— «Dromología: la lógica de la carrera». *Letra Internacional*, 39.

— «La lógica de la desaparición». *Letra Internacional*, 39.

(12) *Cinéma vivant*, París, Rougerie, 1972.

(13) *Le Monde*, 23 de febrero de 1993.

(14) P. Georges, «Le cybersexe á l'index», *Le Monde*, 15 de marzo de 1995.

El contrato social de la Generación del 20

Oscar Scopa

Poco tiempo antes de dejar de ser el presidente de la República Francesa, François Mitterrand propuso la necesidad de un nuevo contrato social. Esta solicitud, sumada a la renuncia de algunos hombres probos a ocupar un sitio de poder mayor al que tienen e inclusive yéndose a sus casas a descansar o a agarrar la pistola de la tristeza definitiva, nos hace sospechar que esas palabras casi de despedida de Mitterrand nos brindan el aroma corrosivo que auguran las previsiones de lo que algunos sueñan como el vivificante y veloz siglo XXI.

Hoy en día quienes conservamos el espíritu crítico hacia los hechos sociales y políticos lo tenemos fácil. Demasiado fácil. Todo hace aguas por todas partes. Todo está suficientemente desmadrado y en general una sensación de espanto invade la vida cotidiana de los habitantes del planeta que nos inventamos. Espanto en el sueño de los desposeídos frente al «buenvivir» de los países ricos. Espanto de los habitantes de los países ricos al ver lo que sucede en su entorno, en las dos terceras partes del mundo «civilizable».

A su vez, los habitantes de cada país sienten entre vergüenza, fastidio y temor al ver las condiciones en las que se están desarrollando las relaciones políticas dentro de cada Estado. Pareciera que la máxima de Kant que pone en juego la libertad de hacer *uso público* de la razón haya sido enajenada. No por la quema de libros o la guerra, sino por la mayor de las pestes: la indiferencia, la complacencia arrogante en la práctica de la ignorancia oportuna.

Y digo que lo tenemos fácil pues cualquier crítica que hagamos da en el clavo. Esto me parece sospechoso, con respecto a nosotros mismos. Cierta filósofo de la escuela de Francfort, cuyo nombre no recuerdo ni cito, dijo que nuestra sociedad era la única en la historia que tenía todos los elementos críticos para resolver sus problemas y a su vez no los podía poner en práctica. Esto es cierto, pero no concluyente.

En los días finales de la República romana —esa traducción de los sueños imposibles de algunas *polis* griegas— ocurrió bastante de lo mismo. Quizá la



Henri Rousseau: *La musa inspira al poeta.*

diferencia es que en aquellos días la acumulación era principalmente territorial y en nuestros días va directo al cuerpo, a la vida misma de los sujetos, pues éstos se vuelven un obstáculo.

Parece sospechoso, pues quienes tienen siempre la verdad en la boca, el análisis perfecto, la provocación crítica justa, apropiada y esperada por el lector ya constituido en un enmarque determinado, no hacen más que inventarse a sí mismos como interpretadores versátiles frente al tranquilizador inmovilismo general. Desconfío del estilo crítico que estamos llevando adelante, tan autocomplaciente, tan inmune a dar un mal golpe de martillo frente a la dictadura de los «lectores constituidos», frente a la dictadura de la velocidad de los eficientes.

Muchas de las discusiones que se reiteran entre la palabra modernidad y otras que circulan en torno a ella no dejan de ser sorprendentes, ya que se realizan sin ninguna manufactura, sin ningún objeto nuevo. Es el fruto de nuevas razones conductistas, un prefijo para una nueva metafísica de las costumbres. Parecen más discusiones por obtener posiciones

en las cátedras universitarias o en el trayecto editorial antes que por hacerse cargo de lo que ocurre o lo que deja de ocurrir en el ámbito de la relación entre sujeto y manufactura, en la cultura.

Uno está también tentado de cuestionarse para qué se han escrito los miles, los cientos de miles de volúmenes desde la Revolución Francesa hasta nuestros días, haciendo interpretaciones de la sociedad, dando sus marcos de referencia, ejerciendo un intento de poder de veto o influencia. ¿Para esto? ¿Quién se quedó con esas letras?

La pregunta asalta a algunos pensadores que comienzan a entender que lo que estamos viviendo no es sólo una crisis de los sistemas democráticos sino algo más grave, que parecería aún no tener nombre para muchos, pero que indiscutiblemente se enlaza a lo que pareciera ser una nueva era sin avance tecnológico real.

Maquiavelo, Hobbes, o Rousseau fueron todo lo precisos que pudieron en sus tensiones y propuestas. También lo fueron Smith, Ricardo o Marx. Todos ellos comprometidos y arriesgados en el ejercicio de sus propios pensamientos. Podríamos decir que en ellos —no sólo en ellos— se sustentan las aspiraciones democráticas de Occidente o que al menos sus textos sirvieron, modificados y aumentados —la mayor de las veces fraccionados según conveniencias de izquierdas y derechas— para lo que podríamos llamar la constitución de los estados democráticos modernos, los del avance tecnológico real.

La situación habla a las claras para quien quiera oír. Los ministerios del Interior de muchos países puestos en cuestión por sus prácticas clandestinas o por la puesta en marcha de intereses particulares en perjuicio del interés general democrático. Izquierdas y derechas están comprometidas según el país en el que se hayan dado esas situaciones de los años finales de la guerra fría.

La justicia, momento máximo del contrato social democrático, puesta en cuestión en los países occidentales con razones atendibles, al suponerse que sus actos son actos de magistratura —en el

decir de Rousseau— y no actos de justicia como una respuesta comprometida con el bien común.

La ciencia intentando evitar su conflicto con el no saber a través de la interdicción y las proposiciones tautológicas del efecto inquisitorial. Bajo un velo de supuesto progreso obtura cualquier progreso que denuncie su conflicto, imponiendo normas que ejecuta a través de frases terroristas. Su impotencia es quizá la moral más brutal de este fin de milenio. Es la que ha proporcionado el nuevo enemigo necesario para suplir al *maldito comunista*: el fumador, el bebedor, los amantes excesivos, etcétera. Un *intermezzo* hasta que aparezca el Enemigo Verdaderamente Apetecible.

Las grandes ciudades, convertidas en conglomerados inhabitables, tienen cada vez más soñadores de la dispersión. Muchos medios de comunicación responden a claros intereses particulares y no al derecho de la información como medio de rectitud de decisión soberana en pos del bien común.

No es de sorprender que las minorías ocupen hoy el lugar espectacular que tienen. Parafraseando a Stendhal, es constituir una opinión pública del espectáculo lo que buscan los medios de comunicación. La situación de las mayorías no es un espectáculo para nadie y algunos hombres y mujeres de ciertas organizaciones de minorías se están dando cuenta del juego.

La circulación de dinero negro —que nunca se sabe de dónde viene pero que ahí está— comprometiendo por igual a las iglesias, a los partidos políticos, a las empresas y hasta a muchos miembros de profesiones independientes vinculadas directamente al cuidado del bien común. A esto se lo llama corrupción.

Fue justamente la erradicación de la corrupción lo que llevó al teórico moralista Adam Smith a pelarse las pestañas escribiendo su obra. Fue justamente el vivir en una libertad crítica y realizadora del resto del propio valor lo que llevó a la misma ímproba tarea a Marx. Hoy deben ambos desde sus limbos abrazarse con horror al ver lo que produjeron sus hijos putativos en sus nombres: la herencia es irrespirable y, lo que es peor, irrepresentable.

Es por eso que el antiguo presidente de los franceses tiene razón. Aunque sólo sea en parte. Bastaría con poner en prác-

tica el Contrato Social inspirado por Rousseau, aunque estuviese escrito desde su prototípica candidez, aunque, como descubrió Todorov, no dé cuenta de las máximas tensiones de sus intuiciones. Esta aplicación parece imposible y ha quedado demostrado que lo era, que sus pretensiones eran de una también extrema cristalinidad.



Henri Rousseau: *La guerra*

Frente a ese tácito fracaso se propone un nuevo contrato en las actuales condiciones de perplejidad y falta de valores ciudadanos; donde ni el iluminismo ni la electricidad a vapor son el ideal de nadie. Quizá sea esto una suerte o las suertes de lo que vendrá de la mano de la única ilusión practicada por muchos aspirantes al poder: la acumulación financiera o curricular de la carrera definitiva.

Esto pasa. Podemos darle la explicación que queramos, pero ocurre. Parece muy difícil, en las actuales condiciones, encontrar uno o varios elementos que garanticen el ejercicio del bien general, del bienestar solidario —el único bienestar político— como práctica primaria para que exista una sociedad con tendencia a volverse democrática. Nos olvidamos demasiado pronto de que la democracia nunca está del todo consolidada, pues necesita de su práctica pública cotidiana. ¡Si casi parecería una frase escolar!

Todo el montaje económico y el ideario de aplicabilidad de los cánones de los discursos del poder van en sentido inverso: consumidores, contribuyentes, accionistas... pero no ciudadanos. Hasta

parece anticuado nombrar esta palabra en el pragmático presente lleno de posibilidades de paz y enriquecimiento para todos los habitantes del planeta. Ese invento planetario que pasa inexorablemente desde hace tres siglos del fulgor evangelizador colonialista —nosotros salvaremos y ayudaremos al salvaje— a la expoliación de la mano de dos ejes que implican a todo el mundo— franceses o ingleses; alemanes o aliados, soviéticos o norteamericanos— en sus guerras tecnológicas y comerciales.

Sin duda es necesario un nuevo Contrato Social. Este debería ser planteado desde aquel principio que subrayaba y aclaraba Montesquieu: la virtud, ese «amor de la igualdad» republicana del «hombre de bien político». No habrá contrato social alguno que implique un bien vivir solidario de los pueblos si no está hecho desde la virtud política. (¿Será posible!?) ¿Es compatible el ejercicio tecnocrático eficientista con el hombre de bien político y con las costumbres del convivir democrático?

De lo contrario —esto es, si no se reflexiona fuera de la espectacularidad y en la opinión tendente a la verdad distanciada del prejuicio— nos encontraremos sumergidos en las pretensiones de los «virtuosos» por antonomasia, los arbitrarios, los que gozan canónicamente de todo lo ajeno y no dan cuenta de nada de lo propio. Quizá la Generación del 20 tenga alguna respuesta a estas cuestiones que nosotros no hemos podido resolver.

La del 2020, digo. Esto no nos exime de desarrollar hoy, casi en el desierto, una ética que posibilite la transmisión de los valores y principios que van desapareciendo succionados en la fragmentación. La práctica y el desarrollo de cualquier ética exige una renuncia, casi siempre poco útil y por sobre todo muy distante de los protagonismos.

OSCAR SCOPA

— «Escenografía del territorio ideológico». *Letra Internacional*, 28.

— «La inestabilidad de la vocales». *Letra Internacional*, 29.

— «La traducción de un sexo invariable». *Letra Internacional*, 32.

— «Entre la daga y la escritura en el cuerpo de la ciudad». *Letra Internacional*, 34.

Harold Bloom ¿Canónico o canónigo?

Salvador Clotas

El canon occidental de Harold Bloom suscitó una gran polémica cuando en 1994 apareció en Estados Unidos. El *establishment* académico reaccionó airadamente contra el viejo profesor. En España, traducido al español y al catalán, ha sido objeto de muchos comentarios y ha dado pie a grandes especulaciones, poco halagüeñas en general, sobre la lista de obras canónicas que, en forma de apéndice, incluye el libro. La mayoría de los críticos literarios han guardado distancia frente a una obra desmesurada y apasionada hasta la desfachatez, al decir de algunos, que, quizá por esta razón, ha llegado a figurar entre los libros más vendidos, cosa insólita para un texto de crítica literaria.

La polémica y el escándalo no parecen haber dado demasiada luz sobre el contenido real y menos sobre los objetivos de su autor. Por otra parte, los monstruos contra los que combate la espada flamígera de Bloom, los críticos feministas, marxistas, lacanianos, neohistoricistas, deconstruccionistas y semióticos que para él constituyen la escuela del Resentimiento, aquí son más bien molinos de viento. Algo de quijotesco tiene la empresa de Bloom porque, en el fondo, su adversario, más que esa tropa de críticos, es la decadencia de la lectura, de los estudios literarios y de la misma cultura literaria frente al avance de una cultura audiovisual de dudosos valores artísticos y morales. Más concretamente, al autor le preocupa el deterioro de los estudios literarios en los departamentos de las universidades norteamericanas, sustituidos por los estudios multiculturales y paraculturales. «No creo que los estudios literarios como tales tengan futuro, pero eso no significa que muera la crítica literaria. Como rama de la literatura, la crítica sobrevivirá, pero probablemente no en nuestras instituciones de enseñanza. El estudio de la literatura occidental también continuará, pero a la escala mucho más modesta de nuestros actuales departamentos de clásicos». (pág. 526).

En ese contexto, Bloom ha escrito una obra que resume su quehacer de muchas décadas y que constituye un auténtico alegato o una elegía a favor de la lectura, de la literatura y de los valores estéticos.

Harold Bloom, de origen obrero como he leído en alguna parte, es un conocido crítico literario y profesor en las universidades de Yale y Nueva York. Ha escrito más de veinte obras, aunque en España, que yo sepa, no se ha trad u c i d o

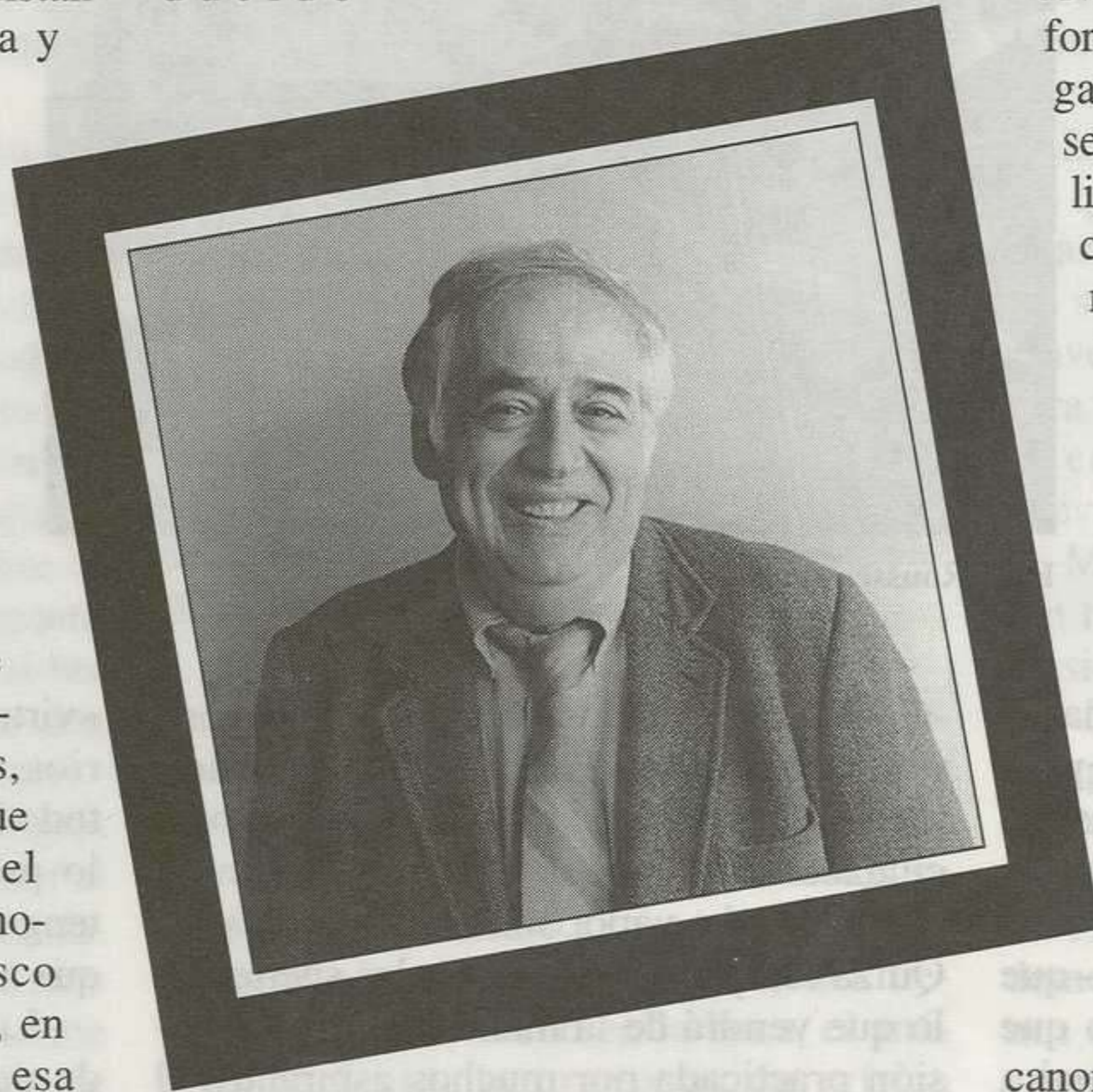


Foto: Jerry Bauer

más que un curioso *Libro de J.*, donde el enemigo acérrimo de las tendencias feministas de la literatura actual, atribuye los cinco libros bíblicos del Pentateuco a una ilustrada aristócrata de la corte de Salomón que sería el primer novelista de la historia. Políticamente se ubica en lo que se ha denominado la izquierda norteamericana según confesara en una buena entrevista realizada por Edmundo Bracho en la revista *Quimera*.

El canon occidental es sobre todo la obra de un lector, de un hombre que ha dedicado la mayor parte de su vida a leer las grandes obras de la literatura universal, exceptuando la china y la japonesa por la precariedad de las traducciones. Es un lector voraz y culto que aconseja la «lectura

fresca», es decir como si nada se hubiera leído sobre el libro, aunque sin duda a él le traiciona una densa erudición. Sus tesis son sencillas y apelan más a la sensibilidad y al sentido común que a las fundamentaciones filosóficas, aunque seguramente implican una cierta filiación kantiana. Existen unos valores propios de la literatura que se fundan en modelos o cánones que van surgiendo a lo largo del tiempo y que son inseparables de la experiencia individual de la lectura. Cualquier otra forma de acercarse a la literatura es negada con una total contundencia. «Es señal de degeneración de los estudios literarios que a uno se le considere excéntrico por mantener que la literatura no es dependiente de la filosofía y que la estética es irreductible a la filosofía o la metafísica» (pág. 20). Los valores literarios se fundan en la propia literatura. «El único papel de Dante ha sido centrar el canon para otros poetas. Shakespeare, en compañía de *Don Quijote*, sigue centrando el canon para un espectro más amplio de lectores. Quizá podemos ir más lejos; para Shakespeare necesitamos un término más borgiano que universalidad. Al mismo tiempo todos y ninguno, nada y todos. Shakespeare es el canon occidental» (pág. 86).

No existe ninguna escuela ni ninguna ciencia interpretativa fiable. El único instrumento es el amor a la lectura y la sensibilidad. La hora del lector en un sentido muy diverso del que teorizara José M. Castellet en la obra que llevaba ese título. Ninguna razón extraliteraria justifica la bondad de una obra sino únicamente su relación con las grandes obras canónicas. La razón política, ideológica o sociológica nada tienen que ver con la literatura.

En realidad son ideas bastante sensatas para cualquier aficionado a la literatura y especialmente significativas para los que recordamos la división en libros buenos y malos, clasificados por su contenido según la fe y las buenas costumbres, o el desprecio hacia Proust y otros autores por sus ideas conservadoras desde la crítica marxista.

Sin embargo, no cabe duda que se plantean arduas dificultades para establecer las obras que constituyen ese canon y al que de ninguna manera puede ser indiferente como no lo es en el caso de Bloom, el hecho de que se contemple la literatura desde una experiencia anglosajona, italiana, francesa, española o desde cualquier otro contexto lingüístico y literario. Bloom es consciente de esta dificultad y de la parcialidad de toda experiencia de lector, pero se resiste a aceptar, con razón, lo que un inteligente crítico ha dicho en un artículo sobre *El canon*: «Ya no hay manera de recurrir a un criterio con visos de "objetividad" para determinar que *El Quijote* sea mejor libro que un producto comercial y oportunista». Como ha escrito Juan Goytisolo en un no menos apasionado ensayo, *El bosque de las letras*, no lejos de las posiciones de Bloom, siempre existirá alguna posibilidad de distinguir con objetividad entre un mero producto comercial y una obra literaria, aunque se base simplemente en el crisol del tiempo.

El canon occidental no es un libro de teoría literaria ni una obra erudita o meramente académica, sino un ensayo o un conjunto de ensayos escritos con mucha imaginación y serias lecturas para demostrar que existe un canon literario, y que ese canon es precisamente necesario para distinguir lo que es literatura de lo que no puede considerarse como tal. Lo nuevo en Bloom es la explicitación de estos criterios. Me parece afortunada la comparación que hace Luis Goytisolo, en su artículo publicado en la revista *Temas*, con la obra ya clásica de Auerbach, *Mimesis*. Aunque esta obra se sitúa mejor entre los estudios académicos, muchos la leímos como una especie de canon occidental. En cualquier caso, también se escribió desde un concepto de universalidad y selectividad de la literatura.

Estamos, pues, ante una obra que no debería resultar tan polémica. Es un libro excepcional porque ha sido escrito por un hombre que prácticamente ha leído toda la literatura occidental (aceptando su dudoso adjetivo) y que es capaz de transmitirnos esa imponente experiencia de lectura. Su propósito no es de carácter dogmático pues no pretende que aceptemos, sin más, sus opciones. En sus páginas finales escribe sobre los motivos que le han llevado a escribir esta obra y afirma que no ha sido «para decirnos qué leer ni cómo leer, sino para hablaros de lo

que yo he leído y considero digno de releerse, probablemente la única prueba auténtica para saber si una obra es canónica o no» (pág. 526). Aunque quizá esta afirmación es difícil de confrontar con otras más enfáticas de la primera parte, para mí está en el centro de mi propia lectura del libro. Primero hay que leerlo todo y luego releer me decía hace muchos años Gabriel Ferrater, operación quizá no tan distinta de la que propone la obra de Bloom.

El libro está lleno de ideas brillantes, de observaciones agudas y también de afirmaciones quizá en exceso cate-



góricas; cualquier intento de resumir su contenido es una tarea poco recomendable. En realidad, se divide en tres partes claramente diferenciadas y que admiten valoraciones desiguales. En primer lugar y sobre todo, es un ensayo en el que desarrolla su tesis sobre el canon y sus ideas sobre la literatura en general, sus reflexiones sobre la lectura, la memoria y otros temas que, como el de la angustia y las influencias son objeto de obras anteriores. Me parece lo más original y sugestivo y comprende, a mi modo de ver, la primera parte del libro, las introducciones a la segunda, tercera y cuarta parte, y la quinta parte a modo de conclusión entera.

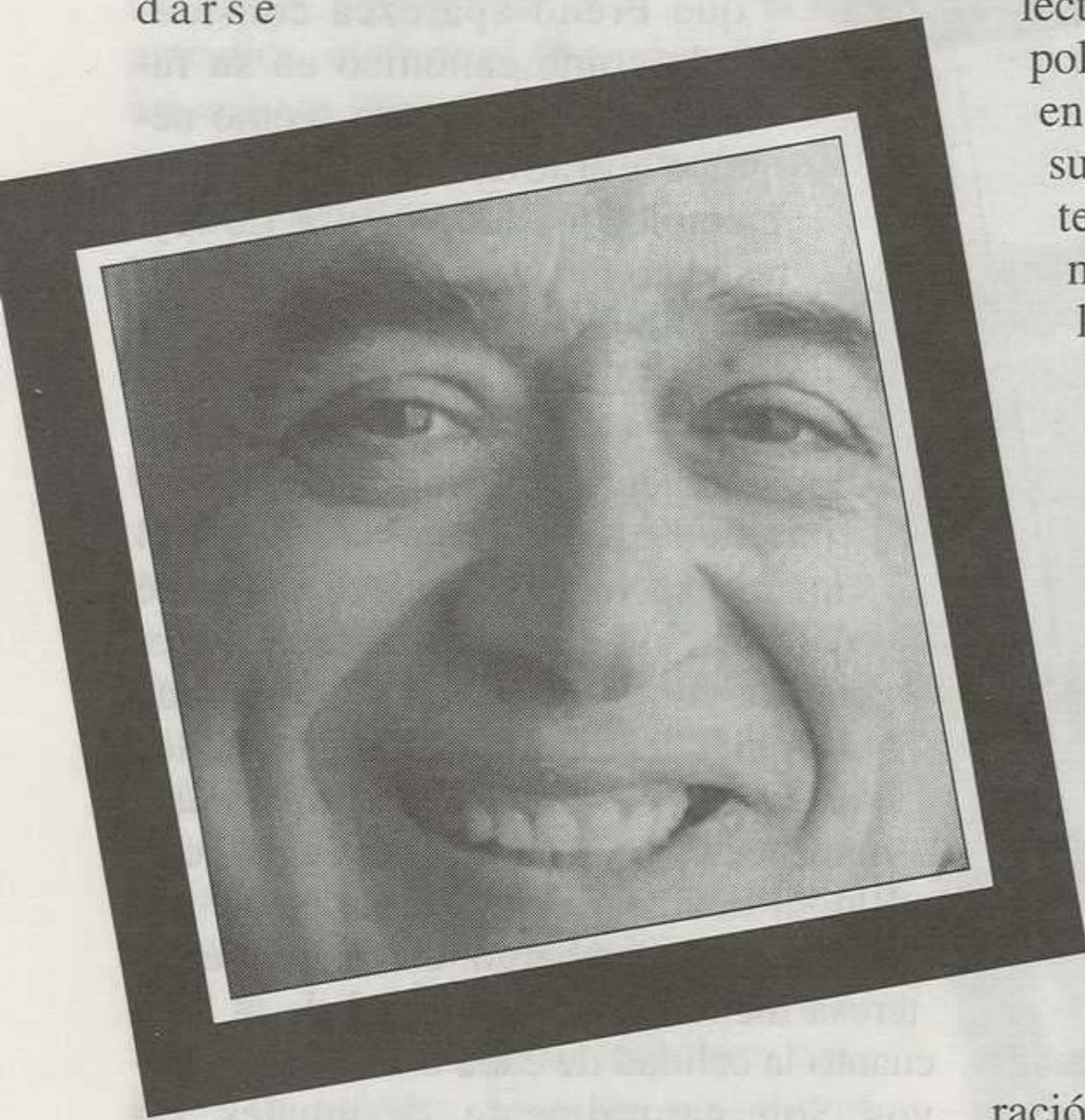
En segundo lugar, la obra es una colección de ensayos dedicados a los veintiséis escritores que constituyen el auténtico canon o quizá simplemente el personal canon de Bloom: Shakespeare, Dante, Chaucer, Cervantes, Montaigne, Molière, Milton, Johnson, Goethe, Wordsworth, Austen, Whitman, Dickinson, Dickens, George Eliot,

Tolstoi, Ibsen, Proust, Freud, Joyce, Woolf, Kafka, Borges, Neruda, Pessoa y Beckett. La pregunta que surge inmediatamente, y Bloom también se la plantea, es la de la objetividad de esta lista y la de algunas ausencias tan injustificables como Stendhal, Flaubert, Dostoievski, Faulkner, Lowry, Rabelais, Melville, Rojas, Calderón, Rousseau, Pushkin, Defoe y un largo etcétera que desde cada ámbito cultural se hace más largo. La respuesta, como ya apuntábamos más arriba y aquí con mayor claridad, es simplemente que éste es el canon según Bloom. La obra es la mejor respuesta a muchos de los interrogantes que nos surgen. Nos convence que haya seleccionado a

Wordsworth frente a otros románticos ingleses, e incluso que Freud aparezca considerado como canónico en su faceta de escritor, pero ¿cómo negarle carácter canónico, por ejemplo, a Faulkner y a Lowry, respecto a buena parte de la novela moderna? El carácter canónico y de antecedente se lo atribuye a Conrad, que tampoco aparece entre los veintiséis. No se justifica estas ausencias. Como él mismo reconoce hay una evidente deformación anglosajona en su experiencia como lector. Lo cierto es que cualquier lector introduciría notables variaciones en esa lista, aunque cualquier lector no tendrá la capacidad que Bloom demuestra para argumentar sus opciones. Sin embargo, en esta parte interesa menos la arbitrariedad de la lista cuanto la calidad de cada uno de los ensayos. Son, naturalmente, desiguales. En conjunto no bastarían para justificar la importancia de la obra si no fueran el sustento de sus tesis. Algunos, como el dedicado a Cervantes, no nos aporta ninguna luz especial. Otros, como el de Freud o el Dr. Johnson, sin contar el que dedica a Shakespeare, son francamente muy buenos.

La tercera parte, en mi personal división y también en la materialidad del libro, incluye la famosa y denostada relación de obras canónicas de la literatura universal, excepto la asiática, dividida por países y por etapas históricas adoptando la división de Vico en sus *Principios de una ciencia nueva*: Teocrática, Aristocrática y Democrática, a la que sigue un Caos final. Para mi esta relación de autores no tiene un valor mucho mayor que el de esos manuales de moda sobre la biblioteca o la discoteca ideal. A veces son muy sugestivos y a ve-

ces indignantes, como cuando al autor se le ocurre incluir en la lista a sus amigos sin mayor mérito para ello. También Bloom parece haber incurrido en esa práctica al ver la lista de los escritores norteamericanos de la Edad Democrática. Según parece, Bloom incluyó esta parte a instancias del editor. Es muy probable ya que no siempre es coherente con algunas de sus propias ideas y parece exceder la verdadera experiencia lectora del autor que, aunque muy vasta, debe tener sus límites. Muchas de las críticas que el libro ha recibido se deben casi exclusivamente a estos apéndices; incluso parece que algunos comentaristas no han leído mucho más. Sin duda, basta leer los listados que se refieren a la literatura española, gallega o catalana para darse



cuenta de lo alejado que está del criterio de cualquier lector culto. Son tan injustificables las ausencias como determinadas presencias, y cuesta también entender la misma relación de obras de algunos autores citados. ¿Por qué no aparece *Bouvard et Pecuchet* entre las obras de Flaubert o *El adolescente* entre las de Dostoievski? Poe, citado en dos ocasiones en el texto, es olvidado en la parte final. Aunque no encontrara un lenguaje adecuado a sus intensidades, parece que el autor de *El cuervo* es bastante más canónico que el interminable número de escritores norteamericanos que incluye en la lista. Tampoco tiene cabida en esa generosa lista *Bajo el volcán* de M. Lowry, que no parece desmerecer al lado de obras como *El cielo protector* de Bowles, sobre cuya excelencia literaria no creo que hubiera mucha unanimidad. Nada más fácil que

acumular ausencias y flagrantes arbitrariedades en estos apéndices aunque no creo que merezca la pena. Quizá sería una buena sugerencia que se suprimieran en próximas ediciones de la obra.

Esta desafortunada lista de Schindler literaria no debe impedirnos valorar el trabajo de Bloom como merece, justo será reconocer su originalidad y su fuerza. Aunque sólo fuera por su valiente defensa a favor de la literatura y de la autonomía de los valores literarios merecería respeto y atención. Pero esta fogosa obra contracorriente es uno de los mejores libros de crítica literaria aparecidos últimamente. Aunque no se compartan sus tesis más polémicas, justo será reconocer su originalidad y su fuerza. Me parecería también un gran error centrar su lectura en sus furibundos ataques a las políticas culturales vigentes, sobre todo en las universidades *yankees*, que han sustituido el interés por los valores literarios por la capacidad de generar mejora social. Este es un tema tan delicado que es lógico que produzca también desazón en nuestras comarcas donde, si no las universidades sí las editoriales y muchas publicaciones, apuestan claramente por tendencias literarias tan denostadas por Bloom como la *lectura* feminista o la literatura juvenil, prescindiendo muchas veces de lo que llamamos valores literarios.

Llegados a este punto parece obligado hacerse una pregunta. ¿Puede acusarse a Bloom de conservadurismo político por sus tesis literarias? Sería una operación hipócrita. Desde el punto de vista literario, el sistema Bloom —por llamarlo de algún modo— no está cerrado a la vanguardia sino todo lo contrario. El concepto de «extrañeza» es lo que permite incorporar nuevas obras al canon. Por otra parte, su falta de confianza en la capacidad revolucionaria de la literatura no creo que pueda sorprender a nadie. Ya lo dijo Pavese cuando todavía flirteaba con los comunistas con una espléndida frase: *non si è mai visto che una poesia abbia cambiato le cose*. Bloom intenta salir al paso de esta acusación de conservadurismo político cuando afirma, quizá con cierta ingenuidad que se agradece y que es constante en gran parte de la obra, que el propósito de su libro es «en parte, combatir la política cultural, tanto de derechas como de izquierdas, que destruye la crítica y que, por consiguiente, puede llegar a destruir la literatura misma» (pág. 73). Sería también una simplificación exce-

siva ver en su titánica lucha a favor del canon una mera actualización del tema de las autoridades en literatura. A lo sumo su empresa puede parecer algo trasnochada y más bien quimérica. El la considera ya una batalla perdida. Sin embargo, siempre habrá un grupo más o menos numeroso de lectores empedernidos dispuestos a afirmar que existe buena y mala literatura, aunque resulte difícil su fundamentación filosófica, y eso al margen de consideraciones extraliterarias. Sin duda podría afirmarse lo mismo para cualquier otra disciplina artística.

Lo que hace Bloom, en el fondo, es defender y llevar a sus últimas consecuencias el método comparativista. Comparar es la auténtica función de la crítica literaria y la fuente donde se origina el canon. «Puede que un crítico tenga obligaciones políticas, pero su primera obligación es suscitar de nuevo la antigua e inflexible pregunta: ¿Más qué, menos qué, igual a?» Este principio le lleva a afirmaciones arriesgadas y a veces difíciles de asumir, como cuando dice que Safo y Dickinson son las «mujeres de mayor fuerza poética». Esa necesidad de comparar no sólo le lleva a establecer relaciones entre escritores sino también a jerarquizar las obras de un mismo autor de forma implacable. Así, promulga al Rey Lear y a Hamlet como la «cota máxima» entre las creaciones shakespearianas.

De ese gran esfuerzo comparativo y jerarquizador surge la tesis más llamativa de la obra: Dante y Shakespeare son el centro del canon. No se nos podrá acusar de parcialidad hispana si nos preguntamos por qué parece tener alguna reticencia para colocar a Cervantes en esa suprema trinidad. Es cierto que en la página 67 leemos que Cervantes «posiblemente sea el único par de Dante y Shakespeare en el canon occidental», pero siempre manteniendo una cierta ambigüedad.

¿Por qué no sostiene con mayor rotundidad que *El Quijote* es respecto a la novela occidental tan absolutamente canónico como Dante para la poesía o el propio Shakespeare? Seguramente la respuesta está en la endeblez de sus concepciones cervantinas como se puede apreciar en el ensayo dedicado a Cervantes, para mí uno de los menos logrados.

Sin embargo, uno puede estar razonablemente de acuerdo, y yo lo estoy completamente, cuando afirma en otra página que «sólo un puñado de escritores occidentales poseen un verdadero carácter universal: Shakespeare, Dante, Cervantes, quizá Tolstoi» (pág. 85). Sin duda habría

que añadir Homero porque no queda bien justificada la exclusión que hace de las literaturas clásicas griega y latina. ¿Cómo entender la literatura occidental sin incluir a Homero, la tragedia y la lírica griega? Su ensayo sobre *La Divina Comedia* es bien claro en este sentido. Esa exclusión de la literatura clásica por antonomasia quizá sea otro de los aspectos poco convincentes de la obra.

Algunas de las páginas más sugestivas se refieren a la lectura, a la dificultad individual de abarcar todo el canon, a la memoria como la condición indispensable para ser un buen lector, una memoria que no se puede sustituir por ningún instrumento tecnológico. Bloom reivindica viejas ideas sobre la literatura y el perfeccionamiento de la persona. «La verdadera utilidad de Shakespeare o de Cervantes, de Homero o de Dante, de Chaucer o de Rabelais, consiste en contribuir al conocimiento de nuestro yo interior» (pág. 40). Sin embargo, el tiempo de que disponemos es muy breve. *Ars longa vita brevis*. Por eso la memoria es fundamental. Una vez más la memoria aparece como inseparable del fenómeno literario. El canon es una creación, un arte de la memoria. «El canon, una vez lo consideremos como la relación de un lector y escritor individual con lo que se ha conservado de entre todo lo que se ha escrito y nos olvidamos de él como lista de libros exigidos para un estudio determinado, será idéntico a un arte de la Memoria». Y concluye el párrafo afirmando que la memoria «es siempre un arte, incluso cuando actúa involuntariamente» (pág. 27).

En consecuencia, la memoria constituye el instrumento fundamental para el crítico literario. Si comparar es el único método, recordar es la única garantía. «Olvidar, en un contexto estético, es desastroso porque la cognición, en la crítica, siempre depende de la memoria» (pág. 27). Yo añadiría, porque me parece una conclusión evidente, que esa memoria debe ser una memoria personal, vivida, subjetiva. No la del ordenador.

Parece bastante evidente que Bloom no ha escrito su obra para convencer a los críticos literarios ni a los departamentos universitarios sino más bien para conmover a los lectores y atraerles hacia una causa que él da ya por perdida. Su lectura es tan sugestiva que me atrevería a recomendarla a todos los que siguen leyendo literatura y creen que no todo lo que se compra en una librería merece en serio ese nombre.

Bastante más difícil resulta clasificar esta obra en la bibliografía de la crítica

literaria. Antes he mencionado a Auerbach. Podría citarse a Trilling, Wilson, Connolly, Frye, Wilde. Bloom alude a muchos críticos que le merecen respeto pero *El canon occidental* es sobre todo una obra de creación, un libro que seguramente ganará la batalla del tiempo por su profunda originalidad e incluso por su «extrañeza», empleando un término muy utilizado por el autor. ¿Puede considerarse ya *El canon* un libro canónico aplicando sus propias reglas de juego? Si es cierta su afirmación de que «toda poderosa originalidad literaria se convierte en canónica» (pág. 35), no me cabe la menor duda de que *El canon occidental* es una obra canónica como *Mimesis* de Auerbach, *El castillo de Axel* de Wilson, la *Literatura europea* de Curtius o *El sepulcro sin sosiego* de Connolly por citar desordenadamente algunas obras de crítica literaria de poderosa originalidad.

Pretendía titular este artículo con la pregunta *¿Es Bloom canónico?* Una errata mecanográfica —ya se sabe que las erratas nunca son gratuitas del todo— me

ha dado un titular quizá más adecuado teniendo en cuenta que los canónigos suelen ser dogmáticos, que es una de las acusaciones más frecuentes y a mi entender menos justificadas que ha recibido el libro. Acusación que se desvanece leyendo el hermoso párrafo con el que quiero cerrar esta reflexión sobre la obra de Harold Bloom: «De hecho, ahora es virtualmente imposible dominar el canon occidental. No sólo significaría asimilar perfectamente trescientos libros, muchos de los cuales, si no la mayoría, presentan auténticas dificultades cognitivas e imaginativas, sino que las relaciones entre estos libros son más controvertidas a medida que se alargan nuestras perspectivas. También tenemos enormes complejidades y contradicciones que constituyen la esencia del canon occidental, que ni mucho menos es una unidad o estructura estable. Nadie posee autoridad para decirnos lo que es el canon occidental, desde luego no desde 1800 hasta el día de hoy. No es, no puede ser exactamente la lista que yo doy, ni la que pueda dar ningún otro» (pág. 48). El subrayado es mío.



Cuentos de Fútbol

Selección y prólogo de Jorge Valdano

EN ESTO DEL FÚTBOL HAY MUCHO CUENTO.

Y ahora, 24 grandes autores le sacan el mejor partido.

Fulgencio Argüelles • Bernardo Atxaga • Mario Benedetti
 • Alfredo Bryce Echenique • Carlos Casares • Agustín Cerezales
 • Miguel Delibes • Fernando Fernán-Gómez • Ángel Fernández-Santos
 • Roberto Fontanarrosa • Eduardo Galeano • Juan García Hortelano
 • Julio Llamazares • Javier Marías • Justo Navarro • Rosa Regàs
 • Julio Ramón Ribeyro • Manuel Rivas • Augusto Roa Bastos
 • José Luis Sampedro • Osvaldo Soriano
 • Jorge Valdano • Manuel Vicent • Juan Villoro

ALFAGUARA
EXTRA

La Bella y la Bestia

Blanca Alvarez

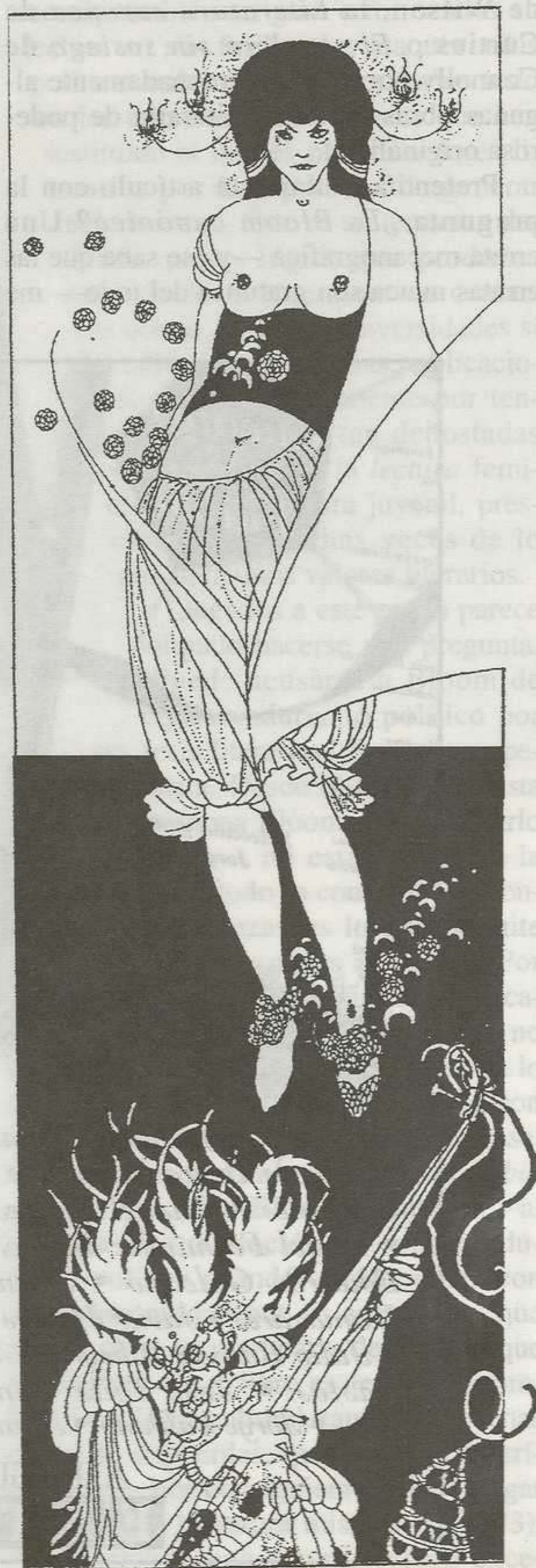
Bajo el título común *Armas de mujer* publicamos en el número 43 de LETRA INTERNACIONAL una colección de textos que plantea una vieja historia: la relación entre inteligencia y belleza y, al final, los valores de lo femenino en la vida de las mujeres. La polémica que ha desatado la canadiense Nancy Huston en los EE.UU., pero también en Europa, quedaba abierta. El texto de Blanca Alvarez que publicamos hoy es una nueva contribución a un tema que no consideramos cerrado.

El primer método publicitario registrado, es decir, aquel que sirve para que el poder transmita sus mensajes sobre la conducta que espera de sus vasallos, lo encontramos en las más primitivas formas del arte (rudimentarios dibujos, orondas diosas) y más tarde en la tradición oral de los pueblos convertida finalmente en escritura. El cuento, la tragedia, la lírica y la novela han sido quienes han creado los patrones o, cuando menos, quienes los han reproducido con tanto acierto que cualquier lector desearía aspirar a ser el calco de alguno de sus héroes, los «buenos», es decir, aquellos que triunfan porque representan la esencia misma del canon deseado.

El arte, desde sus más tempranas manifestaciones, ha creado «modelos de valor» para el hombre y «modelos de belleza» para la mujer. Ambos debían adaptarse en la mayor medida posible a esa «perfección» establecida para ser admitidos con propiedad en su grupo social. En ambos casos, la mayor adecuación al modelo podía significar incluso la supervivencia y, en los mejores casos, la medra de rango y consideración.

El concepto de la belleza femenina siempre conllevó un añadido ideológico, es decir, el modelo establecido comportaba, necesariamente, una serie de valores añadidos. No es casual que las mujeres chinas fueran torturadas desde niñas para dejar deformes sus pies y ser bellas en función del tamaño de los mismos, eso suponía la práctica

incapacidad para valerse por sí mismas; en el caso de las mujeres jirafa, el collar que alargaba sus cuellos hasta la deformación y la dificultad para moverse, podía ser arrancado en caso de adulterio causando la muerte de la mujer. Ciertamente que estos son casos extremos



y mucho más refinadamente se plantea en otros momentos históricos, pero la belleza ha sido siempre un modo de sumisión, una virtud para la obediencia y la esclavitud.

Decía Madame Le Prince de Beaumont, autora del inmortal e in-moral cuento *La Bella y la Bestia*, «Mis cuentos siempre tienden a un mismo fin, todos ellos atraen a los niños a su deber, y confío que, a fuerza de repetirles continuamente las mismas verdades, propuestas bajo diferentes aspectos, se irán imprimiendo en ellos de tal suerte que jamás se borren». Como se verá, nada más parecido a un mensaje publicitario, a una bien organizada campaña de propaganda basada en la «repetición de verdades», pocas pero bien definidas, hasta que se fijan en la mente del lector no como una propuesta ajena, sino como un modo propio de entender el mundo y entenderse.

Bella, heroína sin nombre en quien el adjetivo calificativo de su mejor cualidad femenina se convierte en sustantivo, resume en sí misma el paradigma de aquello que ha de ser una mujer para triunfar: bella, dócil y honesta, como se dice textualmente en el cuento; con resignación a prueba de obstáculos y con una infinita paciencia, esa que le hará tener la certeza «contada» de que la bondad se recompensa y que si a esta se añade, como es su caso, la belleza, tal recompensa podrá llegar incluso a suponer la posibilidad de modificar considerablemente su estatus social.

Este anunciado y prometido cambio de estrato social vendido en los cuentos se basa en el criterio incuestionable de que las mujeres deben aspirar a personificar la belleza, una determinada belleza cuajada de bondad, virtud y sumisión, y los hombres deben aspirar a poseer a las mujeres que la personifiquen. En tal juego queda borrado cualquier atisbo de libertad por el obsesivo deseo de «ser bella» para que otro desee poseer su belleza.

El mito de la belleza, como veíamos, siempre prescribe, en el fondo, una conducta y no sólo una apariencia. De nada le servirá a una mujer ser hermosa según el canon de su época, valiosa e inteligente, haber conseguido duramente su triunfo profesional, si mantiene la diferencia de conducta, es decir, si no respeta la «superioridad» masculina, si no se atiene a un «mito femenino» de dulzura y resignación, de sacrificio y silencio. De no cumplir esta segunda parte de su condición de bella, se señalará su fealdad en los atributos que no la rodean como un aura que magnifique sus atributos físicos: maldice como un carretero, camina como un guerrero, fuma puros como un banquero... Ya no podrá ser Bella, la heroína del cuento.

No basta ser hermosa, la beldad sin sumisión bondadosa genera rebeldes a quienes los hombres tildan de vampiresas, como veremos más adelante; una mujer bella y rebelde es un súcubo maligno que «roba el alma y la masculinidad» del varón, que utiliza su lindura de modo antinatural y por tanto deberá ser duramente castigada. Tal como sucede con todas las bellas malvadas de los cuentos.

Para que Bella sea deseada por la Bestia —es decir, el poder sin disfraces, repelente incluso— ha de ser, además, ingenua e inocente. La literatura hace un recorrido dual por los prototipos femeninos enfrentando las dos únicas posibilidades: bella o inteligente, o lo que es igual, buena o perversa: Lea y Raquel en el Antiguo Testamento; Marta y María en el Nuevo Testamento; Helena y Herminia en *El sueño de una noche de verano...* y así cientos de ejemplos que magnifican la dualidad haciendo imposible la fusión o el respeto por la diferencia. Llega a tal punto la dualidad que incluso la bella perversa que actúa de manera cerebral para conseguir sus objetivos —y por tanto malvada intrínsecamente al no serle propia—, llega a tener dudas de su belleza, teme perder ese atributo como si fuera —y lo es— mucho más importante que su inteli-

gencia y voluntad. «Espejo, espejito mágico, ¿hay en el mundo otra más hermosa que yo?» pregunta incansable la madrastra de Blancanieves, pese a ser descrita como una mujer muy hermosa.

Las historias, es decir las aventuras vitales, eso nos ha enseñado la literatura, suceden a las hermosas, aun cuando sea para sufrir auténticos calvarios. Sólo la belleza salva de la rutina y se convierte en un bien comercial. Las demás han cometido pecado original de fealdad, pese a los enormes sacrificios para responder al modelo de belleza (como esas hermanastras de Cenicienta que intentan someter el tamaño de sus enormes pies al zapatito de cristal). De las feas todos los cuentos se burlan y son esos personajes secundarios que acaban, inexcusablemente, mal parados

y castigados, como si la fealdad fuera imperdonable y conllevara, en sí misma, la maldad de un pecado.

La belleza solicitada por el criterio estético de la época, es, en gran medida, un método para la mutilación que la convierte en un eunuco tortuoso que llegará a dominar al amo desde la esclavitud, aunque esto le cueste la renuncia definitiva a crecer en otra dirección diseñada por ella. Por ello, Bella es la heroína por responder a los moldes, pero se trata de una heroína tramposa, como descubre Cocteau en su magnífica película homónima. Cuando Bestia se transforma en un hermoso joven, idéntico al leñador sin recursos que la pretendía, ante la sorpresa de Bella, le pregunta:

— ¿Amabais al cazador?

— Sí, lo amaba.

— Pero también amabais a la Bestia.

— También.

La paciencia de Bella, convencida de que por su belleza y cualidades podría conseguirlo todo, hizo que a la posición y la riqueza de Bestia se uniera la belleza del hermoso joven, aunque pobre, que la pretendiera. Ella sabe que su atributo es lo único que le dará poder y ha de utilizarlo con astucia. No puede cometer errores, ni dejarse llevar por sus propios sentimientos; ha de ser fría para mantener la apariencia de bondadosa, calculadora y convencida de que, si ella responde a lo que se espera, habrá de ser recompensada.

Esta mujer obsesionada por su físico, se ha convertido en palabras de John K. Galbraith en elemento imprescindible de la economía: «La mujer en su papel de consumidora ha sido esencial en el desarrollo de nuestra sociedad industrial». Es decir, se ha adueñado de la fortuna de otro y ha de ostentarla, de lucirla porque ella será el exponente del triunfo masculino colocado sobre su cuello en forma de collar de diamantes. Ella ostentará su nueva clase, el premio por responder al modelo, en ese consumo de productos que la adornen y la distraigan de la renuncia a





«ser»: todo será apariencia, la que ella ofrezca y la que el hombre pague por poseerla.

En el siglo XIX, siglo misógino por excelencia, los hombres parecen descubrir que las mujeres han aprendido la lección y los han convertido en esclavos de sus antiguas esclavas, que son utilizados, en definitiva, por las bellas, bondadosas y tramposas mujeres que su literatura o su pintura o su filosofía habían creado a lo largo de la historia. El pesimista Schopenhauer afirma que «en sus corazones, las mujeres, creen que el deber de los hombres es ganar dinero y el suyo, gastarlo». Con lo cual sólo se afirmaba que ellas habían introyectado, de manera perfecta, el mensaje publicitario machaconamente recibido y comenzaban a ser las «consumidoras imprescindibles» de la sociedad capitalista que nacía.

Como reacción, inventaron la mujer «perversa», la vampiresa. Esta era hermosa, muy hermosa, pero inteligente y astuta —véase que la inteligencia en manos de las mujeres nunca es utilizada de forma inocente o bondadosa—, una vampira del alma masculina y una ladrona de sus bolsillos. Salomé y Judith se convirtieron en símbolos repetidos de esa belleza que decapita al hombre, torpe y vulnerable, tras haber caído en la red de sus encantos.

Curiosamente, el mito pervivió más allá de las modas decimonónicas y la novela negra o los primeros años del cine tienen como ingrediente imprescindible la hermosa y perversa vampiresa. Afortunadamente siempre castigada, pero capaz de las más terribles conductas.

Resulta interesante descubrir cómo ciertas novelas y películas de gran éxito en la actualidad basan el mismo en la importancia protagonista de esas nuevas vampiresas modernas, triunfadoras y de tersos muslos que utilizan

su belleza y su inteligencia para «devorar» a un apocado varón que no sabe defenderse de tales malas artes. Finalmente resulta «salvado» por otra mujer, bella pero bondadosa, (volvemos a la dualidad femenina) que lo reconduce a los términos de la normalidad establecida.

El cuento de Madame de Beaumont llega al final con su moralina intacta: Bella entra en el palacio de Bestia que, transformado por las cualidades de aquella —otro papel vendido a las bellas como hadas cuya varita transmuta la brutalidad del macho en ternura casera—, representa todo lo que ella pueda desear. A partir del final feliz donde ponen la conclusión todos los autores, a la lectora le quedan pendientes cuestiones como:

—La belleza, como idea, «ocupa» a las mujeres en una ardua tarea que concluye robándoles tiempo y energía para otras actividades. Se ha llegado a conseguir lo que Naomi Wolf define como «el tercer trabajo» para tenerlas ocupadas y limitadas (los otros dos serían el trabajo retribuido fuera del hogar y las tareas domésticas que, aún hoy, siguen desarrollando de manera «natural y gratuita» en casi su totalidad). Ahora, la mujer que desee asimilarse al modelo triunfador, ha de ser ama de casa perfecta, ambiciosa profesional y belleza sometida a los nuevos valores. Esa búsqueda del perfecto ideal (diseñada por otros), puede llegar a ser tan angustiada que coarte cualquier otra ambición o haga perder en el camino cualquier otro deseo. La búsqueda inquietante de la belleza, resulta tan mu-

tilante ahora como aquellas vendas que destrozaban los pies de las niñas chinas. Las vendas fueron sustituidas por corsés paralizantes, deformantes fajas y, en última instancia, por los riesgos de la cirugía y los añadidos químicos al cuerpo.

—La belleza es el obstáculo, el dedo acusador para que nunca pueda jugar de igual a igual: si eres bella y triunfas, lo haces por serlo, por utilizar la hermosura como arma seductora frente al poder; si no lo eres y triunfas, en realidad, es una consolación por lo que pierdes, por no ser lo que se esperaba de tí, por renunciar a tu «esencia femenina»; triunfas con atributos «ajenos a tu ser auténtico».

—La búsqueda de la belleza hace a la mujer consumista indispensable y, por tanto, mucho más esclava. La idea de mujer se convierte para cualquier hembra en una doncella de hierro que la encierra, la aísla y la enferma hasta matarla. Y si no la mata, la deja gravemente incapacitada para disfrutar plenamente de la vida. Consumidora de comidas sin calorías podrá llegar a la anorexia. Su relación con el mundo se mide en: «esto engorda, esto envejece» y de este modo toda naturalidad inicial de gusto o placer queda neurotizada por estas dos premisas.

—El canon reinante crea una profunda inseguridad permanente. En realidad, el triunfo es relativo y tiene que ver con la conservación de un determinado aspecto. Esto que en nuestro país aún no es definitivo, ha llevado a los tribunales a cientos de mujeres en los EE.UU. o en Inglaterra. El éxito profesional y personal se consigue respondiendo al prototipo (de belleza, comportamiento, juventud, agresividad controlada, ambición...) cuyos máximos valores son temporales, razón por la cual, la mujer vivirá su «reinado» pendiente de que otras más jóvenes y

más bellas la destronen (como la madrastra de Blancanieves). Ahora, la meta ya no es hacer un buen matrimonio en el que poder descansar y envejecer, la meta es diaria y cuestionable todos los días.

—Esa inseguridad crea insolidaridad: las jóvenes se convierten en rivales de las maduras porque aspiran a desbancarlas y no a aprender de su sabiduría y experiencia.

Decía Sciascia que «la peor rival de una mujer es otra mujer», y lo decía pensando en esa rivalidad por conservar el puesto, es decir, la preferencia frente al varón. En este juego, la palabra suegra se ha convertido en un insulto y las relaciones de las mujeres entre sí en algo muy similar a una guerra de harén.

Bella, en el cuento, juega frente a sus hermanas el horroroso papel de víctima silenciosa que las humilla aún más con su silencio y su bondad mientras no mueve un dedo cuando son castigadas a ser estatuas de piedra que contemplen su felicidad permanente. Betty Friedan afirmaba que «el mito está socavando lenta, imperceptible-

mente, sin que nos demos cuenta de las verdaderas fuerzas que intervienen en la erosión, el terreno ganado por las mujeres a través de una larga, dura y honorable lucha».

Como lógica consecuencia de respuesta a esta nueva trampa hábilmente colocada por el poder, las mujeres que nos siguen en generación no imitan los valores de logro personal o profesional, sino de belleza. Se sustituye la solidaridad por competición y es ahí donde más se manifiesta que la belleza es una cuestión de poder. Entre los miembros de la tribu wodeabe de Nigeria, las mujeres tienen el poder económico y la tribu tiene como obsesión la belleza masculina. Lo curioso es que comienza a extenderse la misma obsesión masculina por la belleza en nuestras sociedades ya que en el mercado también las mujeres, al menos alguna, forma parte de cierta esfera de poder que puede «adquirir» esa belleza y revertir el antiguo juego de ascenso social con ellos.

Decía John Berger, «los hombres miran a las mujeres. Las mujeres se mi-

ran a sí mismas siendo miradas. Esto determina no sólo las relaciones entre hombres y mujeres, sino también las de la mujer consigo misma». Ellas se miran como rivales y ellos las miran como posibles candidatas que han de merecer tal candidatura. Bestia mira a Bella y la salva de un probable destino de miseria. Bella se mira y conoce bien sus armas, mira a sus hermanas, compara en cuánto pueden convertirse en rivales y las neutraliza con una falsa bondad protegida por su belleza.

Nada inocente resulta, por tanto, ni la literatura ni todas esas historias, devoradas por miles de adolescentes, donde la más bella, la de muslos más tersos y cintura más fina, es la única y real triunfadora. No se piense que sólo esta literatura ancilar o rosa, escrita para que ellas «aprendan» bien el modelo y el papel (tal como confesaba la autora de *La Bella y la Bestia*), participa del mito, las más sesudas y pretenciosas novelas continúan diseñando heroínas hermosas porque lo feo no puede ser modelo a seguir, no está destinado al triunfo.



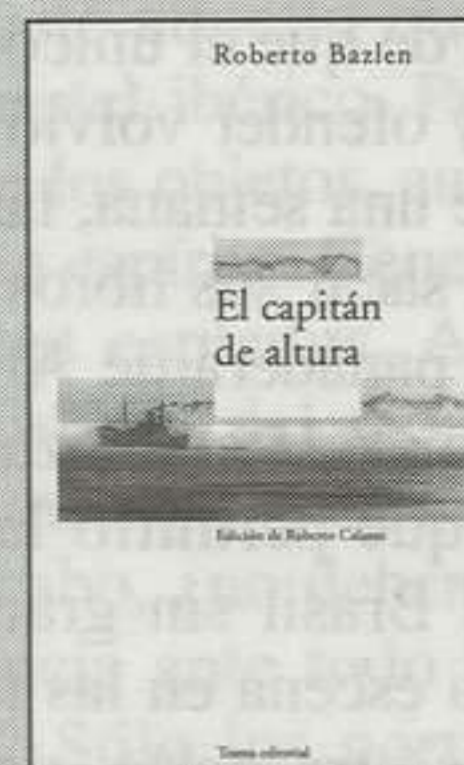
Mark Twain Diario de Adán y Eva

Fabulando sobre la fábula de nuestros orígenes, Mark Twain recrea el primer asombro de dos seres en su encuentro aún desprovisto de palabras, teñido por la emoción del descubrimiento virginal de todo lo existente. Un análisis sencillo y profundo de lo esencial de la naturaleza humana, dividida aparentemente en dos mitades condenadas a reunirse.

“Quizá debería tener en cuenta que es muy joven... Es todo interés, ansia, vivacidad; para ella el mundo es encanto, milagro, misterio, alegría... Si pudiera tranquilizarse y permanecer callada al menos unos minutos, constituiría un espectáculo apaciguador”. (Adán)
“Me parece que la criatura está más interesada en descansar que en ninguna otra cosa. A mí me cansaría descansar tanto. Ya me cansa estar sentada observándole en el árbol. Me pregunto para qué sirve: nunca le veo hacer nada”. (Eva)

Roberto Bazlen El capitán de altura Edición de Roberto Calasso

Roberto Bazlen no sólo no publicó libro alguno en vida, sino que no dejó ninguna obra completa entre sus papeles. *El capitán de altura* es la novela inacabada que lo acompañó durante muchos años, entre 1944 y 1965, año de su muerte. Se trata de un texto experimental marcado por el nacimiento de la conciencia fragmentada del hombre moderno. Cierta atrofia del sentimiento, una desilusión prematura, el sarcasmo y la angustia con respecto a su identidad caracterizan al capitán, ser “extraordinariamente civilizado” que vaga por los mares en busca de sirenas cuyo canto ni siquiera alcanza a escuchar. Exploración de la sensibilidad moderna, esta “anti-Odissea” nos transporta a un terreno resbaladizo por su mezcla de ingenuidad y desencanto, de proximidad y lejanía, pasión y frialdad.



Trama Editorial

Apdo. de Correos 10.605
Tfno/Fax: (91) 573 87 81
28080 Madrid

La mano española

Lidia Jorge

En septiembre de 1994, cuando volvían de las playas, los portugueses se encontraron frente a una noticia humillante. Cierta semanario hacía saber que entre las doce estatuas erigidas a cada uno de los países de la CEE, expuestas en el nuevo edificio del Parlamento europeo, en Bruselas, la que honraba a Portugal incluía un texto explicativo terrible, ya que, entre otras incorrecciones, el propio monumento dedicado al genio luso se llamaba *Luxiadas*. Pero se hacía saber más. Que desde octubre de 1993, fecha de la inauguración del monumento a los Doce, había habido protestas vehementes de los diputados portugueses, sin que se obtuviese ninguna reacción por parte de la presidencia del Parlamento. Quedaba por saber todavía que en un texto primitivo se decía que Portugal era una prolongación del pueblo español. Esa ofensa había sido eliminada, pero tal interpretación habría sobrevivido en la forma atenuada del actual epígrafe, del cual se desprende que el despertar cultural de nuestro país se produjo más tarde y en mala hora. A esas alturas, lo que al principio parecía un enigma comenzaba a hacerse más claro. Se trataba de una cuestión de *mala vecindad*, pues las *Doce Musas Europeas* eran obra del escultor español Cristóbal Gabarrón. Entonces volvió a corroer el alma patriótica un sentimiento semejante al que hiciera nacer, hace unos años, *El País* con el célebre suplemento sobre Portugal en que se decía que los portugueses montaban en burro. La idea de que el único vecino pueda traicionar y ofender volvió a atacar de nuevo. Durante una semana, las personas se dedicaron a sacar sus libros de historia del cajón. La panadera de Aljubarrota encendió el horno. Y la colonización más o menos serena que permitió la existencia de un enorme Brasil sin grandes mortandades, volvió a escena en las tertulias del atardecer. Por otra parte, desde el siglo XIX existe todo un código del honor, disponible para su uso inmediato, tanto de la conducta íntima como oficial, y que fácilmente nos respalda en los momentos de crisis. Nos ayuda a aliviar el ego afectado, esta especie de honra siempre a punto de ser herida, algo que oportunamente ocurre

y despierta nuestro genuino sentido de la humillación.

No parece, sin embargo, que este tipo de resentimiento sea propiamente un mal. En nuestro caso nos hace vivir, ser y retratarnos de modo singular como personas diferentes, en una natural afirmación hecha por contraste, en relación con *otro* que supuestamente amenaza nuestra especie. Se trata incluso de un resentimiento positivo que se dirige, como no podía ser de otra manera, contra nuestro único vecino, contra nuestra distancia insuperable para alcanzar la otra Europa, nuestra línea férrea necesaria para avistar París, para ir a la guerra, para escapar de ella, nuestra otra margen, la cuarta o la quinta, como quieran, pero la única hecha de tierra. Contra nuestro querido enemigo, creado por la geografía, y por la idea adolescente de un guerrero del siglo XII, que nos separó de España. Contra España, nuestro no-aliado fatal, como no podía ser de otra manera, pues es nuestro único y solitario hermano. Ahora bien: como se sabe, los países crean entre sí relaciones semejantes a las familiares, relaciones traicioneras, dominadoras, perversas y, no obstante, necesarias e inevitables como ellas. No vale la pena castigar en exceso la culpa del hermano. Sí vale saber hasta qué punto el sentimiento de proximidad puede continuar siendo resentimiento, con señal positiva de sobrevivencia.

Porque ser resentido es ser singular, es tener alma, es poseer parte del alma ofendida, y el ofendido es aquel que delimita el ámbito de su ser apaleado o por lo menos supuestamente agredido. Portugal, frente a España, asume el destino de la figura ofendida por el hecho de ser, voluntariamente e involuntariamente, denigrado por el poder de la vecina. En el pasado, esa conciencia la hizo buscar otros aliados, caer a su vez en el sentimiento orgullo, entrenar su individualidad, darle mayor volumen, enfatizarla, defenderla. A imagen de los seres o, para no ser bárbaros y darwinistas, a semejanza de las complejas y rudas relaciones humanas, el país fue reivindicando su papel y mantuvo su memoria cultural resentida. Sucede, no obstante, que el resentimiento, ese sentir dos veces, puede dejar

de existir cuando se abate sobre quien lo experimenta otro sentimiento, mucho más difícil de manejar, y que de algún modo se le opone: el sentimiento de la impotencia, que es una especie de conciencia aguda de que no vale la pena sentir nada, ni en contra ni a favor de su vecino. Por ello, aquella historia de humillación y resentimiento, divulgada aquel septiembre, redactada contra una supuesta mano española, sin confirmar, no nos hizo ningún daño. Nos hizo bien.

Lo que no nos hizo bien fue el silencio en el que nos sumimos cuando, en el 92, el mundo habló de Colón y España, y Portugal apenas fue una nota a pie de página. En la primavera de aquel año no era precisamente agradable mirar, por ejemplo, los escaparates franceses. Estaban repletos de libros caros y baratos, libros ilustrados, mapas, diccionarios, reseñas, enciclopedias, todo muy variado y de lo mejor sobre España, los Reyes Católicos y sus descubrimientos. Y detrás de Colón venían los colores rojo y amarillo de la bandera y, detrás de la bandera, los toros y, detrás de los toros, las españolas con volantes y lunares y, detrás de los sombreros de las españolas, los músicos flamencos con sus guitarras y también sus *sombreros*. ¿Y sobre Portugal? ¿Sobre João II, su sueño, su empresa o su equívoco? Nada, absolutamente nada. Felizmente la *Exposición de Sevilla* invertía de algún modo la idea y felizmente, sobre todo, existe la oportunidad de la *Exposición 98*, a propósito de la cual no creo que algún error sea tan clamoroso como para disminuir la oportunidad de Lisboa de poner en evidencia la verdad de lo que fue la frágil y, no obstante, gigantesca capacidad de Portugal al concretar una idea de magnitud planetaria.

Pero la valorización de la gran memoria histórica, aunque crucial, no es un bien que perdure de forma inagotable para mantener el buen resentimiento, aquel que realza el orgullo, filia a las personas en algo honroso, ontológicamente sólido, y otorga rasgos de diferenciación positiva relativos al origen, por más ciudadano del mundo que cada uno se sienta. El problema del resentimiento que puede de-

sembocar en apatía es otro, y proviene de una asimetría extraña, porque no tiene que ver con la historia, ni con *Os Lusíadas*, ni con el honor, ni con el pecado, ni con la culpa, ni mucho menos con la metafísica del sueño a la que tanto somos dados. Muy materialmente, nuestro sentimiento de impotencia, en el momento actual, tiene que ver con una cuestión de mercado.

En verdad, en cualquier casa portuguesa donde hayan leído la noticia sobre el epígrafe del monumento a los Doce, aquel sábado de finales de verano, hoy en día resultará muy difícil ignorar el poder de España. Una persona se sienta a la mesa de su casa y, naturalmente, el mantel sobre el cual toma su desayuno es español, el zumo que bebe está hecho con naranjas de Valencia, la máquina que las exprime es una *Brown* castellana. Los pantalones que usa el marido se compraron en *Cortefiel*. Toda la ropa que la mujer vistió durante el verano, desde el vestido al bikini es de *Zara*. Por la mañana, todos se duchan con productos cuya descripción comienza en la primera línea con la indicación *jabón y champú*. Las tostadas presentan, a lo ancho de la caja, las designación *muy buenos panecillos tostados*. Se abre el frigorífico y allí dentro hay *pizzas* españolas, guisantes españoles y varios productos de pescado llevan el rótulo *Pescanova*. La despensa puede estar bastante llena de productos *Día%*. La decoración de la casa se renueva con la ayuda de las revistas *Nuevo Estilo* y *El mueble*. Se abre la ventana y las grandes vallas publicitarias que hay en la calle tiene la sigla *RED*. La compra de la vivienda familiar está siendo financiada a través del *BCI*. Las motos de los muchachos se compran con un crédito del *BBV*. El banco *Totta* iba a ser de *Banesto*. Por lo menos consta que ha pasado al Grupo Santander. Y en los tres ríos portugueses, «amplios y navegables», de que habla el monumento a los Doce, parece que tendrá que ir a cobrar el peaje pesado a las tierras españolas donde nacen. Lo más curioso es que muchas de las noticias sobre ríos, aguas, dineros y mercancías llegan a Portugal por medio de los periódicos españoles.

Pero nada de esto tendría importancia para el pueblo, el buen pueblo portugués, que tiene ahora más créditos para electrodomésticos, más zumo de naranja, más manteles, más batidoras eléctricas, más ideas para la decoración, más *Seats*, más medicamentos y productos dietéticos *Alter*, si no hiciese sus cuentas y no se preguntase lo que él mismo tiene para vender. Porque por más ibérico, más europeo, o



más cosmopolita que se sea, la idea de pertenecer a una tierra que no se organiza para producir cosas no suele traer buenos sueños. Por razones que el propio individuo desconoce, parece justo imaginar que también se realiza el camino inverso de las mercancías, que algo de lo que hacemos sale, se vende y se compra, sin hablar de que nos abastece. Son sentimientos extraños, que subvierten los principios del buen individualismo y hasta, de algún modo, aquellos en que se funda el libre comercio; que contrarían sobre todo la idea del *comercio total*, muy cercana a ese fin de siglo, y no obstante es así. Muy primario y de manera trivial, el individuo es así. Aun con cierta holganza, parece que a nadie le gusta vivir con una asimetría arriesgada entre lo que se produce y lo que se importa. Esa sensación hace al ciudadano desconfiado, sume a un país en permanente estado de sospecha de sí mismo. Los sentimientos de asimetría incontrolada suelen precisamente generar los de impotencia. Otros, más escatológicos, los llaman fatalidad. En relación con el consumo de los productos de España, es necesario que se entienda, sin embargo, que no hay otros que agudicen tanto como ellos los sentimientos nacionales de dependencia.

No es porque sean peores ni mejores, sino solamente por la ley natural de la vecindad. Nuestro país soporta mejor la colonización francesa, la americana o la inglesa, o hasta la brasileña, que la influencia española. Y España no tiene por qué asombrarse. Porque España significa la frontera y demarca el límite. Por eso mismo, ahora que los portugueses, in-

tegrados en Europa, se sienten cada vez más atraídos por los bienes de España, no falta quien utilice, con cierta propiedad extracomercial, el término guerrero *invasión*. Esto significa que la cuestión de la antigua rivalidad fraterna y fratricida no se ha borrado. Y tampoco ello es mejor ni peor: es así.

Repudiar ese sentimiento que en principio resulta viejo, y sobre todo de una gran imperfección, es desconocer que las sociedades, en lo esencial, cambian mucho más despacio y mucho menos de lo que parece. Los fenómenos de la resistencia son más fuertes que los pensados por cada uno de nosotros, apuntando a la transición y al cambio. Así, para nuestro asombro, el cosmopolitismo y la apertura de los espacios no evita cosas mezquinas como son las guerras de la leche y otras mercancías. En parte, la idea de que el conocimiento mutuo aplaca las rivalidades y neutraliza la *cultura de la desconfianza*, defendida por los poetas e intelectuales de todas las formaciones, encuentra barreras sorprendentes y extrañas. El principio de la mutualidad cultural que ha sido experimentada, por ejemplo, en el plano de la edición, y que en el plano de los creadores ha encontrado expresión en el encuentro de la obra de José Saramago, iberista indefectible, con la de Antonio Muñoz Molina, amante confeso de Portugal y Lisboa, cuyo tercer contrapeso se encuentra en el gran gallego Torrente Ballester, constituye una avanzada que agita aguas muy finas y sutiles, pero mucho menos palpables que las movidas por la fuerza de los objetos y de las mercancías. En nombre de la buena vecindad, del amor de estos queridos enemigos que son Portugal y España, no sería descabellado que Portugal se organizase en el ámbito de la producción. No sólo en el ámbito de la producción, sino también en el de la defensa, en el sitio exacto y en el momento propio, de aquello que le corresponde en el pastel ibérico. Porque el mundo material de los objetos, aunque no lo parezca, tiene un espíritu. Genera sobre todo sorprendentes espíritus. A mí me gustaría que la historia del monumento *Lusíadas* no sea más que una broma étnica. Al fin y al cabo, ¿no deben mantener la independencia ante todo los propios interesados? Sólo los portugueses entienden estas cosas, pero un atardecer de aquel septiembre alguien decía: «¡Deberíamos decir, a partir de ahora, *D. Quinote* de Cervantes!». Y alguien respondía: «Por amor de Dios, ¿para qué, si ya tenemos la GALP desparramada por toda España?».

ALIANZA EDITORIAL



LITERATURA

ALBERT CAMUS

Obras, I

El revés y el derecho. Nupcias.
El extranjero. El mito de Sísifo.

Calígula. Carnets, 1

ALIANZA TRES

ALBERT CAMUS

Obras, II

El malentendido. Los justos. El estado de sitio. La peste. Carta a un amigo alemán. Crónicas, 1944-1948

ALIANZA TRES

LEON TOLSTOI

La muerte de Ivan Ilich.

Hadyl Murad

EL LIBRO DE BOLSILLO

MIGUEL DE CERVANTES

La Galatea

Contiene la versión en disquette

OBRAS COMPLETAS DE MIGUEL DE CERVANTES

MIGUEL DE CERVANTES

El trato de Argel

Contiene la versión en disquette

OBRAS COMPLETAS DE MIGUEL DE CERVANTES

HISTORIA

FERNANDO GARCÍA DE CORTAZAR Y JOSÉ MARÍA LORENZO ESPINOSA

Historia del mundo actual

(1945-1995) (2 vol.)

1. Memoria de medio siglo

2. Imago mundi

EL LIBRO DE BOLSILLO

MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ

Historia del pensamiento

en el mundo islámico (3 vols.)

1. Desde los orígenes hasta el siglo XII en Oriente

2. El pensamiento de al-Ándalus

(siglos IX-XIV)

3. El pensamiento islámico desde Ibn

Jaldun hasta nuestros días

ALIANZA UNIVERSIDAD TEXTOS

AMIN MAALOUF

Las cruzadas vistas por los árabes

EL LIBRO DE BOLSILLO

CONCEPCIÓN DE CASTRO

Campomanes

Estado y reformismo ilustrado

ALIANZA UNIVERSIDAD

ARTE Y MÚSICA

ROSALID E. KRAUSS

La originalidad de la Vanguardia y otros mitos modernos

ALIANZA FORMA

PHILIPPE BEAUSSANT

François Couperin

ALIANZA MÚSICA

CIENCIA

F. JAQUE RECHEA Y J. GARCÍA SOLÉ (EDS.)

La luz: el ayer, el hoy y el mañana

ALIANZA UNIVERSIDAD

LYNN MARGULIS Y

LORRAINE OLENDZENSKI (EDS.)

Evolución ambiental

ALIANZA UNIVERSIDAD

HUBERT REEVES

Últimas noticias del cosmos

ALIANZA UNIVERSIDAD

FRITZ REINHART Y

HAINRICH SOEDER

Atlas de matemáticas, 2

ALIANZA ATLAS

FRANK J. TIPLER

La física de la inmortalidad

ALIANZA UNIVERSIDAD

CIENCIAS SOCIALES

MIQUEL SIGUAN

La Europa de las lenguas

ALIANZA UNIVERSIDAD

JOAQUÍN GARCÍA MORILLO

La democracia en España

EL LIBRO DE BOLSILLO

JOSÉ B. TERCEIRO

Sociedad digital

Del homo sapiens al homo digitalis

LIBROS SINGULARES

RICHARD GILLESPIE, FERNANDO RODRIGO, JONATHAN STORY (EDS.)

Las relaciones exteriores de

la España democrática

ALIANZA UNIVERSIDAD

VARIOS

WALTER BENJAMIN

Escritos autobiográficos

ALIANZA UNIVERSIDAD

RAMÓN TAMAMES Y SANTIAGO CALLE

Diccionario de economía y finanzas

ALIANZA DICCIONARIOS

PSICOLOGÍA

STEVEN PINKER

El instinto del lenguaje

Cómo crea el lenguaje la mente

ALIANZA PSICOLOGÍA MINOR

CARLOS SANTAMARÍA

Introducción al razonamiento humano

ALIANZA PSICOLOGÍA MINOR

JEAN KHALFA (ED.)

¿Qué es la inteligencia?

ALIANZA PSICOLOGÍA MINOR

Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

Tel. 393 88 88

Fax. 741 43 43

FUTBOL, JUEGO Y PASION

Uno de los secretos más grandes del hombre es la razón por la cual unos juegos son restrictivos y otros universales. Unos deportes atraen la pasión de ciertos pueblos y no de otros. ¿Qué define a esos juegos, y qué condiciona a esos pueblos? ¿Qué moral yace en cada deporte? ¿Y qué sistema de valores establecen las sociedades y los individuos a través de los juegos? ¿En qué sentido conforman visiones individuales o colectivas y remiten a los mitos constitutivos de cada organización social? Que el hombre aprende jugando lo saben los hombres desde que empezaron a pensar. Pero hay juegos que se juegan y hay juegos que se contemplan. El efecto de delegación que producen los deportes en la vida moderna ha alcanzado unas dimensiones cotidianas. Lo que en otros tiempos era algo extraordinario que dependía del calendario o de los festivales, ahora es elemento cotidiano de vida.

El fútbol, que nació en Inglaterra como tantos otros deportes, y que pronto conquistó Europa, actualmente invade el mundo entero. Pero también perteneció a unas élites y pronto traspasó las clases sociales. Fue rechazado por los intelectuales y hoy goza entre ellos de un prestigio antes desconocido. Los que sienten la pasión por el fútbol —que encuen-

tran en él las galas de lo individual y lo colectivo, a la vez al héroe y a la tribu— han dejado de ser mirados por los otros como seres extraños. Más bien al contrario: los que niegan esta pasión comienzan a sentir que se pierden algo. Son como los que viven en el desamor y ven arder en los enamorados ese fuego que no se puede ocultar. Pero cada vez son menos. De la asistencia a los campos de fútbol en los extrarradios se pasó a la emisión épica de la radio, y después a la emoción lírica de la televisión. El hombre unido al hombre, formando equipo, añadiendo sus habilidades personales a la fuerza del conjunto, frente a otros hombres que representan la misma conjunción y la misma individualidad, es una representación de algo que está en el inicio de la cultura. En los dorados campos del edén de 65 x 105 metros, se desarrolla así algo más que un juego. La pregunta es: ¿qué de profundo —quizás sagrado— se produce en nosotros cuando el fútbol nos avisa esta pasión que a la vez nos pertenece y nos sobrepasa?

Filósofos, escritores, lingüistas, críticos y periodistas contestan a esta y otras preguntas desde donde sólo es posible la respuesta: desde sí mismos, desde su propia experiencia, desde el fondo de sus biografías.



Razón y pasión del fútbol

Juan Nuño



margen del real, los «jugadores» de boxeo, reducidos al mínimo (uno por lado), lo que hacen es sólo pelear: reproducen la más elemental y primaria de las conductas humanas. En vez de juego, el boxeo es una expresión social directa, forma fundamental de vida: tratar de matar al otro.

Juego como mimesis

Los juegos propiamente dichos son más complejos y requieren satisfacer la condición de ser una «representación», una «imitación» de algo. Piénsese en el ajedrez, que imita el mundo de la guerra, y en el que cada pieza posee una referencia militar directa. Cada tipo de juego colectivo puede traducirse a un lenguaje social más complejo. En el fútbol, se habla de *retaguardia*, *ataques* y *defensa*; en el béisbol, los jugadores se dedican a *robar* o a *comprar*, además de crear un lenguaje gestual que el contrario trata de descifrar; así como en el fútbol existe un reducto sagrado que se defiende a ultranza para que no resulte violado por la penetración del adversario, en el béisbol, se arranca de un *hogar* o casa, a la que hay que regresar, tras una carrera por el mundo exterior, recorriendo etapas obligadas, como quien recorre países extraños o sorteando dificultades sin cuento. En general, los juegos que requieren una participación colectiva son los más próximos a la definición de recreación de otra realidad, por más que ello se haga siempre por recurso mimético. Mientras que los deportes no colectivos, reducidos al mínimo de participantes (no sólo el boxeo, también el tenis, cuando es individual), sólo reproducen la relación básica de las contiendas humanas directas; su lenguaje, entonces, está más próximo de la realidad cotidiana y elemental: en el tenis hay una «muerte súbita» metafórica, además de «mates» y «aplastamientos», en el boxeo

con harta frecuencia, los aplastamientos y las muertes son brutalmente reales. En 1977, una película americana —*Roller ball*, de Jewison— profetizó un futuro, no demasiado lejano, en que el juego favorito de las multitudes es un deporte, mezcla de otros (patinaje, rugby, lucha, boxeo), en el cual no solo está permitido matar, sino que ese es justamente el objetivo del «juego».

Juego como espectáculo

Pero lo más curioso es que los deportes que deberían propiamente ajustarse a la definición de juego hacen todo lo posible por alejarse de ella y retomar contacto con la realidad social de la que salieron y pretendieron alejarse. Acéptese momentáneamente que, en efecto, juego es, como quiere Caillois, un «universo marginal fuera de la realidad». Es aquella leyenda de que los griegos suspendían toda actividad, incluida la guerra, para concentrarse tan sólo en las Olimpiadas. Supongamos que así fuera y que únicamente «jugaban», esto es, que no seguían guerreando de otra manera y con otros medios más directos. Pero semejante conducta puramente lúdica no es la que corresponde a los espectáculos contemporáneos. Hágase abstracción de los jugadores, de los atletas, de los deportistas directamente participantes; si actuasen en solitario, esto es, sin público que los contemplase, sólo prepararían su comportamiento (como en un entrenamiento o ensayo) para otro momento más importante: cuando lo que hagan se convierta en espectáculo y el juego aislado pase a ser juego compartido y juzgado por espectadores.

De siempre, toda actividad lúdica ha tenido como finalidad la de ofrecerse en espectáculos; quizá el origen de todo sea el comportamiento de los machos pavonéandose ante las hembras

para que éstas, a la vista de las diferentes excelencias y mediante el recurso comparativo, puedan elegir *partenaire* sexual. Como fuere, no hay juego sin público; prueba de que el público es esencial al espectáculo es que cuando, por cualquier razón se han tenido que disputar encuentros deportivos a puerta cerrada, esto es, sin público, no sólo ha decaído la calidad de la competencia, sino que en cierto momento ha perdido su sentido. Aun así, es posible concebir (y de hecho, ha sucedido más de una vez) que se celebre un partido de fútbol, por ejemplo, sin público. Ante todo, es falso que sea realmente sin público; alguien lo ve: así sean los preparadores y reservas de ambos equipos. Además, la competición colectiva de dos equipos con o sin público, produce un resultado, que permite calificar el encuentro: alguien gana o ninguno gana. En cambio, trátase de imaginar por un instante una corrida de toros sin público: imposible, no tendría el menor sentido. Primero, porque una corrida de toros no es juego que tenga que producir resultados, desde el momento en que siempre es el mismo, pues aun suponiendo la excepcional muerte del torero, este no es nunca el resultado final de la corrida. Segundo, porque quien participa del juego de los toros, tanto como el torero, es el público; mejor dicho, el torero



actúa para ser contemplado, apreciado y juzgado por un público, el cual no va a ver resultados, sino a considerar detalles de la actuación, a degustar y comparar «jugadas». Y para ello, además de estar allí, tiene que «saber de toros», ser entendido, como se dice; esto es, tiene que participar con la misma intensidad emocional y mental que el torero, aunque, por supuesto, con menos riesgo que éste.

Juego como falsedad

Entonces: no hay juego sin público. Pero el verdadero público en realidad jamás va a *ver jugar*, sino que va a *ver ganar* a su equipo y, en ocasiones, ni siquiera eso: va a *ver perder* al otro equipo. Esto es lo que marca la diferencia entre los toros y cualquier otra competencia deportiva; en los toros, en principio, el público va a ver el espectáculo en sí, puesto que sabe que el resultado siempre es el mismo. Claro que también ahí puede introducirse el factor aberrante de ir sólo por preferir un torero a otro y asistir entonces con la sola intención de aclamar el triunfo del favorito o protestar el fracaso del rival.

De modo que todo juego, en tanto recreación de un universo aparte, es una falsedad: porque lo que reproduce no queda aparte, sino que se tiñe y mezcla con todas las pasiones e intereses que proceden del mundo exterior y cotidiano, del que precisamente el juego, en tanto juego, pretendía evadirse con su festiva y autónoma representación. Así, la falsedad de todo juego es doble: no sólo porque siga reproduciendo la conducta social de cada grupo, sino porque esa reproducción es estéril, no deja ningún beneficio, se agota en sí misma, muere al terminar el juego. Vuélvase a la analogía bélica para entenderlo mejor. Si el deporte es la continuación de la guerra por otros medios, es una guerra que no deja ninguna ganancia, que no conduce a ningún lugar, que no apunta a ninguna conquista real. El país que gana una guerra de verdad, gana algo: o territorio o materias primas o poder. Pero el equipo que gana un campeonato, nada gana desde el punto de vista del espectador, que es el que ha transferido al espectáculo sus pasiones colecti-

vas. Que los deportistas ganen dinero sólo prueba que, en el juego social del enfrentamiento y las rivalidades, a ellos les corresponde el papel de los mercenarios de los antiguos ejércitos. Uno de los grandes avances (¿?) de la civilización occidental ha consistido en condicionar al ser humano para luchar gratis en batallas cuyos intereses le trascienden. Es un avance de la misma naturaleza que el de los asalariados frente a los esclavos: de hecho, un esclavo era mucho más libre que un proletario, desde el momento en que el trabajo que hacía lo hacía contra su voluntad, la cual nunca fue enajenada. Fue menester que la sociedad se apoderara de la voluntad de los trabajadores para que la esclavitud se mudara en trabajo asalariado. De igual modo, los soldados mercenarios disponían de la libertad de contratación, mientras que los modernos soldados patriotas, de los diferentes servicios o conscripciones militares, no la poseen: están obligados a pelear y además gratis, porque como lo hacen por la patria, nadie les va a pagar, salvo, desde luego, la patria agradecida. Pues bien, los jugadores de fútbol (o de béisbol o de baloncesto) se contratan libremente como mercenarios que son y luchan con el entusiasmo limitado de todo profesional: desempeñan un oficio, como el actor que cumple representando en el teatro su papel. ¿Quiénes son, entonces, en los deportes modernos, los patriotas que tienen que batallar gratis, sólo por amor a sus colores? Son los espectadores, que además de pagar por asistir, agregan la nota apasionada de la verdadera batalla. Con ello, el centro de interés del juego se ha desplazado del campo del espectáculo a las gradas y tribunas de los estadios. El juego de fútbol (o de béisbol, etcétera) es un juego que, en realidad, se juega verdaderamente fuera de la cancha, en los puestos de los espectadores. Y, en efecto, más de una vez ha sido así, con todo el trágico realismo: baste recordar el terrible y reciente caso del estadio belga, con una pequeña guerra a muerte entre italianos e ingleses y supuestos neutrales interpuestos. Si hubiera sido un accidente (una pared que se derrumba, un incendio que se declara), no merecería mayor comentario; si se habla de ello, es porque no hace sino ajus-

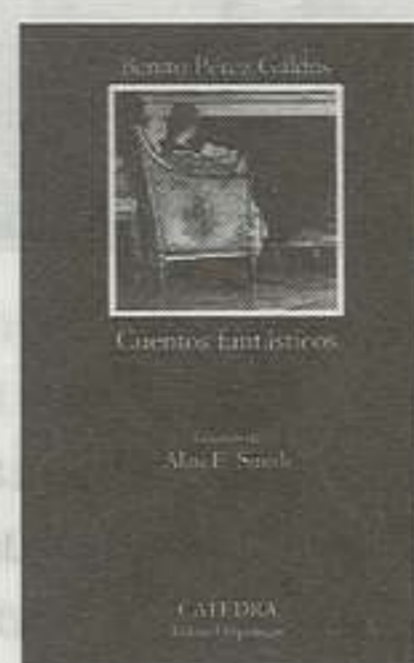
NOVEDADES



CÁTEDRA

HISPÁNICAS

CUENTOS FANTÁSTICOS
BENITO PÉREZ GALDÓS
Ed. Alan E. Smith



UNIVERSALES

BUCÓLICAS
VIRGILIO
Ed. bilingüe
Vicente Cristóbal



TEOREMA

EL CREDO DEL HOMBRE LIBRE Y OTROS ENSAYOS
BERTRAND RUSSELL



MÁS ALLÁ DE LA IZQUIERDA Y LA DERECHA
ANTHONY GIDDENS



DESCARTES
BERNARD WILLIAMS



FEMINISMOS

LA HEREJÍA LESBIANA
SHEYLA JEFFREYS



HISTORIA

HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS, 1607-1992
MALDWIN A. JONES



LINGÜÍSTICA

EL ESPAÑOL DE AMÉRICA
JOHN LIPSKI



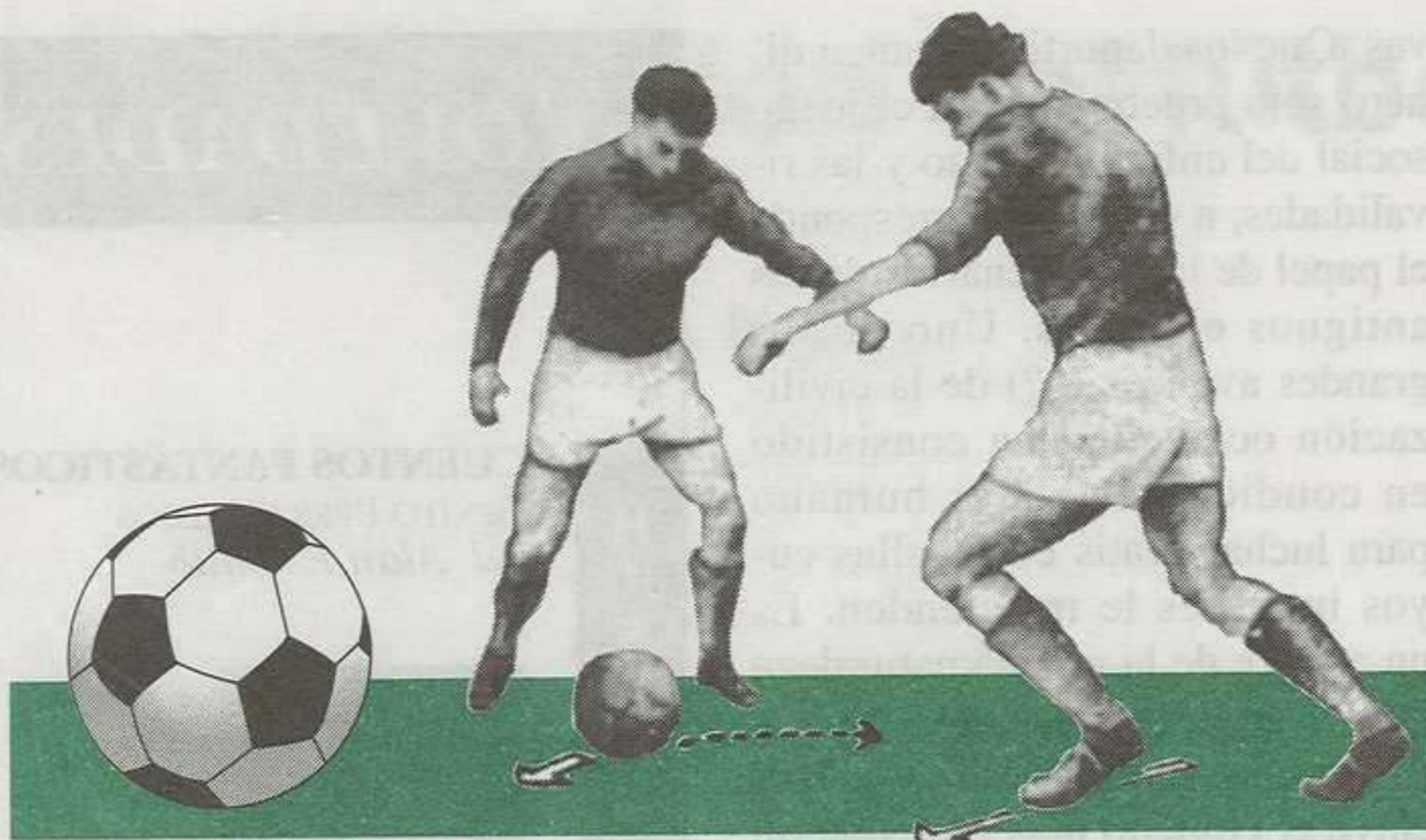
De venta en librerías. Comercializa
Oficina central: Juan Ignacio Luca de Tena, 15
Tels.: (91) 3938600 Fax: (91) 3209129 / 7426631 28027 MADRID



tarse a la realidad del juego que se lleva a cabo directamente y con toda la pasión participativa fuera del campo llamado impropriamente de juego.

Pérdida de identidad

Ese participante tan activo y tan mal o nada pagado, que es el espectador (por algo llamado, sin pudor alguno, «fanático» o «enfrecido» que es lo que resulta ser un *tifoso*) sufre una transmutación de su personalidad tan pronto ingresa al lugar sagrado en que tendrá efecto la ceremonia de la contienda religiosa. Abandona al punto su individualidad para serializarse, para integrarse al grupo con el que termina por fusionarse. Se despoja entonces de su alma individual para asumir por cierto tiempo una suerte de aristotélica alma colectiva del grupo al que pertenece o con el que participa en el juego. Además, pierde su particular identidad (abogado, obrero, casado, etcétera) para adquirir la identidad común del fanático,



esto es, el miembro oficiante de una ceremonia especial que, en el mejor de los casos, cobra la forma de una fiesta o carnaval y, en el peor, de una liquidación de cuentas con miembros de la tribu enemiga, a los que se enfrenta *in situ*. Alguien recordará que eso es lo que hacían los romanos en el circo. No propiamente: la ferocidad estaba abajo, en la arena, mientras que los espectadores saciaban su sed de la suya a través del espectáculo que se les ofrecía; no tenían necesidad de ejer-

cer la ferocidad unos contra otros. De donde podría inferirse que lo que se ha ganado por un lado, se ha compensado por otro: ahora las arenas deportivas no suelen ensangrentarse (fuera de los accidentes ocasionales), porque la ferocidad se ha trasladado a la parte superior: el circo romano sigue, pero en los graderíos de los modernos estadios. Los aspectos esenciales de la conducta colectiva permanecen inalterables. Y uno de los más esenciales es la agresividad: periódica-

mente, el animal humano mata por el placer de matar, por más que lo encubra de pretextos, religiones o ideologías; si no mata con sus propias manos (quema de brujas, pogromos de judíos, linchamiento de negros), lo hace por persona interpuesta: a través de las manos (o pies) de otros, de los jugadores, en los que proyecta buena parte de su agresividad constitutiva.

Especificidad del fútbol

Por supuesto que todo lo dicho hasta ahora no es específico del fútbol, sino característico de cualquier acto que reciba el nombre de «juego», sea o no deportivo. El fútbol, además de participar de todos los rasgos apuntados, posee otros específicos, los cuales no radican en la materialidad de sus reglas. Sería un error reducir la diferencia entre juegos afines, como el fútbol, el béisbol y el baloncesto (para sólo citar tres colectivos y competitivos), a la diferencia entre sus respectivas reglas. Presentan

Leyenda del campo de fútbol

Ödon von Horváth

Había una vez un pobre niño que tenía apenas siete años, pero en el que ya ardía una pasión: amaba el fútbol sobre todas las cosas.

Tenía que estar presente en cada encuentro: si jugaba Liberia contra Haidhausen o Beluchistán contra Neuköln siempre estaba acostado en la hierba detrás de una de las porterías (la mayoría de las veces mucho antes del comienzo) y, con ojos redondos de niño, seguía de cerca las acciones más o menos emocionantes. Y si un jugador cargaba rudamente,

apretaba enojado los puños y con el ceño fruncido miraba adustamente al malhechor. Sin embargo, cuando, quizá casi a continuación, como un capricho del destino (casi como una venganza) se anotaba un gol, bailaba apasionadamente y, radiante, trataba de ver el rostro de todos los que aplaudían a su alrededor. Los que estaban junto a él normalmente eran uno o dos años mayores, y escuchaba atentamente cuando pronunciaban tecnicismos atroces que sabe Dios dónde habían oído, acerca de un jugador o de un club; oía impresionado los turbios presagios, hasta que un maravilloso balón perfectamente cabeceado lo arrastraba consigo, y su corazón volaba todavía más alto que el balón.

Así se sentaba frecuentemente en la hierba húmeda. Durante horas.

El viento de noviembre se acomodaba a sus estrechas espaldas, como si quisiera calen-

tarse, y arriba, sobre el terreno de juego, la bruja de la fiebre se llevaba sus círculos de aves de rapiña.

Y cuando el silbatazo final había fenecido, ya anocheecía; el niño atravesaba una vez más el campo y se iba solo a casa. En las calles de domingo vacías, algunas veces le parecía como si oyera pasos detrás de él; como si alguien, que quisiera averiguar dónde vivía, lo siguiera furtivamente. Sin embargo, no se atrevía a volverse y entonces tenía envidia del policía, que tenía una zancada muy larga. Sólo cuando había llegado a casa, frente al alto edificio gris, en el que sus padres tenían la tienda de verduras, miraba a su alrededor: quizás era el gordo Karl, con el que compartía el pupitre en la escuela y que nunca le dejaba en paz —pero sólo se trataba de una hoja seca, que se arrastraba trabajosamente por la calle, buscando un rincón para morir.

Y de noche, en su cama, tenía frío a pesar de las mejillas rojas; y entonces también tosía y se incorporaba hacia adelante como si el gordo Karl le hubiera pegado con el puño en la espalda.

Como a través de un velo, sólo veía el rostro de su madre sentada a la orilla de la cama y que lo miraba preocupada; y también oía pasos en el cuarto, lentos, de uno a otro lado; era papá.

El viento del norte se acurrucaba en el tubo de la estufa y, además de su zumbido, empezaron a bailar arcoiris a su alrededor. Cerró los ojos. Había oscurecido. Y tranquilidad.

Sin embargo, después de medianoche, el sueño cedió de repente y finos nudillos llamaron a la ventana desde fuera y oyó que decían su nombre: —¡Hansl!— lo llamaba una voz suave—. ¡Hansl!

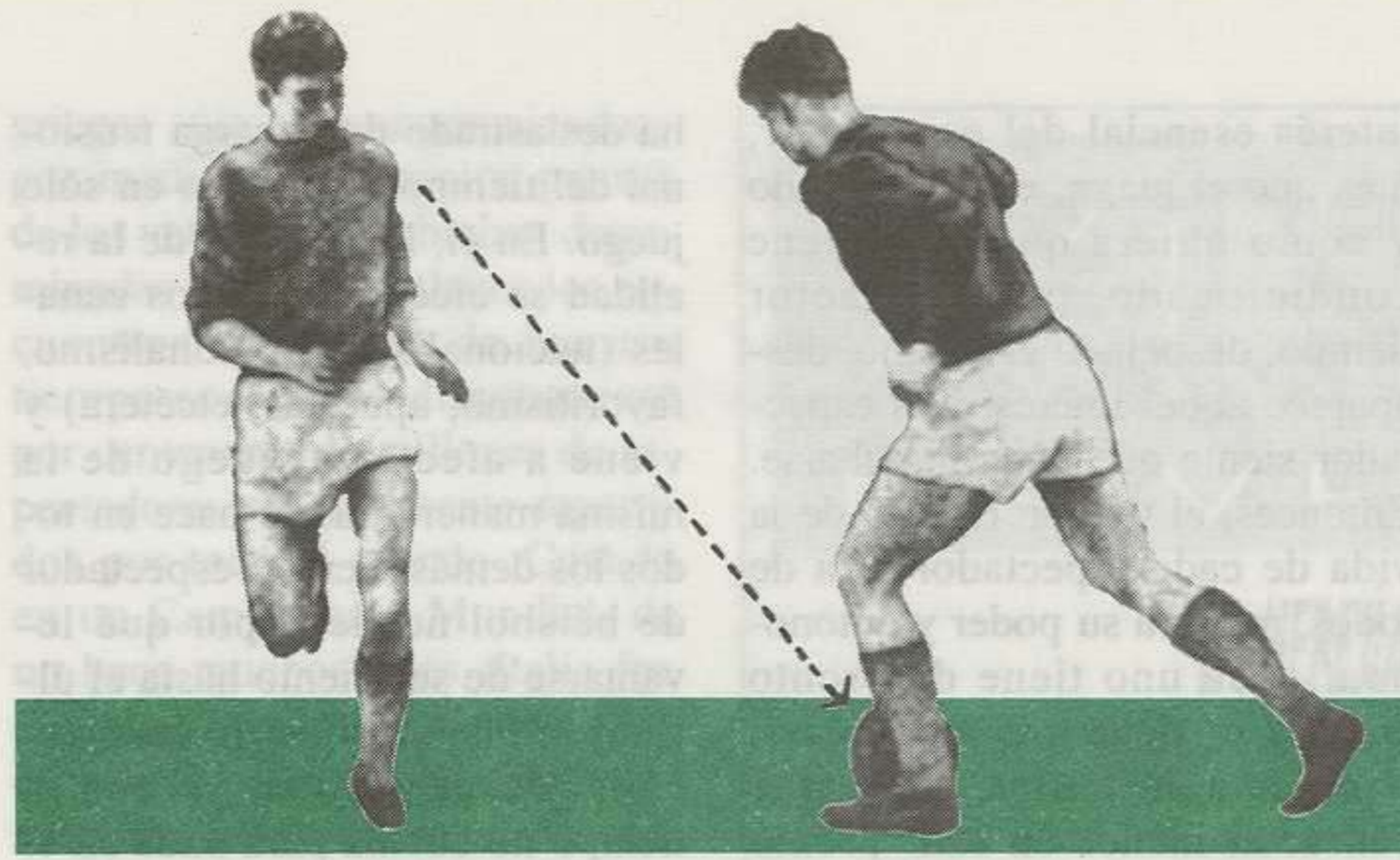
Entonces, el niño se levantó de su cama, llevó una silla a la

aspectos más profundos que son los que, en definitiva, vienen a marcar la auténtica diferencia.

Básicamente, se distinguen todos ellos por las diferentes concepciones y distinto empleo que hacen del factor tiempo.

En el fútbol (se entiende que aquí, en todo momento, se habla de la modalidad europea, correspondiente a lo que los norteamericanos denominan *soccer*), el factor tiempo, además de tomarse en cuenta, de existir para el juego, se toma en cuenta de la misma forma que se hace en la realidad cotidiana: el tiempo transcurre para el juego de fútbol de la misma manera como transcurre en y para la vida de los espectadores. Coincide, entonces, el tiempo interno del juego del fútbol con el externo o tiempo real.

En contraste, el tiempo ni siquiera existe en el béisbol; ahí ha sido eliminado, al no tomárselo en cuenta, de tal modo que el béisbol es un juego atemporal, un deporte para el cual el tiempo no transcurre: es algo que queda del otro lado del estadio, creándose entonces una suerte de espacio



mágico en el que tan sólo existe juego puro, situado fuera del tiempo.

Mientras que, al igual que pasa con el fútbol, también en el baloncesto existe el tiempo, lo que significa que se le toma en cuenta a efectos del juego; no es un juego atemporal, como lo es el béisbol. Pero en el baloncesto no es real el empleo del tiempo, sino perfectamente irreal; allí, el tiempo se estira cual goma, distribuyéndose a voluntad, cortándose en rodajas tan finas como se quiera y pueda; deja de ser lo que es en realidad el tiempo, un *con-*

tinuum, el río que fluye, para convertirse en una ristra segmentada de unidades discretas, de diferente longitud. En baloncesto, cúmplase el deseo del poeta («Oh tiempo, detén tu vuelo...»), pues, en efecto, el tiempo se detiene, una y otra vez, ya que la acción del juego puede suspenderse tantas veces cuanto sea preciso y, al hacerlo así, también se suspende, en el interior del juego y para sus efectos, el paso del tiempo.

(El fútbol americano, rugby europeo, es una suerte de tiempo de baloncesto aplicado al fútbol: puede repartirse en unidades seg-

mentadas, mientras que el hockey, en cualquiera de sus modalidades, presenta el mismo tipo de tiempo interno que el fútbol: continuo con la sola ruptura del descanso o descansos; el voleibol vuelve a recuperar el tipo de tiempo fragmentado, propio del baloncesto.)

De ahí, de esos distintos empleos (y por supuesto, distintas concepciones) del tiempo, se derivan las diferencias sustantivas, de fondo, entre todos esos juegos.

Quizá en ello resida la explicación de por qué el fútbol es probablemente el deporte que más apasiona, en tanto espectáculo, y que arrastra más multitudes en todo el mundo. Porque al ser real el tiempo en que se juega, se engendra una doble tensión: la del juego en sí y sus incidencias y la de la lucha que se establece contra el paso del tiempo; la segunda es la importante. Todos los juegos generan una tensión, todos son agónicos, en todos combaten dos rivales, pero si en unos hay más tensión que en otros, ello sólo puede deberse a que existe una tensión agre-

ventana, se subió a ella y abrió: afuera era noche quieta y profunda; ya no se oía ningún tranvía y el farol de gas de la esquina también se había ido a dormir y, frente a su ventana, en el cuarto piso, flotaba un ángel diáfano, semejante a aquel que rodeaba el broche del devocionario del abuelo, sólo que este tenía alas de colores: la izquierda azul y amarilla: eran los colores del equipo de fútbol de Oberhaching; la derecha rosa y verde: los colores del de Unterhaching; sus pequeños pies estaban metidos en púrpuras botas de fútbol, alrededor de su cuello, de una cuerda dorada colgaba un silbato de árbitro y en sus manos diáfnas se mecía una pelota blanca mate.

—Mira —le dijo el ángel—. ¡Mira! —y dio un cabezazo al balón directamente al cielo; voló, voló, hasta que desapareció a lo lejos, tras la Vía Láctea.

Luego el ser celestial dio la mano al asombrado Hansl y son-

rió: «Ven conmigo al partido de fútbol».

Y Hansl fue con él.

Sin decir nada, subió al alféizar y, cuando el ángel le tomó de la mano, era como si nunca hubiera existido un gordo Karl. Todo estaba olvidado, bajo él, hundido en la profundidad eterna —y cuando ambos pasaban junto a la Vía Láctea, el niño preguntó: «¿Falta mucho todavía?».

—No— sonrió nuevamente el ángel—, pronto estaremos ahí.

Y porque los ángeles no mienten, pronto brilló en la oscuridad una superficie rectangular, hacia la cual volaron. Al principio, Hansl creyó que se trataba sólo de una hoja de papel blanco, pero apenas lo había pensado, cuando su guía había avistado la orilla; sólo una tracción más —¡y habían llegado!

¡Sin embargo, cómo se sorprendió el niño!

La hoja de papel blanco se había hecho una gran nube, cuya

superficie era un campo único, perfectamente delineado; en las tribunas de banderines de colores había espectadores, tantos como nuestro pequeño nunca había visto en un encuentro. Y todo el público se puso de pie para saludar y todos los ojos se dirigieron a él llenos de bondad, el mismo inspector, que siempre lo había obligado a estar detrás de la portería, en la hierba mojada, lo condujo con continuas reverencias hasta su lugar: tribuna (¡!), primera fila (¡¡!!), en medio (¡¡¡!!!).

—¡Qué apacible está toda la gente! —pensó el niño.

—Absolutamente cierto, señor —susurró el inspector humildemente—, son los bienaventurados espectadores de fútbol.

Abajo, en la orilla, los bandos echaban a suertes a quién le tocaba el sol de espaldas «Estos son los mejores jugadores bienaventurados», oyó Hansl que decía su vecino; y cuando lo miró, inclinó amablemente la cabeza:

entonces reconoció en él a aquel buen anciano que una vez (cuando Borneo perdió contra Alaska) lo defendió del gordo Karl; todavía tenía en la mano el bastón con el que había amenazado al rijoso aquella vez. ¡Cómo corrió!

Una inmensa bienaventuranza llenó el corazón del pobre niño. El juego había empezado para no terminar nunca y los veintidós jugaban como nunca había visto jugar. Ciertamente, a veces parecía que uno u otro simplemente seguían a la pelota volando (pues también eran ángeles superiores), pero el árbitro (un arcángel), de un silbatazo interrumpía inmediatamente el juego por falta.

El clima era magnífico. Un poco de sol y nada de viento. Una temperatura perfecta para jugar fútbol.

Desde ese día, nadie ha vuelto a ver al pobre niño en un campo terrenal de fútbol.

gada, la del tiempo, que es la que realmente afecta a jugadores y espectadores. Si el juego, como es el caso del fútbol, está sometido al implacable paso del tiempo, no sólo quienes participan de una u otra forma en él sienten que el juego se está desarrollando, como suele decirse, «contra reloj», sino que, al suceder tal, por el hecho de estarse llevando a cabo bajo el signo del proceso temporal real, pasa entonces el juego a formar parte de la existencia.

Sabido es que la existencia humana es la única que tiene conciencia de estar afectada por el tiempo. Los animales viven como los hombres sólo en apariencia; en realidad, viven más bien como las plantas: sin conciencia del tiempo que pasa, arrastrándolos hacia el inexorable final. Desde el momento en que el hombre supo que su existencia es algo limitado, comenzó a vivirla angustiosamente, comenzó a vivir «contra reloj». Sabe que su vida es un transcurrir breve que se dirige inevitablemente al sitio idéntico para todos: la muerte. Esa presencia invisible, pero realísima, de la muerte es la que afecta a todo lo que se desarrolla bajo el signo de la temporalidad.

Un partido de fútbol es más angustioso y dramático que otro juego cualquiera porque, en él, el tiempo corre paralelo al tiempo de la existencia humana. La pasión que genera el fútbol hunde sus raíces en la oculta presencia de la muerte, que está presidiendo todos los actos humanos, cada vez que esos actos se miden con el paso del tiempo. De ahí, esas angustias por el final de un juego de fútbol; de ahí también, esa descarga tensional cuando algo ayuda a eliminar la presión del tiempo (por ejemplo, una gran diferencia de goles, prácticamente imposible de remontar). Contraprueba de esto la proporcionan esos espectadores que, cuando tal sucede, es decir, cuando por la seguridad de que el resultado ya está dirimido, comienzan a desfilarse *antes de* que termine el encuentro: ya no hay más que ver, porque ya el tiempo ha dejado de pesar aplastantemente sobre el resultado del juego. En realidad, estrictamente hablando, hasta el pitazo final del árbitro que dirige el encuentro, siempre hay «más que ver», pero aquella actitud sólo prueba que el

interés esencial del espectador, más que el juego, es el resultado y como quiera que éste viene condicionado por el factor tiempo, despejado el mismo, desaparece aquel interés, y el espectador siente que debe marcharse. Entonces, el tiempo real, el de la vida de cada espectador y la de todos, recobra su poder y autonomía: cada uno tiene de pronto que hacer, tiene que irse a casa, recoger a su mujer, tiene que pensar al menos en salir pronto del atolladero de automóviles estacionados en torno al gigantesco estadio. Ha desaparecido el tiempo real del encuentro y sólo queda el no menos amenazante y no menos real tiempo de la existencia, sólo que con este, el hombre tiene otros recursos para luchar o, al menos, olvidarse de él.

Impureza e irrealidad de los juegos

De modo que eso de decir que los juegos pierden su pureza cuando en ellos se introduce bastardamente la realidad, bajo forma de pasiones políticas, por ejemplo, o de intereses comerciales o propagandísticos, o de meras rivalidades regionales, no deja de ser una desviación retórica de la auténtica alteración que experimenta la supuesta pureza lúdica.

No existe eso de juego puro, aislado del contexto, desde el momento en que todos, de una y otra manera, están sometidos al factor tiempo; en todos está el tiempo, presente o ausente. Si lo primero, esa presencia ya es suficiente prueba de penetración del mundo externo; si acaso está ausente, como en el caso del béisbol, ello sólo significa que la intrusión de la realidad se ha efectuado con anterioridad al juego, y la ha efectuado el hombre, creador de juegos y variantes de juegos, mediante la maniobra de escamotear artificialmente el tiempo. Con lo que se ha elegido desplazar la tensión del juego hacia otras zonas.

En este mismo orden de ideas, pudiera aceptarse que tienen razón los defensores exaltados del béisbol cuando sostienen que éste es más que el fútbol. Es más juego, en efecto, no porque contenga combinaciones más complejas y variantes más abiertas de jugadas en su combinatoria, sino porque previamente se le

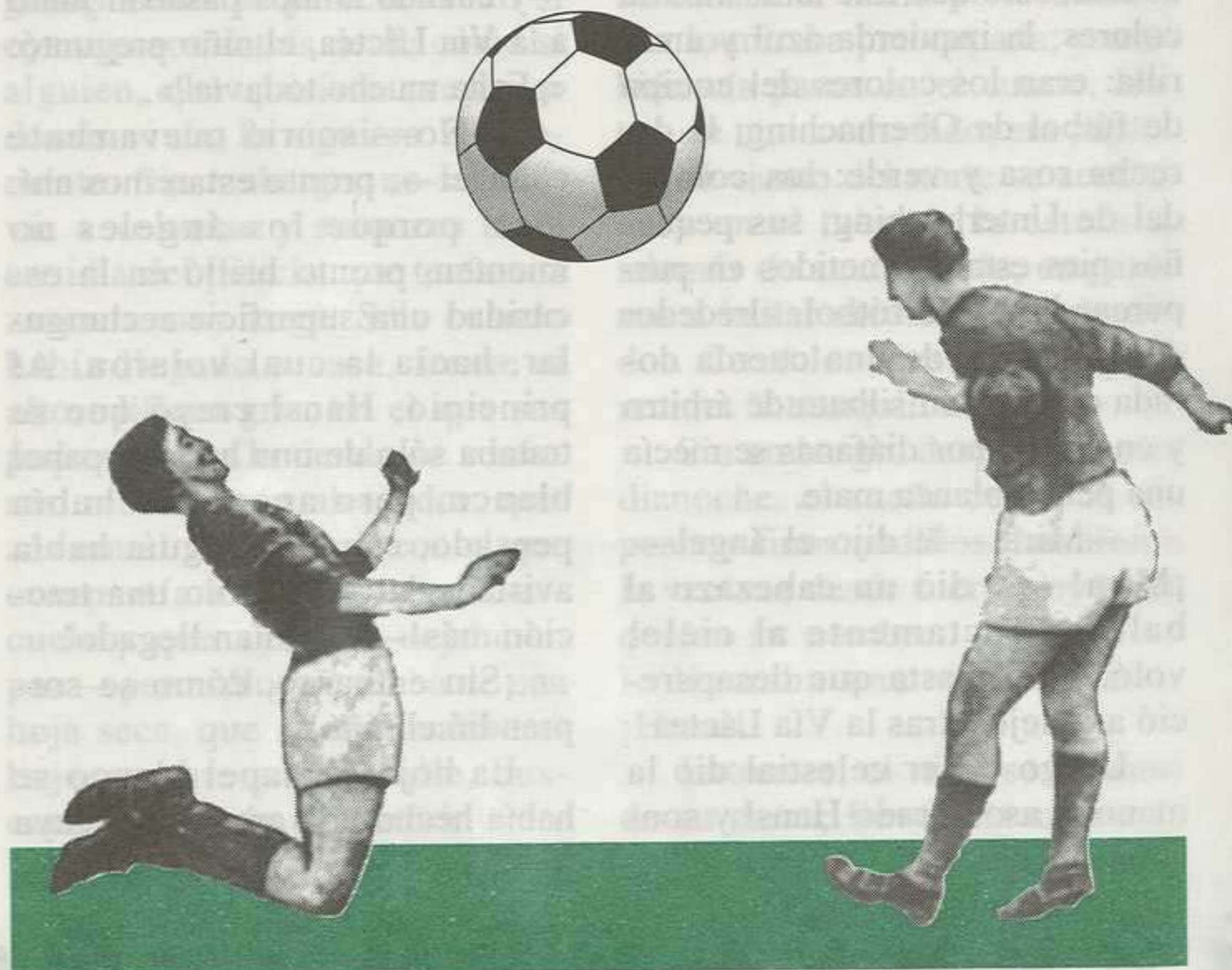
ha deslastrado de la carga tensional del tiempo, dejándolo en sólo juego. En él, la invasión de la realidad se efectúa por otros canales (nacionalismo, regionalismo, favoritismo, apuestas, etcétera) y viene a afectar al juego de la misma manera que lo hace en todos los demás. Pero el espectador de béisbol no tiene por qué levantarse de su asiento hasta el último momento, que en realidad es la última jugada, ya que el tiempo no cuenta para nada en el resultado; por lo mismo, una vez decidido el resultado, no necesita el equipo ganador *perder el tiempo* desarrollando una serie de jugadas, si bien legítimas por reglas, absolutamente inútiles para efectos del resultado.

Pero, por la misma causa, también tienen razón los defensores fanáticos del fútbol cuando afirman que el suyo es un juego más emocionante y apasionado: en él ha irrumpido la realidad con la más mortífera de sus armas, la presencia inapelable del paso del tiempo que todo lo somete a la angustia de una resolución permanentemente limitada por ese horizonte que está ahí y nadie puede suprimir.

Hay un juego, muy diferente, que se hermana en este aspecto con el fútbol, y es el ajedrez. Diferencias aparte, también en el ajedrez existe la presión del tiempo real. Sólo que el tipo de tensión que se crea no es tan grande, ya que en la práctica, esa presión, además de quedar limitada a las primeras jugadas, se manifiesta en forma discontinua, con suspensión del paso del

tiempo, según juegue un jugador u otro; además, a partir de un cierto número de jugadas, el tiempo de que suelen disponer los jugadores es tan grande que equivale a un no-tiempo: como si jugasen sin pensar en él. Por otra parte, en el ajedrez la tensión que pueda ocasionar la coacción del factor tiempo sólo afecta a los jugadores; los posibles espectadores no la sienten, son ajenos a ella, mientras que los espectadores de un encuentro de fútbol participan de la misma tensión que sufren los que directamente juegan y por su presencia masiva retroalimentan la tensión de los jugadores, produciéndose entonces esa particular emoción que suelen tener los grandes encuentros futbolísticos.

Lo curioso es que, a la vez que el tiempo afecta a la naturaleza del juego y determina su especificidad (el fútbol es como es; el béisbol es como es, etcétera, por el empleo que dan al tiempo), también sirve para crear un vacío, un aislamiento, propio de todo juego, respecto de la realidad circundante. Es el carácter irreal de todo juego: una situación excepcional, festiva, *robada al tiempo*, en la que los hombres olvidan su cotidianidad y se entregan a una relación distinta, puramente artificial; a través de los juegos, viven los hombres una verdadera relación creativa, propiamente poética. Porque cada juego es una creación a partir de nada, un acto gratuito y libre, algo que no tenía por qué existir en el mundo y que la imaginación humana ha introducido en él cual cuerpo extraño sólo para po-



der, a través suyo, aislarse *por su tiempo* del contexto real. Es decir, que si en los juegos puede hablarse de un empleo del tiempo, ese tiempo es tan artificial como el juego mismo y, por consiguiente, *interno* al juego. Fuera, sigue corriendo y actuando el otro, el tiempo *exterior*. Los juegos crean un paréntesis que, por un lado, sirve para aislar del tiempo real y, por otro, para recrearlo en el interior del paréntesis, con distintas modalidades. El tiempo interior, el del paréntesis, es el que permite diferenciar profundamente los juegos entre sí. Pero todos, en tanto paréntesis, juegan a lo mismo: a aislarse del tiempo real, a dar al hombre un respiro que lo saque *momentáneamente* del mundo y lo introduzca en ese curioso mundo de las tensiones rivales que vienen a ser todos los juegos.

Como parece que esto es algo que les gusta a los hombres, suelen enviarse con ello y proceden entonces a adoptar recursos para prolongar el paréntesis. En vez de un solo juego, escotero, crean una sucesión *temporal* de juegos, bajo la forma de ligas, campeonatos y en general torneos de toda suerte y diversidad de participantes. Es un esfuerzo lúdico para hacer que el tiempo del juego se prolongue y, de esa forma, aislarse un poco más del verdugo que a todos nos espera al fin del camino, el «ejecutivo cobrador de la Muerte», como lo llamaba Quevedo.

De modo tal, que el fútbol, por ejemplo, no sólo dura noventa minutos, sino que dura toda una temporada de muchos meses y cada tantos años se prolonga además esa temporada por otra extraordinaria, por una orgía excepcional, una supratemporada en la que participan equipos de diferentes naciones. Por supuesto que, en este último caso, el bastardeamiento del juego por intrusión de la realidad, llega a ser insoportable: en los Campeonatos del Mundo, los espectadores difícilmente van a ver jugar ni a apreciar técnicas y variantes; van básicamente a ver ganar a su equipo. Es la más explosiva de las mezclas: nacionalismo, que cada vez tiene más fuerza *malgré* los socialistas del XIX, más pasión tensional del fútbol.

Añádase a semejante análisis el factor comunicacional y su incremento en los últimos años. Los triunfos de las Olimpiadas

griegas sólo eran «comunicados» por medio de los cantos penales de los vates que celebraban determinadas hazañas y atletas; los encuentros deportivos de nuestro tiempo son vistos directamente por centenares de millones de espectadores prácticamente repartidos por todo el mundo. Cuando en un Campeonato Mundial, de no hace muchos años, Italia fue eliminada por otra selección, los espectadores televisivos italianos reaccionaron coléricos descargando su tensión acumulada sobre los propios aparatos de televisión. Semejantes acontecimientos son una excelente ocasión comercial y no hay razón alguna para pensar en la inocencia de las grandes fábricas y marcas: están detrás del juego, sumando un nuevo factor de adulteración a la mítica pureza del deporte. Por lo demás, el hecho de no estar presentes los espectadores televisivos en el campo de juego no es garantía de ausencia de tensión. Más bien pudiera presentarse un incremento de la misma, desde el momento en que las incidencias del juego adquieren carácter comunicacional redundante, y por partida doble: porque se repiten ciertas jugadas y porque siempre hay un narrador que las describe y comenta y, por supuesto, altera. La carga tensional del espectador lejano, del televisivo, es mayor precisamente por recibir doblemente distorsionada la imagen del juego.

Todo lo anterior justifica que los ingleses sostengan que su juego nacional por excelencia (que no es el fútbol, sino el críquet) más que un juego, sea una institución. Es lo mismo que suelen decir los catalanes de su equipo regional con aquello de que el Barça es más que un club.

Bien visto, todo juego es más que un juego: es un remedo, mejor o peor, del otro *único* juego que nos toca jugar sin apelación. Sólo que este, el de verdad, es trágico por lo que observara Beckett: «no hay juego de vuelta entre el hombre y su destino».

JUAN NUÑO

— «Filosofía con el charco de por medio». *Letra Internacional*, 4.

— «Del compromiso a la crisis». *Letra Internacional*, 24.



Siglo Veintiuno
de España
Editores, S.A.

NOVEDADES

LA HEREJÍA VATICANA

VALENTÍN FÁBREGA



HORROR VACUI. LA TRAVESÍA DE LA NOCHE DEL SIGLO

SANTIAGO LÓPEZ PETIT

LA RECONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD CULTURAL VASCA. OTEIZA/CHILLIDA

LUXIO UGARTE



LA PERFIDIA DE ALBIÓN. EL GOBIERNO BRITÁNICO Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

ENRIQUE MORADIELLOS

LA DOBLE TRANSICIÓN. POLÍTICA Y LITERATURA EN LA ESPAÑA DE LOS AÑOS SETENTA

RAMÓN BUCKLEY PLANAS



Siglo XXI de España Editores, S.A.
Plaza, 5. 28043 Madrid
Tels. (91) 759 48 09/759 49 18
Telefax (91) 759 45 57

El Mundial y sus pompas

Umberto Eco

Muchos lectores suspicaces y malignos, al ver que yo aquí trato del noble juego del fútbol con distancia, fastidio y —digámoslo de una vez— con malevolencia, sacarán a relucir la vulgar sospecha de que yo no quiero al fútbol porque el fútbol no me ha querido nunca a mí, por haber pertenecido desde pequeño a esa categoría de niños o adolescentes que, en cuanto tocan el balón —suponiendo que lo logren— marcan de inmediato un autogol o en el mejor de los casos, se lo pasan al adversario, cuando no lo mandan con tenaz obstinación fuera del campo, al otro lado de setos y mallas, a perderse en sótanos y quebradas o a ahogarse entre las variadas fragancias de un carrito de helados, de manera que los compañeros no lo escogen nunca en el equipo y lo excluyen de los mejores desafíos deportivos. Jamás sospecha alguna habrá sido más lúcida y acertada.

Diré más. En el intento de sentirme como los otros (igual a un pequeño homosexual aterrizado que se repite obsesivamente que le deben gustar las mujeres), rogué muchas veces a mi padre, hincha ecuaníme pero constante, que me llevara con él a los partidos. Y un día, mientras miraba con indiferencia los insensatos movimientos que hacían allá abajo en el campo, sentí algo así como si el sol meridiano estuviera envolviendo con una luz radiante a hombres y cosas, y como si ante mis ojos se estuviera desarrollando una función cósmica sin sentido. Era eso que más tarde, leyendo a Ottiero Ottieri, descubriría como el sentimiento de la *irrealidad cotidiana*, pero en ese entonces tenía sólo trece años y lo traduje a mi manera: por primera vez dudé de la existencia de Dios y concluí que el mundo era una invención sin sentido.

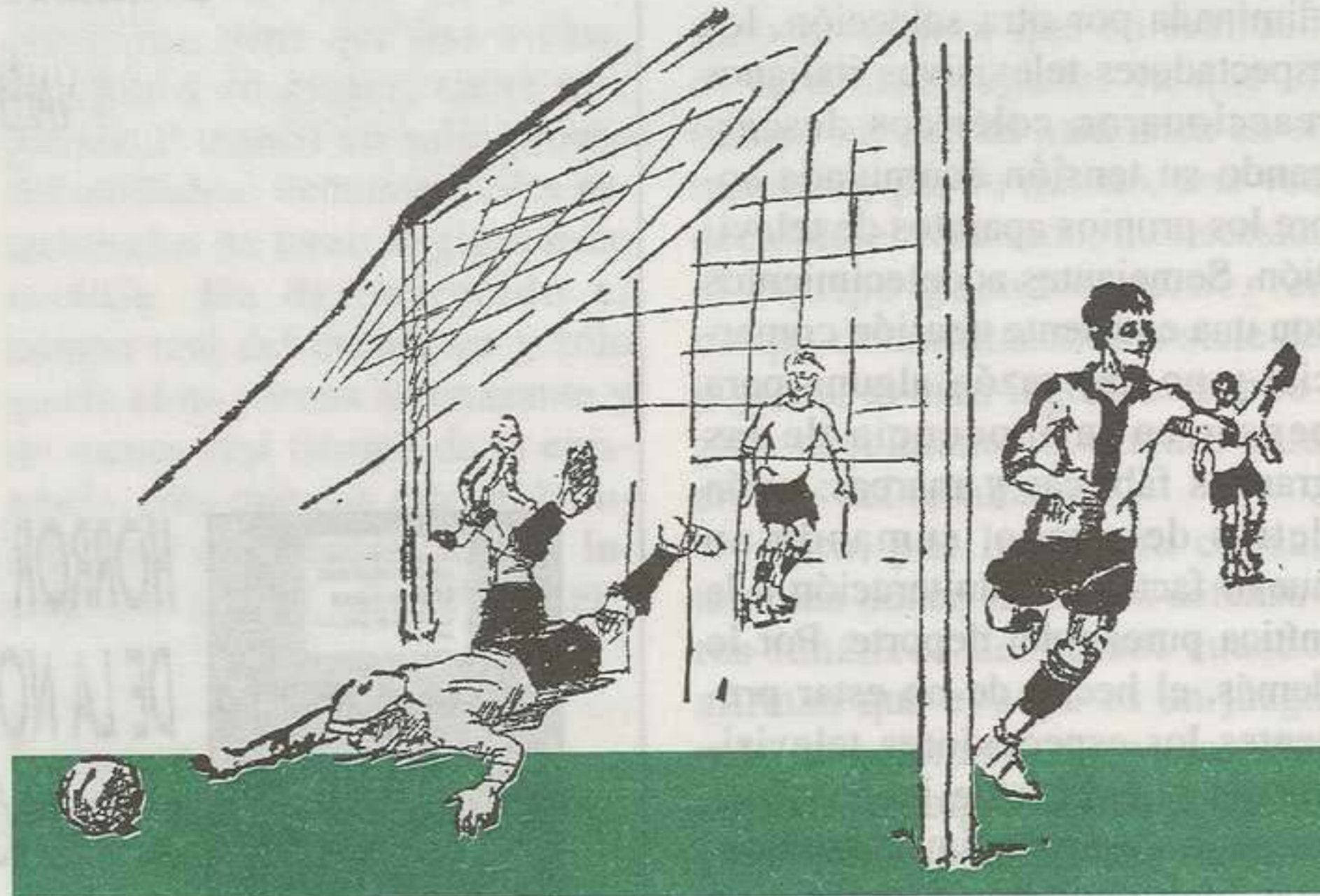
Asustado, en cuanto salí del estadio, fui a confesarme con un sabio capuchino, el cual me dijo que la mía era una idea bastante

rara, ya que en Dios habían creído tranquilamente personas tan dignas de confianza como Dante, Newton, Manzoni, Gioberti y Fantappiè. Confundido por este consenso de la gente, postergué casi diez años mi crisis religiosa —pero bueno, lo que quiero expresar es de qué manera el fútbol ha estado desde siempre relacionado, para mí, con la falta de sentido y con la vanidad de todo, y al hecho de que el Ser no pueda ser (o no ser) otra cosa distinta a un hueco—. Tal vez por esto —y creo ser el único entre los vivos que piensa así— he asociado siempre el juego del fútbol con las filosofías negativas.

Ahora, sin embargo, debo advertir que no es que yo esté en contra de la pasión por el fútbol. Más aún, la apruebo y la considero providencial. Esos montones de aficionados aniquilados por infarto en las tribunas; esos árbitros que pagan un domingo de celebridad exponiéndose a graves injurias contra sus personas; esos pasajeros que siguieron a su equipo y descienden sangrando de los autobuses, heridos por fragmentos de vidrios hechos añicos a pedradas; esos jovencitos que celebran borrachos y corren por las calles desplegando al aire las banderas desde las ventanillas de sus *Fiat quinientos* repletos de gente, hasta que se estrellan contra un

camión de carga; esos atletas destrozados psíquicamente por lancinantes abstinencias sexuales; esas familias en quiebra de tanto ceder a las insanas pretensiones de los revendedores; esos entusiastas a los que les estalla en la cara el petardo con que iban a celebrar y quedan ciegos... Todos estos me llenan el corazón de una inmensa alegría.

Estoy a favor de la pasión futbolística de la misma manera que estoy a favor de las carreras, de las competiciones de motociclismo al borde de precipicios, del paracaidismo desaforado, del alpinismo místico, de la travesía de los océanos en botecitos de goma, de la ruleta rusa y del uso de drogas. Las competiciones mejoran las razas, y todos estos juegos llevan afortunadamente a la muerte de los mejores, permitiendo a la humanidad seguir tranquilamente su curso con protagonistas normales y medianamente desarrollados. En cierto sentido podría estar de acuerdo con los futuristas en eso de que la guerra es la única higiene del mundo, pero añadiría una pequeña corrección: para estar de acuerdo con ellos en la guerra deberían combatir solamente voluntarios. Por desgracia la guerra involucra también a los renuentes y por esto es moralmente inferior a los espectáculos deportivos.



Que quede claro que hablo de los espectáculos deportivos y no del deporte. El deporte, entendido como la ocasión en la que una persona, sin ánimo de lucro, y empleando directamente el propio cuerpo, realiza ejercicios físicos en los que hace trabajar los músculos, circular la sangre y funcionar los pulmones a toda marcha, el deporte, digo, es algo bellísimo; al menos tan hermoso como el sexo, la reflexión filosófica y los juegos de azar en que se apuestan garbanzos.

Pero el juego del fútbol no tiene nada que ver con el deporte entendido así. No es eso para los jugadores, que son profesionales sometidos a tensiones que no son nada distintas a las de los obreros en las cadenas de montaje (salvo despreciables diferencias salariales); y tampoco lo es para los que lo miran —es decir para la gran mayoría—, que se comportan como una bandada de maníacos sexuales que, en lugar de hacer el amor, fueran regularmente a ver —no una vez en la vida, en Amsterdam, sino todos los domingos— parejas que hacen el amor o que fingen hacerlo (o como los niños pobres de mi infancia, a los que les prometían que, si se portaban bien, los iban a llevar a ver a los ricos comer helado).

Después de estas premisas resultará clarísimo por qué yo, en estas semanas, me siento tan relajado. Lleno de neurosis, como todos nosotros, por los recientes y trágicos eventos; después de un trimestre en el que uno se veía obligado a leer muchos periódicos y a estar pendiente de la televisión, a la espera de otra *escalada del terrorismo*, ahora puedo prescindir de los diarios y dejar de ver televisión, o como mucho buscar en la página octava noticias sobre el Juicio de Turín, el caso Lockheed y el referéndum: en el resto del periódico se habla de ese asunto del que no quiero saber nada —y los terroristas, que tienen bien desarrollado el

sentido de los medios de comunicación de masas lo saben perfectamente y no intentan nada interesante, porque irían a dar a un recorte de noticias breves o a la página sobre alimentación—.

No es necesario preguntarse por qué los campeonatos acaparan morbosamente la atención del público y la devoción de los medios de comunicación: desde la conocida historia de la comedia de Terencio a la que no fue el público porque había un espectáculo de osos, pasando por las agudas consideraciones de los emperadores romanos sobre la utilidad de los juegos circenses, hasta el cuidadoso uso que las dictaduras (incluyendo la Argentina) han dado siempre a los grandes acontecimientos competitivos, es tan claro y manifiesto que la mayoría prefiere el fútbol o el ciclismo al referéndum sobre el aborto, y a Bartali a Togliatti, que ni siquiera vale la pena pensar mucho en el asunto. Pero en vista de que me han solicitado que reflexione sobre esto, digamos pues que nunca como en este momento la opinión pública, en especial la italiana, había tenido tanta necesidad de un buen campeonato internacional.

En efecto, como ya había observado en otra ocasión, la discusión deportiva —quiero decir el espectáculo deportivo, el hablar sobre el espectáculo deportivo, el hablar sobre los periodistas que hablan del espectáculo depor-

tivo— es el sustituto más fácil de la discusión política. En vez de juzgar la gestión del ministro de Hacienda —para lo cual es necesario saber algo de economía o de otras cosas— se discute la labor del entrenador; en vez de criticar el trabajo del parlamentario se critica el desempeño de un atleta; en vez de preguntarse (pregunta difícil y oscura) si el ministro tal ha firmado pactos oscurísimos con tal otro poder, se plantean preguntas sobre si al partido final y decisivo se va a llegar a causa del azar, o de la capacidad atlética, o de alquimias diplomáticas.

Para discutir de fútbol se requiere una competencia no digo que vaga, pero en última instancia bastante reducida, sin muchas derivaciones; permite tomar posición, expresar opiniones, plantear soluciones sin correr el riesgo de ser arrestados, sin exponerse al *Radikalerlass* ni tampoco a las sospechas. Tampoco supone que haya que decidir la forma en que uno deba actuar como persona, ya que se habla de algo que se juega fuera del área de intervención del hablante. Permite, en fin, jugar a la conducción de la cosa pública sin las angustias, los deberes y los interrogantes de la discusión política. Es, para el varón adulto, como para las niñas jugar a las mamás: un juego pedagógico, que enseña a distinguir y mantener nuestro lugar en la sociedad.

A mayor razón en un momento como éste en el que ocuparse de la cosa pública (la real) es tan traumático. Frente a una situación tan difícil, todos nos volvemos argentinos. Y, por favor, a esos tres o cuatro argentinos pesados que se obstinan en recordarnos que de vez en cuando por allí desaparece uno que otro, les pedimos por favor que no nos agüen la fiesta de esta representación sacra. Ya los oímos antes, y con mucha educación, ¿qué más quieren? En resumen, este Campeonato Mundial nos viene como anillo al dedo. Por fin algo que no tiene nada que ver con las Brigadas Rojas.

A propósito de las cuales, al menos el lector que no esté despistado del todo, sabrá que circulan dos tesis (por supuesto considero sólo las hipótesis extremas, la realidad es siempre un poco más compleja). La primera tesis supone que son un grupo oscuramente dirigido por el Poder, por un Poder probablemente extranjero. La segunda tesis plantea que son *compañeros equivocados*, que se comportan de manera condenable, pero por motivos en última instancia bastante nobles (un mundo mejor). Ahora bien, si la primera tesis es correcta, las Brigadas Rojas y los organizadores de campeonatos de fútbol forman parte de la misma articulación del poder: los unos desestabilizan en el momento oportuno, los otros vuelven a es-

tabilizar en el instante preciso. Al público se le pide que vea Italia-Argentina como si fuera el encuentro Curcio-Andreotti, y también se le insinúa que haga una quiniela adivinando el número de víctimas del próximo ataque. Si por el contrario es la segunda tesis la correcta, entonces las Brigadas Rojas están compuestas de verdad por compañeros que se equivocan mucho: porque se empeñan de muy buena voluntad en asesinar a hombres públicos y en hacer saltar cadenas de montaje; pero ignoran que el poder no está ahí, me temo, sino que está en la capacidad que tiene la sociedad de redistribuir la tensión, inmediatamente después, hacia otros polos, mucho más importantes y cercanos al alma de las masas. ¿O la lucha armada puede continuar los domingos de campeonatos? Tal vez habría que hacer menos discusiones políticas y más sociología de lo circense.

UMBERTO ECO

- «Retrato de Plinio el Joven». *Letra Internacional*, 7.
- «Ideas para un museo». *Letra Internacional*, 15/16.
- «En busca de la lengua perfecta». *Letra Internacional*, 33.
- «Urfascismo». *Letra Internacional*, 41.



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

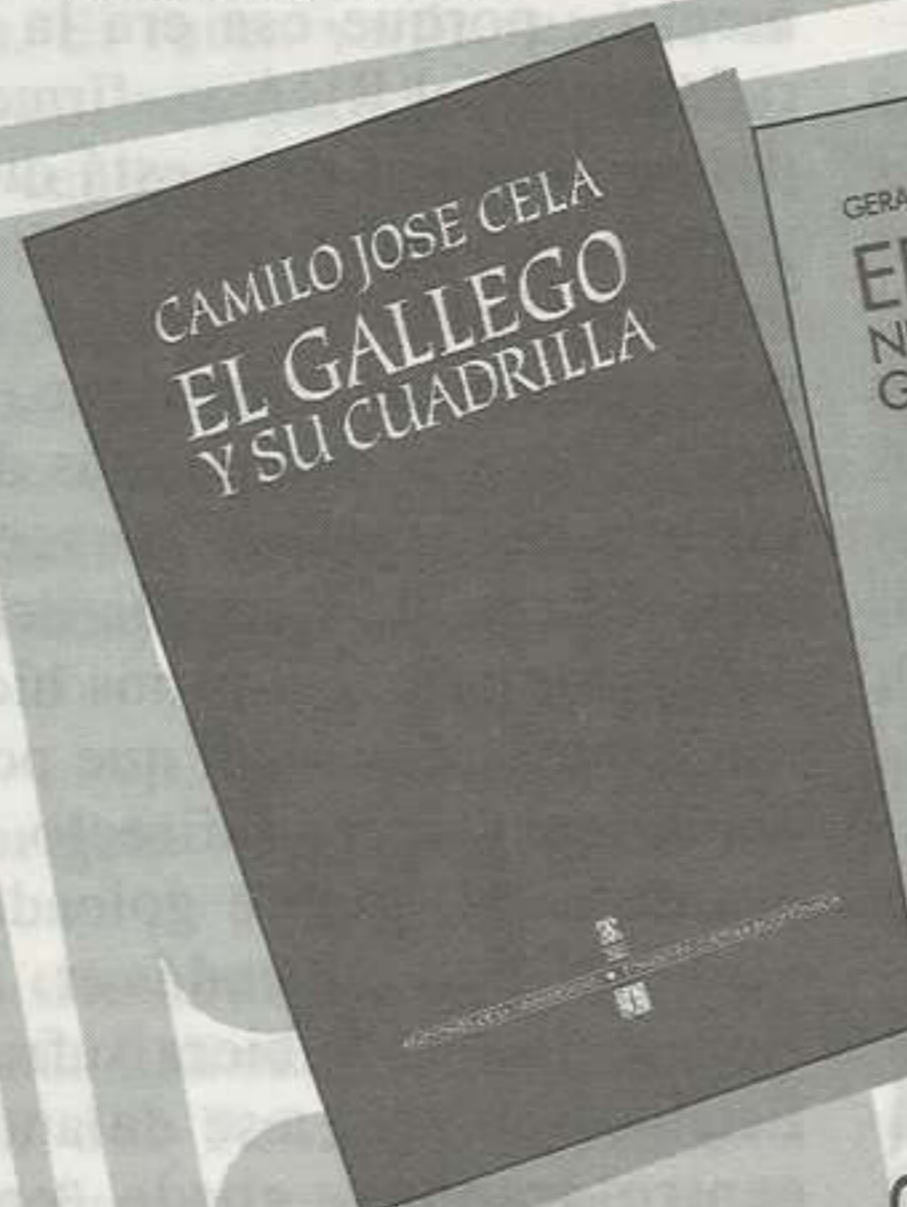


Vía de los Poblados s/n - Edificio Indubuilding-Goico, 4º - 15. - 28033 Madrid - Téls: 763 28 00 / 763 50 44 / 763 27 66. Fax: 763 51 33

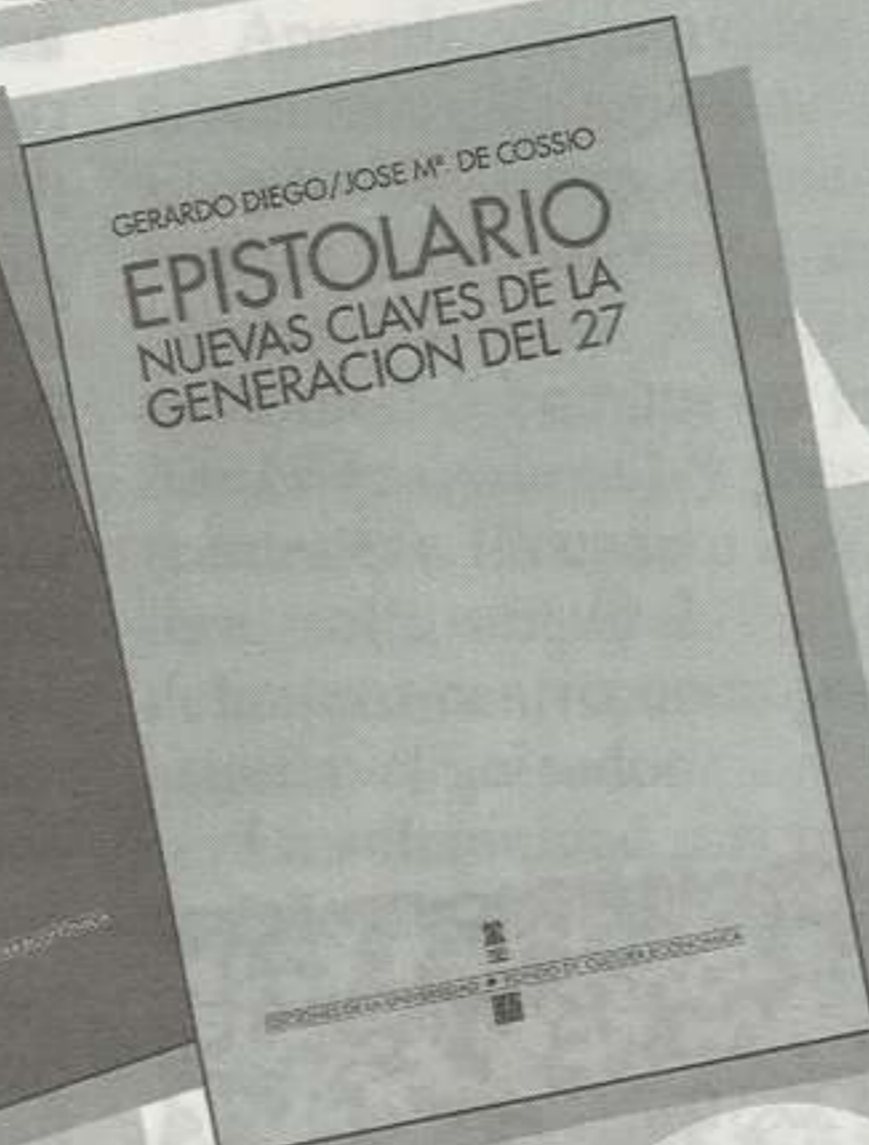
NOVEDADES



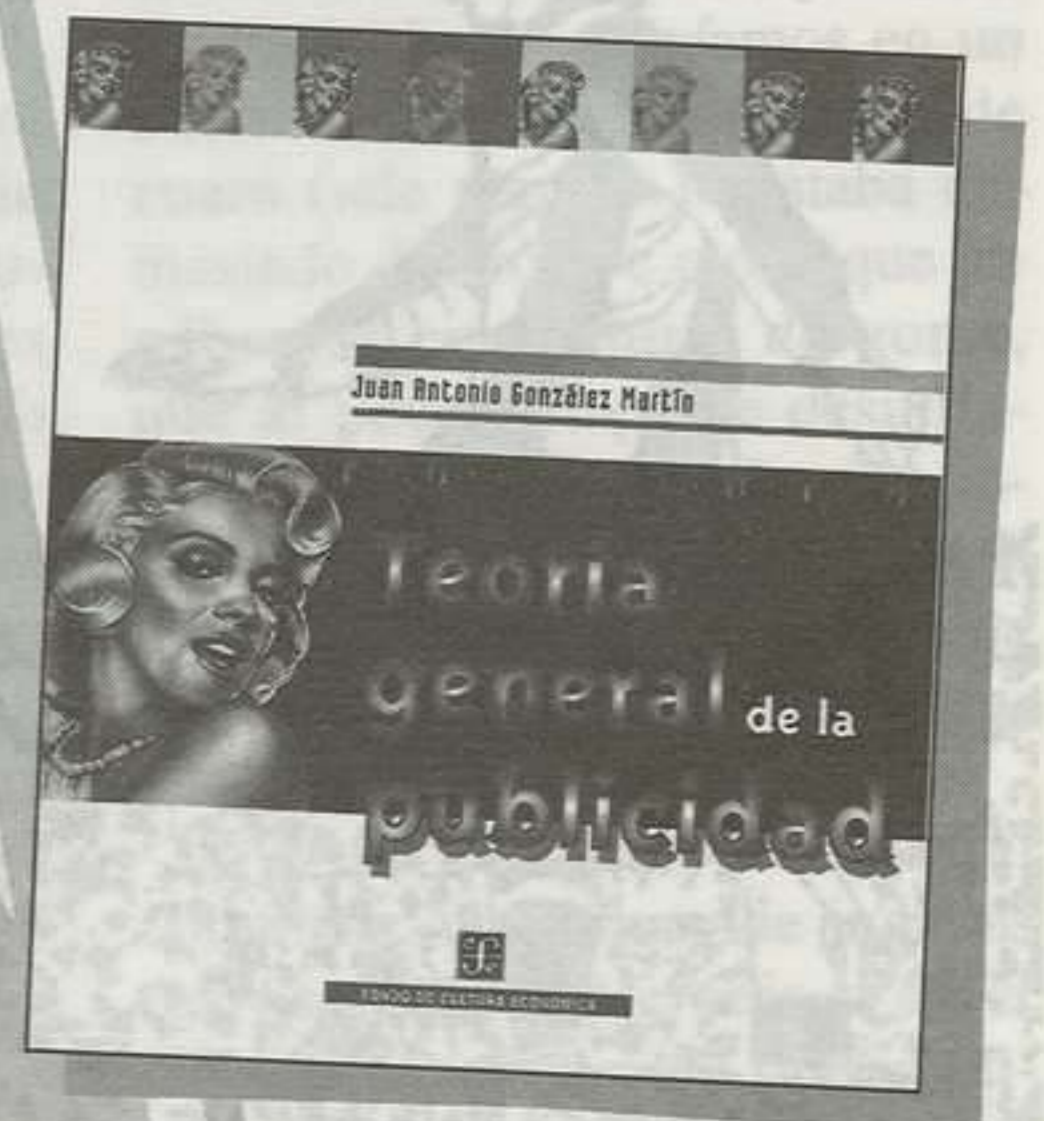
MANUEL ANDÚJAR
Lares y penares. Antología



CAMILO JOSÉ CELA
El Gallego y su cuadrilla



G. DIEGO Y J. M. DE GOSSÍO
Epistolario. Nuevas claves de la Generación del 27



JUAN A. GONZÁLEZ MARTÍN
Teoría general de la publicidad

Librería México - C/ Fernando el Católico, 86 - 28015 Madrid - Tel.: 543 29 04 - Fax: 549 86 52

Lo que le debo al fútbol

Albert Camus

Sí, lo jugué varios años en la Universidad de Argel. Me parece que fue ayer. Pero cuando, en 1940, volví a calzarme las botas, me di cuenta de que no había sido ayer. Antes de terminar el primer tiempo tenía la lengua afuera, como uno de esos perros con los que la gente se cruza a las dos de la tarde en Tizi-Ouzou. Fue entonces, hace bastante tiempo, de 1928 para adelante, supongo. Hice mi debut con el club deportivo Montpensier. Sólo Dios sabe por qué, ya que vivía en Belcourt y el quipo de Belcourt-Mustapha era el Gallia. Pero tenía un amigo, un tipo velludo, que nadaba en el puerto conmigo y jugaba waterpolo para Montpensier. Así es como a veces la vida de una persona queda determinada. Montpensier jugaba aparentemente por ninguna razón especial. El césped tenía en su haber más porrazos que la espinilla de un delantero centro visitante del estadio de Alneda, Orán. Pronto aprendí que la pelota nunca viene hacia uno por donde uno espera que venga. Eso me ayudó mucho en la

vida, sobre todo en las grandes ciudades, donde la gente no va siempre «de frente». Pero al cabo de un año de porrazos y Montpensier, en el Liceo me hicieron sentir vergüenza de mí mismo: un «universitario» debe jugar con la Universidad de Argel, RUA. En ese periodo, el tipo velludo ya había salido de mi vida.

¿Pero, qué estaba diciendo? Ah, sí, el RUA estaba encantado, lo importante para mí era jugar. Me devoraba la impaciencia del domingo al jueves, día de entrenamiento, y del jueves al domingo, día del partido. Así fue como me uní a los universitarios. Sí, todo parecía muy fácil. Pero sabía que se acababa de establecer un vínculo de años, que abarcaría cada estadio de la provincia, que veinte años después, en las calles de París, e incluso en Buenos Aires (sí, me ha sucedido), la palabra RUA mencionada por un amigo con el que tropecé me haría saltar el corazón tan tontamente como fuera posible. Y ya que estoy confesando mis secretos, debo admitir que en París, por ejemplo,

voy a ver los partidos del Rancing Club, al que convertí en mi favorito sólo porque usan las mismas camisetas que el RUA, azul con rayas blancas. También debo decir que el Rancing tiene algunas de las mismas excentricidades que el RUA. Juega «científicamente», como decimos, y científicamente pierde partidos que debería ganar. Parece que esto ahora ha cambiado (eso es lo que me escriben desde Argel), al menos en lo que al RUA concierne.

Necesitaba cambiar —pero no mucho—. Después de todo, era por eso que quería tanto a mi equipo, no sólo por la alegría de la victoria, tan maravillosa cuando está combinada con la fatiga que sigue al esfuerzo, sino también por el estúpido deseo de llorar en las noches luego de cada derrota.

Como zaguero esta el *Grandote* —quiero decir Raymond Courad—. Le dábamos bastante trabajo, si mal no recuerdo. Jugábamos duro. Los estudiantes, los nenes de papá, no escatiman nada. Pobres de nosotros —en todo sentido—; ¡muchos nos burlábamos de la dureza de nuestros propios pies! No teníamos que jugar «deportivamente», porque esa era la dorada regla del RUA y «firmes», porque, cuando todo está dicho y hecho, un hombre es un hombre. ¡Difícil compromiso! Eso no puede haber cambiado, estoy seguro. El equipo más difícil era el Olympic Hussein-Dey. El estadio quedaba detrás del cementerio. Ellos nos hicieron notar, sin piedad, que podíamos tener acceso directo. En cuanto a mí, ¡pobre goleador!, vinieron por mi cadáver. Sin Roger, ¡lo que hubiera sufrido! Estaba Boufarik, ese delantero centro grande y gordo (entre nosotros lo llamábamos *Sandía*) que siempre venía a caer con todo su peso justo encima de mis riñones, sin tener



en cuenta el resultado; un masaje-colisión con sus zapatos de fútbol, la camiseta tirada hacia atrás de un manotazo, la rodilla sobre las partes delicadas, un *sandwich* contra el poste... en resumen, una flagelación. Y cada vez, *Sandía* se excusaba con un: «lo siento nenito», y una sonrisa franciscana.

No voy a seguir. Ya me excedí de mis límites. Y entonces, me pongo blando. Hasta en *Sandía* veo bondad. Además, seamos sinceros, bien que nos tomábamos la revancha. Pero sin trampas, ya que esto era lo que nos habían enseñado. Y a estas alturas no quiero seguir bromeando. Porque, después de muchos años en que el mundo me ha permitido variadas experiencias, lo que más sé, a la larga, acerca de moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol, lo aprendí con el RUA.

Esto es, en resumen, porque el RUA no puede morir. Preservémoslo. Preservemos esta gran y digna imagen de nuestra juventud.

También estará vigilándolos a ustedes.



El fútbol como metáfora

Cristina Peri Rossi

Golpear una pelota es una actividad tan antigua como la prostitución, el sadismo, el masoquismo, la construcción de templos, la guerra, el intercambio de mercancías y el patriarcado. Para golpear una pelota, el hombre primitivo sólo tuvo que inventar la rueda, el círculo, o sea, la imaginación. (Las mujeres no inventaron la rueda porque estaban demasiado ocupadas inventando el lenguaje, único instrumento para nombrar a sus hijos.) Pero estoy segura de que antes de golpear una pelota de goma o de cuero, nuestros antepasados pateaban las cáscaras de nuez, las naranjas caídas, los pomelos y las bellotas. No gritaban «gol», pero era algo muy parecido. Muchos siglos después, los chinos, que habían inventado la pólvora, que intranquilizaba a cualquier ser humano más o menos sensible, inventaron las «bolas chinas». La única diferencia es que estas bolas no son para patear sino para masajear entre los dedos. Patear pelotas o masajear bolas chinas tiene el mismo efecto sedante.

Yo pateé mi primera pelota de fútbol a una edad tan tierna que desconocía la diferencia de sexos, y con ella, la especialización. Cuando pateé mi primer balón, para mí todavía no existían los hombres y las mujeres sino las personas. Como la infancia es inocente, decían nuestros padres y abuelos, un bebé de trece meses podía patear un balón tanto si usaba un primoroso pantaloncito azul como si llevaba el inevitable vestidito rosa de organdí. En ambos casos, la criatura era festejada porque se trataba de la infancia, esa época dorada en que la diferenciación sexual sólo afecta a los colores del arco iris.

Como Eva en el Paraíso, pateé mi primer balón y «vi que era bueno». No puedo explicar por qué. El placer no tiene palabras, dice Lacan. Por ignorar

este principio de la psicología y de la lingüística, Stalin, Mao y Fidel Castro exigieron a sus artistas un imposible: un arte que expresara la alegría de la revolución, la felicidad de la igualdad y el placer de la justicia. Ni siquiera Maradona, ese *pibe* al que la gloria y el éxito volvieron esquizofrénico, pudo explicar la emoción de patear una pelota. Es algo que tiene que ver con las hormonas, naturalmente, pero también con la fantasía. Un jugador deprimido es un jugador que no sueña y por eso no puede meter goles. Una vez di la primera patada a un balón, no dejé de hacerlo hasta la pubertad, cuando la diferenciación sexual nos inhibe tantos deseos, nos reprime tantos goces y nos obliga a fingir. Entonces, cuando era una niña, a nadie se le ocurrió hacerme el cuestionario Marcel Proust pero si me hubieran preguntado cuáles eran mis actividades favoritas, habría contestado: leer, jugar al fútbol y tocar los *Estudios* de Chopin. Jugaba en la calle con los chicos del barrio luego de volver de la estúpida escuela. A nadie se le ocurrió preguntármelo pero una tarde un vecino dijo a mi madre: «Señora, qué pena que sea una niña. Si fuera varón tendría el porvenir asegurado. De delantero centro». Ahí terminó mi infancia: cuando descubrí que la diferenciación sexual implicaba algo más que lazos celestes o rosas. Querría decir algunas cosas acerca de los placeres y de los trabajos.

El origen

Mis tíos-abuelos (hijos de emigrantes italianos en Montevideo) eran del Peñarol. A ningún miembro del clan genovés se le hubiera ocurrido detestar la *pizza*, ser comunista, ateo, o hincha del Nacional, el club rival. Me iniciaron en la contempla-



ción directa del fútbol a los tres años, en el Estadio Centenario.

Iban cada fin de semana al estadio como en una película de Coppola o de Fellini: trajeados de oscuro, con sombrero, y a bordo del enorme *Dodge* plateado, que todo el barrio admiraba. Solemnes, serios, como correspondía a los *fratelli* comerciantes, se instalaban en las gradas del estadio (eran de cemento) y comentaban entre sí la alineación del equipo.

Aprendí con la avidez de los enamorados las reglas del fútbol. El *off-side* (fuera de juego), el penalti y el *out-ball* (fuera de banda). Entonces, la defensa jugaba un 2-3 compuesto por dos *backs* (zagueros) y tres *halfs* (centrales). En cuanto a la delantera, solía ser un 2-1-2, con el delantero-centro como máxima estrella: el goleador.

La solemnidad y compostura de mis tíos-abuelos se convertía



en apasionada afición, no bien los jugadores del Peñarol aparecían en el campo. Esta transformación me fascinaba y me causaba horror al mismo tiempo. Me hizo aprender, muy pronto, que una persona aparentemente normal, buen padre de familia y honesto ciudadano se puede convertir en un energúmeno, en un fanático, es decir, un individuo sumamente peligroso. Para ellos, el Peñarol no era sólo un club: era mucho más. (¿Les recuerda algo, este eslogan?) Seguramente, el Peñarol era la suma de las mujeres que nunca habían tenido, era la patria lejana que ni siquiera conocían, era la madre muerta cuando eran niños, era el barrio, la ciudad y en último término, la familia. O sea, un símbolo múltiple, plural, excluyente. Si el Peñarol perdía, nunca había jugado mal: la culpa era del árbitro, del viento, del entrenador. Igualito que ahora.

La diferenciación sexual

El primer problema para un grupo de niños (con una niña como única excepción) que querían jugar al fútbol en Montevideo cuando yo tenía cinco o seis años era, precisamente, el balón. Vivíamos en un barrio humilde, y un balón de cuero («de verdad») costaba demasiado dinero. De modo que jugábamos con pelotas de goma, que al poco tiempo se desinflaban, cojeaban, y cuando eran inservibles, fabricábamos pelotas de papel. Las cubiertas con una media de nailon eran las más duraderas.

No formábamos un equipo completo: el número de jugadores oscilaba entre seis y diez. Yo era la única niña. Debo admitir que no encontré la menor resistencia por parte de los varones; no sé si atribuirlo a la carencia de prejuicios de los niños o al hecho de que yo jugaba bas-

tante bien y me necesitaban. Lo cierto es que cuando mi madre se negaba a que jugara un partido, los chicos llegaban en delegación a mi casa a rogarle que me permitiera jugar. Un argumento era decisivo: «Si no viene, vamos a perder». Yo jugaba en la delantera y como era ágil y cabeceaba con mucha puntería, la mayoría de los goles del equipo los marcaba yo. Si los varones no me excluían por ser una niña, debo decir que tampoco me excluían de las faltas: terminaba los partidos con los tobillos morados y las piernas llenas de hematomas.

Cuando cumplí los once años ocurrieron dos cosas simultánea-



menstruación para demostrar mi femineidad: eran necesarias demostraciones complementarias como no fumar, no usar pantalones y no jugar al fútbol. Fue el principio de una serie de «pruebas» rituales que confirmaban ante el mundo algo que se sabía desde el nacimiento: a cuál sexo se pertenecía. Me di cuenta de que ser mujer era aceptar con resignación (sin rebeldía) una serie de renunciaciones al propio deseo.

Al fútbol podía renunciar por lo menos de manera activa: los once hombres del Peñarol seguían jugando (entre ellos el negro Obdulio Varela, el mejor *centro-half* internacional, y el pardo Abbadie, un extremo veloz y excelente en el mano a mano con el portero) y yo seguía los partidos por la radio, mientras me preparaba para transgresiones más importantes: estudiar, ser escritora, no casarme nunca y ser dueña de



mente: tuve mi primera regla y se me comunicó que desde ese momento por mi nuevo estado de «señorita» no podía jugar más al fútbol con mis amigos y rivales. Fue una súbita promoción a una categoría especial, para decirlo en términos deportivos.

El estado de «señorita» se componía de una serie muy estricta de prohibiciones. Las recuerdo todavía:

- Prohibido jugar al fútbol.
- Prohibido subirse a los árboles.
- Prohibido silbar.
- Prohibido usar pantalones.
- Prohibido correr carreras alrededor de la manzana.

Era una dicha que no estuviera prohibido leer o tocar los *Estudios* de Chopin.

Cuando pregunté por qué no podía jugar al fútbol en la calle como antes me contestaron: «porque eres una señorita». De manera que no bastaba con la

mi cuerpo y de mi destino. Frente a estas transgresiones a la alineación habitual de la condición femenina, dejar de meter goles en la portería contraria me parecía una concesión relativamente fácil. Al fin y al cabo, mis compañeros de equipo y mis rivales ahora solían mirarme de una manera que podía calificarse de sexual, o sebosa, por no decir lasciva. Cosa que no hubiera hecho Schiaffino, seguramente, un caballero en el campo y fuera de él. Schiaffino me hubiera invitado a ver un atardecer frente al mar o a una exposición de impresionistas en *Jeu de Pomme*.

A los doce años, cuando abandoné la práctica espontánea y natural del fútbol, sabía ya varias cosas. A saber: es un deporte apasionante; se trata de un juego de carácter homosexual, ya que impide la participación del otro sexo; su funda-

mento psicológico es la identificación de muchos hombres con once hombres; la rivalidad entre hombres es una forma acentuada del amor y del odio. Y la última sabiduría: el fútbol es de derechas. No lo es sólo ahora, con personajes como Havelange, Berlusconi o Gil. Lo fue siempre. El fútbol perdió la inocencia cuando se profesionalizó y permitió la entrada de monopolios, capitales e intereses políticos. Por machista, el fútbol también es de derechas. Y es de derechas porque estimula el narcisismo especular de los varones. «Hemos vencido», dice el aficionado del Vallecas o del Sarriá. Por un dichoso momento, su falo es el ganador. Ha derrotado a sus enemigos, ha metido goles imaginarios, la tiene más larga.

La última gran oportunidad que tuvo el fútbol para demostrar que no era de derechas,

Tipología

Caprichosos, mimados, consentidos y adorados, los jugadores de fútbol (por lo menos los de éxito) constituyen una élite masculina. Es curioso observar cómo la prensa, que dedica más espacio diariamente al fútbol que a la guerra, a la investigación científica, al cine o a la literatura, rinde homenaje (culto a la personalidad) a una serie de «estrellas» cuya mayor virtud es patear una pelota. Sus logros son exagerados de manera superlativa mientras sus «defectos» personales suelen ser celosamente ocultados. Se puede llegar a saber, por ejemplo, si Laudrup de-



autoritario, mercantilista y alienante (además de tremendamente divertido) fue en 1978, cuando la FIFA decidió organizar el Mundial en la Argentina de los militares y de los desaparecidos. Mientras estos no desaprovecharon la oportunidad para difundir una imagen de orden, normalidad y derecho, los países y los jugadores seleccionados, vergonzosamente, jugaron como si en Argentina no pasara nada. El intento de boicot quedó en nada. Confieso que la antigua *piba* que corría detrás de un balón, convertida en escritora exiliada, tuvo, hasta el último momento, la esperanza de que los jugadores de Holanda, o de Suecia, o de España, o de Francia consiguieran el boicot. Creo que fue mi última esperanza política. No hubo boicot, como no hubo justicia, como no hubo castigo para los violadores de la ley.

sayuna con copos o con yogurt, pero sus colegas masculinos de la prensa guardan silencio sobre sus aventuras amorosas, cosa que no harían con un actor de cine. Hasta cuando uno de estos niños mimados se excede y comete un delito (violar a una empleada doméstica, por ejemplo) la prensa hace todo lo posible por olvidar de inmediato el episodio. Sólo hay una explicación: todos los varones de este mundo quieren ser Romario, quieren ser Michel, quieren ser Zamorano. El orgasmo del gol es una hazaña colectiva.

Es verdad que hay un tipo que parece contradecir esta breve caracterización: Jorge Valdano. Para el mundo rudo, fascistoide, capitalista y mafioso de los Jesús Gil, de los Havelange, Jorge Valdano es el extraño, el extranjero, en el sentido literal y literario de la palabra. ¿Qué hace un chico como tú en un campo como

éste? Yo me hice la pregunta a los doce años, y abandoné: me convertí en una escritora de izquierdas, exiliada, que miraba los partidos de fútbol por la televisión. Pero Valdano quiere algo imposible: quiere cambiar el fútbol. No una estrategia o un jugador por otro, como hace Cruyff. Valdano quiere que lo quieran, que lo admiren y lo respeten por ser como es. Su pretensión es infinitamente mayor a la de cualquier otro entrenador. Puro, limpio, elegante, culto, sensible, el fútbol de Valdano es para otro mundo. Para el mundo que hubiera vuelto la espalda al Mundial de Videla, al Mundial del 78. Para cambiar el fútbol Valdano sólo cuenta con un ayudante fiel (su escudero) y su capacidad de seducción. Pero ya la gente no quiere dejarse seducir. En la posmodernidad desideologizada sólo quedan seductores: nadie quiere el papel de seducido, un papel femenino. Quizás Valdano es un esbozo del hombre al que las mujeres quisieran amar pero es, con seguridad, el hombre al que los



hombres odian y detestan. Los Clementes, los Gil, hasta los Mendoza están dispuestos a jugarle una mala pasada. No quieren ser como Valdano, guapos, inteligentes, cultos. Quieren seguir mandando siendo feos, brutos, groseros e ignorantes. Al fin y al cabo, ellos tienen la fuerza. Valdano sólo tiene la palabra.

Palabras

Yo, que no me pierdo ningún partido por televisión, no puedo explicarme cómo es posible

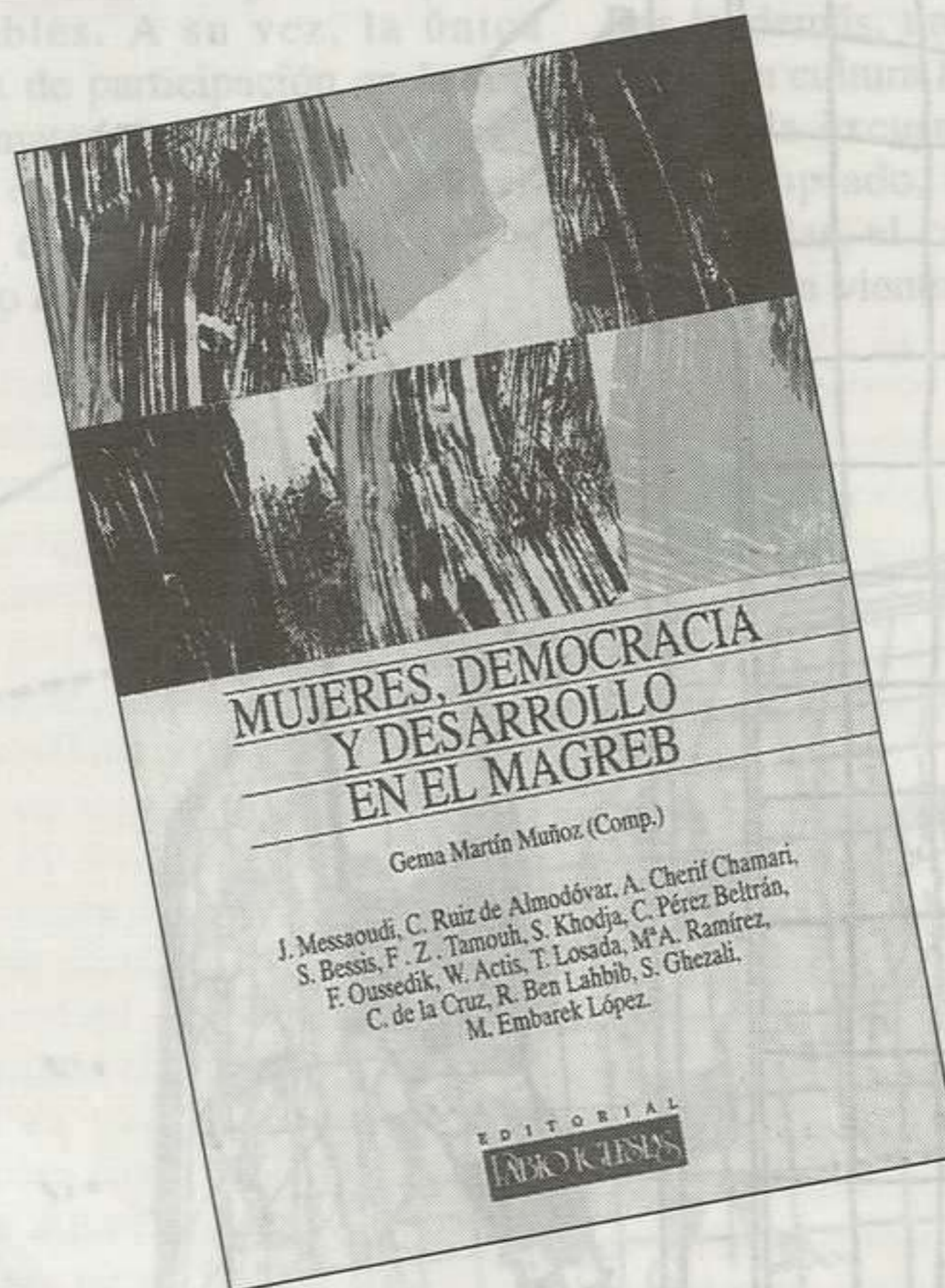
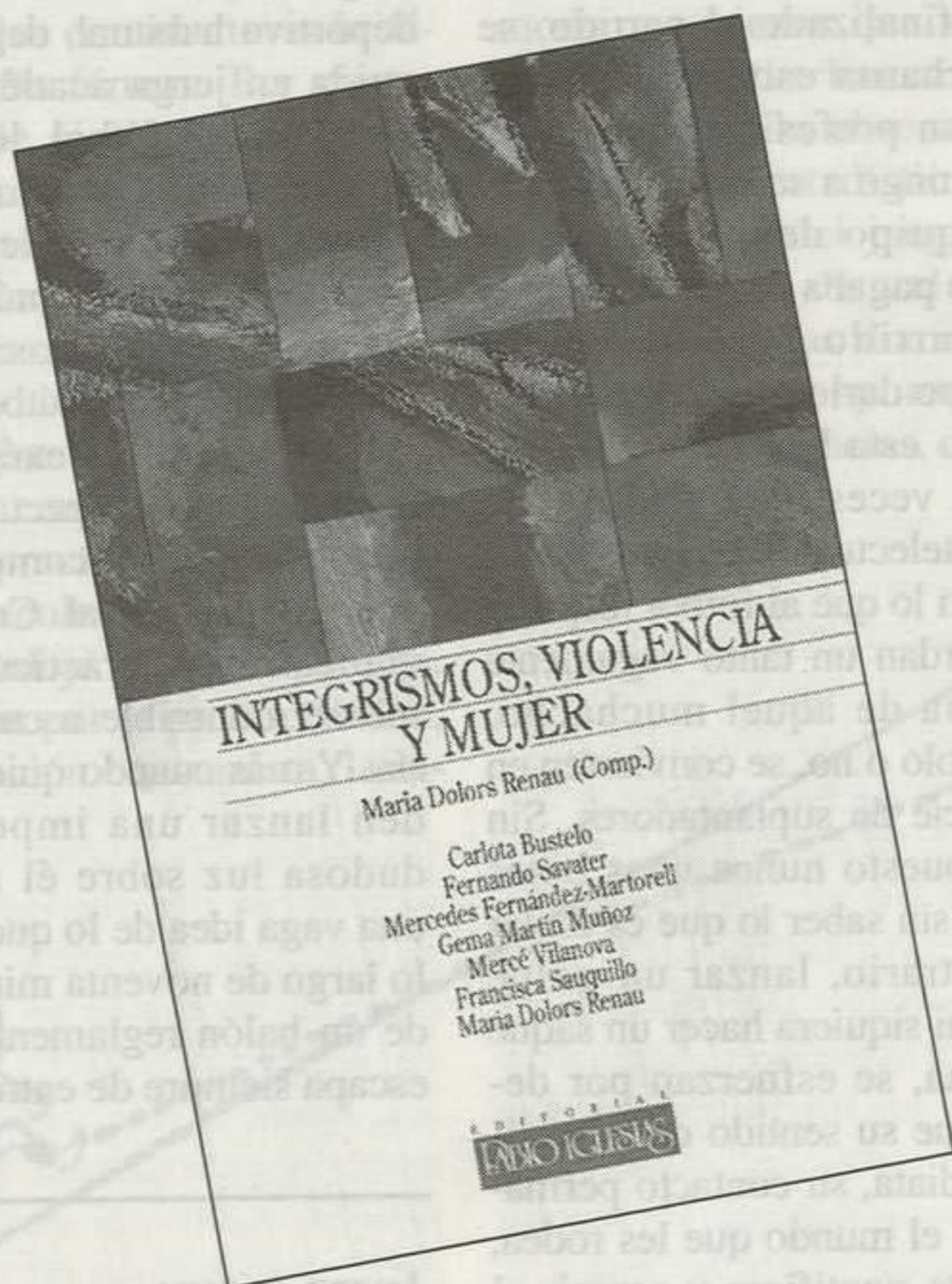
que los locutores habituales lo sigan siendo luego de cometer los barbarismos y las barbaridades lingüísticas que hay que oírles. ¿Nadie les ha corregido nunca? ¿Son tan soberbios, tan narcisistas que para ellos no cuenta ni la gramática, ni el léxico, ni la sintaxis? «La pegan» (a la pelota), el jugador que «sale» en realidad entra al campo, y el que entra, en realidad, sale. Tal confusión sólo puede explicarse por una serie de privilegios, presiones e intereses que demuestran la imposibilidad de hacer del fútbol un deporte democrático, transparente, natural. Por no poder pedir, a los locutores no se les

puede pedir ni siquiera imparcialidad. La imparcialidad que se les exige a los jueces es la misma que deberían tener a la hora de narrar un partido. Pero nunca han comprendido que están al servicio del telespectador. Sólo están al servicio de sí mismos.

Como el fútbol no puede cambiar porque los varones no quieren cambiar, he debido cambiar yo. En lugar de ser una *hincha* apasionada, alienada, obcecada y que se juega quién sabe qué cosas con el triunfo o la derrota de un equipo, soy una simple espectadora. Contemplo los partidos como una exposición de cuadros o un ballet. No se me ha perdido nada en una cancha. Ni la cabeza, ni el sexo.

EDITORIAL

PABLO IGLESIAS



EDITORIAL PABLO IGLESIAS - Monte Esquinza, 30 2º - 28010 Madrid

El fútbol y sus intérpretes

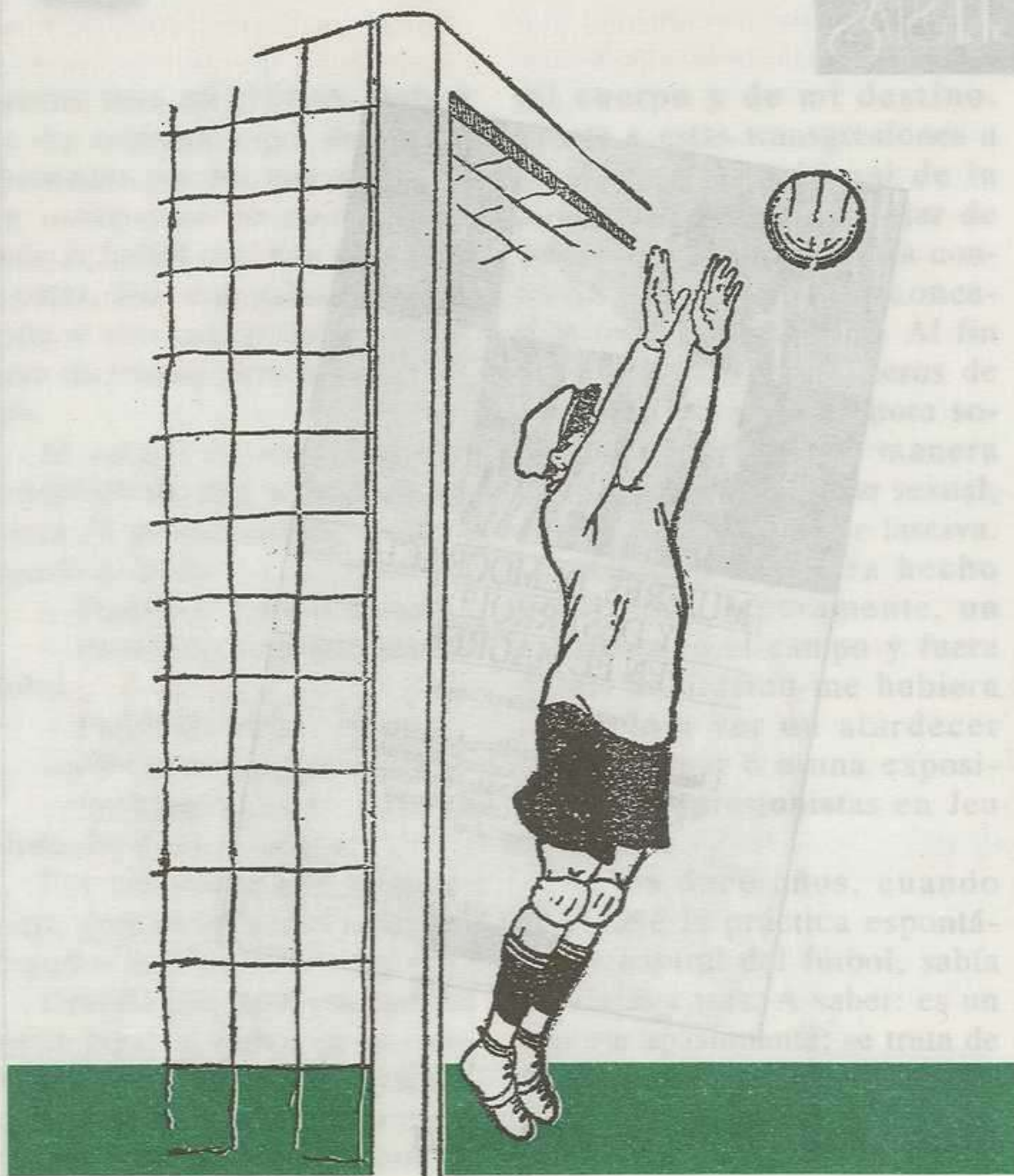
Javier Alfaya



Una vez conocí a un muchacho que para sentirse importante suplantó la personalidad de un futbolista. El futbolista no era muy destacado, más bien era un jugador del montón, pero a aquel muchacho eso mismo le debió de parecer más favorable para su mixtificación. Y además, para evitar ulteriores complicaciones, decidió dar una única especialidad a su suplantado: la de ser el defensa que mejor marcaba a Alfredo di Stéfano, de modo que, según él, el futbolista argentino lo odiaba con todo su corazón. Mi conocido llegó en su desfachatez hasta el punto de desaparecer durante unos días y volver a la pequeña ciudad

donde vivíamos pretextando sus compromisos deportivos. Nadie se creía la suplantación pero el que más y el que menos asistíamos fascinados a aquel festival de auto-complacencia que nos ofrecía el suplantador cuando, lunes tras lunes, nos contaba en el colegio su partido del día anterior.

Aquel muchacho era un mitómano, sin duda. Mentía con una admirable facilidad y no se dejaba coger casi nunca en un renuncio. Y si alguien lo conseguía se limitaba a mirarle de abajo a arriba con un indisimulado desprecio, como si el sentido común del otro fuera una afrenta a su peculiar entendimiento de la realidad. Además no sabía jugar al fútbol. Tan insistente era en sus mentiras que el entrenador del equipo del colegio, entre resignado y esperanzado, decidió recurrir a él y lo alineó entre los que debían enfrentarse con nuestros eternos rivales del equipo del otro colegio



importante que había en la ciudad. El suplantador no dio una. Demostró paladinamente su total incompetencia futbolística y cuando, finalizado el partido, se lo reprocharon estuvo magistral. ¿Cómo un profesional que salía cada domingo a sudar la camiseta por el equipo del que formaba parte y le pagaba iba a arriesgarse en un partido de colegiales? Nadie supo darle respuesta.

Traigo esta historia a colación porque a veces los esfuerzos de ciertos intelectuales por ponerse *à la page* en lo que al fútbol respecta me recuerdan un tanto vagamente la historia de aquel muchacho. Queriéndolo o no, se convierten en una especie de suplantadores. Sin haberse puesto nunca unas botas de juego, sin saber lo que es dibrar a un contrario, lanzar un golpe franco o ni siquiera hacer un saque de esquina, se esfuerzan por demostrar que su sentido de la realidad inmediata, su contacto permanente con el mundo que les rodea, les permite pontificar y asumir el arduo papel de teóricos del deporte. No es que narren lo que ven sino que lo interpretan. Intentan

incluso darle una base conceptual a su impostura. Se inventan un lenguaje que aunque nazca en sus orígenes del costado de la jerga deportiva habitual, degenera enseguida en jerga académica. Y así decoloran el fútbol, lo convierten unas veces en metáfora, otras en pretexto para desplegar el lado más popular de sus múltiples saberes, reales o supuestos.

En realidad el fútbol es mucho más serio que sus exégetas: como deporte, como espectáculo, como negocio y hasta como espeto de una realidad social. Como todo lo que es real y práctico es difícilmente reductible a cualquier teoría. Y más cuando quienes pretenden lanzar una impertinente y dudosa luz sobre él sólo tienen una vaga idea de lo que es correr a lo largo de noventa minutos detrás de un balón reglamentario que se escapa siempre de entre los pies.

JAVIER ALFAYA

— «La peste, un drama musical». *Letra Internacional*, 28.

Dios existe...

Roberto Blatt



Cuando los *charrúas* ganaron la final del Campeonato Mundial de 1950 en Maracanã, ante 200.000 aficionados atónitos del potente Brasil, o *país mais grande do mundo*, muchas de las niñas nacidas ese día en Uruguay fueron bautizadas Consagración Celeste. Por su parte, algunos de entre la *torcida brasileña* no encontraron salida honorable a la tragedia que no fuera lanzarse al vacío desde lo alto de las monumentales tribunas al final del encuentro...

Aunque ya de entrada perezca tan excesivo como la anécdota, el fútbol siempre se me ha antojado como depositario de una espiritualidad arcaica, desde hace siglos desplazada de los focos de reflexión seria por las estrategias racionalistas, funcionales y en última instancia industriales de la modernidad. Una afirmación curiosa si reconocemos que también el fútbol es un juego de creación reciente, estrechamente asociado a la revolución industrial inglesa y exportado por las empresas coloniales, particularmente por los constructores británicos de vías férreas. Por cierto, más allá de ciertas semejanzas formales, no encuentro relación directa entre el nacimiento del *foot-ball* con el *calcio* renacentista italiano, y sólo ocasionales similitudes —algún *derby* demasiado apasionado— con el divertido juego con calaveras a guisa de balón, practicando por los indígenas precolombinos.

La paradoja es sólo aparente. La obsesión por la productividad, la acumulación consumista, la in-

geniería social y la realización individualista hizo sin duda necesaria una inmediata compensación lúdica, una «regresión primitiva», para evadir las reglas implacables de competitividad impersonal y los sacrificios exigidos por los nuevos imperativos de máxima rentabilidad. No en balde la pasión por los juegos de equipo en Inglaterra se desarrolló sobre todo en el seno de las clases más trastornadas por el nuevo orden: la aristocracia y el proletariado.

Es que entre la competencia de mercado y la competitividad deportiva existe una diferencia fundamental: en su esencia esta última es gratuita. Para el aficionado, tanto el espectáculo como el resultado constituyen experiencias que se conservan en la memoria, no bienes que se acumulan en cuentas bancarias. Una excepción es la obsesión americana por las estadísticas, expresión contable del juego convertido en bolsa de valores. Las tablas publicadas diariamente en los periódicos —porcentajes de acierto, de asistencias, de rebotes,

de bateo— acaparan tanta o más atención que las jugadas. En este caso el objetivo es el récord, la incorporación al juego del principio del éxito mercantil mesurable, objetivo, máximo y exclusivo, en sustitución de la precariedad de la experiencia. De todos modos, la relación parasitaria, cada vez mayor, del mercado con las competencias deportivas confirman aún más si cabe la atracción extraordinaria que la gratuidad del juego ejerce sobre las gentes, suficientes para generar de paso gigantescas fortunas o meteóricas carreras políticas.

La economía arcaica del juego es inversa a la de la producción; no genera ni redistribuye recursos. En el centro de la experiencia deportiva, proyectada o directa, está el mero disfrute de la excelencia desplegada en el juego, un efecto de usufructo público, amplificado hasta el infinito mediante la palabra en las tertulias, todo ello en contraste a los placeres de la propiedad que son estrictamente privados y acumulables. A su vez, la única forma de participación en la fortuna material de los demás reside en el cotilleo, basado en la envidia y en el resentimiento por el propio destino.

El fútbol comparte gratuidad con el arte y los géneros «grandes» de la cultura, aunque estos se arroguen a menudo un papel edificante. Arte y cultura plasman su vocación de perdurabilidad en libros, cuadros, discos. En cambio, a nadie que no sea un entrenador se le ocurre volver a ver, una y otra vez, un vídeo de un partido por memorable que haya sido —aunque confieso que yo mismo guardo como reliquias intocables más de un centenar de ellos. El evento futbolístico es radicalmente pasajero, sólo encuentra asidero en lo más íntimo de la conciencia personal o colectiva, igual que la arcaica memoria comunitaria y oral.

Éxito y fracaso son pautas constitutivas de la actividad capitalista. En cambio en el fútbol, y a pesar de la inmensa inversión emocional involucrada, las derrotas y victorias son tan frágiles como la propia sustancia imaginaria del juego. Los resultados nunca son definitivos; siempre queda por esperar la revancha. Por lo demás, un elemento central en la cultura futbolística es el arte de la excusa: el árbitro estaba comprado, las lesiones de las estrellas, el campo enlodado, duro o con viento o pendiente en



contra, tres tiros al palo, el fallo garrafal del planteamiento del entrenador que, como máximo usurpador de la sabiduría de los aficionados, jamás está libre de sospecha. La pizarra se parece demasiado a los esquemas del profesor, a los modelos del economista, a los sermones del cura y a las teorías ininteligibles de los científicos. Pertenece al mundo gris del trabajo y de la empresa.

Cuando le preguntaron a Roque Gastón Másoli, ex mundialista del Maracaná y atípico entrenador del Peñarol, campeón intercontinental de clubes, cuáles eran las instrucciones tácticas que daba a sus jugadores antes de los partidos, contestó sorprendido: «¿Cómo que qué les digo? Les doy una palmadita a cada uno y les aviso: Ché, a jugar bien ¿eh?».

En principio el aficionado más fanático siempre tiene la opción libre de cambiar de equipo. Ningún contrato lo liga al objeto de su pasión. Y sin embargo, el transfuguismo de lealtades futbolísticas es mucho menos habitual que el político o económico, donde las penas son más graves. Mi mujer jamás comprendió por qué yo me empeño en seguir sufriendo de forma desesperada a causa de equipos eternamente perdedores; el síndrome ¡Viva el Betis, *manque* pierda! ¿Por qué no cambiarse a los mejores, si estos, además de ganar ofrecen mayor calidad de juego? Por cierto, el fútbol ilustra un aspecto absolutamente ignorado de la afiliación a un ente colectivo, es decir, de los fundamentos más inmediatos de la identidad. Pertenecer a uno u otro club no promete territorios, poder, prebendas o celebridad. A lo sumo garantiza un sentimiento de triste o eufórica comunidad, a menudo virtual, expresado en ese escenario supra-personal de la emoción compartida.

Pero lo más sorprendente es que los clubes, independientemente de sus cambiantes plantillas, entrenadores y dirigentes, parecen conservar ciertos atributos duraderos: una preferencia por el contragolpe, por el toque corto, por el juego físico, una capacidad para remontar resultados adversos... ¡o incluso para ganar las ligas en la última jornada! Estas especificidades de carácter colectivo se acentúan cuando

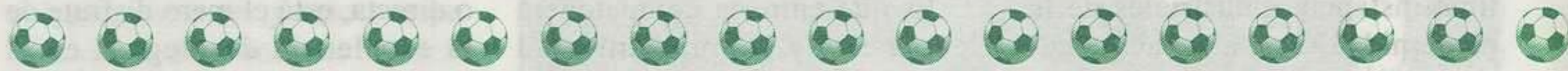
comparamos el fútbol practicado por diferentes naciones: fútbol brasileño, italiano, alemán o danés. Así como en términos nacionales el fútbol expresa diferentes mentalidades, así los clubes de un mismo país parecen estar inspirados por las respectivas preferencias estéticas y estilísticas de sus aficiones, una casi mágica incidencia del público sobre el juego del equipo. Es en el fútbol donde mejor se perfilan espontáneamente caracteres colectivos, en general rechazados por el pensamiento convencional que sólo reconoce la entidad individual, o manipulados por intereses de estados e ideologías dirigistas de exclusión. Son estas manipulaciones, o la introducción de frustraciones sociales y políticas ajenas al fútbol, las únicas responsables de la proliferación de violencia fascistoide en los estadios.

La identidad futbolística, por lo contrario, no reconoce más diferencia entre los humanos que la comunión, abierta a todos, de la afición compartida, carente de derechos o deberes, junto a una ri-



validad que en sí misma se agota en lo ritual. Mi propio país natal, Uruguay, representa un ejemplo singular en este sentido. Uruguay es un país de inmigrantes; su propio nombre surge de una designación provisoria: República Oriental del Uruguay. Es decir, el país que queda al otro lado del río, mirando desde Argentina. Su máximo prócer y siempre vigente ídolo popular, Artigas, murió en el exilio por negarse a aceptar un Estado nacional independiente en tanto que él preconizaba una confederación de comunidades ame-

ricanas. La desconfianza hacia las instituciones del poder fue tal que durante décadas en lugar de la presidencia existía un consejo ejecutivo compuesto por nueve miembros, entre los cuales estaba también representada la minoría opositora. Los organismos de control civil eran tan complejos que en realidad la maquinaria institucional estaba diseñada para la parálisis. En ese país, el discurso futbolístico es tan central que envuelve lo político y lo cultural. A falta de una referencia nacional racial, de una identidad sólida, el país entero es hacia afuera un club, «*La celeste*», y hacia adentro del Nacional y Peñarol. La unicidad de la *Celeste*, y sus aguerridos *charrúas* (recuperación de la memoria de los indígenas exterminados hasta el último), y el dualismo de los dos clubes grandes —repetidos en los dos partidos políticos tradicionales, *blancos* y *colorados*, describe el tejido de toda la sociedad. Ahora bien, esa entidad futbolera ha producido en lo esencial un país de larga tradición democrática, tolerante y ra-



Canto de amor y angustia

Vinicius de Moraes

Mi seleccionadito de Oro de la Copa del Mundo de 1962, yo les suplico que no jueguen más fútbol internacional porque mi pobre corazón no aguanta tanto sufriendo, juro que prefiero verlos competir solamente en la cancha nacional porque aquí uno ya sabe cómo es la cosa y aunque yo cinche por Botafogo nadie va a morir, pero no es lo mismo a no ser quizá mi buen Cyro Monteiro cuando Flamengo entra con todo porque somos hermanos y lucha entre hermanos se resuelve en casa, pero allá afuera todo es diferente; yo casi tuve una embolia, tenía una cosa que bullía adentro de mi cerebro pienso que era Puskas pateando mi materia gris

de tanta rabia hijo de una buena señora ustedes debían haberle dado un puntapié en el coxis mandándolo adonde ya se imaginan pero vos Amarildo muchacho lindo de mi Botafogo vos suplantaste al Rey con altura pobrecito mi Pelé retorciéndose de dolor por esa distensión en el muslo para mayor gloria del fútbol brasileño él que debía ser Primer Ministro de nuestro Brasil moreno sabes Pelé que yo nunca llamé a nadie genio porque me parece una bestialidad pero a vos te llamo no más con todo a vos y a mi Garrincha que eligió a la santa naturaleza por haberle dado aquellas piernas chuecas con las que puso a España entre paréntesis mucha-

cho buenazo pasó al primero pasó al segundo al tercero al cuarto pateó goooooool deeel Braaaaasil qué belleza mayor belleza no hay ni puede haber toda esta raza vibrando con una disnea colectiva ah qué vasoconstricción pero linda la sangre entrando verde por el ventrículo derecho y saliendo amarilla por el ventrículo izquierdo y fundiéndose en el cuerpo amoroso de pobres y ricos enfermos de pasión por la patria y hasta la revolución social en marcha se detiene maravillada por ver a *seu Mané* balanceando el bramante y prosigue su camino inflexible contenta de la vida de estar marchando en esta tierra en que todos son hermanos



zonablemente próspero, pero más importante aún: dos títulos mundiales, catorce títulos continentales, dos olímpicos... y artistas como Nasazzi, Piendibene, Schiadin, Ghiggia, Rocha, *Cococho* Alvarez, Roberto Matosas, Mazurkiewicz, Maneiro, Morena, De León, Francescolí...

Pero si el fútbol permite una revisión del concepto de identidad, también revela detalles desconocidos sobre el heroísmo: Eliseo Alvarez jugando 45 minutos con doble fractura de tibia y peroné. Cincunegui lanzando su minúscula humanidad, las lágrimas en los ojos, sobre toda una tribuna que lo insultaba. Y originales expresiones de la personalidad: el *Loco* Navarro, gran portero argentino que en el último minuto del partido atajó un penalti que salvaba al Defensor del descenso, para luego cometer autogol al entrar con el balón bajo el brazo hasta el fondo de la portería para recoger su gorra de la buena suerte.

El fútbol deshace los mitos impuestos por la modernidad y que oponen lo individual a lo co-



lectivo: el genio sólo se manifiesta dentro del marco del equipo; el equipo siempre es una suma imprevisible de sus individuales. Como la inexplicable unidad del perfil cambiante de un pelotón ciclista, compuesto por más de un centenar de individuos que se mueven cada uno según intereses perfectamente divergentes.

Sólo un funcionario del mundo exterior tiene derecho de acceso al sagrado terreno de juego: el árbitro. Triste figura negra que es elogiada cuando pasa desapercibida, y que sólo se deja

ver para odiarla. Representa el símbolo de la justicia formal, despersonalizada, ajena. Precisamente por ello sus humanos o inhumanos errores ponen en evidencia sus normas pretendidamente absolutas. Gracias a su manifiesta imperfección es tolerado como uno más de los imponderables del juego; como el travesaño, la lesión fortuita, el gol de *churro* conseguido con la espalda... Sin embargo, *La mano de Dios* suele escapársele.

En el Montevideo de 1968, en vísperas del único y cruento régimen represivo de la historia del

país, se jugaba el *derby* Peñarol-Nacional. Se daba la casualidad de que el árbitro era Otero, un justiciero que comandaba las brigadas de la policía secreta. El estadio estaba lleno, una mitad del público a favor de cada equipo. Otero otorgó un tiro libre al Peñarol. Lo ejecutó Caetano con todas sus fuerzas, dirigiendo el tiro hacia la cabeza del árbitro, que cayó fulminado. Por primera vez las hinchadas de ambos equipos corearon en una sola voz que retumbó por todo el país, la denuncia de la injusticia cometida contra todo un pueblo: ¡¡¡URUGUAY, URUGUAY, URUGUAY...!!!

En tanto expresión de una espiritualidad arcaica, primaria, consagrada, el fútbol es una introducción natural y directa a lo divino. Mi primera experiencia de este tipo se dio hace muchos años en otro Peñarol-Nacional épico. Mi equipo —el Nacional— necesitaba un empate para clasificarse para la Copa Libertadores. Perdíamos 2-1 faltando tres minutos, con sólo nueve jugadores. Se pita una falta lejana. Lanza Viera y entre cuatro rivales aparece la cabeza de Rubén Sosa (un jugador argentino, no el pobre homónimo uruguayo que falló el penalti contra Zubizarreta en el Mundial de Italia). La pelota describe una lenta e interminable curva, pasa un milímetro por encima de la mano del portero y ya sin fuerzas cae muerta, justo más allá de la línea. Gol.

A mi lado un anciano con la voz descompuesta por la emoción y el llanto mira fijamente el cielo: «Dios existe...», murmura.

hasta los que mañana pueden estar regando con su generosa sangre este suelo nativo donde seremos enterrados envueltos moralmente en la bandera brasileña al ritmo de *Cidade maravilhosa* pero como iba diciendo no me hagan más aquello del primer tiempo con España porque si no va a haber un poeta menos en el mundo yo sé que un poeta no decide no gambetea no la emboca a no ser Paulinho Mendes Campos lo que uno se la pasa gambeteando es la angustia el miedo el amor la muerte pucha estoy ahora medio enfermo despierto sobresaltado pienso que ni siquiera voy a poder oír el partido final de lo contrario voy a terminar haciendo lo que aquel tipo que se reventó la cabeza contra un poste al fin del primer tiempo con España porque ya es demasiada tanta ansiedad yo ya no soy una criatura las coronarias no aguantan lo que pasa es que el brasileño es sentimental no más uno llora porque la vida duele mucho en

nosotros de acuerdo con lo que dijo Carlitos Oliveira aquí no hay Marienbades aquí qué quieren todo es cultivo hecho con tierra natal y lágrimas de amor hasta los ricachones sufren y son capaces de no ir al Jirau con tal de ver a Didí maestro sereno del arte del balompié Einstein de la mariposa o si no a los profesores Nilton y Djalma Santos a los que hay que canonizar porque nunca piensan en sí únicamente en Gilmar pobrecito más solito que Cristo en el Huerto en medio de ese rectángulo abstracto en cuyo torbellino se oculta el himen de la patria-niña que todos nosotros tenemos que defender hasta la última gota de nuestra sangre dale San Thiago porque mirá que yo hasta soy tipo que no ando macaneando con esas cosas pero juro que me está entrando una xenofobia como para reventar y sólo de acordarme de Puskas voy a tomarme un tranquilizante si no le voy a meter una piña a esta máquina de escribir que va a arder

Troya y ahí no más me muero porque no aguanto más tanta agonía por favor ganen enseguida y vuelvan a casa con la Copa erguida bien alto para la transustanciación de nuestros júbilos Río de Janeiro a los pies de ustedes y mucho papel picado cayendo de los balcones de la avenida Río Branco y de la cabeza de los políticos y lo único que les pido es que vuelvan porque si no la revolución en marcha no camina ella también está fascinada con la divina maestría de ustedes y por favor ausculten el corazón de éste y de setenta millones de poetas cuyas vidas palpitan en esos tobillos mientras se encaminan hacia la victoria final ineluctable con la ayuda de Nuestra Señora de la Guía nuestro *pai Xango* (1) y *seu* Mané Garrincha ¡Olé!

(1) Señor del trueno en el rito umbanda: se lo identifica con san Jerónimo.

ROBERTO BLATT

— «Europa: el poder del sueño, el sueño del poder». *Letra Internacional*, 13.

— «Europa: los límites de la identidad». *Letra Internacional*, 14.

— «Miseria de lo sagrado». *Letra Internacional*, 27.

— «El fin del mito». *Letra Internacional*, 32.

— «Cultura y espacio público». *Letra Internacional*, 33.

— «Con el sudor de la frente». *Letra Internacional*, 37.

Mi segunda patria

Miguel Rubio

Decía Ernesto Sábato que «la verdadera patria de uno es su infancia». Pero ese tejido, más que territorio, de que están hechos nuestros primeros años contiene tanto de descubrimientos, fantasías y mitos como de encuentros con la realidad. Y una de las cosas en que consiste existir es en saber mantener un equilibrio siempre inestable entre nuestras lealtades y nuestras deslealtades con esa patria que sólo a cada uno pertenece y que no se comparte con nadie.

Hay una segunda patria, que unos poseemos y otros no. Y mantiene muchas relaciones con el origen de esas otras patrias más convencionales y más ambiguas por las que las gentes organizan fronteras, naciones, Estados, policías, guerras, invasiones... Pero a esa segunda patria de la que hablo nunca somos desleales, nunca la traicionamos. Me refiero, como habrán comprendido los aficionados al fútbol, al club al que uno, en un momento temprano de su vida, casi siempre en la infancia, decidió

Es verdad que es un juego, pero es mucho más. Es una pasión cotidiana que puede llenar muchas horas de nuestros días. Y no hay nada a lo que se parezca más el fútbol que a la guerra: se trata de una guerra continua, en la que en todo momento está amenazada nuestra segunda patria. Batalla tras batalla, partido tras partido, defendemos un territorio espiritual, inexistente en el espacio, salvo aquél en el que se levanta nuestro estadio, el que, por cierto, posee todas las caracterís-

de las naciones que las victorias de los clubes de fútbol. Los triunfos de la selección brasileña pueden compararse con el desfile en las calles de Nueva York para celebrar la victoria en la Segunda Guerra Mundial. O cuando el Madrid venció al Deportivo de la Coruña hace un año, proclamándose campeón de liga, las ventanas de la ciudad se llenaron de trapos blancos: era el final de una guerra de un año contra el enemigo exterior, en este caso el Barcelona, campeón los cuatro

sión cinematográfica. Debo decir que gracias a ello he aprendido muchas cosas, algunas morales de las que habla Albert Camus — «lo mejor que sé sobre la moral y las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol»—, pero también sobre la pasión, la entrega, los mitos, y algunas otras conectadas con el mismo arte, sobre todo en relación con el mundo del espectáculo y las técnicas del espacio y el tiempo. Porque en ningún lugar —salvo en los toros— el espacio y el tiempo jue-



entregarse en cuerpo y alma. Y no nos engañemos, pues, como decía Helenio Herrera, no hay nadie relacionado con el fútbol —sea jugador, entrenador, árbitro o cronista deportivo— que no sea apasionado seguidor de un equipo determinado.

Mi segunda patria, tan importante como la primera, es el Real Madrid. En realidad, me ha hecho gozar más que la oficial, que determinan mis ancestros y mi pasaporte y, desde luego, sufrir mucho menos. Es que lo que se juega en ese rectángulo verde es ciertamente algo más que lúdico.

Las patrias oficiales también se basaron en batallas y guerras perdidas y ganadas y, como es sabido, el fútbol es un sustitutivo de ellas. Nada se parece más a las grandes celebraciones patrióticas sagradas que corresponden a los templos y los teatros de la Grecia clásica. Al realizarse a la vez en el espacio y en nuestra conciencia, ese territorio posee la ambigüedad del mito. Pero es su carácter bélico, superpuesto a su carácter lúdico, lo que lo hace especial e incomprensible para aquellos que no sienten la pasión futbolística.

Las patrias oficiales también se basaron en batallas y guerras perdidas y ganadas y, como es sabido, el fútbol es un sustitutivo de ellas. Nada se parece más a las grandes celebraciones patrióticas

años anteriores. Era la recuperación del orgullo patriótico de los madridistas y, ciertamente, algo más que tenía mucho que ver con la sociología y la política.

Como todo niño español de la posguerra, yo jugaba al fútbol en las calles y descampados de Madrid. Muy pronto elegí ser madridista. ¿Qué me condujo a ello? No lo sé. No la familia, ni el ambiente. Fue una elección personal. Sacrificando mi otra pasión ensoñadora —el cine— acudía yo solo los domingos al viejo Chamartín, gastándome el dinero de una posible doble se-

gan sus galas dramáticas de una manera tan fulgurante e instantánea. Decía el gran crítico teatral norteamericano John Gassner que la forma más perfecta de teatro era la corrida: en ella la vida y la muerte se jugaban en un momento y un espacio reales, y no hay nada más sagrado que el hombre enfrentándose a su destino, en este caso, la muerte. En el fútbol se producen momentos como éstos: momentos en que un hombre —o unos hombres— juegan con el tiempo y el espacio achicándolo o alargándolo a su antojo o gracias a su voluntad

creadora. Hay instantes que se nos han quedado grabados en la mente por la inspiración de un hombre que ha jugado con esas coordenadas espacio-temporales como si se empeñara en demostrar en la práctica la teoría de la relatividad. Esos instantes son únicos, como lo son los que alumbró la palabra poética. Octavio Paz, reflexionando sobre la poesía, parece definir esas figuras privilegiadas que crean algunos futbolistas: «Y lo que hace instante al instante, tiempo al tiempo, es el hombre que se funde con ellos para hacerlos únicos y absolutos». Refiriéndome exclusivamente a mi segunda patria: ¿qué madridista no tiene en su memoria muchos instantes privilegiados de esos protagonizados por Molowny, Di Stéfano, Kopa, Rial, Gento, Amancio, Velázquez, Santillana, Michel, Laudrup y un largo etcétera?

En las tardes pasadas en el viejo Chamartín, ¿sólo olvidaba las penurias de un niño de barrio obrero, perteneciente a una familia de perdedores de la guerra? En absoluto. Aprendía a vivir por delegación y descubría algunos secretos de los enfrentamientos de los hombres, sus limitaciones y grandezas. Aparecían ante mí, como en las tribus y ciudades de la vieja Hélade, los héroes evocados por los aedos. Creo que los madridistas hemos aprendido desde siempre un sentimiento especial de la épica que no existe en los seguidores de muchos otros clubes, lo que no quiere decir que no sintamos también pasión por la lírica. Pero en esta pasión por la épica encontramos nuestra propia definición: amamos la lírica, pero como algo que se desprende en ciertos momentos de intimidad de la épica. Un madridista es incapaz de regodearse sólo con el sentimiento lírico que se desprende de una jugada. Esa jugada, ese verso tenso y perfecto escrito sobre el césped, tiene que ir acompañado de algo más: el arrebató épico que lo engrandece hasta situar al espectador en los Campos Elíseos. Vuelvo a citar a Octavio Paz: «La épica, por su parte, es la expresión de un pueblo como conciencia colectiva, pero lo es también de algo anterior a la historia de esa comunidad: los héroes, los fundadores». Los grandes momentos del Real Madrid, desde la época de los Regueiro, los Rubio,

los Zamora, están impregnados de esta conciencia colectiva de representar a un pueblo capaz de toda hazaña, por arriesgada y difícil que sea. No se trata sólo de jugar bien: se trata de romper los límites del destino impuestos por la adversidad, presentes como una prueba planteada al estilo en que los dioses griegos lo hacían con los hombres para convertirlos en héroes. En una palabra, la verdadera pasión madridista es degustar la estética a través de la ética: no otra cosa es la épica.

Hay otro club español que ha mantenido esta tradición épica del fútbol: el Athletic de Bilbao. Quizás por eso en el corazón de todo madridista hay un lugar reservado para este equipo. El problema del Madrid en estos últimos tiempos es que ha perdido ese sentido épico. Y esa ha sido la equivocación de algunos de sus técnicos —Benito Floro, Jorge Valdano— y de algunas de sus figuras últimas —Butragueño, Michel, Sanchís—: intentar transformar la épica en lírica. A este propósito quisiera evocar aquí a los cuatro grandes del fútbol moderno: Di Stéfano, Pelé, Cruyff y Maradona. ¿Entienden qué quiero decir al hablar de épica y lírica en fútbol cuando digo que los tres últimos son jugadores líricos y que el primero representa la forma más pura de la épica en fútbol?

Dos de estos cuatro futbolistas jugaron en el Barcelona: Cruyff y Maradona. Kubala, que supone toda una época del Barcelona, era otro ejemplo de jugador lírico. Los tres buscaban la belleza y sólo después la eficacia. Sobre el césped dibujaron jugadas inolvidables que eran como obras maestras de poesía lírica. Pero eran momentos no sostenidos sin el empeño y la continuidad comprometidos que hace que los grandes héroes épicos representen el inconsciente colectivo de un pueblo, que aparezcan como sus fundadores, dispuestos a darle un destino frente a todo tipo de adversidades. Y son ellos los que definen el estilo de juego del club catalán. Quizás todo esto tenga que ver con la idea de patria y de na-

ción, hoy tan discutidas, entre Cataluña y Castilla. Algunos jugadores épicos del Barcelona parecían desentonar en ese poemario, hecho de sonetos, rimas y canciones de rara perfección en que se basaba su juego; recordemos sólo cuatro nombres: Kocsis, Eulogio Martínez, Neeskens, Stoichkov... Incluso en la gran época de Di Stéfano se decía que el Barça hacía un fútbol más perfecto que el Madrid: era evidente que aquél tenía otro registro, otra tonalidad, pero éste sabía conjugar la precisión con la velocidad, alternando continuamente el ritmo mediante



la trepidación, hasta la extenuación y el paroxismo, en busca del último esfuerzo, ese que parece imposible salvo para el héroe. Esa tonalidad lírica de Suárez, Garay, Evaristo, pero que también ha existido siempre, por otra parte, en el Madrid —Rial, Santamaría, Velázquez—, ha hecho que el fútbol barcelonista tuviera algo de poesía íntima, la palabra certera e iluminadora, una poesía para degustar en el silencio de un parque, más que para convocar al delirio a un pueblo.

En el Madrid, se trata de otra cosa. Es otro estilo y otra moral. Junto a los buenos rimadores, el

Madrid cumple con su destino cuando el mando lo llevan los grandes épicos. Hagamos un recordatorio de algunos de estos jugadores del Madrid. Junto a Di Stéfano, otros dos grandes épicos llenan una época: Puskas y Gento. Después los Pirri, Breitner, Stieleke, Santillana, Juanito, Camacho... Ellos sabían que debían sobrepasar sus límites, que no había hazaña que les estuviera prohibida, que sin el sentimiento épico no alcanzarían un lugar junto a los dioses a los que querían emular. Además de belleza, grandeza.

Es verdad que hay otro tipo de jugador que está en una zona intermedia y que quizás se corresponda con el futuro del fútbol. Hablo de los épico-líricos de los que quiero recordar aquí algunos nombres: Peder-

Garrincha, Didí, Fontaine, Del Sol, Beckenbauer, Baresi... Pero ésa es otra historia. Cuando se da la mezcla de los tres estilos, aparecen esos grandes equipos que marcan una época. Y no hay una época en toda la historia del fútbol como la del Real Madrid de las cinco copas de Europa seguidas: así cualquiera que le haya visto jugar sabe que, con la épica presidiéndolo todo, en el conjunto aparecían también las otras modalidades poéticas. Pero aquella grandeza irrepetible conforma el dominio de nuestro honor pasado y también de nuestros pecados actuales. No nos

bastan los detalles líricos, amamos los gestos épicos.

Si como dice Valdano «el fútbol es una representación teatral en la que nunca se sabe dónde está el núcleo de la trama», los madridistas amamos las grandes rupturas espectaculares que se producen cuando los 105 metros se estiran y se encogen a voluntad de los héroes decididos a tomar al asalto el recinto contrario, utilizando para ello una geometría no-euclidiana. Entonces nos sentimos vivir en la cuarta dimensión. Es entonces también cuando el estadio se funde en una pasión colectiva. Es cuando aparece lo sagrado en esta dialéctica que consigue fundir los contrarios. Surgen los héroes y nos devuelven a nuestro dominio espiritual verdadero: allá donde la conciencia se une con el todo. Allá donde volvemos al territorio más privado de la infancia, en la que todo era posible, en que los seres no tenían paredes, a la inaprensible patria que elegimos y que no nos fue impuesta, que no heredamos y que de alguna manera nos recuerda que de la tribu nació la cultura; del fuego, la pa-



labra; de la épica, los héroes. En un mundo tan desacralizado, tan profundamente unipersonal como el que se nos impone con la evolución de la humanidad, el grito unánime del estadio todavía nos recuerda que el hombre no es nada sin pasión y que no puede dejar de delegar sus impulsos épicos sin que en ese trayecto deje de ser un poco más humano. Que sin la comunión colectiva,

sin la fraternidad en torno a un juego, sin la sensación de pertenencia a algo que está fuera de nosotros y que nos representa, no somos otra cosa que mecanicismo biológico, soledad esencial, exclusivamente seres para la muerte.

He aquí por qué me siento afortunado frente a aquellos a quienes les parece una frivolidad la pasión futbolística. He aquí

por qué agradezco poseer esta segunda patria que me enriquece y me acompaña. He aquí que, junto a muchas otras cosas, le debo al Real Madrid momentos de gozo que sólo he encontrado algunas veces en la misma palabra poética, tanto en la épica como en la lírica, y que me ha enseñado algunas leyes de la dramaturgia y del espectáculo. En una palabra, la patria-infancia es también el paraíso perdido; mientras que la patria-fútbol es el paraíso semanalmente reencontrado. Y de alguna manera en ese territorio del juego recuperamos por instantes a la primera. Es decir, nuestra identidad esencial.

MIGUEL RUBIO

— «El izquierdismo de Chaplin». *Letra Internacional*, 36.

— «Elogio de la lentitud». *Letra Internacional*, 39.

— «El malentendido del cine clásico». *Letra Internacional*, 40.

El Urogallo

REVISTA LITERARIA Y CULTURAL

Nº 120 MAYO 1996

10 años de El Urogallo. Última narrativa. Liber, Revista Internacional de Libros

Nº 121 JUNIO 1996

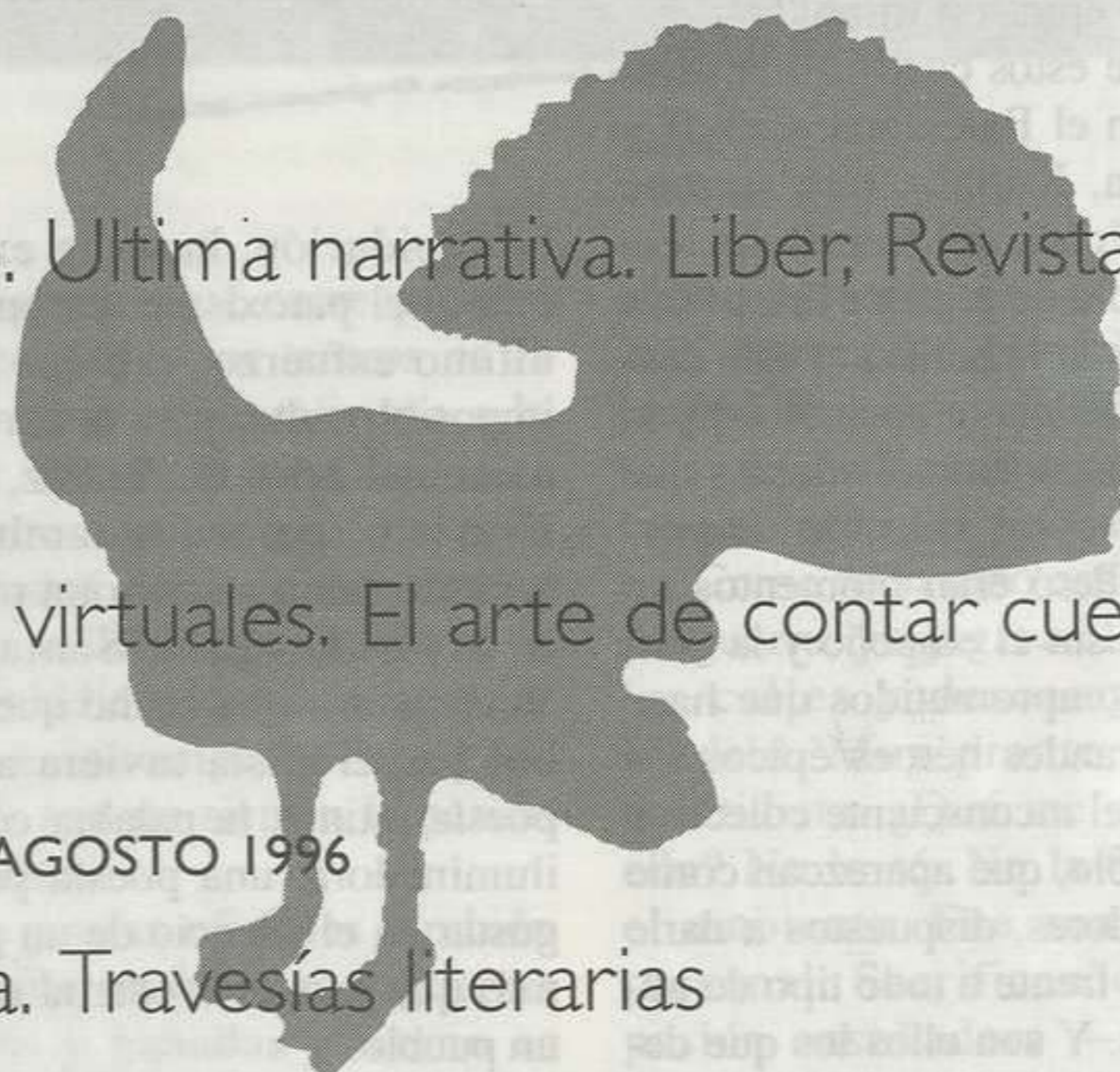
La cultura en las redes virtuales. El arte de contar cuentos

Nº 122-123 JULIO-AGOSTO 1996

Última poesía española. Travesías literarias

REDACCION Y SUSCRIPCIONES

Carretas, 12-5º-5 28012 Madrid Tel. 532 62 82 Fax 5310103



Entre el fútbol y la vida

Arcadi Espada

El fútbol dejó de interesarnos cuando desapareció su leyenda. La leyenda es la raíz de la literatura, por supuesto. Mientras el fútbol vivió en los cromos, en los futbolines, en los precarios diarios deportivos de la época y en la radio, el fútbol tuvo interés y capacidad de emocionarnos. Luego, ya no. El fútbol se acabó con aquel Real Madrid de las épicas remontadas, al Borussia de Moenchengladbach —digo: Moen-chen-glad-bach y parece que mascara todavía el cuerpecillo inerte del teutón—, al Anderlecht, al Inter. Esos fueron los últimos partidos importantes que no se dieron por televisión en España. Debe de hacer unos ocho años de todo aquello. Hacía muy poco que *El Buitre* jugaba los partidos enteros. *El Niño* tenía un fútbol para que lo contaran por la radio. Después, ya no. El fútbol empezó a apoderarse de las programaciones de televisión y ya fue imposible imaginar un solo regate: catódica tierra quemada. Hoy, creo, ya no hay más que fútbol por la televisión. Los periódicos, además, incluso los periódicos más serios, abren sus portadas con la noticia del fútbol y los periódicos del lunes se han convertido en un millo de hojas de balón que no hay forma de pasarlo. Los periódicos de los lunes traen, desde luego, un montón de asuntos del máximo interés: chicos que se suben unos encima de otros hasta ver si se caen; toros estoqueados con adjetivos hasta la bola, buenos adjetivos a veces; paellas gigantes... Los lunes no pueden leerse los periódicos, pero ése es otro tema, y quiero volver al encargo: nos interesó el fútbol mientras fue borroso y estuvo lleno de incertidumbre y sus héroes tuvieron una vida secreta, entrevista, mientras sus héroes hablaron poco. Esto era fundamental: los héroes hablaban con los pies y nunca hacían el ridículo.

Fue esa lejanía, ese velo, esa necesidad de construir la identidad de nuestros héroes a partir de fragmentos leves y dispersos lo



que nos hizo ser a unos cuantos catalanes —cuyo número como el de los carbonarios no podrá nunca saberse— del Real Madrid, club de fútbol. Por supuesto, éramos charnegos; por supuesto, en casa se hablaba el castellano; por supuesto, se ganaba poco en casa. Pero con esos tres platos se alimentaba también gran parte de la masa social de nuestro acérrimo enemigo. No, no era esa la razón. Tampoco lo era nuestra propensión a incomodar —ya más tardía— o más tardía aún nuestra propensión a situarnos en el córner, ese lugar sombreado, donde rigen leyes propias, al que hemos acabado cogiendo un relativo cariño y desde donde creemos trazar repetidos pases de la muerte, sin que nadie acierte al remate o venenosas roscas, sin que nadie meta la cabeza. Ninguna otra propensión que nuestra incurable propensión al mito.

Si se quiere, podía haber razones objetivas. Entre un tipo que se llamara Foncho y otro que

se llamara Velázquez —lo silabeo y la boca se me hace agua—, ¿cuál de los dos podíamos elegir? Entre ser un *culé* —así se autodenominaban, fruto de la tenacidad escatológica con que mi pueblo ha puesto el culo hasta en los belenes— y ser un *merengue*, ¿por qué mal menor podía optar la elegancia? Entre la camiseta nívea, cegadora, grácil y esa otra que les diseñó a buen seguro un enemigo inteligente, ese azul y ese grana condenados a verse, ejemplo clamoroso de las ocurrencias catalanas, como aquella de comer en un mismo plato carne y pescado —cómo probar sin repelús el *pollastre amb escamarlans* o la *sèpia amb mandonguilles*—, entre esa camiseta que siempre nos pareció sudada y el perfil majestoso de un húsar impoluto mandando entre los verdes del centro del campo, ¿qué otra cosa podíamos elegir...?

Naturalmente, sólo la leyenda podía hacer pasar todas esas razones por objetivas. Ser del Real Madrid, club de fútbol, serlo aquí en Cataluña suponía formar parte de una leyenda. Eramos del Real Madrid, club de fútbol, de igual modo que adorábamos a Sekularac —aquel yugoslavo innarrable— o pronunciábamos con unción el apellido de aquel húngaro, Albert, delantero y príncipe, alado y fuerte. Nunca los habíamos visto jugar. Jamás. Sólo llegaban voces, ecos de voces. Nunca tampoco vimos jugar al Real Madrid, club de fútbol: cuando venía a Barcelona había que tener mucha influencia o mucho *calé* para conseguir entradas. La leyenda crecía y nosotros con ella. Si alguna vez hubo la suerte de ver por la televisión, en blanco y negro, a aquel equipo, hay que decir que horas antes ya teníamos el estómago yendo y viniendo. Eramos del Real Madrid, club de fútbol, por las mismas razones profundas por las que nos gustaba el fútbol: nunca, nada de eso, lo habíamos visto de cerca. Se trata de la condición del hero-

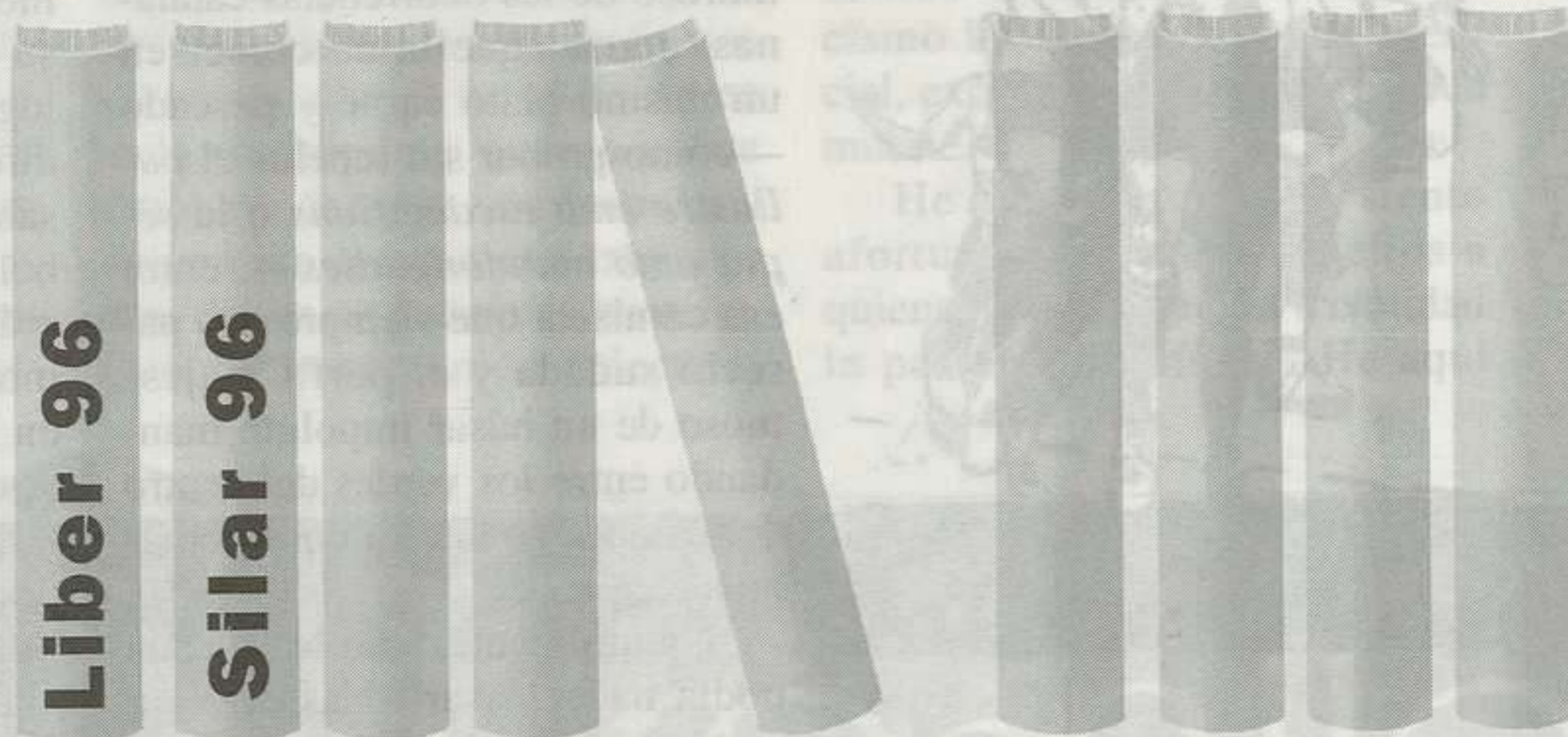
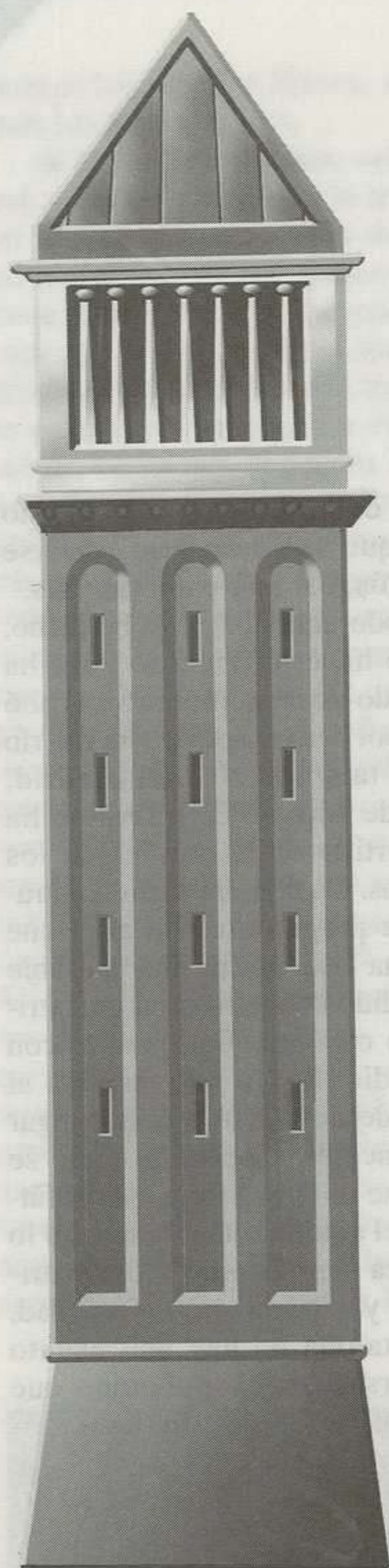
ísmo, de la del propio héroe: no creo que sea necesario hartarse de balón, dar más explicaciones.

Todo aquello, ya lo he dicho, acabó hace no mucho. Pero ha acabado para siempre. Se acabó el fútbol para nosotros y se fue río abajo también el Real Madrid, club de fútbol. El fútbol se ha convertido en la crónica de los pueblos. Cualquiera metido en razón se pregunta cómo algo que fue una leve pasión inconfesable ha podido convertirse en el matrimonio canónico del hombre con su medio. Por lo que respecta al lugar desde donde escribo, lugar diferenciado y peculiar como se sabe, he de decir que nunca el fútbol y el equipo señero que aquí lo práctica fueron como ahora matrimonio y adormidera. En realidad, en Cataluña no hay más asunto conversacional y polémico que las evoluciones de once tipos vestidos con ese color sudado. He de decir y anotar, para que no se olvide, que cuando llegaron a jugar la final de la Copa de Europa —una noche que fue gloriosa, porque iban a comerse el mundo, como acostumbra, y les metieron cuatro soles uno detrás de otro: yo iba contando los cohetes disidentes desde el fondo de la sala del teatro donde me había encerrado huyendo—, ese día, digo, un canal público de televisión dedicó 24 horas seguidas de emisión al suceso. El hecho simboliza lo que pasó aquí durante el acontecimiento: Cataluña cerró la puerta y estiró sus piernas. Es difícil moverse en un país así bloqueado.

Por fortuna, ya digo, todo eso ha sucedido, está sucediendo cuando el fútbol ha dejado por completo de interesarnos. Pueden hacer con su fútbol lo que les placa: alzar una patria, redactar cien agravios, organizar un *tancament de caixes* o pueden incluso ganar una liga, que es lo que más les cuesta. No nos liarán. Entre el fútbol y la vida nosotros seguiremos optando, naturalmente, por la literatura.

Barcelona,
25 - 29 de Septiembre de 1996
Palacio nº 4
Fira de Barcelona

LIBER 96



UN MUNDO UNIDO POR LOS LIBROS

Norte y Sur. Este y Oeste. Los profesionales del mundo editorial llegan de todas partes a Liber 96. Un Salón Internacional donde se hablan todos los idiomas, se intercambian ideas, se realizan proyectos juntos y se firman acuerdos de futuro. Un Salón donde conocerá las últimas novedades aparecidas en el mundo de los libros. Además, este año Liber está dedicado especialmente al Silar, Salón Internacional del Libro latinoamericano.

Venga a LIBER 96, el Salón Internacional donde todo el mundo se entiende.

PROMUEVE:
FEDERACIÓN DE GREMIOS
DE EDITORES DE ESPAÑA.

CORRESPONDENCIA:
Federación de Gremios de Editores de España
Juan Ramón Jiménez, 45-9º izqda. 28036 Madrid.
Tel.(91) 350 91 05 -350 91 03.Telefax.(91) 345 43 51

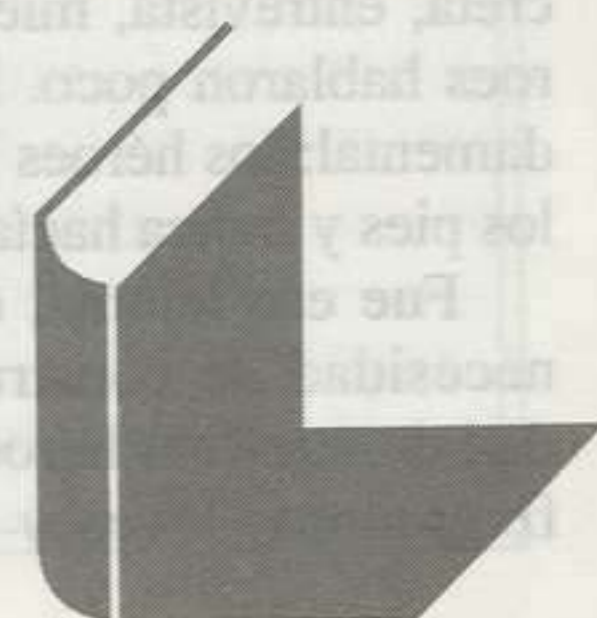
PATROCINAN:
Ministerio de Cultura.
Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas
Generalitat de Catalunya.
Departament de Cultura

Instituto Español de Comercio Exterior (ICEX)
Ajuntament de Barcelona
Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO)
Gremi d'Editors de Catalunya

ORGANIZA:



Fira de Barcelona



Liber 96

SILAR 96

La hierba y los elefantes

Raymond Rehnicher

*Cuando los elefantes se pelean,
aplantan la hierba*

Proverbio africano

6 de abril

Por la mañana descubrimos el significado del éxodo de los serbios. La jornada se inicia con nuevas barricadas, esta vez con más tiroteos y explosiones. Se conmemora la liberación de la ciudad (acaecida en 1945). Los habitantes están perplejos por la falta de delicadeza de los nacionalistas serbios, que parecen odiar todo el pasado comunista. Pero este año es también la fiesta más importante para los musulmanes. Los nacionalistas serbios quieren provocar a toda costa conflictos con los no-serbios, sobre todo con los musulmanes, para justificar su deseo de segregación. Desean tomar cumplida venganza de la antigua batalla con los turcos perdida hace seis siglos. Los musulmanes de aquí se convirtieron al Islam bajo la influencia turca. Los extremistas serbios creen que son unos traidores colaboracionistas a los que hay que exterminar.

En las barricadas se prohíbe el paso incluso a los peatones, lo que significa que estamos totalmente aislados de la ciudad. Todo el mundo permanece con los ojos clavados en la televisión y el teléfono en la oreja para intercambiar noticias con los del «otro lado». En realidad, todos nosotros somos del «otro lado» con respecto a los que organizan todo esto. En ciertas zonas de la ciudad se oyen cañonazos, pero no sabemos realmente qué está sucediendo.

Se consigue pasar, pero no siempre. Las expendedurías de tabaco han sido saqueadas, al igual que otro tipo de tiendas, sobre todo en los barrios periféricos. La policía de la ciudad ya no controla nuestro barrio, y la policía del barrio brilla por su ausencia. Únicamente se puede volver a la ciudad a pie, pero sólo y exclusivamente cuando no disparan desde las barricadas y no se tiene demasiado miedo. Los tre-

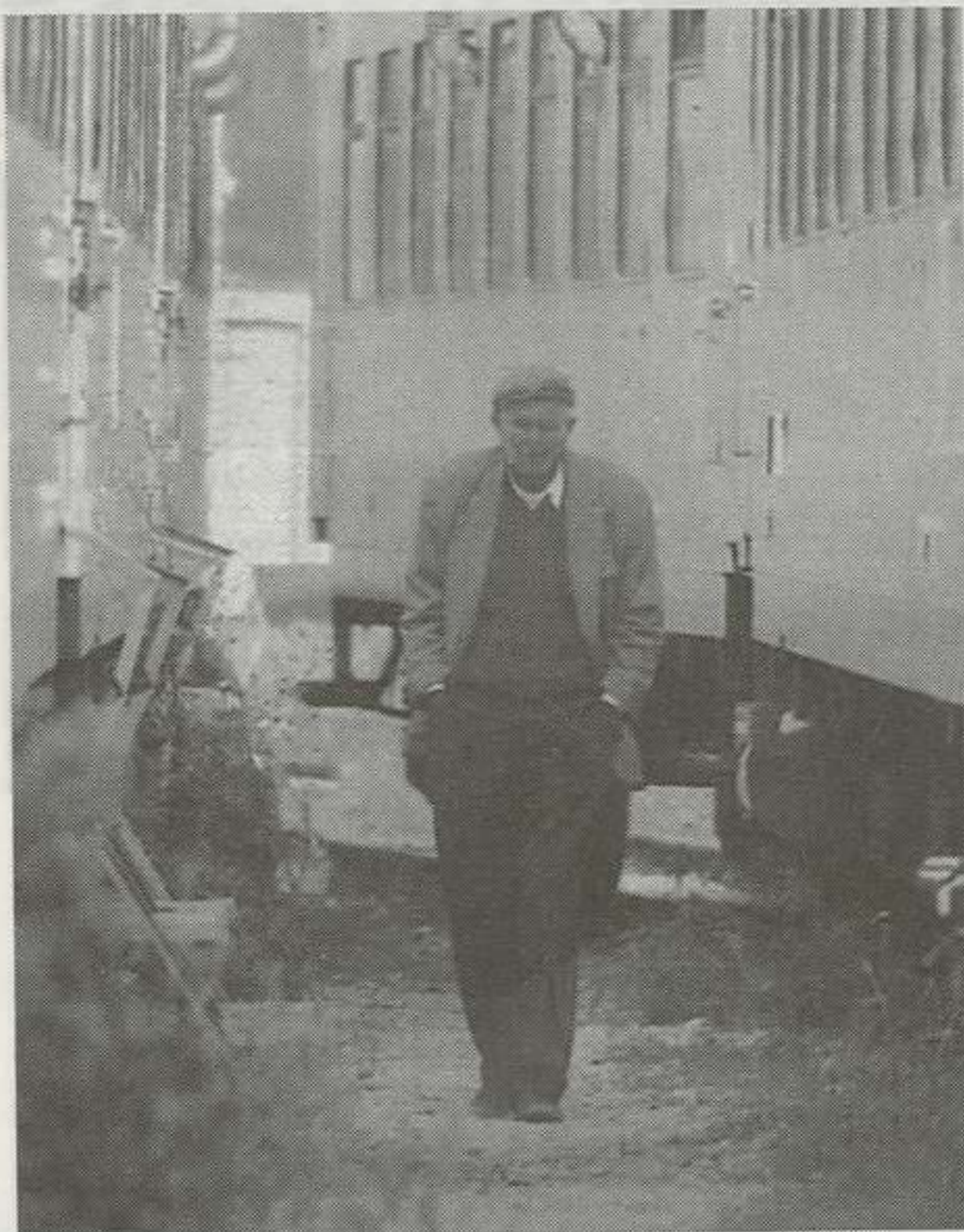


Foto: Jesús Císcar

nes de la margen derecha aún funcionan, pero nosotros estamos en la orilla opuesta.

En el centro de la ciudad la vida se desarrolla casi con normalidad. Sus habitantes pasean, las tiendas y cafés están abarrotados de gente, ni una sola tienda ha sido saqueada. Nadie acepta ya cheques, por lo que debo sacar dinero del banco. La banca funciona, pero está muy concurrida. Independientemente del estado de mi cuenta, sólo me permiten retirar una suma irrisoria, y no me atrevo a hacer cola varias veces porque me eternizaría. A continuación, hay que volver a entrar en «nuestro lado» antes de las cuatro de la tarde, porque después de esa hora las calles se quedan vacías y los tiroteos son más frecuentes.

Unas familias musulmanas son expulsadas de los inmuebles vecinos. Esta tarea se ejecuta con discreción, pero todo se sabe. Se ve a gente amedrentada marchándose a pie cargada con pesados equipajes.

El eterno pillaje, ahora a plena luz del día. Algunos vecinos arrastran mercancías robadas, utilizando incluso a los niños y ancianos para dicho menester. La idea de propiedad no está totalmente clara. Esta es auto-

servicio en el sentido más estricto del término. No es preciso demasiado para abandonar la disciplina de la civilización: bastan unos cuantos días sin policía.

Da la impresión de que el hombre es fundamentalmente un crápula. La razón no es más que un instrumento para difundir esta cualidad básica. Lo demás es el resultado de obligaciones impuestas, por miedo al castigo, por la policía, o quizás por un cierto respeto al prójimo. Cualquiera sabe: poca gente demuestra ese respeto cuando la policía ya no está presente.

Un prolongado tiroteo no lejos de nuestro inmueble. No es fácil localizarlo debido a los numerosos ecos que circulan entre estas apiñadas torres. La televisión informa de que la academia de policía ha sido tomada por las fuerzas serbias con el apoyo del ejército, al que nosotros nos negamos siempre a considerar una fuerza de ocupación. A pesar de Subrovnik y de Vukovar, todavía creemos en él. Este mismo ejército emite un confuso comunicado. Parece que desde la zona de la academia las milicias musulmanas han emprendido un ataque contra los blindados del ejército. Sin embargo, la academia no es un objetivo móvil y el cuartel de los carros blindados se encuentra situado a algunos kilómetros de allí, tras una colina. Los blindados que se han «defendido» del ataque están apostados frente a la academia, y algunos policías han caído muertos por obuses «defensivos». Los demás han sido evacuados por el ejército para protegerlos de las milicias musulmanas. Esta «protección» se prolongará con unas cuantas semanas de reclusión.

3 de mayo

A primera hora de la mañana ya no se oyen explosiones sino tiroteos lejanos. Intentamos entrar. Las calles aparecen cubiertas por trozos de cristal y coches quemados. En las casas faltan trozos enteros de los muros, y los corpulentos



Foto: Jesús Císcar

árboles se han quebrado como si fueran cerillas.

Mi cuñada vive justo detrás del edificio de la presidencia de la República, en uno de los bloques más atacados. Mi mujer ha sobrevivido en el sótano del inmueble con toda la familia de su hermana. Es imposible regresar a nuestra casa por el camino habitual: la única posibilidad que nos queda es atravesar el río por el tercer puente, tras una buena caminata a pie.

En nuestro barrio nos topamos con patrullas armadas de las milicias serbias. Nos dirigen una mirada extraña mientras dicen que son ellos los que nos han liberado la noche pasada. ¿De qué? ¿De quién? Lo ignoramos, pero vale más no preguntarlo. Carros blindados alrededor de los edificios, agujeros de obús en el césped, árboles tronchados. «¡Esto no es voluntario, éste es el territorio serbio libre, nadie os tocará!», nos dicen. No hay destrozos visibles, excepto escaparates rotos y tiendas forzadas. Los vecinos del inmueble están aterrorizados tras la noche pasada en el sótano. Salvo algunos. Los de la planta baja resplandecen de alegría y miran por encima del hombro a los no-serbios, sobre todo a los musulmanes.

Han intentado robar nuestro coche, y han roto un cristal y la cerradura del volante. «Se negaba a arrancar», me informa un vecino serbio. Me pregunta si he saboteado algún elemento del encendido como medida de precaución. A él

no le convence mi negativa, pero me deja en paz. Ninguno de sus dos coches ha sido tocado. Más tarde, inquieto por el estado de nuestro vehículo, preguntará también a mi mujer.

Se trata de una ocupación en toda regla, con patrullas armadas en las calles y comprobación de documentos. Disparos a todas horas, gritos en medio de la noche. Familias musulmanas enteras desaparecen de la noche a la mañana. Ignoramos si se han pasado al «otro lado» o han sido liquidadas. Nosotros ya apenas salimos, una persona desarmada no puede pisar la calle antes de las diez de la mañana ni después de las dos de la tarde.

De todas formas fuera no hay nada que hacer. Cuando alguien no ha regresado antes de las tres de la tarde la gente se inquieta. Salvo aquellos que se sienten liberados y resplandecen de alegría. Estos, sentados en el aparcamiento situado delante del edificio, ocupan su tiempo en discutir con los hombres armados que pasan y, al parecer, han vuelto a encontrar el sosiego de su pueblo natal.

8 de mayo

Por fin nos han robado el coche. Nuestro inquieto vecino, comprendiendo que realmente estaba averiado, no ha tardado en comunicarlo donde debe. Probablemente lo habrán remolcado. Uno de sus vehículos está ahora a

salvo en un garaje particular previamente saqueado. También han robado la mayor parte de los demás automóviles. Para no perder el tiempo, nuestros «libertadores», impacientes, disparan una ráfaga en cada cerradura. Por este motivo algunos coches permanecen en los garajes con el motor destruido, mientras otros circulan con el maletero abierto.

En la calle apenas se ven automóviles en buen estado: o van sin cristales, o carecen de parachoques, o la chapa está llena de abolladuras. Todos los que circulan en coche llevan fusiles automáticos; pueden ir de uniforme o sin él, pero jamás van desarmados.

15 de mayo

Ya no hay familias musulmanas en nuestro inmueble, se han ido todas, al igual que algunas familias croatas. Por teléfono nos enteramos de que están sanas y salvas entre los suyos del «otro lado». Sin embargo, nos preguntamos hasta cuándo, puesto que la ciudad está sometida a continuos bombardeos. Que yo sepa, hasta ahora ningún vecino de nuestro inmueble ha muerto en esta guerra. Muchos del «otro lado» han caído abatidos por los francotiradores. Mi amigo el abogado, por ejemplo. Todos los días iba a comprar leche para su hija discapacitada psíquica, pero eso al francotirador le importaba un comino. Hay que sembrar el terror, y eso implica asesinar al primero que pasa. «Un trabajo como otro cualquiera», dice una vecina serbia. Otro vecino serbio del edificio se dedica a la misma tarea. A menudo, lo vemos despedirse de su mujer y de sus hijos, con un fusil de mira telescópica a la espalda. Aquí, los francotiradores están autorizados a penetrar en cualquier piso y no están sometidos a control alguno. Nuestro vecino lleva siempre una enorme bolsa, vacía cuando se marcha y repleta cuando regresa.

No es la agresividad humana hacia el entorno lo que hay que investigar, es probable que no sea más que una de las numerosas formas de nuestra violencia, y acaso la raíz de todas estas formas de violencia sea la misma, tenga un origen común. Debo rehacer todo el plan de mi manuscrito. Si quiero comprender las cosas, debo buscar esa raíz. Lo que sucede en el entorno es sencillamente una de las numerosas manifestaciones de nuestra agresividad.

18 de mayo

No me han movilizado, ni siquiera a la fuerza, porque me consideran judío y los serbios buscan un acercamiento a Israel. Creo que ellos esperan formar una coalición internacional contra la amenaza que supone el fundamentalismo islámico, aunque los musulmanes de nuestra tierra sean muy diferentes a los palestinos o iraníes. Antes incluso de la Segunda Guerra Mundial, pocas de nuestras mujeres musulmanas aceptaban llevar velo, y aquí nadie cree que una Guerra Santa pudiera tener muchos partidarios, ni siquiera entre los musulmanes. Excepto, quizás, en el caso de que se sintieran completamente abandonados por nosotros, los ex yugoslavos y el resto de los europeos.

Vemos por la televisión que los musulmanes muertos en esta guerra son enterrados como «*chakhides*», es decir, como «mártires por la verdadera fe del Islam». Pero también vemos a croatas y a serbios morir en combate para expulsar a los extremistas serbios. ¿Quién puede conocer la verdad en una guerra tan absurda, inútil y sin vencedor posible? «Todos los serbios en el mismo Estado» es una idea tan absurda como la de un Estado islámico fundamentalista en Europa, pero la historia nos demuestra que los hombres aceptan las mayores majaderías, siempre que estas se repitan hasta la saciedad y con la suficiente convicción.

23 de mayo

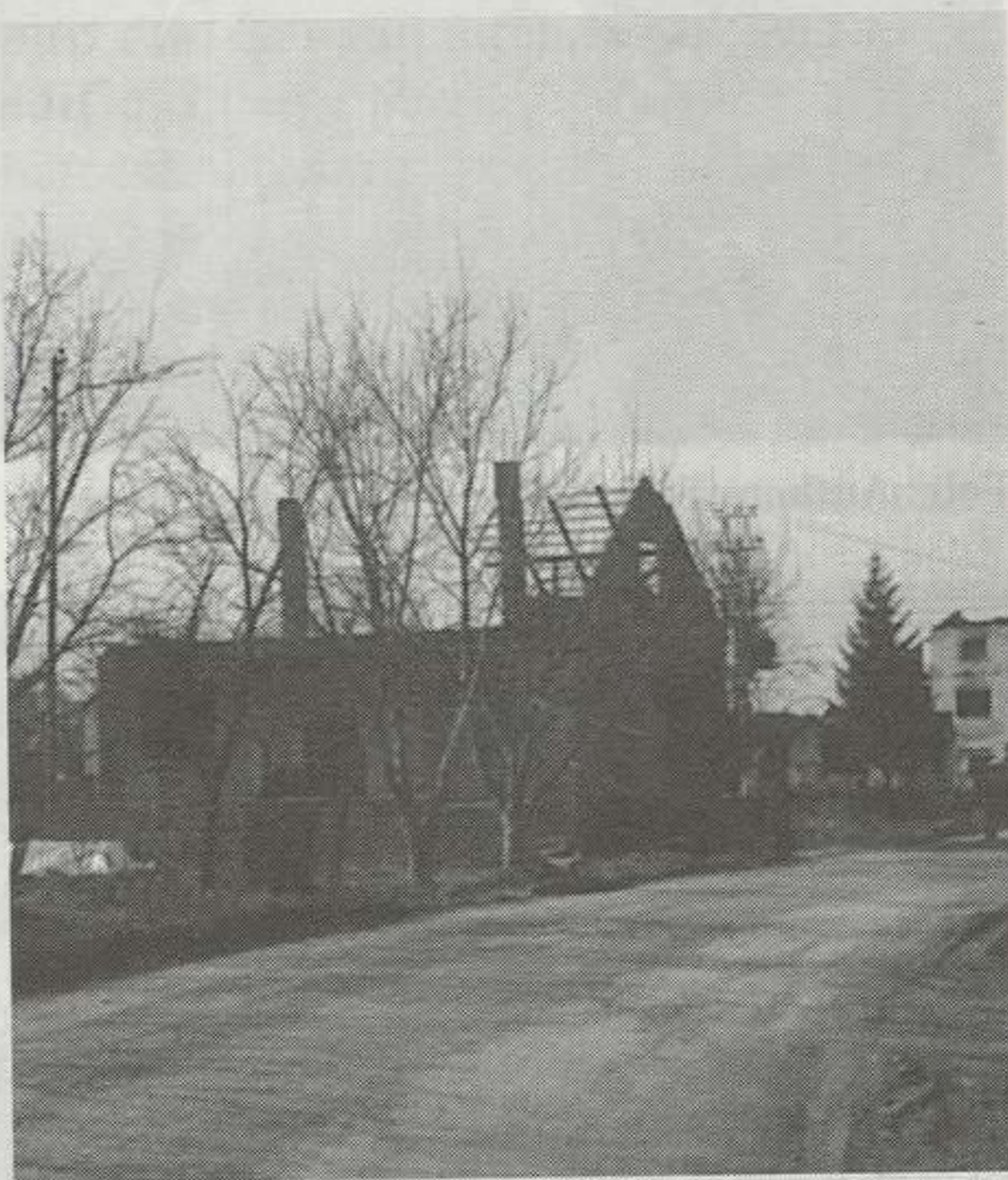
Mientras nos disponemos a cavar una fosa para enterrar las basuras, un hombre armado nos pregunta: «¿Hay entre vosotros alguien que no sea serbio?» Al comprender que ese es el caso de la mitad del grupo, por lo menos, nos prohíbe salir de nuestra casa bajo pena de muerte. «¡Os meteré una bala en la cabeza a cada uno de vosotros si salís, os lo prometo!» Los demás han terminado de cavar y la tarea ha concluido con una pena adicional.

No he salido de casa durante una semana, pero este tiempo ha sido muy fructífero para mi manuscrito. Ahora estoy seguro de que la violencia es algo que nos han inculcado a los hombres, de una u otra manera, en el curso de la evolución de nuestra especie. ¡Qué triste haber dejado mis libros en la facultad!, los echo mucho en falta, aunque tengo buen número de ellos en casa. Por for-

tuna mi mente funciona a la perfección, lo que me permite huir de esta realidad pavorosa. Mi mujer pasa horas colgada del teléfono por la misma razón.

8 de septiembre

Al vecino serbio que se negaba a tomar las armas lo han obligado finalmente a hacerlo. Durante tres meses, ha trabajado a la fuerza en la «brigada de trabajadores», en compañía de otros objetores de conciencia serbios, ¡y todo por nada! Se dedican todos ellos a cavar y construir fortificaciones, a evacuar a los heridos y a los muertos, a transportar municiones a la línea de combate, sometidos al fuego del «otro lado» y ame-



nazados por los mismos a los que rehúsan disparar. Ahora todos los serbios están obligados a tomar las armas so pena de juicio sumarísimo. En la brigada sólo quedan los musulmanes y los croatas, junto con algunos no-serbios de nacionalidad sospechosa.

Tras un bombardeo de la ciudad ha muerto casi toda la familia de un vecino musulmán: sus dos hijos de corta edad y sus dos hermanas. Hay que decir que habían abandonado todo en mayo para salvar sus vidas. A algunos de nuestros vecinos les cuesta disimular su satisfacción cuando nos comentan el asunto.

Como castigo por su deslealtad, el vecino serbio objetor de conciencia ha pasado una semana en una posición donde las escaramuzas son constantes y fatales. Y tras ser destinado a una posición menos peligrosa no todas las reacciones han sido precisamente amistosas, pero para nosotros, los que nos

sentimos cercanos a él, ha supuesto un alivio. Sobre todo para su esposa y sus dos hijos pequeños.

13 de septiembre

La comunidad judía de la ciudad conmemora la expulsión de los judíos de España y su llegada al Imperio otomano, es decir, a este país. Una celebración poco pomposa, dados los tiempos que corren. Como disponemos de nuevo de electricidad —¡sólo durante dos días!, sabremos al día siguiente— podemos seguirla por la televisión. Otra vez la discriminación positiva: demasiados judíos en la programación de la jornada, teniendo en cuenta que en toda la ciudad debe haber un centenar como máximo. ¿O es que se trata de alta política cuyos intrincados vericuetos no acierto a comprender bien del todo?

En todo caso, a nosotros, en «este lado», nos parece increíble ver a nuestros amigos bien vestidos, lavados y afeitados, intercambiando frases de cortesía y brindis en un hotel que parece estar en buen estado. Se les somete a bombardeos cotidianos y ellos se dedican a charlar de la cultura, de la tradición y de la música judías.

En este momento llevamos una vida apacible, sin bombardeos, y sin embargo estamos demasiado aterrorizados para visitarnos los unos a los otros. En todo el barrio «liberado» no existe un solo lugar donde se pueda tomar un café y charlar con los amigos. Coincidimos en la entrada del viejo supermercado, transformado en almacén de la ayuda humanitaria, en la tienda de ultramarinos de la esquina, o en la cola de las cocinas de la Cruz Roja. Allí no siempre sirven a los musulmanes. A veces piden el carné de identidad incluso a los que compran el pan con el fin de eliminar a los elementos indeseables. ¿Cómo tratan a los serbios en la ciudad del «otro lado»? Según la radio serbia, los arrojan a la jaula de los leones del zoológico. Que yo recuerde no hay más que dos o tres leones, que parecían más bien aterrorizados por la afluencia de gente los domingos.

En el piso situado encima del viejo supermercado, en el banco parcialmente demolido, se ha instalado la administración de la nueva municipalidad. La zona de las ventanillas alberga ahora todos los servicios civiles, incluyendo la oficina de correos. Me han autorizado a instalarme tras la antigua

ventanilla destinada a atender a los estudiantes con un minúsculo cartel en el que se lee «JUDIOS». Tímidamente al principio, después abiertamente y con regularidad, los miembros de la comunidad acuden a verme. No todos, algunos temen llamar la atención, sobre todo tras el incidente acaecido en la cola de la leche. Un día, en dicha cola, un individuo de uniforme pregunta a voz en grito: «¿Hay judíos aquí?» Algunos, amedrentados, alzan la mano, para oírle decir: «¡Usted no debe esperar con los otros, vaya directamente con los miembros de las familias de los soldados!» De nuevo la discriminación positiva. Mi tarea más importante consiste en recoger los mensajes para el «otro lado», que son transmitidos a la comunidad judía por ese hombre extremadamente útil que va y viene con UNPROFOR.

Bastantes no judíos se interesan por la posibilidad de ser evacuados en nuestro convoy. Como carezco de noticias de la comunidad judía de la ciudad, ignoro la postura oficial sobre este punto, pero decido no rechazar a nadie que no tenga otra posibilidad de abandonar nuestro barrio sitiado. Para todos aquellos que acuden a verme lo fundamental es salir sanos y salvos de nuestro gueto. De hecho, aquí somos tantos judíos, musulmanes y croatas como los demás no serbios.

23 de septiembre

Consternación general en la parroquia judía: el convoy de evacuación de la ciudad ha partido hacia Croacia sin que nosotros lo supiésemos. Todo el mundo lo ha oído por la radio, excepto yo. Esto ha arruinado toda esperanza de ser evacuados a Croacia para la gente de aquí. Partiendo de «este lado» sólo se puede ir a Serbia. Pero los que cuentan con musulmanes o croatas entre los miembros de su familia tienen miedo de ir allí. Escribo una carta a la asociación judía de Belgrado en demanda de ayuda. Por fortuna, en ese trayecto el correo funciona.

Unos diez días más tarde recibo una respuesta favorable de la comunidad judía, tanto en lo que concierne a la ayuda alimenticia y farmacéutica para los que se quedan, como a la acogida de los evacuados a Belgrado. Sólo hablan de judíos, pero no creo que se nieguen a ayudar a otros a salir de aquí, máxime teniendo en cuenta que eso no les su-

pone ningún compromiso. Todos los no judíos saben que yo únicamente puedo garantizarles el viaje.

27 de septiembre

Un antiguo conocido viene a vernos con noticias de una amiga suya de la infancia. Tiempo atrás dirigía la venta de equipos eléctricos al Sureste Asiático en una gran empresa de la localidad. Ahora es capitán del ejército serbio encargado de los intercambios y la liberación de los prisioneros. Está informado



Foto: Anthony Suau

de mis actividades y sabe que deseo evacuar a un cierto número de judíos del barrio. Me ofrece su ayuda.

30 de septiembre

Otro pogromo de musulmanes. A primera hora de la mañana una mujer viene a verme, perpleja; pertenece a mi parroquia judía y desea ser evacuada con toda su familia. Casada con un albanés católico, vive con sus suegros, su marido y dos hijos mayores en una casa especialmente hermosa situada en los límites de nuestro barrio «liberado». En su vecindad, la noche pasada, una veintena de soldados serbios han violado a una anciana para animar el ambiente. Nosotros hemos aprendido a interpretar el comportamiento de nuestros «liberadores»: cuando la presión comienza a aumentar en ellos, sabemos que una nueva catástrofe se avecina. Lo que la radio serbia suele describir como un exceso cometido por «elementos irresponsables» nunca se lleva a cabo sin el control de las autoridades de su Estado.

En esta ocasión, a las ocho de la mañana se les ha comunicado que deben abandonar su casa antes de las once, o les cortarán el cuello a todos. Como la dama es hija de una judía húngara —y por tanto también judía—, me agunto

el miedo y vuelo a casa del presidente del consejo municipal. Me explica que el asunto no es de su competencia y me remite al presidente de la junta municipal, un médico de convicciones políticas extremistas. A pesar de esto, dicta a su secretaria una carta pidiendo a los soldados serbios que no maltraten a los judíos ni a los miembros de sus familias. Entretanto, un individuo con uniforme de camuflaje recorre la calle principal disparando al aire y gritando que «los turcos y los católicos deben marcharse o les cortarán el cuello», como un pregonero: una ráfaga al aire seguida de la proclama, otra ráfaga seguida por la misma proclama.

Llego con el documento a su barrio poco antes de las once de la mañana, pero la calle ya está atestada de gente: una treintena con equipajes —desde la niña de tres o cuatro años hasta el anciano nonagenario—, unos cuantos soldados que contemplan la escena con aire desabrido y una docena de vecinos. Algunos de ellos lloran, otros lo soportan estoicamente, pero todos ellos van a pie, nadie ha conseguido salvar el coche. La señora a la que llevo el famoso documento me indica el militar que está al mando. Este lee el papel, mueve la cabeza y murmura sin demasiada convicción: «Bueno, de acuerdo, quédese si quiere». Le pregunto si eso significa que no tienen nada que temer si lo hacen, pero él mueve de nuevo la cabeza. La dama no desea arriesgar la vida de su familia y decide marcharse. Se les expulsa al «otro lado», donde no tiene familia alguna. Pido al oficial el nuevo número de teléfono de la comunidad judía de la ciudad y escribo una escueta nota para mi cuñada y mi suegra rogándoles que la ayuden. Luego se marcha.

Seis personas menos en mi lista de evacuación.

Unos días más tarde me entero de que todas las casas de este barrio han sido saqueadas en menos de tres horas después de la partida de sus habitantes. Los camiones permanecían a la espera en una de las calles laterales para transportar el botín, mientras nosotros estábamos todavía allí. Que yo sepa, ni un solo miembro de la familia ha logrado abandonar la ciudad mediante el convoy de evacuación organizado por la comunidad judía de la ciudad.

Hemos sabido que este triste episodio ha sido considerado un exceso de «elementos irresponsables» y que sus autores, sobre todo el presidente de la junta municipal, serán expulsados de

sus puestos. Unos días más tarde veo al presidente llegar a su oficina: una mentira más. Lo peor es que ahora la policía local impide abandonar el territorio «liberado» a los musulmanes y croatas que lo desean para ponerse a salvo en el «otro lado». Para poder pasarse al «otro lado», abandonando casa y hacienda, hay que inscribirse en una lista de la policía y esperar. Esto se parece mucho a la estancia que los judíos pagaron por adelantado para ser internados en el campo de Theresienstadt. Nosotros, todos nosotros, también estamos aquí en una especie de «campo modelo».

He adelgazado otros dos kilos.

4 de octubre

Seguimos sin tener noticia alguna de la comunidad judía de la ciudad. Desde la última expulsión de los no serbios, la lista de candidatos a la evacuación ha disminuido en ocho personas, y actualmente se compone de setenta y siete hombres, mujeres y niños.

rante toda la noche, hasta que por la mañana han acudido los forzados para enterrarlos en el jardín de una casa particular. La enorme mancha de sangre se ha desvanecido con las primeras lluvias. Ha llegado el otoño, con las lluvias y el frío. Al oír la noticia he pensado que se trataba de uno de mis colegas, cuyo hijo era alumno mío, pero era otro hombre con el mismo nombre y apellido. Me he sentido aliviado, pero dos personas han perdido la vida de una forma atroz. Un hombre, por muy desconocido que sea, es siempre un hombre.

En la calle me reencuentro con un colega de la facultad. Se estremece mientras intenta explicarme algo. Lo llevo a mi casa y le ofrezco una copa de coñac que un vecino me ha traído el otro día. Los militares, instalados en su edificio tras haberse emborrachado, lo han echado de su casa, junto con su madre, una anciana de al menos ochenta y cinco años. La policía le ha dicho que, si quiere dejar el barrio, no es competencia suya y, de todas maneras, eso es imposible en la actualidad: las autorida-

unos cuantos días. Más tarde, alguien me cuenta que se ha pasado al «otro lado» con su madre. No tiene a nadie en el «otro lado», salvo a su hijo que se refugió allí en el mes de mayo.

El último piso vacío de nuestro inmueble ha sido saqueado. Estaba alquilado a estudiantes y no esperaban conseguir un gran botín. Da la impresión de que en el barrio ya no queda nada que robar, pero los militares recién venidos de Serbia o de las montañas no quieren quedarse con las manos vacías. Un amigo me comenta que los recién llegados son muy agresivos precisamente porque no tienen nada que robar. Sus predecesores regresaron de la guerra con botines impresionantes y ellos tampoco quieren volver con las manos vacías. Nos preguntamos cuándo nos llegará el turno de ser expulsados de nuestro hogar. Hasta nuestros vecinos serbios temen ese momento, pues cada vez se habla más del saqueo de pisos serbios.

Una señora viene a preguntarme si puedo intervenir en el asunto del saqueo de un piso judío. Oficialmente esos pisos tienen como distintivo un documento que indica que están bajo la protección del Estado serbio, pero nadie parece respetar ese tipo de papeles. Le aconsejo que ponga a salvo toda la ropa y utensilios domésticos que pueda de sus vecinos ausentes, si puede almacenarlos en su piso. Ella menea la cabeza y se marcha llorando: es una buena mujer serbia que no comprende una palabra. Según ella, los vecinos deben ayudarse mutuamente en cualquier circunstancia, sin embargo no sabe qué hacer para echar una mano a sus vecinos judíos ausentes.

Aunque oficialmente toleran mi actividad, de hecho soy incapaz de hacer algo, lo que sea, en favor de mi parroquia judía. A petición de muchos de ellos, que no desean abandonar el barrio, solicito al presidente de la junta municipal una treintena de documentos recomendando a los soldados serbios que no maltraten a los judíos ni a los miembros de sus familias. Sin la menor vacilación me propone que lo redacte yo mismo y él los firmará. No estoy seguro de que los militares los respeten, pero si eso proporciona más seguridad a la gente no hay por qué negarles ese pequeño apoyo moral. Tengo la impresión de que ni siquiera el mismo presidente cree demasiado en su eficacia, aunque se muestra cooperador en todo momento.



Foto: Jesús Císcar

Mientras tanto, en nuestro barrio «liberado» la presión sobre la población no serbia se intensifica. A pesar de las declaraciones oficiales, las milicias no dejan de hostigar a los habitantes.

Al regreso de una «acción» en la que han matado a uno de los suyos, un grupo de militares ha degollado a una pareja musulmana en plena calle, justo enfrente de su domicilio. Los cadáveres se han quedado en el mismo sitio du-

des no desean estimular la «limpieza étnica». El ha trasladado a su madre a casa de unos amigos, pero a su regreso lo han expulsado de nuevo. Según sus vecinos, su apartamento ha sido saqueado, al igual que el de su madre, que está situado en el mismo edificio. Le ofrezco mi hospitalidad, pero está demasiado asustado por la presencia de soldados en nuestro descansillo. Lo he visto vagabundear por las calles durante



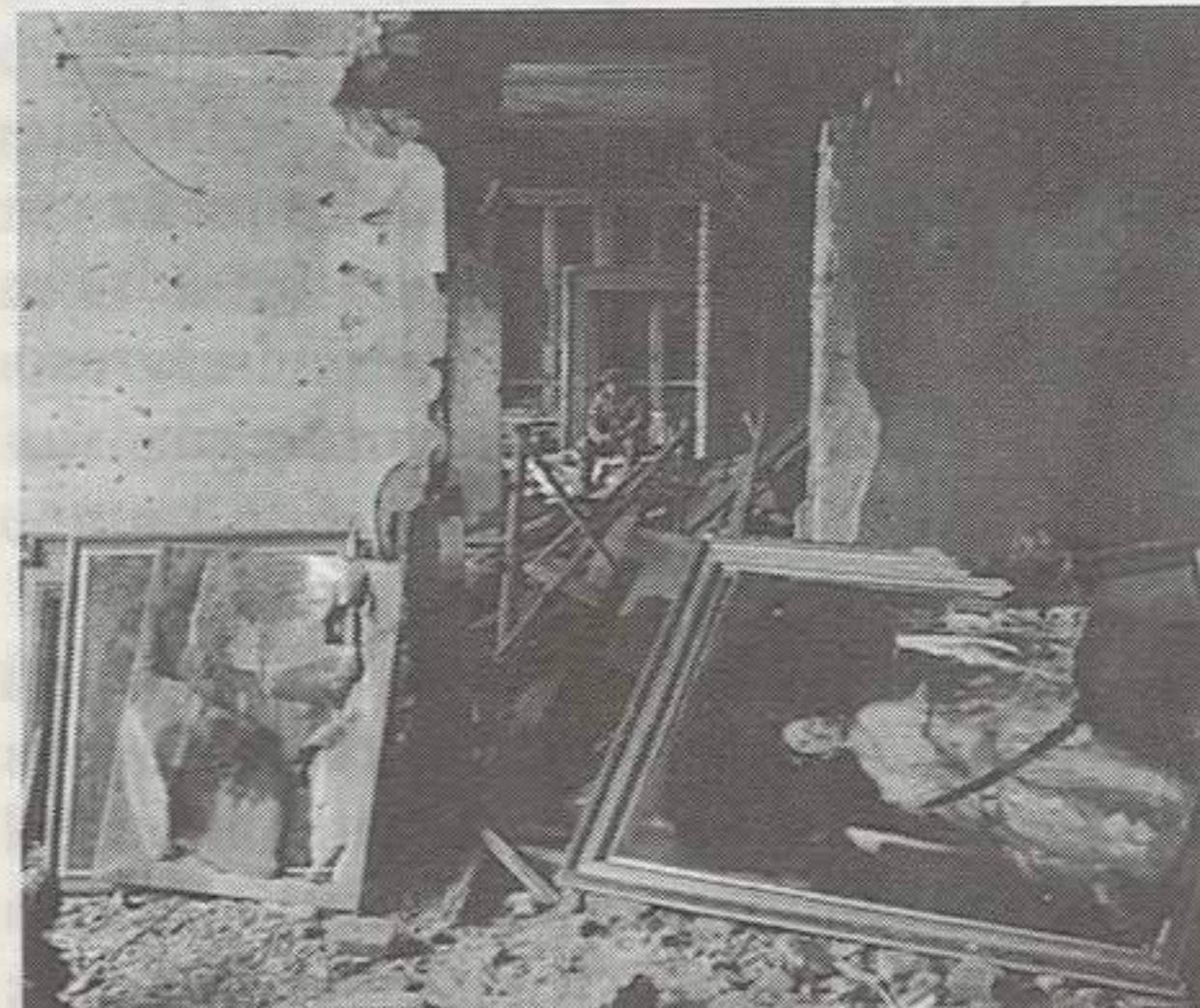
5 de octubre

Gracias al intermediario de mi colega serbio, que va y viene haciendo el papel de cartero, esencial en este tiempo de guerra, envió la lista para la evacuación al capitán del ejército serbio encargado del asunto. Todos cuantos desean abandonar nuestro barrio se impacientan. La seguridad general se agrava, comienza a hacer frío, en las montañas han caído las primeras nieves. Si no salimos antes de finales de octubre corremos el riesgo de quedarnos bloqueados hasta el mes de marzo, o quizá incluso hasta abril. Las carreteras principales son impracticables debido a la guerra, y la red secundaria que deberíamos tomar estará seguramente bloqueada por la nieve. Los no judíos están aterrorizados por los sucesos acaecidos en los últimos días y temen que cada nueva jornada sea la última.

Cada día viene más gente a visitarme. La Cruz Roja local me remite a aquellos a los que no puede prestar los servicios que solicitan; estos esperan que el «profesor judío» logre ayudarles de una manera o de otra. Muy a menudo soy incapaz de satisfacer sus demandas, pero jamás rehúso conversar con alguien. Muchas personas sólo necesitan una pizca de compasión. Yo estoy dispuesto a proporcionársela, pero esto se convierte en una pesadilla para mí. Desde hace unas semanas no consigo casi conciliar el sueño. Paso horas y horas enfrascado en mi manuscrito, la noche finaliza alrededor de las seis y yo escribo con ayuda de la débil luz de una lámpara de aceite improvisada. El aceite Lesieur es el mejor, porque proporciona una luz clara y limpia. Mi mujer se acuesta temprano, cansada por el trabajo doméstico. Sin provisiones, sin electricidad, sin calefacción y

con un poco de agua solamente, no resulta nada fácil cocinar, lavar los platos o hacer la colada. Máxime teniendo en cuenta que es ella la que amasa el pan, cada dos o tres días, y que es difícil encontrar un horno de leña. Algunas veces los vecinos serbios, mejor equipados, se niegan a prestarle sus cocinas, con cualquier excusa o simplemente sin ella. Hace tiempo que es la única musulmana en el edificio, y ciertas personas le reprochan que se aproveche de la protección reservada a los judíos. Por la mañana nos levantamos a las cinco, o a las seis como muy tarde. Es imposible dormir. Mi esposa sólo piensa en su familia del «otro lado», de la que no sabemos nada desde hace meses: su madre, su hermana y su cuñado, sus dos hijos y algunos primos expulsados de sus hogares. Lo peor es la impotencia, ese sentimiento de no poder prestarles ayuda alguna. Yo estoy tranquilo: mis padres descansan en el cementerio de la ciudad y mi única hermana vive desde hace años en Inglaterra con su familia. Sin embargo, no dejo de rumiar mis conversaciones de días pasados con estas gentes aterrorizadas, maltratadas, hambrientas.

Foto: Luc Delahaye



He adelgazado diez kilos en total. Ahora sólo peso sesenta y uno, y eso que mido un metro setenta y cinco.

14 de octubre

A primera ahora, el capitán me devuelve la lista de personas a evacuar de la que han sido excluidos treinta y tres nombres. No se me permite pedir explicación alguna por la elección, se trata de una cuestión de seguridad nacional. De los cuarenta y cuatro restantes, diecisiete han desistido, porque han salido del «otro lado» o han decidido no pasar a Belgrado. Le entrego al capitán una nueva lista con setenta y cuatro nombres. Me promete que todo quedará solucionado en tres o cuatro días, pero la nueva lista debe ser aprobada también por las autoridades.

Ha sido la jornada más penosa de mis cincuenta años de vida: tengo que informar a aquellos a los que no les autorizan la evacuación. El resto arde de impaciencia por saber cuándo partiremos.

Al amanecer me doy cuenta de que no me he acostado. Qué suerte haber podido concentrarme en mi manuscrito y olvidar toda la jornada de la víspera. Creo que incluiré este diario en mi libro, es absolutamente necesario informar al mundo de lo que nos está sucediendo en Sarajevo. El texto del manuscrito es un simple reflejo intelectual de este derrumbamiento de nuestra civilización que vivimos entre Maastricht y Sarajevo. Es preciso decir al mundo que los que aquí se están matando unos a otros no son bárbaros de los Balcanes, sino nacionalistas de la mejor cosecha europea. Estos, que son herederos de la cultura mediterránea y europea, cristiana, se li-

mitan a correr tras las quimeras comunes a todos nosotros. Aunque asesinen a sus semejantes asisten a misa con regularidad, y cuentan incluso con clérigos de uniforme. Luchan contra el peligro musulmán, igual que los nazis lo hicieron contra el peligro judío y gitano. No hay que creer que la masacre concluirá una vez los musulmanes hayan sido exterminados. Después de ellos será el resto de los «otros» los que habrá que expulsar, aniquilar, degollar, para salvaguardar la pureza del pueblo elegido, de la raza blanca, del mundo libre y democrático. Estoy seguro de que todos nuestros musulmanes serán exterminados; la Europa libre y democrática, y todos los demás, parecen creer que es un mal menor, comparado con los peligros de una expansión general del Islam por el mundo.

Si algún día mi mujer y yo salimos sanos y salvos de aquí, hemos decidido irnos a vivir lo más lejos posible de esta Europa y de su sanguinaria civilización. Yo sólo acepto ser asesinado si alguien necesita mi cuerpo para alimentar a sus hijos hambrientos. En Europa, sin embargo, no se mata por razones basadas en el canibalismo, sino por la defensa del mundo libre y democrático, por la dignidad nacional o por no importa qué otra mentira de parecida índole. He vivido cincuenta años en medio de estas mentiras, y creo que ya es suficiente.

El intermediario de la Cruz Roja nos transmite mensajes del «otro lado», de mi cuñada y de dos de nuestros amigos. Nuestros familiares están todos sanos y salvos. Mi mujer no puede contener las lágrimas. Uno de los dos amigos ha pasado dos meses en un hospital; probablemente fue herido el día en que un amigo común cayó muerto por una granada. Era un antiguo estudiante malgache que había vivido diez años en nuestra ciudad, y debía presentar su tesis este otoño. Cuando, en el mes de mayo, mi mujer le propuso que viniera a nuestra casa, pues su habitación estaba expuesta a las baterías serbias situadas en la montaña, él rehusó aduciendo que ninguna persona en sus cabales se atrevería a disparar sobre una residencia de estudiantes. En este país pocos están todavía en sus cabales, y mi amigo ha muerto por no haberlo creído.

20 de octubre

Una vez más, el capitán encargado me devuelve la lista de personas a evacuar: treinta y tres personas se quedan reteni-

das. Entre ellos algunos que no conozco. Nuevamente es preciso no plantear preguntas, es completamente inútil. Pero en esta ocasión ya no aguanto más y pido que se añadan algunos de los nombres que han sido excluidos. Para mí son personas vivas, cuyas preocupaciones y esperanzas comparto desde hace semanas, desde hace meses, a veces creo que desde hace años. Finalmente nos ponemos de acuerdo en que sean cuarenta y tres personas, mi mujer y yo incluidos. Si salimos realmente de este infierno, será únicamente gracias a este hombre enrolado en el



ejército serbio. Un hombre alejado de cualquier extremismo que verdaderamente habrá hecho todo lo que está en su mano para ayudarnos.

Todo el mundo debe pagar 3.500 dinares (unas 1.000 pesetas) en concepto de gastos de viaje. El capitán ha traído declaraciones que las treinta y tres personas autorizadas deben firmar: «Por la presente, declaro que abandono el territorio de la República Serbia por mi propia voluntad y sin presión alguna. Entre el 3 de abril y el día de la fecha no he sido maltratado ni física ni psicológicamente. Fechado el 19 de octubre, etcétera».

Hay que recaudar la suma total antes de mañana por la tarde, pues la partida está prevista para el día 23 por la mañana. La joven que me ayuda tendrá abundante trabajo y yo también, claro. Los límites de nuestro barrio son auténticas zonas de combate, y a veces resulta imposible reunir a ciertas personas durante muchos días. En una de dichas zonas tenemos a un matrimonio joven con dos bebés, la más pequeña nacida en el mes de mayo. Por la tarde una anciana viene a buscarme para comunicarme que su marido ha sufrido una crisis cardíaca y no puede venir con nosotros. Si todo va bien, seremos cuarenta y uno.

Es una carrera contra reloj, pero todo parece arreglarse. La gente no acaba de creer que nuestra evacuación

esté (casi) asegurada. Yo tampoco, a fuer de ser sincero. El autobús puesto a nuestra disposición por el ejército serbio, gracias al capitán, no puede venir a nuestro barrio. El punto de partida se situará tras la colina que domina esta zona de la ciudad. Hay que garantizar el transporte a las personas de edad y a los niños pequeños, pero casi todos los coches particulares han sido robados por nuestros «libertadores». Finalmente encuentro a alguien que quiere hacer el trayecto entre nuestro barrio y el punto de partida, por supuesto por una buena recompensa.

22 de octubre

Caída la tarde, el capitán viene a confirmarme que la partida ha sido fijada para el día siguiente a las nueve de la mañana.

23 de octubre

Desde las ocho de la mañana estoy en la calle, primero para comprobar si el transporte hasta el punto de partida funciona, y segundo, para asegurarme de que ningún militar joven demasiado celoso hará tonterías. Todo se desarrolla con normalidad y hacia las nueve todo el mundo está en el punto fijado, detrás de la colina, donde vendrá a buscarnos el autobús. Hace un día espléndido, luce el sol y ni siquiera estamos tristes por abandonar nuestros hogares, todos nuestros bienes, nuestros recuerdos, nuestros vecinos y nuestros amigos. Un equipo de televisión nos filma, lo cual, a buen seguro, será explotado con creces por las autoridades del Estado serbio. ¡Tras el cúmulo de atrocidades cometidas durante los meses pasados, al primer gesto humanitario hay que darle una buena publicidad!

Tenemos que pagar 1.500 dinares más por persona. Mi mujer recolecta el dinero. Algunos no tienen suficiente, pero la solidaridad funciona de nuevo.

Hacia las once llega el autobús. Cargamos nuestros equipajes y esperamos a una pareja que debe venir en un coche de policía. Nadie sabe quién es esa pareja —en la lista están inscritos con nombres judíos desconocidos— pero el capitán insiste en que nos acompañen. Alrededor del mediodía partimos; la pareja se unirá a nosotros en un cruce cerca de Pale, esa pseudo-capital serbia situada en las montañas. En el

trayecto sobre la falda de la montaña quedamos expuestos a los francotiradores de la ciudad, y los del «otro lado» no dejan de tirotearnos desde arriba. Nos agachamos todos entre los asientos, pero ellos apuntan al conductor, que también va agachado. Dos balas le pasan rozando y dejan dos agujeros en la carrocería y en el parabrisas.

Más tarde conozco a las personas que han sido añadidas a mi lista; no me he atrevido a preguntar si por las autoridades o por el capitán mismo: una mujer serbia con dos niños, venidos del «otro lado», y unos intelectuales musulmanes. Luego a la pareja que, con retraso, se ha unido a nosotros en Pale; el marido, de setenta y ocho años, no ha salido de su escondrijo desde el mes de mayo y le cuesta trabajo mantenerse en pie.

El viaje se desarrolla sin novedad, pero nadie habla; pensamos en esta región donde los combates frecuentes convierten a las milicias serbias en incontrolables. En ocasiones comprueban la identidad de los viajeros. Los musulmanes son siempre evacuados a la fuerza y generalmente no se les vuelve a ver más. Dos jóvenes militares serbios protegen nuestra loca empresa. Tienen un aspecto temible, pero aseguran a los milicianos que todos los pasajeros del autobús somos judíos, incluso los que llevan nombres musulmanes.

Tras arreglar una rueda que se ha pinchado justo antes de la frontera con Serbia, pasamos el control de policía y la aduana de la nueva Yugoslavia. Ahora nos hemos convertido definitivamente en exiliados, sin patria y sin hogar.

Al caer la tarde llegamos al hotel reservado por la comunidad judía para acoger a los refugiados de Bosnia-Herzegovina, las oficinas de la comunidad están justo enfrente. Con un recibimiento extremadamente frío, los oficiales de la comunidad desaprueban que entre los cuarenta y un hombres, mujeres y niños, sólo haya una docena de judíos como máximo.

Algunos telefonean para que los suyos vengán a buscarlos, otros esperan poder pasar la noche en el hotel, pero nadie dispone de dinero suficiente para pagarlo. La comunidad judía autoriza a los que carecen de medios a pasar una noche en el hotel a sus expensas. A la mañana siguiente tendremos que demostrar que somos judíos para ser alojados y recibir ayuda en lo sucesivo.

24 de octubre

Otra conversación penosa con los funcionarios de la comunidad judía: ¿Por qué hemos traído a «estas gentes» en el marco de la evacuación de los judíos de territorio serbio? Creo que no les gusta en absoluto el hecho de que los musulmanes sean mayoría, aunque quizás me equivoque. En cualquier caso la operación no les entusiasma, y parecen querer



Foto: Jesús Císcar

decirme que habría sido preferible para nosotros que nos hubiéramos quedado en nuestro barrio «liberado», donde, en definitiva, nuestras vidas no corrían peligro. Resulta chocante oír precisamente a los judíos dar la misma respuesta que les daban a ellos hace cincuenta años: «El barco está lleno, lo sentimos, ¡pero no podemos hacer nada!».

Después declaran que mis documentos no bastan para probar que soy judío.

Así pues, mi mujer y yo no podremos contar con la ayuda que presta la comunidad. Sin embargo, magnánimos, nos autorizan a quedarnos dos noches más en el hotel por cuenta de la comunidad.

Más tarde, en el hotel encuentro a bastantes personas de Sarajevo a las que no veía desde mediados de abril. En esa época, aterrados por los horrores de la guerra, se escaparon a Belgrado, donde la comunidad judía se hizo cargo de ellos. Una amiga insiste en que el lunes vaya de nuevo a ver a los funcionarios, pero ya no tengo los suficientes redaños para luchar de nuevo contra el nacionalismo, sea de la índole que sea, ni aunque se trate de mi propia comunidad.

Después de numerosas conversaciones telefónicas me inclino por pasar la noche siguiente en casa de unos amigos de Belgrado, pues otros amigos de Praga vendrán a buscarnos en coche a la frontera húngara. Todos mis interlocutores se muestran encantados al saber nos sanos y salvos, pero les preocupa mucho nuestra seguridad durante el trayecto hasta Praga. Unos amigos de Belgrado deciden acompañarnos hasta la frontera húngara.

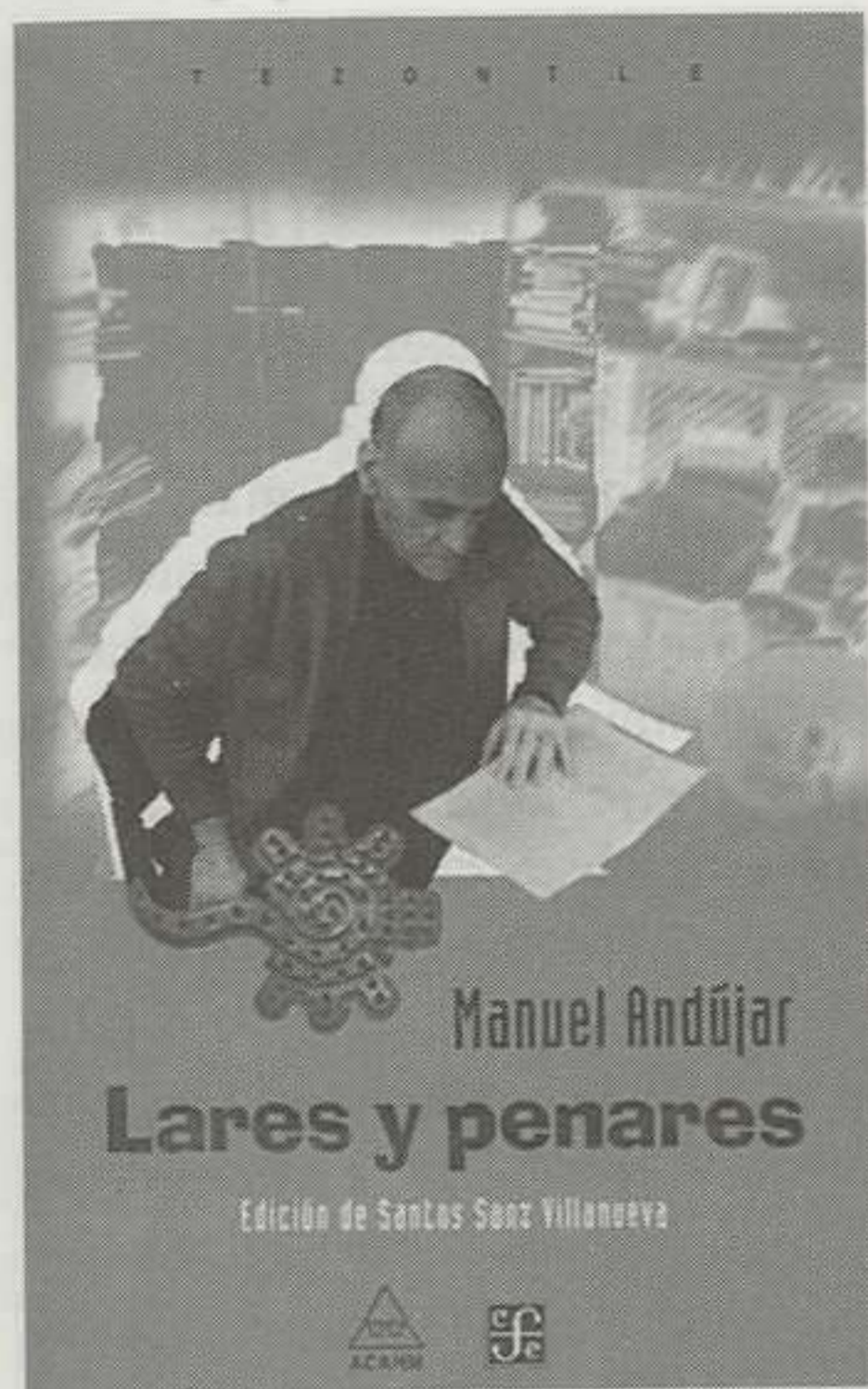
Tras los seis meses de estancia en nuestro barrio «liberado» de Sarajevo, aquí el ambiente me parece de lo más tranquilo. Las calles están atestadas de gente, el alumbrado funciona, las tiendas están llenas de mercancías, el transporte público es impecable; parece casi un paraíso en la tierra, no tengo motivo alguno para tener miedo aquí. Por supuesto que hay jóvenes paseando por las calles con uniformes de camuflaje, pero afortunadamente sin armas. Se ven también comerciantes ambulantes vendiendo en la calle banderas y otros símbolos del movimiento extremista serbio, aquí reducido a puro folclore. Al menos por el momento.

25 de octubre

Por la mañana tomamos el tren hacia Subótica y, tras un largo viaje a través de la lluvia, llegamos a la frontera. Nos despedimos de los amigos de Belgrado y pasamos la frontera sin problemas. Nuestros pasaportes de la ex Yugoslavia parecen estar en regla, cosa que nos sorprende. Los amigos de Praga nos están esperando. Tras cargar nuestros equipajes en el coche, abandonamos definitivamente la antigua Yugoslavia.

De espaldas al éxito

José María de Quinto



LARES Y PENARES
Manuel Andújar
 Fondo de Cultura Económica
 Madrid, 1995

Ha sido Santos Sanz Villanueva el autor del milagro, el taumaturgo que ha construido, organizado y antologado este último libro de Manuel Andújar, sacado a la luz de las tinieblas después de la pérdida que ha representado su muerte para las letras españolas. Es este por tanto un libro póstumo andujariano, en el que, desde la sabiduría y el hondo conocimiento de la obra del escritor andaluz, Santos Sanz Villanueva nos ofrece una antología de textos tan significativos, vivos y señeros, que poseen por sí mismos la virtud de dar una visión global y certera de la obra total de este gran escritor, cuya desaparición en 1994 todavía no ha sido suficientemente registrada ni valorada adecuadamente.

No era tarea fácil acometer la construcción de estos *Lares y penares*, que toman el título del propio autor cuando designaba de este modo su obra entera. Antologar a un novelista, que es lo que fue fundamentalmente Manuel Andújar, presentaba muchas dificultades, aunque no fuera sino porque la novela es un género naturalmente disperso y extenso, que se resiste a dejarse apresarse en contadas páginas por razón de que resulta esquivo y contrario al resumen y a la síntesis. Por eso hay que aplaudir inequívocamente la labor desarrollada por el antólogo, Santos Sanz Villanueva, que ha sido capaz de presentar de todo un grupo de novelas las escenas clave, el meollo y la tensión, que dan buena cuenta de la pasión y emoción de novelista de gran aliento de Manuel Andújar a lo largo y ancho de su obra. Pero como sucede con todo gran escritor, y Manuel Andújar lo era, no se ocupa sólo de la narración, añadida a la novela, el cuento o el relato breve, sino que también entra por derecho propio en el mundo de la poesía, en el del teatro y además en el del ensayo, sin olvidar tampoco el de la crítica o historia literaria. Porque, como puede advertirse en esta antología, en estos *Lares y penares*, Manuel Andújar fue uno de los escritores esenciales de nuestra lengua.

Del estudio que precede a los textos seleccionados, del que es autor Santos Sanz Villanueva, así se deduce ampliamente. Se trata, por lo general, de una obra escrita de espaldas al éxito, contraria a la búsqueda de lo que ha dado en llamarse *best-seller*, exigente consigo misma, en la que la raíz ética e insobornable del escritor participa de todas las preocupaciones de la época. La prosa es a veces conceptuosa, indirecta, buscando la creación y consolidación del mejor lenguaje, como una voluntad inquebrantable de estilo, aunque en ocasiones nos recuerde al genial Valle-Inclán e incluso al lírico García Lorca.

El exilio en México después de la Guerra Civil no pudo doblegarle. La original visión de Andújar sobre los acontecimientos que conducen al estallido de la guerra, y a la propia guerra, son novelados con una ecuanimidad verdaderamente sorprendente, pese a las muchas dificultades que debió de encontrar en la opinión un tanto necesariamente sectaria de muchos compañeros de exilio. Lo que ofrece al lector es la quintaesencia, la intrahistoria unamuniana de la historia española de un siglo a esta parte. Todos o los más candentes problemas de este nuestro pobre país están en la raíz de esta novelística, desde los males endémicos del caciquismo a los problemas de la intolerancia, que dieron paso a la fratricida guerra mantenida por los españoles. Al referirse a Max Aub en el *Laberinto mágico*, Andújar le atribuye, desde *Campo del Moro* a *Campo de los Almendros*, una condición galdosiana que entronca con los *Episodios nacionales*. Sin embargo, esa condición galdosiana cuadra también perfectamente con su obra, sobre todo porque en ningún momento los personajes dejan de ser personajes, con independencia de que opinen y vivan —ese sería el término preciso— las coyunturas más ideologizadas y radicales a que les obligan las circunstancias. En todo momento esos personajes se nos presentan vivos y cálidos, conviviendo al lado de las cosas más pequeñas e insignificantes. Pongo en duda por ejemplo que el retrato de las mujeres que pueblan las grandes novelas de Manuel Andújar —independientemente de los modelos lorquianos como el de Bernarda Alba— estén al margen de las grandes creaciones de la literatura española. Por el contrario, creo que esas grandes figuras han sido concebidas con una fuerza, intimidad y matices, que hacen de ellas personalidades indelebles. Precisamente, esa creación de personajes típicos y concretos, dentro del acontecer histórico español, es el que convierte a la narrativa andujariana en el más vivo mosaico galdosiano de la moderna novela española. Se trata de la condición de saber dosificar la historia y la intrahistoria, como cumple a los grandes creadores.

Ahora bien, es importante y necesario conocer cómo Santos Sanz Villanueva ha estructurado este libro de *Lares y penares*. Esa estructuración resulta fundamental a la hora de poder proclamar el sentido global y de totalidad que ofrece el libro que le ha nacido al bueno de Manuel Andújar, cuya rica bibliografía se ha visto espontáneamente acrecentada después de su dolorosa desaparición.

La primera parte, titulada «Manuel Andújar según Manuel Andújar» constituye un apartado autobiográfico, publicado en Anthropos con el título de *Una versión fragmentaria de obra y vida*, en la que el escritor, como siempre, hace ejercicio de humildad. Quienes tuvimos la suerte de conocer y tratar a Manuel Andújar sabemos hasta qué punto, pese a su gran valía, siendo como era uno de los grandes escritores españoles vivos, trataba siempre de quitar hierro a esa su condición.

La segunda parte corresponde a «La guerra», y en ella se presenta el ciclo de 1) «Las vísperas» con noticia de las novelas *Llanura*, *El vencido* y *El destino de Lázaro*, 2) «La juventud republicana», con *Cristal herido* y 3) «Las historias de una historia», con la presencia de la novela antologada *Historia de una historia*. Acaso sea esta segunda parte la más significativa dentro del quehacer novelístico de Manuel Andújar. Los personajes se cruzan y entrecruzan, sometidos como están a los muchos avatares y vaivenes a que los obliga ese angustiado novelar de la historia de España de este siglo. En *Llanura* es la crítica del caciquismo como una de las gangrenas que corroen el campo español. «Destacaba, por las luces violentas de la hoguera, en el lagrimear del candil, la ruda silueta del cacique», escribe Andújar con neto sabor y claroscuro valleinclanescos. Como escribe, y de ahí el sentido de *vísperas*, «Todos... aguardaban en el pueblo sucesos graves. Un instinto profundo avisaba... que algo desagradable... se gestaba». Y, en el aspecto de humanizar el paisaje, añade también: «...se representaba la llanura seca y retorcida de alma, el albo fulgir del campo-santo, las eras, las estribaciones cárdenas y violetas de Sierra Morena». En *El vencido* asoma la mina y en *El destino de Lázaro* el angustiado vivir de personajes que hemos conocido en anteriores novelas. Algo cabría decir además de las grandes esperanzas que hace concebir la República en *Cristal herido*, esperanzas que desembocan no obstante en el estallido de la Guerra Civil, a cuya sublevación asistimos cierta noche en una pequeña ciudad en *Historias de una historia*. Reconozco que la tensión a que nos somete el narrador en esa noche casi sin fin, poblada de multitud de personajes, es acongojante.

La tercera parte se titula «Intermedio: Sentires y querencias», y se recogen en ella 1) «Selección poética», poemas de algunos poemarios del autor y 2) «Teatro», en cuyo apartado se publica la farsa de *Aquel visitante*. No hay duda de que Manuel Andújar fue un escritor de raza a quien no le importaban los géneros, puesto que para él se comunicaban entre sí y apenas eran distintas maneras de expresión literaria. A los muchos libros de poe-

mas, hay que anotar que escribió cerca de una docena de piezas teatrales. Con todo este «Sentires y querencias» está francamente bien traído y colocado en su lugar, porque representa un alto en el camino para gozar de un remanso de paz.

La cuarta parte, bajo la advocación de «La postguerra», se divide en dos apartados: 1) «El exilio: entre dos riberas» y 2) «Tiempos modernos: de la realidad a la pesadilla». En el primer apartado, Andújar todavía no se ha despegado del todo de la tierra que le acogió en el exilio, *Cita de fantasmas*. Es más, alude precisamente a los «cachorros», es decir, a los hijos de los exiliados españoles en México, en los que advirtió si no una ruptura total con la situación y mentalidad de sus padres, sí una personal y especial idiosincrasia o «criollización» respecto de su aproximación-no aproximación a las condiciones del país que les dió asilo. Desde mi primer viaje a México en el año de 1962 traté y fuí amigo de los componentes del Grupo España 59, los jóvenes cachorros andujarianos, y pude advertir hasta qué punto se iban convirtiendo en verdaderos mexicanos, pese al desgarramiento que suponía para ellos. En relación al apartado dos, «De la realidad a la pesadilla», resulta asombroso encontrar a un Andújar dueño de los instrumentos para construir relatos y narraciones que nacen de la condición mágica y onírica del ser humano. Hay algunos, como el de *Al cruzar mi frontera*, realmente escalofrantes.

Por último, la quinta parte, «Ensayos, perplejidades, admiraciones», con los apartados 1) «España y América: el mestizaje hispanoamericano», 2) «Cartas son cartas» y 3) «Admiraciones, homenajes», nos trae a manera de evocación complementaria la extraordinaria figura de Manuel Andújar, ahora como intelectual de primera línea con sus ensayos *Andalucía e Hispanoamérica: crisol de mestizajes* y *Cartas son cartas*, y además como crítico e historiador de literatura con *Signos de admiración*. En este último capítulo de homenajes, ayudado por su heterónimo Andrés Nerja y haciendo gala de la máxima generosidad, analiza y desmenuza las obras de Rafael Alberti, de Ignacio Aldecoa, de Vicente Aleixandre, de Max Aub, Pío Baroja, Antonio Espina, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Gabriel Miró, Octavio Paz, Ramón J. Sender, Pablo Picasso y Lázaro Cárdenas.

Tal como se ha pretendido exponer, qué duda cabe de que este *Lares y penares* es un libro que se le debía a Manuel Andújar, pero a la vez está tan impregnado del color y sabor de sus escritos, resulta tan sugerente y globalizador, que con su publicación se facilita al máximo el acceso al conocimiento de su singular obra. □

Para volver a empezar a civilizarnos

Mariano Navarro

El recuerdo está compuesto por la influencia del día.

E. H. T.

Supe por la mañana que había empezado a leer *El niño republicano* la noche en que agonizaba José Luis López Aranguren. El ético José Luis López Aranguren, así le calificaba Haro Tecglen en su columna del día siguiente publicada en *El País*, que concluía como sigue: «(Mientras Aranguren agonizaba, desesperado y abatido, le leían los periódicos. Qué horror, qué mundo para un hombre íntegro. Qué pérdida de su lección)».

Recordaba yo, además, cual había sido la despedida real que este país le había hecho a Aranguren, antes de que llegara la hora triste de las alabanzas unánimes. Aquella sucia diatriba de los que se autoproclaman moralmente irreprochables, de los detentadores de una dignidad que jamás se les ha aparecido, de los defensores de la exclusividad de su libertad para proferir cuanta falsedad inventan, cuando al viejo profesor se le ocurrió decir lo que todos sabemos. ¡Y fue él quien tuvo que disculparse ante semejantes jueces!

Esa mañana se me aunaban los dos en lo que comparten de ser ancianos molestos, irritantes en su lucidez, individualistas en su consideración de las consecuencias de nuestra lucidez, individualistas en su consideración de las consecuencias de nuestras acciones, incluso de aquellas que parecen por sí mismas irreprochables.

Viejos sabios permanentemente polémicos con el poder y, sobre todo, con el que puede ejercer, y hasta dónde, una derecha española —de la que parece obligado decir que no es como la de ayer, sin que nadie explique suficientemente en qué.

Tecglen mencionaba a Aranguren para denunciar que la política y la democracia —citaba a Aznar y su estafa política, que forma gobierno cuando no puede hacer lo que prometió a sus electores; a las torturas de ETA; a Israel y sus *Uvas de la Ira*; a las Naciones Unidas y las hambrunas que financian— «han caído en malas manos, en malas mentes... Que se sirven de palabras, palabras y palabras para velar su podredumbre moral».

Aranguren, tres meses antes de las últimas elecciones declaraba: «¡Sólo de pensar que los populares pueden llegar al poder siento terror! Practican un liberalismo falso».

Viene esta larga introducción a cuento, en lo que es sólo la reseña de un libro admirable, porque más que hablar de su calidad literaria —irrenunciabile en quien es, seguramente, uno de los

pocos escritores en periódicos con un estilo distintivo y único—, quiero señalar la especie intelectual, igualmente categórica, a la que pertenece.

El primer capítulo evoca una de las experiencias infantiles de reconocimiento y simpatía inmediatas: mirar por el balcón para acoger la sorpresa emanada de la existencia del mundo. En su caso, además, del comportamiento de los adultos: todos los hombres llevaban bastón o garrote la mañana del domingo 12 de abril de 1931, porque había elecciones.

Y de esas elecciones nació la II República, «decididamente fracasada», como afirma Haro Tecglen. «Pero quede para otros el análisis y la culpa de su fracaso; yo lo veo como un asalto y así fue en 1936».

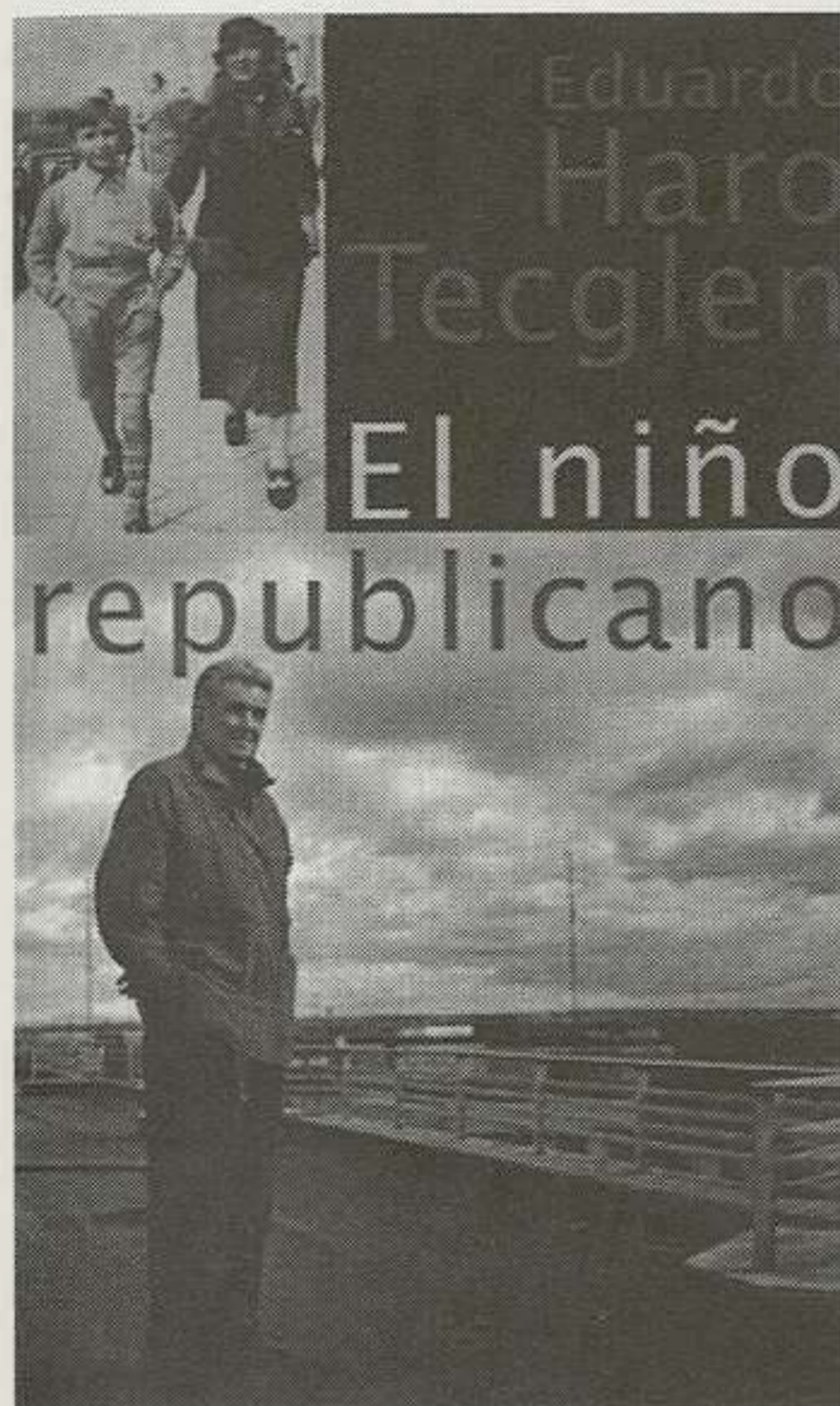
De lo que nos habla no es de un periodo político o histórico, sino «de un niño que hubo dentro de ella, a partir de una adhesión».

Y lo hace, a la manera de sus columnas diarias, apuntalado en la brevedad de la crónica, en ciertas series que encabezan sus reflexiones: la ventana, el cine, el erotismo, Dios, el teatro, algunas mujeres y la calle de la madera (o sus comienzos en el periodismo) y en retratos personales, de personajes célebres y de seres que sólo por nombrarlos él pierden su anonimato. Saboreo su semblanza de Azaña, su sentido mirar a Dolores Ibarruri, las lecciones que destila de Rafael Dieste, su respeto por Lauro Olmo; y sus maldades, que las tiene, contra figurillas y figurones; y la intensidad que anima en sus representaciones a los desconocidos.

No es un relato cronológico; ni siquiera es la remembranza sólo del tiempo pasado, sino que —y así lo confirma indicándonos sucesos o acontecimientos que fechan el día exacto en que escribe su pasado— repasa el ayer viéndolo desde hoy y certifica su ser actual en el niño que fue.

Conforma así unas memorias peculiares en las que, como él mismo dice: «No sé qué es verdad de todo lo que recuerdo, de todo lo acumulado desde entonces —y de todo lo perdido— y de lo que se va haciendo por sí mismo con la escritura».

Una ética de la veracidad, en la distancia que Haro pone en sus recuerdos, no para decirnos que recuerda las cosas mejor de lo que fueron —en aquella que fue la tierra de sus padres—, sino para firmar que es hoy, precisamente hoy, cuando con mayor energía sostiene los que fueron sus convencimientos primordiales: «El sentimiento de lo republicano (y la noción de patria dentro de ese conjunto) es el de una aspiración de libertades (no hay libertades: hay aspiración a ellas, como sucede con la democracia, con la felicidad o con otros elemen-



EL NIÑO REPUBLICANO
Eduardo Haro Tecglen
Ediciones Alfaguara
Madrid, 1996

tos equívocos de nuestras vidas contemporáneas; me temo que de las futuras de los otros. Pero es importante que aspiremos a ellas) y el de un conocimiento respetuoso del mundo y de los demás».

Y que podría resumirse en la lectura del capítulo «El rojo» y de lo que verdaderamente se le opondría, «Fuera de texto I. Un paseo por la posguerra infinita».

Porque es desde ese envite desde donde puede entenderse su crítica a la democracia que hemos vivido quince años, de los sueños a la piedra; y desde donde puede entenderse, también, la urgencia de recuperar un modo de entendimiento de la cultura verdaderamente útil «para volver a empezar a civilizarnos».

Hay, para terminar, un talante que me gustaría compartir con estos mayores admirables, y que supongo no soy ni mucho menos el único en aspirar a alcanzar, y que Francisco Ayala —el de más edad de ellos, pues cuando Haro tenía 7 años y Aranguren 24, él ya había cumplido los 25— describe de este modo: «La fibra de carácter de los “niños republicanos” les había permitido crecer y hacerse hombres sin caer en la desmoralización, conservaron durante su edad adulta una actitud de cerrada lealtad a la causa perdida, a la espera de la debida restitución y reparación integral de un pasado que, sin embargo, tenía que ser, como todo pasado, irrecuperable».

Peridis el piadoso

Joaquín Leguina

¿Qué es, en fin de cuentas, en ese noble sentido, ser humorista? Seguir creyendo, con humor, en el hombre y su capacidad de comunicar la ilusión de que las cosas pueden ir mejor.

José Luis López Aranguren

Las palabras que anteceden las escribió el profesor Aranguren en el prólogo de un libro anterior de José María Pérez, *Peridis*. A mi juicio, señalan con acierto el humor de este arquitecto palentino (Aguilar de Campó) que desde la aparición del periódico, el 4 de mayo de 1976, acude diariamente a la cita con los lectores de *El País*.

No siempre, pero sí normalmente, *Peridis* utiliza cuatro viñetas consecutivas, cuatro «tomas» ligadas y seriadas que constituyen una unidad, un conjunto, que bien puede denominarse crónica gráfico-literaria. Una síntesis de la noticia clave del día.

En mi opinión, la primera dificultad para el dibujante-escritor radica, por lo tanto, en el ensamblaje de su «tira» con la noticia escrita que necesariamente es un pie forzado al que el artista debe atenerse. La segunda dificultad se encuentra en los personajes, en su caricatura o, por mejor decir, en acertar con la identificación gráfica de cada uno de ellos. El tercer obstáculo se halla en encontrar la propia «historieta» del día, que nunca consiste en una transcripción literal de la noticia sobre la cual se coloca la tira, sino en una interpretación subjetiva, artística, de ella. Es por ahí, mucho más que a través de los personajes, de la «caricatura», por

donde entra el humor. La definición gráfica del personaje ayuda, complementa, pero es a través de la acción por donde nos llega el humor que provoca nuestra sonrisa. De la acción y de la palabra, porque la cuarta valla, la última dificultad, es estrictamente literaria. Cuando se analiza la obra gráfica de *Peridis* (por cierto, que su actividad como arquitecto tiene componentes muy diferentes, pero igualmente artísticas que merecen una atención, por lo que yo sé, inédita) se suele olvidar este fundamental aspecto de su creación, la dramática. Porque los personajes de *Peridis* hablan, dialogan, se expresan literariamente y lo hacen con la brevedad sintética que el humor reclama. Si lo intentara, creo que *Peridis* podría escribir buen teatro.

Salvar, y diariamente, las dificultades aquí descritas exige dotes coligadas y superiores difíciles de encontrar. Sorprendentes por su originalidad y su *chispa*, por su imaginación. Inteligencia, sensibilidad, oficio de dibujante, capacidad de improvisación, multiplicidad de personajes, uso versátil de muchos de ellos (piénsese en Fraga y sus disfraces), creación de símbolos (la columna, el más conocido, pero hay muchos más), en fin, un universo cambiante lleno de matices que componen y descomponen el *bestiario* político español de cada día.

La última entrega de *Peridis* es este libro *Confianza y sin fianza*, que abarca la mayor parte de la etapa socialista (1982-1995). No están todas las piezas producidas en esos trece años, pero sí aquellas consideradas por el autor como las más significativas. Echar la vista sobre este libro, reencontrarse con el pasado reciente y sus avatares, no



CONFIANZA Y SIN FIANZA
PERIDIS 1982-1995
José M.^a Pérez (*Peridis*)
El País-Aguilar
Madrid, 1996

deja de ser sorprendente. Algo así como volver sobre unas fotografías personales que siempre conducen a una cierta nostalgia, no exenta de desilusión.

Se ha dicho que *Peridis* produce un humorismo político amable. No estoy de acuerdo.

En un mundo, como el mediático español, caracterizado en lo político durante los últimos tiempos por la navaja cabritería y el despique propio de matadero, encontrar a alguien templado choca y resulta comparativamente amable, mas tengo para mí que el humor de *Peridis* no se caracteriza especialmente por la amabilidad, sino por otra virtud distinta, la piedad.

«¡En el nombre de Alá, el piadoso, el apiadable!». Cada azora del Korán comienza con esta invocación. «Ar-rahman, ar-rahimi» se ha traducido al castellano frecuentemente por «el clemente, el misericordioso», que no es exactamente lo mismo que piadoso, pues la clemencia o la misericordia no son equiparables a la piedad. Piedad es comprensión antes que cualquier otra cosa. Comprensión hacia los otros, sentimiento de identidad compartida y en su caso de perdón. La oración reclama de

Dios, de Alá, su piedad. Y si es reclamada de los dioses con cuánta más razón ha de serlo de los hombres. Es así como la piedad resulta, en suma, ser la virtud humana por excelencia. El piadoso nunca se coloca por encima de los semejantes. He ahí su virtud y su impagable función.

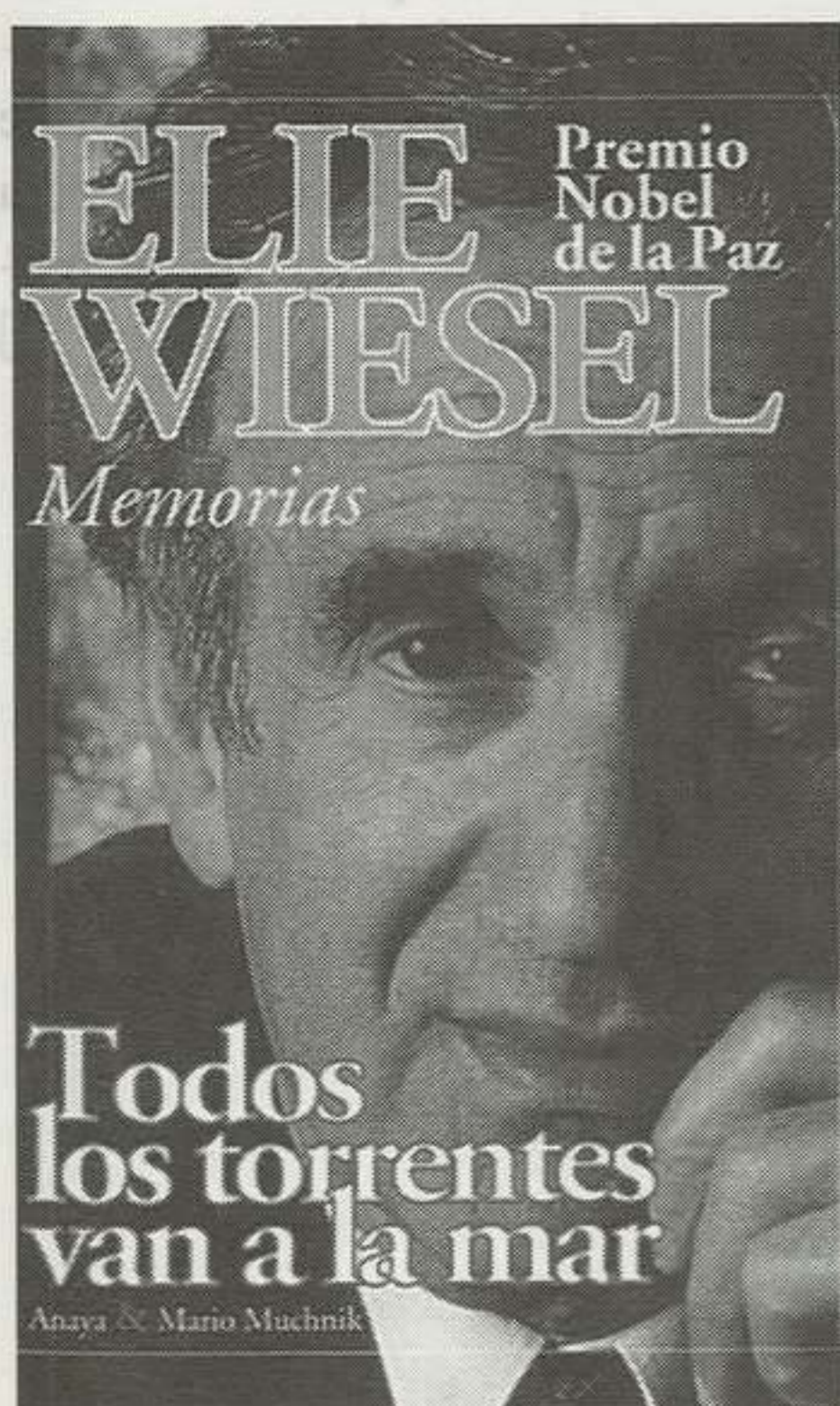
Se agradece y hasta es exigible que el artista sea piadoso, que se comporte como tal con sus semejantes (¿se ha de recordar que los políticos también son seres humanos, aunque ellos se empeñen a veces en no parecerlo?).

He de confesarlo: no me gusta el arte *despiadado*. Ni el Valle de los Caídos, ni Bukovski, ni Henry Miller, ni Cela, ni los monumentos nazis, ni los héroes de mármol producidos por el realismo socialista, ni *Rambo*... ni el sedicente humor cruel de algunos a los que no citaré por su nombre. Tampoco me gusta la blandenguería. Me gusta el cuadro *Los fusilamientos del 3 de mayo* de Goya, que no es precisamente un cuadro blando ni amable. Es terrible, pero también es piadoso.

Por eso, como a tantos, me gusta el arte de *Peridis*. □

El hombre de la memoria

Rosa Pereda



TODOS LOS TORRENTES VAN A LA MAR
Elie Wiesel
Traducción de Manuel Serrat Crespo
Anaya & Mario Muchnik
Madrid, 1996

Después de una larga e intensa actividad literaria y periodística, que le valió el Nobel de la Paz hace ahora diez años, Elie Wiesel se ha decidido a publicar sus memorias, o mejor, para marcar la distancia que impone la voluntad literaria, su autobiografía. *Todos los torrentes van a la mar*, es, efectivamente, el relato de sus primeros cuarenta años, contados con una expresa y patente voluntad narrativa, pero también con el dramatismo que se deriva de los materiales que usa: esa primera persona algunas veces supuesta pero siempre presente, porque la escritura de este libro tiene como base precisamente lo testimonial. Es una autobiografía: maneja materiales vividos — como por otra parte toda su literatura— y los propone como tales, es decir, como verdaderos, como no ficticios. Y va más allá de las memorias porque la dosificación de lo subjetivo y lo objetivo, de los recuerdos, los juicios y las pinturas ambientales e históricas, imponen una suerte de objetividad, de alejamiento y distancia, en fin, el cumplimiento cabal de lo que le exige el género biográfico.

Así, hay dos yo en *Todos los torrentes*... El yo narrador y el yo que vivió, dos yo ligados por la

memoria, que es común, pero también por la reflexión en torno a esos recuerdos, que es patrimonio del más activo ahora, del que está contando la historia. Y digo «más activo ahora» porque no siempre ha sido así: el escritor reflexiona sobre el hombre que fue: una vez una víctima, otras un personaje al que mueve la historia, otras muchas un hombre de acción, motor él mismo de los tiempos. Justamente el ensamblaje de todas estas vertientes personales, juntas en la construcción del personaje Elie Wiesel, exigen un tratamiento exquisitamente cuidadoso del tiempo y una tozuda fijación de la perspectiva. Es ahora, es decir, «después», cuando se narran los hechos ocurridos. El tiempo ha pasado y no es en vano: expresamente se hace ver este paso del tiempo y la función de la memoria en él, limpiando los hechos, depurándolos y sobre todo, separando los hechos mismos de la narración de los hechos. Esta distancia, esta separación entre el yo narrador y el yo protagonista, permite que *Todos los torrentes van a la mar* se pueda leer como un libro de aventuras. Desde la perspectiva de toda una vida, Elie Wiesel cuenta la historia de un hombre peculiar, así resulte ser él mismo...algunas veces.

La memoria actúa, además, sobre materiales fuertemente inflamables. Este hombre que a veces ha sido de acción —el Wiesel protagonista de esta novela-no-novela— es un superviviente de los «campos», así que la historia que narra es la de la supervivencia del horror. Y es significativo cómo utiliza los mismos materiales de la memoria —la misma historia, la misma anécdota— en esta autobiografía y en sus novelas: por ejemplo, lo que cuenta en toda la parte que se refiere a la aldea y la familia inicial, o su peripecia personal y la de su familia en el campo de exterminio. Pero sobre todo es significativo cómo da el salto de género: ahora, el yo narrador juzga las anécdotas, relativiza la memoria, retrotrae aquella felicidad inicial, infantil, y el horror que la rompe bruscamente, y los presenta como los factores constitutivos y fundacionales de una personalidad. Hace algo más que contar una historia, o que exorcizarla: la integra, la instala como el origen y, lo que es absolutamente importante, la sitúa, definitivamente, en el pasado.

Justamente esta situación en el pasado podría ser el gran objetivo de esta autobiografía desde el punto de vista del narrador. Asumir lo inasumible, convertirlo en material narrativo, y no sólo con la exterioridad de la ficción, sino con toda la carne de la propia experiencia narrada como tal: es decir, no sólo cuenta —como en «La noche», «El alba» o «El día»— lo que pasó: cuenta cómo lo vivió él. Su propia experiencia como tal. El verdadero material de la autobiografía. Para conseguir esto, la memoria juega un papel dúctil, móvil. Es el papel, muchas veces ingrato, de la memoria, que completa, persigue y da sentido al presente. Y sobre todo, a la escritura. Ser superviviente es una manera de ser.

El libro comienza y termina el día de la boda de Elie Wiesel, y esa ceremonia, precedida de la invitación a los muertos, tiene un sentido muy especial, muy importante. A los cuarenta años cabales, el Wiesel narrador sabe que el Wiesel protagonista ha terminado su difícil iniciación, ha

culminado su personalidad, ha aprendido ya a vivir por su cuenta. Que lo que ha ocurrido hasta entonces puede ser leído y objetivado como historia. Es el momento de la madurez personal, intelectual y afectiva. Todas las aventuras, las narradas y las que se intuyen detrás, han contribuido a formar a este hombre a veces contradictorio, a veces arriesgado como un espía duro, a veces tierno y casi infantil como el niño abruptamente roto que también fue. Es que en *Todos los torrentes van a la mar*, parece a veces que el periodismo ha cubierto también otros papeles más activos, que no era cualquier periodista este consejero moral de Mitterrand, este adversario moral de Ben Gurion, este amigo de Golda Meir, este enemigo de cuantificar las vidas perdidas en marcos alemanes, que se opuso a las indemnizaciones de guerra. Sus posiciones han ido cambiando, como en todas las vidas, y la historia, llena de preguntas que sólo a veces son retóricas, también está llena de pasión.

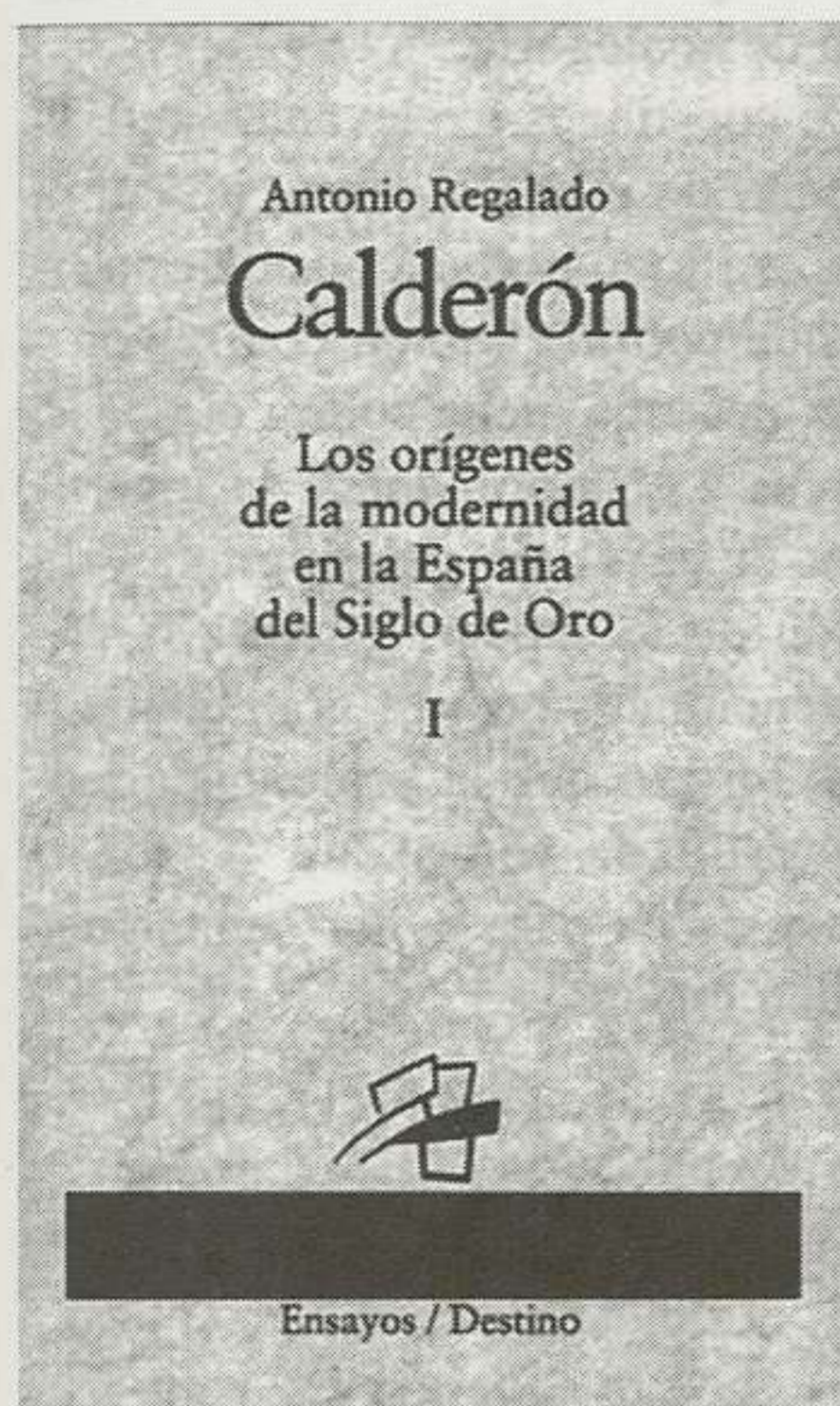
Ya es un hombre maduro éste que reflexiona en su boda y ve esa suerte de retorno del agua, de vuelta desde la ceniza de los muertos. Y revive entonces su infancia en Sighet, una pequeña aldea de los Cárpatos, en Transilvania, donde nació en septiembre de 1928. Y la desaparición de toda la familia en Auschwitz-Birkenau. Y el aprendizaje de la normalidad en París, y las perplejidades de la adaptación más difícil, y lo que es ser apátrida después de la guerra, y su disidencia con los fundadores del Estado de Israel, y el viaje a Estados Unidos, y el pasaporte norteamericano en 1963, y el viaje a Jerusalén, y el periodismo, y los primeros libros en francés. Y el amor, y las drogas, y la discusión política, y la mística. Y los amigos.

En 1986 recibe el Nobel de la Paz: más que sus novelas, o tanto como ellas, premia una actitud: su lucha por los «judíos del silencio», su trabajo de intermediador muchas veces, su papel de conciencia crítica siempre. Y más: su resistencia a olvidar. Elie Wiesel es el hombre de la memoria. □



Entre el nacer y el morir

Mariano Antolín Rato



CALDERÓN: LOS ORIGENES DE LA MODERNIDAD EN LA ESPAÑA DEL SIGLO DE ORO
Antonio Regalado
II Volúmenes
Ediciones Destino
Barcelona, 1995

Escribe Antonio Regalado de los personajes de una de las tragedias profanas de Calderón: «Poseídos por un insaciable apetito, estos rebeldes metafísicos son agentes de una perenne voluntad contra la nada. Personajes demoniacos, pueden terminar como mártires de la fe o víctimas de un destino sin redención, pero siempre emplazados en el “entre” el nacer y morir, principio y final del papel, máscaras de una conciencia atormentada que dura sólo un rato».

Constituye, sin duda, un apunte luminoso, pero en absoluto sirve como resumen del contenido descomunal del estudio. Porque la obra de Regalado —dos tomos, de 988 páginas el primero y 756 el segundo— escapa a cualquier intento de sinopsis. Es desmesurada, apabullante, arrolladora. Capaz de irritar y fascinar a la vez. Vamos, que provoca reacciones de perplejidad parecidas a las que suele originar la complejidad e inmensidad del objeto tratado: don Pedro Calderón de la Barca. Al tiempo, puede apostarse —y eso que su autor no figuraba hasta ahora en la nómina de especialistas— que el estudio va a quedar como uno de los textos capitales sobre el gran dramaturgo de los estados de conciencia. Una obra de referencia imprescindible para todo el que quiera entender por qué Calderón, en el vestíbulo de la época moderna, supone la más elevada exposición del espíritu nihilista encarnado en personajes demoniacos que no nos resultan nada ajenos. Y al respecto Regalado nos recuerda que Albert Camus, traductor al francés de *La devoción de la cruz*, entendía que los ateos y agnósticos no poseen el monopolio sobre lo absurdo de la existencia, y que una doctrina de la salvación no elimina ni disminuye el sentido trágico.

Bueno, la monumental obra permite entender eso y muchísimo más. Sin sujetarse a ningún esquema crítico establecido, con una escritura medida y amena, recurriendo a referencias exhaustivas, Regalado aborda todos los aspectos imaginables —y muchos que pocos, si alguno, osaron imaginar— de la ingente obra de un poeta de la fe, que es a la vez poeta de la blasfemia, del sacrilegio y de la trasgresión de los límites impuestos por la ley divina y la recta razón (en palabras, más o menos exactas, del autor, a quien no podré dejar de parafrasear, pues la precisión de sus opiniones casi impide la glosa por temor a desvirtuarlas). Se ocupa inteligentemente también de cuestiones capitales referidas a interpretaciones de la literatura del Siglo de Oro que se arrastraban por acumulación de tópicos y de lecturas admitidas sin más, lo que ha dado lugar a una crítica —sobre todo la referida al teatro cómico español de la época— llena de juicios mo-

rales que no merece, a juicio de Regalado, ni una mojiganga. Y escribe amena y sabiamente de Calderón como antecesor del «ser para la muerte» de Heidegger y de la mujer fatal decimonónica («No resulta difícil imaginar una edición de *La hija del aire* ilustrada por Aubrey Beardsley», apunta Regalado). Y de Calderón con una visión trágica afín a la de August Strindberg y Samuel Beckett; y unas ideas teatrales que remiten a Brecht, Artaud o Peter Brook. Y de Calderón que, en lo que se refiere a la problemática de la justicia y al tratamiento del parricidio y el incesto, remite al contexto argumental de los trágicos clásicos griegos. Y eso sin olvidar cuestiones doctas sobre por qué Calderón despertó durante siglos la ira de católicos, jansenistas, protestantes, neoclásicos y progresistas de todas las escuelas.

La documentación utilizada para ello no puede ser más completa. Va desde Hegel, las opiniones entusiastas de Goethe, Schlegel o E.T.A. Hoffman, las condenas de los neoclásicos franceses —despreciaban los dramas del barroco español como «espectáculos groseros»—, las torpezas de Menéndez Pelayo, hasta llegar a la acertada lectura de Walter Benjamin cuando insiste en la incomparable capacidad de reflexión con que Calderón dota a sus personajes. O a Eugenio Trías y su incorporación del pensamiento del dramaturgo a la historia de la metafísica. Incluso aborda las encíclicas de Karol Wojtyła a la hora de tratar cuestiones religiosas de probabilismo; o incluye reseñas de prensa de recientes representaciones de tragedias, comedias, autos o mojigangas con objeto de dejar en claro que Calderón continúa sin ser entendido.

No es extraño. Siempre había sorprendido que un autor que pasaba por ser un cura católico fuera tenido en tanta estima por lectores nada religiosos. Su huida del sentido común, el haber sometido los procesos racionales a un análisis devastador, la expansión hacia situaciones extremas y desconcertantes que desvelan el oscuro y turbulento torrente de la existencia, son algunas de las razones que aduce Regalado para explicar por qué Calderón nunca resultará cómodo a los que se han acogido a las seguridades del dogma o de la sana razón. Y así, demuestra cómo en *La vida es sueño* aparece un Calderón que es ateo, católico, escéptico, rebelde, conformista, inmoral, determinista. Todo a la vez, mientras transforma el espacio escénico en la situación a la que es arrojado el hombre, y expone las tendencias contradictorias de su espíritu; un pluralismo que pone de manifiesto por medio de un arte rebosante de ingenio, poesía y reflexión.

La obra de Calderón, transformada en espejo fiel de las virtudes y vicios de una nación y una época, ha tenido la virtud de inquietar como pocas en la historia de la literatura española a futuros espectadores y lectores —insiste Regalado—. Y aunque apunte que el hombre moderno está cegado ante lo trágico, provoca tal inquietud porque representa un mundo regido por incertidumbres en el que la existencia surge como sueño, engaño o pesadilla, y el ser humano, cataléptico, alucinatorio, casi sonámbulo, cruza como un funambulista de puntillas sobre la metonímica cuerda floja de la conciencia navegando vértigos sobre el abismo de la nada —y vuelvo a reproducir casi literalmente unas sugerentes frases de Regalado.

La primera obra conocida de Calderón, *Amor, honor y poder*, sintetiza en su propio título la problemática de todo su teatro —y quizá de toda la literatura en general—. Sin embargo, Regalado subraya la extrañeza que provoca el Calderón lúdico y cínico en las comedias, junto al tremendo enfrentamiento de determinismo y libre albedrío que resalta en sus tragedias y autos, hasta el punto de que, si sólo poseyéramos los dramas profanos, le

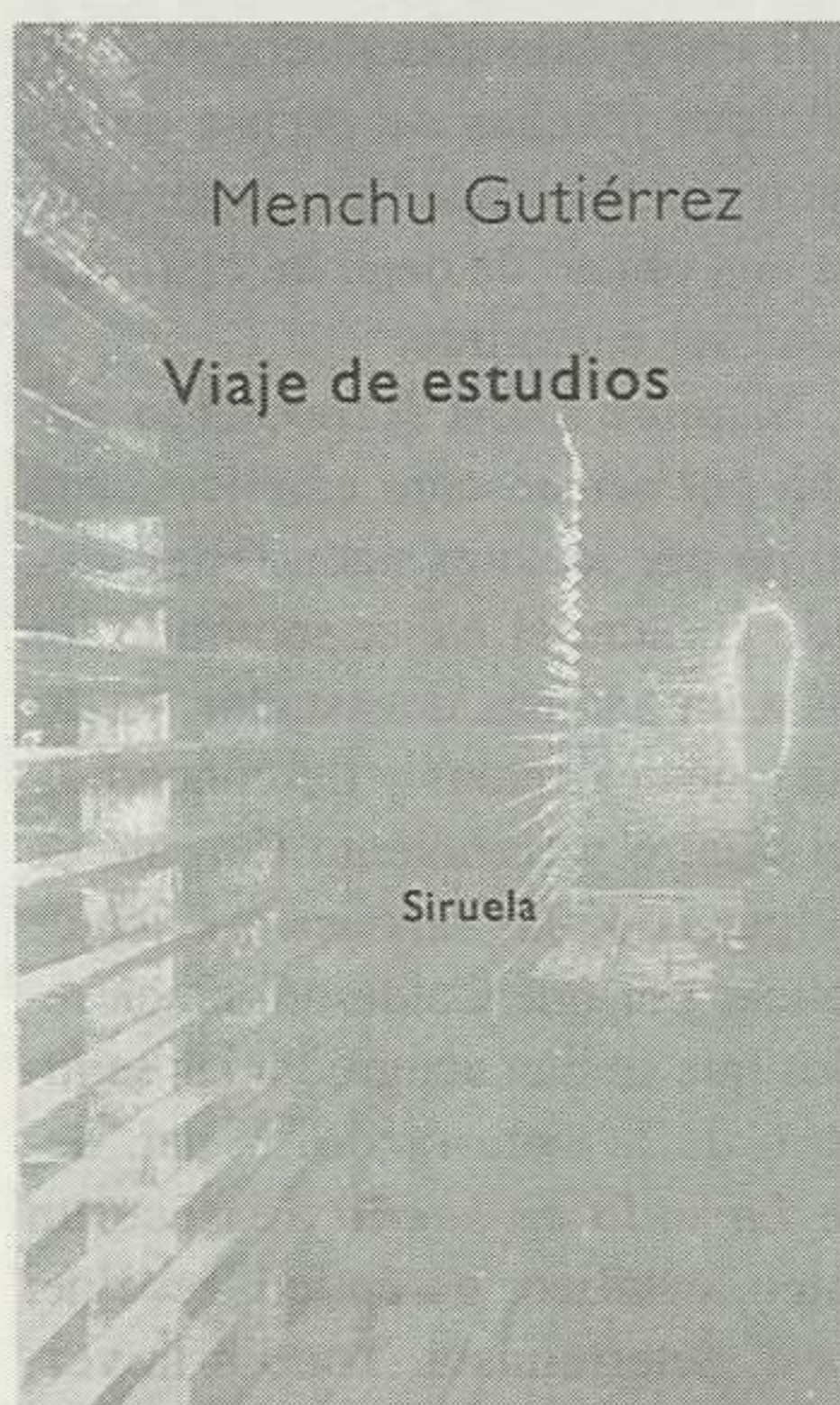
supondríamos el más ateo de los dramaturgos; y si sólo nos hubiera llegado el teatro religioso, le juzgaríamos como el más católico.

En esa posibilidad de lecturas contrapuestas reside una de las claves de la grandeza de Calderón, a quien Regalado —y con excesiva insistencia— compara y sitúa por encima de Shakespeare, tal vez por motivos accesorios. Por su parte, en el estudio sobre los autos sacramentales se echa en falta, quizá, un análisis más detallado de la función de la alegoría.

Pero se trata de cuestiones irrelevantes ante la magnitud del empeño de este *Calderón*, una obra del mayor interés para todo el que considere la literatura un modo que permite habitar con honor y amor, y siempre en perenne lucha contra el poder, este «entre» el nacer y el morir donde la incertidumbre empuja a la parálisis del dogma, y la constante invención de la supervivencia a la cobardía de los convencionalismos. El gran manicomio del mundo, lo mismo que la prolongada lectura de los dos gruesos tomos de Antonio Regalado, exige esfuerzos para evitar semejantes caídas. Pero merecen la pena. □

La ironía de los números

Mario Merlino



VIAJE DE ESTUDIOS
Menchu Gutiérrez
Ediciones Siruela
Madrid, 1995

Vivimos en un mundo donde todo se duplica, donde apariencias y verdades se diluyen en lo infinitesimal, donde se superponen las incógnitas, muchos puntos en el punto. Mundo polvo de Cantor. Mundo fractal, sinuoso, turbulento. ¿A dónde se dirige el tren que reúne a esos estudiantes huérfanos de la novela de Menchu Gutiérrez? ¿Es un viaje ascendente o descendente? ¿Se han roto los límites entre anábasis y katábasis, entre arriba y abajo? ¿Qué estudios van a realizarse? ¿Es el plural una manera de hacer menos evidente la relación con el *studium* latino, equivalente a empeño, consagración, afán? ¿Qué demoníaca lucidez —en el sentido baudelairiano del término— guía a Menchu Gutiérrez para proponernos el viaje como lectura, el viaje como ahondamiento en nuestra propia condición de huérfanos? Y no se trata, desde luego, del fácil recurso de la identificación, sino de hacernos pasajeros de ese mismo viaje. Se trata de llegar desde el texto a concluir, siempre con sentido provisional: «Nuestra propia vida es ejemplar. Pero saber es otra cosa». Ya no hay *exemplum* posible, a la manera del apólogo tradicional. El

saber no se conforma con el *caso* ni admite demostraciones unívocas. Tampoco se contenta, por tanto, con la lectura alegórica: todo, como el propio mundo, está sometido a engaños, duplicaciones, incógnitas. Leer equivaldría a captar las variaciones infinitesimales del punto, los más y los menos de la unidad, a consagrarse (o perderse, si es que el texto, camino de signos, implica un viaje *entre* el saber y el *sinsaber*). Leer sería acto interrogante y el texto, interrogación o vértigo que se multiplica. La anécdota, un mero juego de sustituciones.

Construida a modo de versión paródica de los viajes interiores, el viaje como ascesis, como lectura del enigma o cifra de ese Gran Libro que es el camino hacia la muerte, la novela intensa y breve de Menchu Gutiérrez provoca una sensación de vértigo desde la lentitud. Cada palabra, cada imagen, cada visión, cada personaje, nos solicitan la lectura devota que exige un buen texto poético. Y *Viaje de estudios* narra desde la poesía, demoníacamente lúcida (repito), desde el primor en el uso de la lengua, con la mano escritora de quien revela haciendo ver esos cambios que se producen con

«una frecuencia inaudible», afortunadamente lejos de simplificaciones y facilismos al uso. Lejana con lejanía moral, huérfana como sus creaturas, marcadas por las iniciales, Menchu Gutiérrez es, en realidad, M. G.

El narrador de *Viaje de estudios*, voz oscilante entre la primera persona del singular y la primera del plural, comienza diciendo «no tenemos a nadie de quien despedirnos». Sólo un signo ajeno, casi escenográfico, indica ese adiós sin destinatario: «la bandera del guardagujas», y el tren, al ponerse en marcha, repite el desconcierto propio de la gestación y de un trayecto que es camino hacia la incertidumbre: «nos van a enseñar a perdernos». En un mundo de ecos, donde las cosas se repiten en blanco y negro, donde el viaje es ahondamiento en la repetición, los estudiantes se encuentran bajo el control de dos guías: uno científico —el profesor—; el otro espiritual —el confesor. Por el método de la aproximación irónica, ambos se unen a través de la rima consonante, la identidad vocálica y su derivación de un mismo étimo. *Confiteor/pro-fiteor*: la función de uno es escuchar; la del otro, hacer escuchar. El primero, «todopoderoso», vigila observando con un solo ojo (tuerto, su figura alegoriza la «anatomía del saber y el no saber»), confiesa desde la oscuridad ofreciendo a la mirada del confesante el parche rojo que oculta su ojo ciego. El segundo, viejo devoto (el que profesa), tráfuga de lo material, *enseña-señala*; adiestra, como se adiestra a los perros o a las palomas, él mismo adiestrado, ya que «tiene el rictus del orden, la fijación amaestrada de la disciplina». Tres personajes más reiteran, consonancia mediante, la función del dominio: el prior de cada monasterio, el director de cada orfanato, el revisor de alguno de los trenes.

¿Cómo expresar la diferencia entre las imágenes, los objetos, los personajes que se repiten? «Es difícil precisarlo», responde el propio texto en una suerte de advertencia sobre su propio procedimiento compositivo, «cuando la gradación que conduce hacia la diferencia se expresa en un lenguaje infinitesimal, cuando el cambio se produce en una frecuencia inaudible». Así como las palabras ocultan a la vez que nombran, dicen y no alcanzan a decir, porque tienen «dos valencias», los números, símbolos insuficientes de ese cambio infinitesimal e inaudible, oscilan entre el deseo de exactitud y la indeterminación.

Fosos, calderas, mapa, agujeros, visiones, se desplazan en una especie de circulación metafórica, se combinan y sustituyen, se niegan y se afirman. No hay un solo tren, hay siete, y el último parece fundirse con el primero. Hay seis monasterios, cinco orfanatos, un aula (presentada como «primera», en una enumeración que se suspende), un laboratorio, la universidad, cinco visiones. El yo-nosotros, que también se desplaza, se identifica a veces con «todos», cuatro huérfanos más que el relato señala mediante iniciales, tan aleatorias como las cifras: X, L, S y R. Cinco en total, por tanto, los huérfanos se prolongan

transformados en otros, en los «cinco idiotas» que, en el tercer monasterio, sostienen un hilo que se pierde en el interior de sendos agujeros que han abierto en la tierra helada. Los huérfanos, además, se asemejan a los monjes (en fila, como soldados) en que ambos son «aprendices de la distancia».

La retórica de los números, entre lo exacto y lo dudoso, reaparece en las consideraciones sobre la duración y el tiempo. Si para el profesor la duración tiene un valor absoluto, «resuelto», para los huérfanos es siempre $+1$. Si el viaje es la experiencia del saber/sinsaber, si el viaje es extravío, si el viaje es facultad de percibir el *error* «que en los sueños llamo *paradoja*», el mapa como objeto-guía, como precisa delimitación del camino, se revela como el doble insuficiente que representa y repite un trayecto marcado por la incertidumbre. Estamos en el terreno de la pura ironía: los objetos no sirven para lo que sirven, las palabras no dicen lo que dicen, los números no *cifran* lo que parecen cifrar. La *lectura* de ese mapa sin escala definida se asocia a otros actos de lectura: el breviario que absorbe la atención del profesor (lector devoto) pareciera remedar esa otra *brevidad* intensa del texto *Viaje de estudios* por el que yo, lector absorto, transito, sin olvidar que «viaje» es no sólo viaje sino también el libro que hace la relación del viaje. Ejercicio de tránsito, la lectura es tiempo de dudosa medida, aun cuando el profesor «continúa pasando con precisión el minuterio compuesto por las páginas de su breviario (cada minuto, una página)». También los tañidos de la campana del monasterio marcan el tiempo, pero cada seña remite a su contraseña, cada signo se afirma, se niega, vuelve a afirmarse: «La guerra y la paz de una fórmula matemática se expresan en idéntico intervalo».

Viaje de estudios ofrece un cuadro en movimiento donde se desdibujan contornos, se entremezclan acciones y visiones, mediante una composición que recuerda a la teoría de la *macchia*, la mancha de color, por la que se representa la impresión lejana de un objeto tanto desde el punto de vista físico como desde la fantasía o el recuerdo, a través de detalles, rasgos o «marcas». Esa «lejanía moral» (Hans Sedlmayr) permite explicar la circulación metafórica que vincula el círculo negro, el pozo, el hueco, el huevo, la boca, el cero; las segregaciones metonímicas (yo, todos, el tren que puede ser también paisaje, el primer orfanato como útero); las «marcas» o manchas a través de números o de iniciales; las *manchas* de color. Además del blanco y el negro, aparecen el rojo, el amarillo, el azul, el gris y el rosado. En ese «paisaje de nieve sin futuro», interrumpido por agujeros blancos y negros, la atmósfera se extiende en la sangre blanquecina en la ventanilla del tren contra la que se estrella un pájaro blanco, en el sonido del vértigo («surcos blancos colmados de sonido blanco»), en el blanco que se hace negro, en la luz y el abismo. *Rojos* son la despedida (entre alarmada y aséptica); el parche que

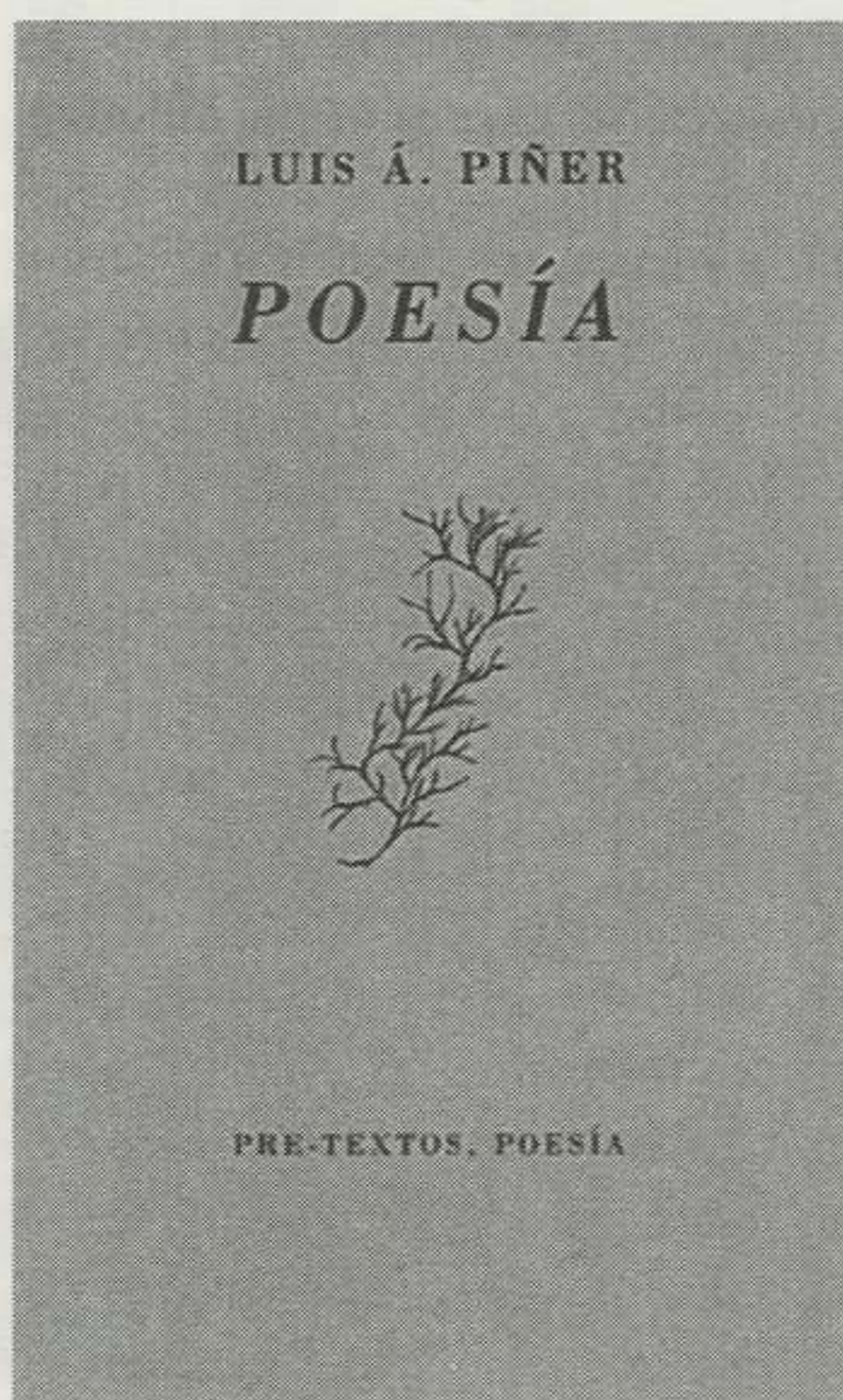
cubre el ojo izquierdo del confesor; la luz que, también amarilla, despiden las piedras; el punto que distingue a los monasterios en el mapa, que asimismo contiene puntos *amarillos* para los fosos y *azules* para las calderas. La noche puede ser azul y volver azul a la nieve sucia. *Grises* son las órbitas de los ojos del narrador y la caldera que, por otra parte, desprende un vapor *rosado*, combinación cromática que se repite metafóricamente cuando, asimilados los cuerpos de los compañeros de viaje con una caldera de sangre, se dice que de sus labios «salen bocanadas de un vaho rosáceo».

Con el viaje crece el conocimiento y se acentúa la sensación de orfandad esencial de los personajes. Crece también el silencio hasta el punto de que los huérfanos, en el quinto orfanato, enmudecen «casi por completo». Hacia el final del relato,

los guías desaparecen, desaparecen los perros, a la vez guías y objetos de adiestramiento. El huérfano X, al que la obra dedica dos capítulos-monólogos, es él mismo y es «nosotros, en dos niveles distintos». El yo narrador se define en otro momento como «furtivo de X» y cree recorrer el camino dos veces de manera simultánea: el suyo y el del propio X, como su posibilidad. Al desaparecer, no se altera el número de huérfanos, porque X había sido «el 0 desde el principio». Así se acaba el viaje iniciático. Yo deja de desdoblarse. Ya no segregaba metonímicamente a todos sino que los contiene. Deshace la distancia entre sujeto y objeto. En este viaje («aprendizaje doloroso que se paga también con el cuerpo»), profesión del error o de la paradoja, ya no le hace falta al yo un «confesor hecho a (su) medida». *Prior* de sí mismo, *confiesa* que no tiene a nadie de quien despedirse. □

El poeta en silencio

Adolfo García Ortega



POESÍA
Luis A. Piñer
Edición de Juan Manuel Díaz
de Guereñu
Editorial Pre-Textos
Valencia, 1996

Durante sesenta años ha sido prácticamente un desconocido. Luis Alvarez Piñer (Gijón, 1910) era un poeta latente que pulía sus libros una y otra vez para encerrarlos luego en sí mismos, bajo llave en un cajón, como Pessoa. Y esta rareza ya provoca en nosotros un interés añadido a la belleza de sus versos, cuando se descubren. Ahora es la ocasión de ese descubrimiento total; ahora ve la luz su poesía completa, inédita en su mayoría, en una cuidada edición de Juan Manuel Díaz de Guereñu y publicada espléndidamente por la editorial Pre-Textos.

Esta misma editorial y el mismo Díaz de Guereñu fueron activos impulsores de este extraordinario poeta cuando, precisamente en 1990, animaron a Piñer a publicar una antología de su magna obra con el título de *En resumen 1927-1988*. El libro fue merecedor del Premio Nacional de Poesía al año siguiente. Desde 1936, en que con veintiséis años dio a la imprenta una pequeña obra titulada *Suite alucinada*, en la estela vanguardista de Gerardo Diego, Piñer no había vuelto a publicar nada más. Aunque nunca había dejado de escribir, consciente y concienzudamente, para encontrar el poema satisfactorio. Ya en los años cuarenta, en una pequeña obra sobre la poesía titulada *Tres ensayos de teoría* (Pre-Textos, 1992), Piñer, a propósito de la dureza de

componer poemas, escribió: «La poesía es irreparable como la muerte ... Con la poesía hay que luchar hasta el fracaso como en el amor».

Si como dice Paul Valéry, los poemas no se terminan sino que se abandonan, Luis Piñer ha ido abandonando sus poemas cuando ya no podían ser mejorados por él y sólo cabía que el propio poema ganase con el tiempo. Y eso lo ha conseguido con creces. Su obra, ahora, con el tiempo al fin ha llegado a su destino: ser leída, descubierta como quien se topa con un gran y afortunado hallazgo. Y la sorpresa consiste en hallar de pronto toda una poética oculta, toda una obra al margen de sus contemporáneos, que nos había sido sustraída por el propio Piñer en aras de una perfección mayor.

Es extraña, por poco frecuente, esta actitud por parte de los poetas. Se da en los mejores. Por eso fascina más aún. Impresiona que el trabajo callado de Piñer se haya desarrollado en paralelo con la historia pero al margen de ella. No hay referencias explícitas en su obra a la Guerra Civil que padeció, ni al exilio interior, ni a la poesía social, ni a la represión, ni al antifranquismo, ni a los vaivenes del gusto, ni a nada inmediato.

Su poesía se mantiene fiel a sí misma desde el principio, y camina por los mismos senderos una y otra vez, buscando sacar fuera del yo del poeta

LETRA 41

INTERNACIONAL

URFASCISMO
Umberto Eco

LA ESPAÑA NEGRA

Eduardo Arroyo, Ramón del Valle Inclán,
Marcos-Ricardo Barnatán, José Gutiérrez Solana,
Agustín Sánchez Vidal, Antonio Tabucchi

LA MUSICA DE LAS IDEAS
George Steiner

Ernest Lluch, Pier Paolo Pasolini, Harold Bloom,
Horacio Vázquez Rial, Eduardo Subirats, Daniel Bell

J. M. Masoliver Ródenas • A. García Ortega
Salvador Clotas • Patxo Unzueta • C. A. de los Ríos
Antonio Colinas • Oscar Scopa • Rosa Pereda
Roberto Blatt • Michael Ryklin • Mayra Montero
Santiago Kovadloff

LETRA 40

INTERNACIONAL

¿Y ESPAÑA, CUÁNDO?
Alfredo Bryce Echenique

CIEN AÑOS DE IMAGENES

David W. Griffith, Alexandre Astruc, Juan Cobos,
Jacques Rivette, Miguel Rubio, Jos Oliver,
Ramón Gómez Redondo,
Juan Ignacio Macua

José Luis Jover, María Ramírez Ribes, Abdelwahab
Meddeb, Francisco Ayala, André Gauron,
Susan Sontag

J. M. Caballero Bonald • José Monleón
M. A. Molinero • S. Clotas • Lourdes Ortiz
Roberto Blatt • Miguel Rubio • Juan Villoro
Barbara Probst Solomon • Mariano Navarro
Juan Carlos Vidal • Victoria Combalía
Sergi Pàmies • Rosa Pereda

LETRA 39

INTERNACIONAL

EL METODO CIENTIFICO
COMO IDEA PARA LA CONVIVENCIA

Jorge Wagensberg

UN MUNDO VELOZ

Paul Virilio, Noni Benegas,
Sergio Olivari, Mario Merlino,
Wilhelm Klauser, Silvia Tubert,
Claudia Gianetti, Miguel Rubio,
Claude Fischler

Richard C. Lewontin • Jean Baudrillard
Fernando Savater • Antonin J. Liehm
Rosa Pereda • Raúl Guerra Garrido
José Ramón Ripoll • Pedro Zarraluki
Lourdes Ortiz • Elvira Huelbes • J. M. de Quinto
R. García Alonso • R. Irigoyen • J. A. Rodríguez Tous
Victoria Combalá • Jacobo Cortines • Román Gubern
Santiago Kovadloff • Ignacio Macua Roy

LETRA 38

INTERNACIONAL

EL SENTIDO DEL TIEMPO

Gillo Dorfles

COMO SE ESCRIBE UNA NOVELA

Rosa Regás, Angeles Caso, Alvaro Pombo,
Marcos-Ricardo Barnatán, Terenci Moix, Juan Madrid,
Eduardo Mendicutti, Vicente Molina Foix,
Angel Antonio Herrera, José María de Quinto

LA MAQUINA DEL TIEMPO

Sergio Ramírez, Alvaro Pineda-Botero

Héctor Yánover • Antonio Colinas
Soledad Puértolas • Adolfo García Ortega
Salvador Clotas • Horacio Vázquez Rial
Miguel Rubio • Carlos Thiebaut
Juan Carlos Vidal • Sergi Pàmies
Juan Villoro • Rosa Pereda

un continuo desengaño vital, acotado por una dulce memoria en la que refugiarse, recreando en esa memoria, muy privadamente, un mundo particular de felicidad. Hacer llegar ese mundo al lector, trascenderlo de su particularidad, es la grandeza de toda poesía, y en concreto de la de Piñer. Es el paso sustancial de los poemas enterrados injustamente en el cajón a los poemas reunidos en un libro.

También, en el otro extremo de su arco poético, se percibe una lucha de contrarios, un apremiante desasosiego pessoano por la dualidad insoslayable entre existencia y muerte. Así lo explica Díaz de Guereñu, definiendo la poesía de Piñer: «Poesía de la desazón, en la que el tiempo hace figura de provisión incierta, de momento feroz o de memoria en que perdura el horror atezante, y también de nostalgia y remanso cordial».

La división efectuada en una obra tan amplia requería el establecimiento de grandes límites, como horizontes en los que encuadrar unos poemas emparentados por derecho con la Generación del 27, especialmente con Guillén, y pertenecientes a un poeta que es, sin duda, tan grande como cualquiera de los poetas españoles de este siglo tenidos por tales. La obra se ha dividido en tres apartados: «Hasta 1936» reúne sus primeros libros *Suite alucinada* y *Especie de esperanza*. En la segunda parte, «En un largo silencio», se compendian los libros escritos desde 1936 a 1966, un total de nueve, en los que cabría citar, por absolutamente sorprendentes en vitalidad y actualidad, los títulos de *Los días iguales*, *El puente* (1967-1970) o *Primavera distraída*. Y en la tercera parte, «Silencio roto», aparece una amplia selección de su poesía desde 1984 a 1993. En total una obra estructurada y cerrada, perfectamente armónica y culminada, es decir, sin que nada quede al azar ni nada se muestre injustificado. Todos los poemas son piezas de una maquinaria que en su conjunto funciona a la perfección, sin crear compartimentos estancos, sino remitiéndose todos los poemas unos a otros.

Esa es una buena cualidad de la poesía de Piñer, su condición de coherencia atemporal.

Por su obsesiva búsqueda de depuración, de pureza, de silencio (como dicen, significativamente, los apartados en que parcela esta poesía completa), de resta para quedarse con la poesía necesaria, los poemas de Piñer podrían alterar su orden de aparición cronológica en el libro, y los que están al final podrían formar parte del comienzo y viceversa. Por eso, tal vez, muchos de ellos no lleven título ni sea fácil —ni importante— datarlos. Al fin y al cabo, lo que este gran poeta ha creado es un fluido de voz heraclitiano en que van y vienen las sensaciones más físicas y el conocimiento de raíz filosófica más puro sobre el que basa su poética, ese tono reflexivo, que sublima en una lírica metafísica un pensamiento racional. Cito nuevamente a Piñer y su *Tres ensayos de teoría*: «La poesía es, a veces, una contradicción y al mismo tiempo una trágica clarividencia incluso para el hombre que la transmite, una perpetua limitación o un írsenos de las manos más prometedor que el fluir del puro pensamiento porque arrastra, precisamente, aquellos jirones que el puro pensamiento jamás logra domar».

Como en la poesía de Guillén, en la de Piñer tienen acomodo todas las palabras. Ninguna es gratuita ni espúrea. Y se funda el lenguaje. Bajo la apariencia de plasmar un universo de intimidad (alegrías, muertes, angustias, esperanzas, trascendencias, trivialidades, etcétera), lo nombrado tiene su lugar en el poema, «en el cosmos que, por decisión soberana del poeta, él decide crear». Tal vez esta organización de los poemas, como el habla o la respiración, es decir, como una biografía contada verso a verso, sea el gran privilegio de un poeta que, al margen de la sociedad, ha ido escribiendo su obra lentamente. «La poesía —ha escrito Piñer en su citado ensayo— significa para el poeta una inmanencia amplificadora que arrastra el ser a un extraño modo de fe.» Esa fe ha dado fuerza a Piñer durante una vida para la creación en silencio de una de las más altas poesías españolas de este siglo.

Correspondencia

México



Juan Villoro

La vida política mexicana se dirime, como nunca antes, en la arena de la comunicación. La revuelta de Chiapas fue calificada de «guerra del Internet» por José Ángel Gurría, secretario de Relaciones Exteriores de México, y aunque el comentario pretendía ser derogatorio, subrayó el principal mérito del Ejército Zapatista: crear un frente informativo. De octubre de 1995 a enero de 1996, la página electrónica del zapatismo (¡Ya Basta! The EZLN Page: <http://www.peak.org/~justin/ezln.html>) tuvo 16.696 lectores (la cifra aumenta en mil consultas cada tres días). Decir Chiapas es, ante todo, decir signos, discursos.

El 14 de abril, Regis Debray se entrevistó con el subcomandante Marcos. ¿Qué buscaba el antiguo asesor del Che en un ejército de enmascarados? Una paradoja, como todos los que han seguido la contienda desde enero de 1994: «Vine a Chiapas como estudioso de los medios de comunicación». ¿Y los rifles?

Entre las muchas cosas que se dirimen en la selva tojolabal, se encuentra la función política del armamento: los zapatistas necesitan armas, no para usarlas, sino para ser escuchados, para representarse como ejército. Aunque las ideas de Baudrillard suelen ejercer la fascinación de los aviones que se quedan sin gasolina en las alturas, quizá en este caso se pueda usar una que no se vaya a pique. En Chiapas, lo militar, lo político y lo cultural se han fundido en la *transpolítica*: o, en palabras del autor de *La transparencia del mal*, «el grado cero de lo político, que también es el de su reproducción y de su simulación indefinida».

Después de unos días de hostilidades, el levantamiento militar se convirtió en movimiento político, en una guerrilla simulada; de esta transformación se desprenden muchos de sus argumentos. En su ensayo publicado en *La Jornada Semanal*, el subcomandante Marcos afirmó: «De un ejército, aunque sea revolucionario, heroico y etcétera, no puede surgir una moral superior a la que nos agobia». La revuelta es un gesto extremo que incluye su propia disolución: su meta no es conquistar el poder sino *discutir*; se trata de una explosión de la palabra y los disfraces, un teatro de los desesperados para las noches de la aldea global.

¿Qué antecedentes tiene esta lucha en México? Ninguno visible: los héroes de bronce en los que ahora se posan las palomas fueron muy distintos. De los aguerridos próceres nacionales se pueden decir muchas cosas, pero no que hayan pasado a la historia por sus hazañas de lenguaje. En un país donde los ampulosos lugares comunes califican como frases célebres (el ejemplo colosal pertenece a

Benito Juárez: «Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz»), los ingeniosos han tenido que irse con sus chistes a otra parte (el exilio, la derrota o la amputación de la lengua). Marcos es un caso distinto; su éxito lingüístico es tan evidente que algunos de sus adversarios se desvelan para demostrar que no es buen escritor. ¿Hay otra contienda política donde se pretenda descalificar a un líder por sus adjetivos y sus arrebatos líricos? Lo curioso de esta embestida es que le concede a Marcos un oficio que no ha buscado. Es obvio que no se levantó en armas para colaborar en *La Jornada*: sin embargo, sin ser un campeón de la poesía o el cuento, ha dotado a sus proclamas de notable imaginación literaria (esto es lo que Octavio Paz ha elogiado en ellas). Al tratar de desprestigiarlo como el narrador-que-no-es, las plumas enemigas no hacen sino otorgarle un valor desmedido a la prosa del subcomandante. Otro triunfo de la guerrilla de papel.

En marzo de 1996 la ronda de negociaciones por la paz entre el EZLN y el Gobierno pasó a una fase donde la comunicación volvió a ser decisiva. Una vez más, el Partido Oficial demostró que setenta años en el poder no le han revelado los misterios del lenguaje. Las delegaciones se habían puesto de acuerdo para invitar a asesores pero el Gobierno dijo que no necesitaba especialistas. En cambio, la guerrilla dio los nombres de 400 personas (entre ellas, algunas voces críticas del zapatismo) que podían aportar ideas a las negociaciones. ¿Cómo invita un ejército clandestino a sus asesores? El EZLN no dispone de una flotilla de motocicletas ni

de tarjetas con un protocolario R.S.V.P.: su convocatoria se publicó en el periódico, y quienes vimos nuestros nombres buscamos la forma y los recursos para ir a San Cristóbal de Las Casas. De 400, 160 llegamos a la cita. La parálisis del Gobierno hizo que algunos de sus colaboradores potenciales se pagaran el viaje para representar al EZLN. Las cámaras de televisión registraron un contundente marcador en las mesas: EZLN 160, Gobierno 0. Esto dio lugar a una delirante discusión de carpintería. La delegación oficial buscó la forma de producir una mesa oblonga o quecosaédrica donde no se notara que los flancos destinados a sus asesores estaban vacíos.

La segunda aportación gubernamental fue el silencio. Quienes participamos en la Mesa 6 (paradójicamente dedicada a los medios de comunicación), encontramos a dos abogados impertérritos, que respondieron a las iniciativas zapatistas con la muletilla: «Vinimos a escuchar con interés y respeto, no a proponer». Los licenciados de granito parecían capaces de escuchar en estado de trance la *opera omnia* de Julio Iglesias. Después de horas de incomunicación, uno de los asesores del EZLN dijo: «Voy a usar mis diez minutos para hacerles sentir lo que siento ante ustedes». Acto seguido, guardó silencio. En ese momento, los sofisticados pensaron en John Cage y su obra 4'33'' para un pianista inmóvil, los veteranos del 68 recordaron la manifestación del silencio y los delegados del Gobierno empezaron a sudar. Transcurría el minuto 8 cuando uno de los abogados quiso participar. «No interrumpa; el compañero está en el uso de la pala-

bra», comentó un discípulo de Ionesco.

Luego de esta reducción al absurdo del desinterés oficial, los abogados pidieron un receso. Para la sesión de la tarde, los periodistas ya sabían que algo iba a pasar en la Mesa 6. La actriz Jesusa Rodríguez aprovechó sus diez minutos para expresarse en lenguaje de sordomudos. Fue el momento de mayor elocuencia: aunque nos rodeaba el ejército y nuestros cuerpos habían sido revisados por un detector de metales, nos encontrábamos en un circo reglamentario.

Hasta entonces, los asesores no habíamos tenido el menor contacto con el EZLN; hablábamos sin una agenda concertada de antemano: buena parte de nuestras ideas se apartaban de lo que el zapatismo ha expresado hasta la fecha, pero justamente para eso habíamos sido invitados. Después del *performance* de nuestra J. R., el comandante Tacho pidió hablar con los asesores. El pasamontañas no podía ocultar su risa, sin embargo le preocupaba que la mesa se quedara en la teatralidad, «hay que seguir con las propuestas, aunque ellos no quieran opinar». Lo que para nosotros era un instante de irrealidad y provocación, para los zapatistas es la vida cotidiana. «Sus ideas son importantes, aunque ellos no las oigan», Tacho reconvenía a los asesores para impedir un enfrentamiento estéril. Nunca se discutió qué debíamos decir, lo decisivo era continuar el diálogo. El comandante insistía en la serenidad y la negociación cuando fue interrumpido por un grupo de campesinos del municipio de Nicolás Ruiz: cinco personas acababan de ser asesinadas en un desalojo. Tacho se puso de pie, salió del cuarto y se dirigió a la Mesa 1 donde se discutía la «soberanía nacional». La palabra «asesinos» cayó sobre los representantes del Gobierno y las pláticas se suspendieron. En la noche, el subcomandante Marcos escribió un comunicado sobre las piedras: los mudos convidados del Gobierno y las lápidas de los cinco campesinos.

Esta anécdota refleja, no sólo la forma en que transcurren las negociaciones, sino la distinta importancia que las fuerzas en pugna conceden a la comunicación. Al día siguiente de nuestra partida era lunes de Oscars en Hollywood y el director Oliver Stone pasó la fiesta en la selva, en compañía de Marcos. Los adversarios del zapatismo ya preparaban argumentos contra la frívola contienda del sureste («¡otro caso de *radical chic!*»), cuando la transmisión de la entrega de los Oscars se interrumpió para presentar a Silvia Hernández, secretaria de Turismo de México, anunciando la tarjeta American Express.

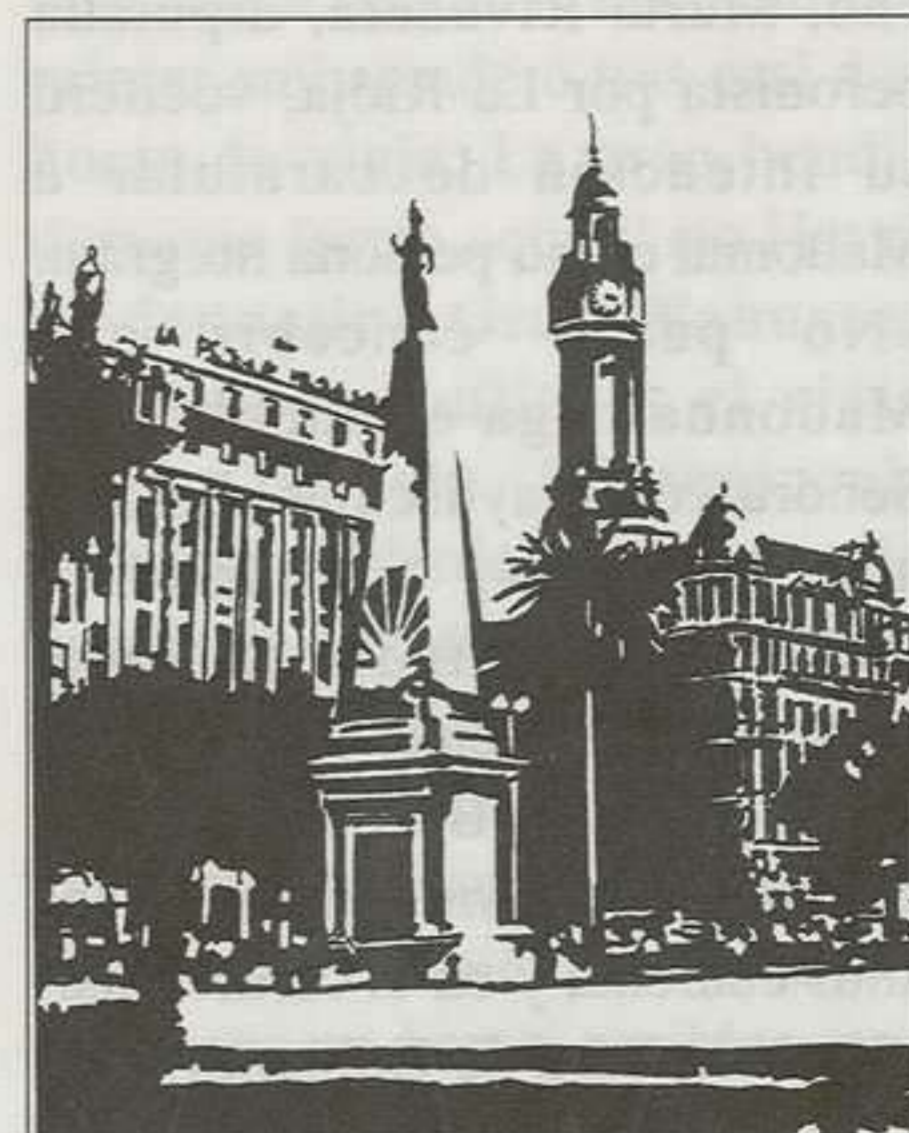
A los pocos días, Hernández envió una carta a la revista *Proceso* explicando que no había cobrado por el anuncio. Su aclaración concluía en plural mayestático: «Estamos convencidos de que dado el enorme impacto que la campaña en cuestión tendrá en el mercado de Estados Unidos y Canadá la industria turística saldrá beneficiada, lo que redundará en un incremento en la captación de divisas del país».

¿Qué significa que un funcionario público respalde a la compañía que ofrece *la llave del mundo*? El comercial tiene dos versiones. Según Hernández, esta breve exposición basta para que los extranjeros reserven una *suite* en Cancún. Obviamente el mensaje es otro: American Express no ha sucumbido a la filantropía antropológica: celebra el poder adquisitivo de su tarjeta, y lo mismo da que los crepúsculos dorados queden en Bali o en Oaxaca: lo importante es tener en el bolsillo la llave de los caprichos. Creer que el anuncio promueve a México equivale a creer que los comerciales de Marlboro invitan a comprar caballos.

Para colmo, en las mismas fechas Marcos rechazó la oferta de Benetton para anunciar pasamontañas de colores. El contraste con Silvia Hernández hizo que un acto de sensatez se convirtiera en un ejemplo de dignidad.

Con setenta años auestas, el Gobierno de la revolución mexicana sigue sin entender que sus desfiguros no pertenecen a una rama escondida del folclore sino a un *show* en la aldea global. Ya que no puede concebir una estrategia de comunicación, por lo menos podría crear un Plan Nacional de temor al ridículo. □

Buenos Aires



Santiago Kovadloff

Recién había llegado el verano a Buenos Aires cuando Alan Parker y su *troupe* desembarcaron en la ciudad. Venían de las copiosas nevadas europeas, del frío estadounidense, y desplegaron entre nosotros un fervor laboral que contrastaba con el letargo provinciano en el que íbamos cayendo todos, a medida que el calor nos abrazaba. El efecto de ese contraste fue explosivo. Buenos Aires recuperó un dinamismo inusitado en diciembre. Parker venía a filmar algunas escenas fundamentales de su *Evita*. El periodismo se apiñó sobre su cámara. Sobre su cámara y sobre Madonna. Sobre Madonna y sobre Banderas. Sobre Banderas y Jonathan Price. Cuando llegaron las fiestas, no se hablaba de otra cosa. Banderas despertó pasiones unánimes. Sobre todo en las mujeres. Madonna, no. El péndulo de su fortuna popular osciló entre la simpatía y el rechazo. Su sobriedad y su inteligencia sorprendieron gratamente a más de uno. Mi amigo Javier Fernández, que la frecuentó a lo largo de su estancia, la definió sin ocultar su admiración: «Es sumamente estudiosa». Pero para otros, que no fueron pocos ni recatados, Madonna se constituyó en una visita indeseada. Claudio España, uno de nuestros mejores comentaristas de cine, supo diagnosticar ese desagrado. Con Madonna en el papel de *Evita*, escribió, «el

compungido corazón peronista sufrió una taquicardia». De hecho, Marta Rivadere, diputada peronista por La Rioja, vociferó su intención de caratular a Madonna como persona no grata. «No puedo concebir que Madonna haga el papel de la Señora con mayúsculas. Esto es una infamia», fundamentó. Parker sin embargo siguió adelante. Bajo su tenaz inspiración, la fisonomía de Buenos Aires recuperó sus rasgos típicos de los años cuarenta y en el célebre balcón de la Casa de Gobierno pudo verse otra vez, lozana y sonriente, a la hermosa Evita.

Abundan en la Argentina los que estiman que el pasado no se toca. Que el ayer es sagrado y su sentido inamovible. Cerrado, consagrado y santificado por el indulto, unánimemente participan de esta comprensión de su naturaleza los militares que la democracia se negó a condenar, los torturadores que hoy andan como Pancho por su casa, los guerrilleros que mataron en nombre de la fraternidad, el presidente de la Nación, quien lo precedió en el ejercicio del cargo, incontables jueces, ministros, señoras y señores. Todos menos los miles y miles de ciudadanos que el 24 de marzo, a veinte años de desatado el genocidio entre nosotros, se reunieron en las plazas de la República para sostener la indignada memoria del golpe de Estado de 1976.

¿Qué relación habrá, me preguntaba yo, entre ese profundo horror a la transparencia de lo sucedido y el arraigado conservadurismo (o autoritarismo) del que aún dan pruebas abundantes los argentinos? Una encuesta reciente, llevada a cabo por uno de los semanarios de mayor circulación en estas latitudes, vino a demostrar que el 60% de los argentinos sigue creyendo sin temblar que es importante que la mujer llegue virgen al matrimonio. ¡No me va a negar usted que no es una opinión conmovedora! ¡En el mundo en que vivimos no se encuentra así no más otra nación tan seria y recatada como la mía! Y una verdad adicional que vino a revelar la misma encuesta es

que el 43% de mis compatriotas está convencido de que la Argentina llegará a ser potencia mundial. ¿Lo dudó usted alguna vez? ¡Con una fe de este calibre no nos para nadie! Sólo un ciego rencoroso puede presumir que la creencia en cuestión no está bien fundada en los hechos. Y a propósito de ciegos: los vastos cielos pampeanos recogieron a principios de marzo el eco de la indignada voz de María Kodama. La devota viuda de Jorge Luis Borges dijo en Madrid que estaba más que disconforme con el aluvión de biografías consagradas a su difunto marido. Las biografías sobre Borges sentenció, «no dicen nada de él. Son solamente un espejo en el que se reflejan quienes las hacen. Si es un resentido, se verá un resentido, si es un perverso, al perverso. Al parecer, estoy condenada por esos seres pervertidos y perversos». Y lo cierto es que no le falta razón a la señora. En la Argentina forman tropa los escribidores empeñados en darle a Jorge Luis Borges un destino similar al de Lady Di. ¡Cómo si para conocer al poeta hubiese que añadir algo a lo que él nos dejó escrito! — «¡Y sí», me decía un amigo cuyo nombre me reservo y que conoce el país como la palma de su mano, «claro que tiene que proliferar el conventillo biográfico! ¿O vos pretendés que la gente, para conocer a Borges, lo lea?»

Otro cuya voz fue escuchada por aquí lleva el nombre de Plácido Domingo. A mediados de febrero y en una noche apacible, cantó en el Club de Polo porteño ante seis mil hechizados. Y fue un gusto, hay que decirlo, que no alcanzó a disfrutar más gente, pese a que era mucha la que le oyó, por lo disuasivo que fue sobre los menos afortunados el costo de las localidades. En cambio a unas pocas manzanas del Club de Polo, en plena calle y sin costo alguno, sesenta mil personas absortas vieron bailar a Julio Bocca, que es hoy, en el mundo de la danza, uno de los tres o cuatro nombres masculinos ineludibles. ¡Ya quisiera un político de los nuestros congregarse con sus presuntas virtudes, en estos tiem-

pos mediáticos, semejante cantidad de admiradores! Lo cierto es que en Buenos Aires, que no es decir toda la Argentina, los espectáculos estivales al aire libre, patrocinados por el municipio y la Secretaría de Cultura de la Nación, supieron lograr niveles excepcionalmente elevados de asistencia. Los conjuntos musicales de toda índole, los grupos de danza y los conferencistas que se pronunciaron a cielo descubierto sobre las escalinatas de la Biblioteca Nacional, atrajeron a miles de porteños de siempre y de provincianos de paso. Un éxito político, sin duda, sobre todo del escritor Mario O'Donnell quien, desde hace ya dos años, se desempeña como secretario de Cultura del país, un área de gobierno que al presidente poco le importa pero donde, dentro de estrictos límites presupuestarios, deja actuar a quienes saben hacerlo.

A fines de febrero, cuando aún perduraba en el aire el eco de la voz del gran Domingo, y los pasos alados de Bocca recorrían el recuerdo conmovido de tantos argentinos, el presidente Menem viajó a Francia en visita oficial, precedido por un caballo llamado *Anillaco*. El caballo, que es de carrera, voló a París como anticipo y ofrenda del mandatario argentino al *premier* francés. *Anillaco* es el nombre de la ciudad natal de Menem. Chirac, al parecer, lo recibió conmovido. Al caballo. Cuando poco después llegó el ofertante, su gratitud se tradujo, entre otras cosas, en un solidario silencio en torno al caso Astiz. Astiz es el marino cuya extradición reclama Francia por el asesinato, durante los años de la última dictadura, de dos de sus monjas: Alice Domon y Léonie Duquet. Se sabe que son franceses los capitales más abundantes invertidos en la Argentina a partir de la era menemista. No deja, por eso, de ser razonable que los dos presidentes hayan hablado de negocios. Pero el periodismo galo obvió los dólares y la hermosura de *Anillaco* para descargar sobre el visitante los cañones de la memoria y el repudio. Canales de televisión, periódicos, emisoras radia-

les, no se cansaron de pronunciar los cuatro nombres que el destino se empeñaba en enlazar: Domon, Duquet, Astiz... y Menem. Pero Menem había tomado sus recaudos. Cuando no estaba charlando con Chirac o de ronda con los empresarios, se distraía del presente jugando al golf. Alguien encaramado en la cumbre del poder sugirió a Chirac que la Universidad de París debía ofrendar a Menem la medalla de la *Chancellerie des Universités de Paris*. Una veintena de académicos argentinos radicados en Francia y miembros de las universidades de Rennes I y París III, IV y XII, así como del Centro de Investigaciones Científicas, repudió públicamente la decisión. Fue inútil. Chirac se quedó con el caballo y Menem con la medalla.

Menem volvió, se fue el verano y, muy de a poco, viene llegando el otoño. El 2 de abril, en el acto recordatorio de los hombres que cayeron en Malvinas, un general de altísima graduación realizó ante el presidente y varios de sus ministros la apología de la represión desatada a partir del 24 de marzo de 1976 y repudió, además, las manifestaciones populares que, pocos días antes, habían condenado el genocidio al cumplirse veinte años de su establecimiento. Quizá por eso, en esta Argentina tortuosa y evasiva y, sin embargo, vital y sorprendente, la candidatura de Ernesto Sábato al Premio Nobel de Literatura haya contado con el respaldo unánime y fervoroso de tanta gente. Sábato es más que un gran escritor de ficciones. Es un humanista. Uno de esos símbolos consumados e infrecuentes de la lucha sin desmayo que aquí se lleva a cabo contra todos los olvidos y a favor de la justicia. Mucho bien le haría al país que Suecia así lo reconociera. Aunque teniendo en cuenta las últimas predilecciones de París en lo que hace a sus medallas académicas y el retorcido espíritu de este fin de siglo, bien podría ocurrir que a Sábato lo ignorara la comisión del Nobel y lo consagrara en cambio la Asociación Internacional de Inversores Extranjeros. □

Berlín



Wilhelm Schmid

Como es natural, también el agua estaba dividida. Uno de los beneficios inconmensurables del nuevo Berlín ha sido la reunificación de las aguas. Ahora se puede salir masivamente en barco en todas direcciones, viajar por miles de vías fluviales. Porque Berlín es una ciudad acuática. A pesar de que cuenta con más puentes aún que Venecia, no es como esta última ciudad. Aunque el Ku'damm no es ni mucho menos una vía fluvial, se puede, sin embargo, recorrer la ciudad entera en barco —no sólo como en París, aguas arriba y abajo del Sena, sino por numerosos canales laterales. Una de las actividades más hermosas, por ejemplo en una tarde de domingo, es abandonar la ciudad en barco.

De nuestra casa al embarcadero median justo doscientos metros. El hombre es un animal de costumbres, y por ello después de la reunificación de las aguas seguimos prefiriendo recorrer los caminos por los que hemos viajado siempre. Unos cuantos pasos y estamos junto al Spree, donde espera nuestro barco favorito, el *As de tréboles*. En la orilla de enfrente se extiende un paraíso verde, el parque del palacio de Charlottenburg. Habríamos podido elegir otras embarcaciones que zarpan habitualmente de este mismo lugar y poner rumbo a diferentes

destinos, pero le hemos cogido cariño a «nuestro» barco porque es una empresa familiar. Mamá vende los pasajes, papá atiende el mostrador del bar, y luego se traslada a la cabina del capitán para empuñar el timón mientras su mujer le releva tras el mostrador. A esto se le llama hoy «rotación laboral».

Hay que reconocer que sólo después de la salida se puede tomar café, porque la tarea de zarpar requiere de toda la tripulación, el barco es grande. De todos modos, los niños sólo desean una cosa: un helado, y con él en la mano asaltan, entusiasmados, la cubierta del barco, en la que se puede ir sentado con toda comodidad. A nuestros oídos llega el tañido de las campanas desde alguna iglesia, es domingo, y yo me enciendo un puro para celebrarlo. Podríamos haber emprendido un paseo por la ciudad en otro barco, ¡pero a quién le importa eso! Nosotros lo que queremos es salir, no hay nada como salir, y en ese aspecto el *As de tréboles* tiene ventaja: llega muy lejos. Desde la reunificación de las aguas navega hasta Werder, un pequeño pueblecito situado junto al río Havel, donde se puede comer pescado recién ahumado en la misma orilla.

La embarcación suelta amarras mientras el escape desprende una nube apestosa, no muy ecológica que digamos. Zarpar es una labor esforzada, pero después el barco se desliza tranquilo. De alguna manera, navegar por el agua infunde una sensación de majestuosidad. No tiene nada que ver con las sacudidas y empujones de un autobús, ni con el estrépito estridente del metro. Quinientos metros después nos deslizamos lentamente por la estrecha vía de agua de una esclusa, con cuya ayuda salvamos un desnivel de 1,80 metros, todo muy *gemütlich*, categoría ésta que difícilmente se puede disfrutar en una gran ciudad, y que, sin embargo, es indispensable para vivir en Alemania.

Un viento agradable nos acaricia las mejillas y alborota

nuestros cabellos, mientras el sol nos calienta. Navegamos aguas abajo del Spree dejando a la orilla izquierda huertos y a la derecha, sauces. Cruzamos bajo algunos puentes y dejamos atrás la colosal central eléctrica de carbón, ante la que fondean gabarras cargadas hasta los topes. Por encima de nuestras cabezas, un *Boeing 737* de la British Airways (como indica de manera precisa e insistente mi hijo) se dispone a aterrizar en el cercano aeropuerto de Tegel. El viaje en barco nos muestra la rica y variada vida de la ciudad.

La bandera con el oso, el símbolo de Berlín, ondea al viento. Cuando se divisa el ayuntamiento de Spandau, alcanzamos la desembocadura del Spree en el Havel, un río más caudaloso. Ahora el agua se puebla de toda suerte de embarcaciones y, tras pasar frente a una fábrica de cemento, doblamos, flanqueados a izquierda y derecha por un puerto de yates, entrando en el lago en que se convierte el Havel cuando se ensancha. Un cuadro grandioso se abre ante nuestros ojos: la superficie azul está sembrada de velas blancas. Nadie diría que nos encontramos en Berlín; cualquiera pensaría que estas aguas son, sin ninguna duda, más meridionales, el lago Garda o algo por el estilo. En el paisaje que rodea al Havel hay incluso una «montaña», de 77 metros de altura nada menos, coronada por la torre de Grunewald, erigida en honor del *Kaiser* Guillermo I, Dios le tenga en su gloria.

Un bote a pedales familiar de fabricación casera sale a nuestro encuentro: los padres se derriegan pedaleando como si fueran en bicicleta, mientras las madres van sentadas con los niños en una pequeña plataforma. Navegamos durante kilómetros en medio de un bosque de velas que se torna cada vez más espeso. En este bosque blanco resplandecen además las polícromas alas de mariposa de los surfistas. Una gigantesca gabarra con cuatro plataformas pasa por delante de nuestros ojos. Cuando divisamos la larga playa de

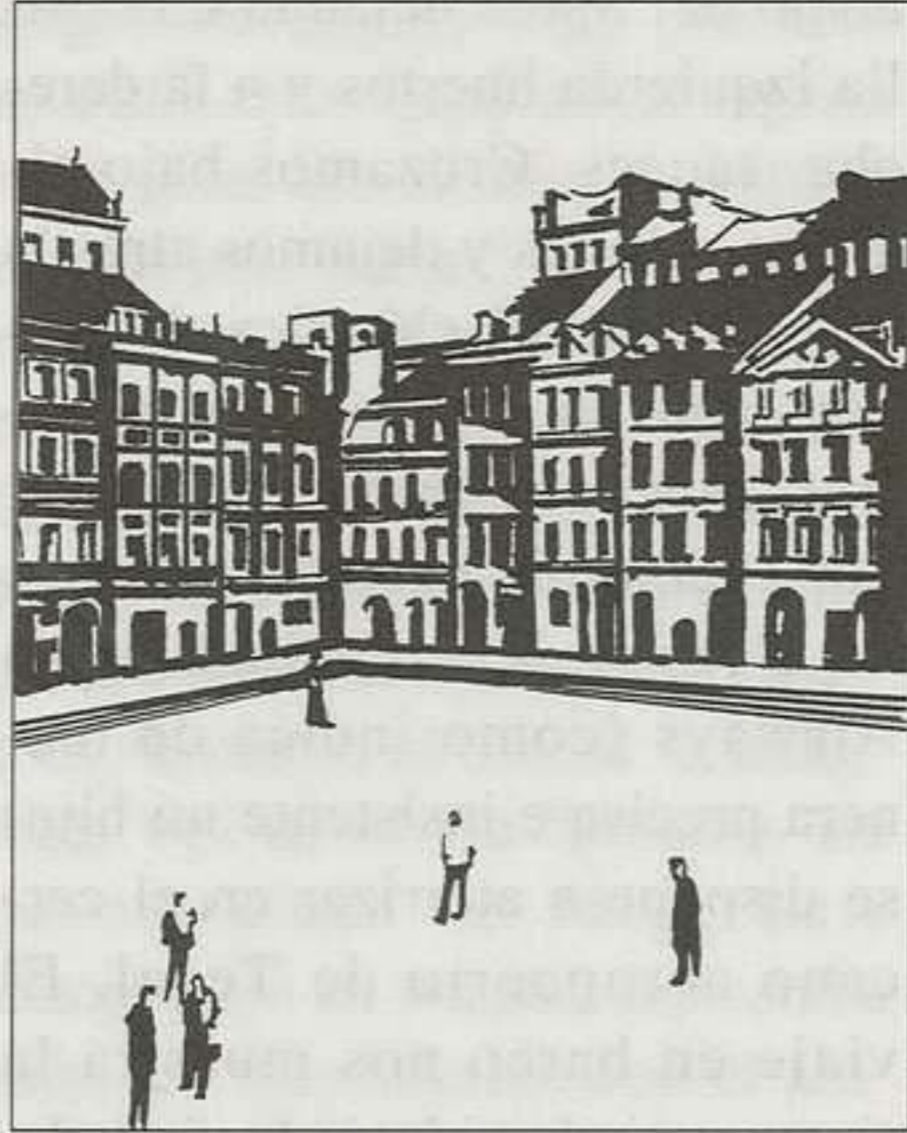
arena del lago Wannsee, nuestro barco pone rumbo hacia ella, pues cerca de allí se encuentra el primer embarcadero tras casi dos horas de viaje. La gran hendidura que forma aquí el río Havel se denomina Gran Wannsee. Podríamos continuar el viaje hasta la isla Pfaueninsel, Potsdam y Werder, para estar de nuevo de regreso, ya de noche, en el embarcadero situado ante la puerta de nuestra casa. Desde el puerto de Wannsee podríamos emprender también todas las excursiones en barco posibles, por ejemplo con el *Moby Dick*, una embarcación que tiene forma de ballena.

Sin embargo, nos quedamos junto al Wannsee. Todos los domingos se celebra aquí una fiesta popular improvisada, con alguien sentado ante los teclados haciendo «música con corazón», mientras otro toca el acordeón. Sólo el puerto de Hamburgo supera el tráfico que se ve por esta zona. Unos metros más arriba de las escaleras los árboles proyectan su fresca sombra. Aquí hay una gran cervecería al aire libre llamada Loretta con vistas al lago Wannsee. Para mí es el lugar más maravilloso del mundo. Navegar en el *As de tréboles* y después sentarse en el Loretta... No conozco dicha mayor. Los niños se columpian en el lugar destinado a juegos, el padre bebe su cerveza de trigo y come carne a la brasa, y la madre lo contempla todo complacida mientras toma café con tarta de queso.

Aunque tras nosotros se oye el bramido del tráfico en la carretera, esta sensación es un elemento más del bucolismo moderno, y no perturba esta paz idílica. Al otro lado del parque pasa algún tren cada dos minutos, porque Wannsee es también una importante estación ferroviaria. El viejo tren de cercanías, todavía con asientos de madera, llega traqueteando; más tarde, la serpiente blanca de un supertrén, el ICE (Intercity), se desliza silencioso sobre las vías. Quien quiera hacerse una idea de la calma idílica posmoderna debe conocer esta cervecería. Las cervecerías al aire libre de Múnich

no pueden competir con ella. Sólo aquí una persona puede seguir siendo una persona y disfrutar de la vida. A este lugar sólo traigo a los buenos amigos. Mi hija pequeña me acompañó por primera vez cuando apenas contaba una semana de vida —tenía que recibir desde la cuna una buena educación. Y de hecho, aquí es feliz. Aunque todavía no es capaz de mirar por encima del borde de la mesa, ya come como es debido su ensalada de patata y pide un traguito de cerveza de trigo: también estas cosas forman parte de los placeres del agua en una tarde de domingo en Berlín. □

Varsovia



Juan Carlos Vidal

A Magdalena Kot, que es consciente del desperdicio.

El invierno ha sido duro, demasiado severo. No quiere acabar. La primavera no brota y el invierno no cesa. Hacía diez años, parece, que la dureza invernal no invadía de este modo la tierra de este país. Y ello hizo la vida aún más dura: a las tres de la tarde caía el telón de fondo de la noche y la única luz que resplandecía era la de los destellos del paisaje nevado. El humo de la chimenea descendía y el frío, de tanto frío, no se dejaba sentir en el cuerpo.

Hubo un momento en el que imaginamos que el frío iba a dejar de sentirse, que podía dar paso a otras sensaciones. Ocurrió el mismo día en que enterraron a Krzysztof Kieslowski. La muerte de Kieslowski no fue una muerte anunciada. Muy poca gente sabía que se enfrentaba a una operación a corazón abierto, a vida o muerte. Alguien conocía sus estancias en hospitales, su deseo de abandonar su profesión para dedicarse a otras cosas que había dejado un poco de lado. En una reunión con estudiantes en la Universidad de Poznan había confesado su enfermedad. Pero era difícilmente creíble. Kieslowski era un ser bastante anónimo, vivía como apartado, como fuera del mundo, pero, de pronto, aparecía. Era

poco amigo del alcohol, áspero, en general, con la gente, le gustaban mucho las mujeres, pero era muy poco condescendiente con las ceremonias y los festejos de la pasarela. Bajo el título *Epígrafe* escribió una vez que el cine consistía en levantarse a las seis de la mañana, trabajar bajo la nieve o la lluvia, cargar con luces pesadas, rodar en sitios muy reales algo con apariencia de realidad. Muchas veces, como el resto de los mortales, decía sentirse asaltado por la insignificancia de su trabajo. Sin embargo, a pesar de todo ello, solía asistir a los estrenos del cine polaco manteniendo una estrecha y puntual solidaridad con sus compañeros de profesión.

Kieslowski alimentaba su leyenda en el anonimato y el apartamiento. Muy pocos sabían lo que iba a hacer. Poco antes del verano pasado, y citando una fuente británica, un periódico de Varsovia sacaba a la luz la noticia de que él, después del éxito de *Tres colores*, trabajaba en una «trilogía» que estaba destinada a llamarse *Cielo, Infierno, Purgatorio*. Quince días antes de morir, un amigo mío lo había visto en la Escuela de Cine de Lodz entrando en una sala de visionado para analizar un documental con un alumno. Estos pequeños datos hacían aún más impredecible lo que iba a suceder algunos días más tarde, en aquel tiempo cuando la primavera hacía esfuerzos por irrumpir en medio del hielo.

Un cierto misterio envolvía a Kieslowski y ese misterio parecía interminable. La muerte era algo tan familiar a su triste figura, a su biografía y a su cine, que parecía muy ajena a él. Por eso la ceremonia de su inhumación, acompañada por una música que compusiera especialmente para la ocasión Zbigniew Preisner, —el autor, entre otras, de las bandas sonoras de *Tres colores*— evocando alguna película suya, lograba superar la realidad. Nadie podría creer que se trataba de la propia certificación de su muerte. Como en la escena que se halla al final de *Blanco* el protagonista principal

parecía asistir a sus propias honras fúnebres.

La muerte de Kieslowski originó un torrente de imágenes sobre su personalidad y dio lugar a la revisión de su filmografía. El era pura imagen, pura palabra; en él nunca se dio ese conflicto entre ambas formas de expresión ni, en su caso, pudieron establecerse equivalencias. Un monólogo perpetuo, acumulativo, a veces caótico, una pose trágica, el pitillo perpetuamente encendido en la mano derecha, unas ojeras no disimuladas, unas gruesas gafas de concha. Y la mirada siempre perdida. Y la imagen, sobre todo la imagen, una imagen químicamente destilada, superada de aditivos y en perpetuo estado de renovación. La imagen de Kieslowski ha logrado incluso superar el esqueleto barroco de los guiones de Krzysztof Piesiewicz, ese abogado que, procesando la experiencia de una forma muy similar a Dostoievski, comenzó a colaborar con él iniciados los años ochenta. Los alambicados guiones de Piesiewicz podían haber hecho derivar el primigenio cine de la ansiedad moral de Kieslowski hacia una suerte de «kitsch metafísico», un culebrón de pretensiones moralizantes, falsamente existencialista. Pero siempre una imagen o un conjunto de imágenes transformaba la banalidad y la falta de gravedad en una obra de arte.

Kieslowski escribió muy poco sobre sí mismo. Sin embargo en el libro *Kieslowski on Kieslowski* (Faber&Faber. Edición de Danusia Stok), firmó un texto de unas cincuenta páginas —«Background»— donde expone algunas claves. Una vida muy difícil en la posguerra, un padre tuberculoso que falleció muy joven, su hermana, fallecida en accidente de coche, también a temprana edad. La familia vagó durante años por pequeñas ciudades de provincia cercanas a hospitales para tuberculosos. Y la pobreza. De niño veía cine, después de escalar algunos metros por los ventanucos de ventilación de aquellas casas de cultura provinciales, sin sentarse

jamás en el patio de butacas. La pobreza y el ambiente de la tragedia conformaron su sensibilidad. El resto fue azar, necesidad y talento. La madre recaló en Varsovia y consiguió que su hijo entrara en una escuela de arte. Kieslowski quería ser director de teatro. ¿Por qué no estudiar entonces para director de cine en la Escuela de Lodz? A la cuarta, entró.

La imagen de Kieslowski es la imagen más lograda de la Escuela de Cine de Lodz. El y Agnieszka Holland eran sus más jóvenes y últimos representantes. Polanski, Skolimowski, Zulawski o están o han estado mucho tiempo fuera. Kawalerowicz y Wajda son sus miembros mayores. Fruto de una amarga paradoja, por los mismos días en que Kieslowski falleció, Wajda estrenaba *La Semana Santa*, su última película. En aquella escuela se formó una generación de nuevos realizadores que tenían en común el hecho de haber crecido en la posguerra. Al socaire de los vientos liberalizadores del año 56 en Polonia, aquella escuela era muy libre y abierta, era una escuela humanista en la cual filmar era una continuación de sentir y pensar, de ahondar en una percepción del mundo. Había, eso sí, un mandamiento taxativo, todos tenían muy claro que todo podía ser legítimo en la vida pero que el arte exigía todas las fuerzas y el esfuerzo de una vida. Y todos ellos encontraron en el documental una técnica, un instrumento, una materia para desarrollar su visión de la realidad.

Kieslowski, más que ningún otro, hizo del documental un poema dramático de la vida cotidiana, una elegía de las cenizas de corta duración. Su cámara conseguía una y otra vez dar la vuelta de tuerca al realismo, mostrar las fisuras de la realidad, ese punto donde el engranaje chirría y surge el desencuentro entre todos los elementos de la composición. Lo importante era el punto de vista, el desencuentro podía hallarse en cualquier parte, a la vuelta de la esquina. Sus documentales narraban la ciudad de Lodz, la

espera en una estación de tren, los problemas de los obreros de la costa báltica después de la huelga del año 70, la vida en un hospital, la crisis de conciencia y los horizontes sin salida de los profesionales más lúcidos del partido comunista. Siempre diseccionaban la realidad social y la condición humana. Si Wajda y Kawalerowicz se interesaron por la dimensión histórica de los problemas o por el reflejo de la historia en la literatura, esto es, el cine como aportación a la historia de la cultura, Kieslowski, en cambio, se hundía en la intrahistoria, en la pura poética de la realidad cotidiana. La Escuela de Cine de Lodz le enseñó a Kieslowski cómo mirar el mundo, le mostró que la vida existía y que la gente habla, ríe, tiene preocupaciones, sufre, puede incluso llegar a robar o a matar; supo que todo eso podía ser fotografiado y que uniendo todas las fotografías se podía contar una historia. Para Kieslowski la historia permanecía en un segundo plano y los sucesos históricos pasaban a formar parte de un ambiente, de una escenografía global, un telón de fondo para las conciencias individuales y el paisaje social y urbano.

El documental tiende a convertirse en una pieza de museo. Esa intensidad que se concentra en los intersticios y circunloquios de la realidad colapsa el discurso del cine en movimiento. Kieslowski nunca supo ser guionista. Sus primeras películas fueron, simple y profundamente, documentales de larga duración. Seguía faltando un esqueleto. Y esa fue precisamente la función que cumplió Piesiewicz a partir de *Un pequeño film acerca del asesinato* (1988), labor que continuaría con *Un pequeño film acerca del amor*, *Decálogo*, esa gran maravilla que es *La doble vida de Verónica* y la trilogía *Tres colores*. Probablemente, jamás existieron dos mundos tan contrarios como el de Kieslowski y Piesiewicz, pero, probablemente, jamás dos mundos pudieron complementarse tan bien. Piesiewicz, al extremar la reali-

dad de tal manera, al buscar sus últimos límites, impulsó el «salto metafísico de Kieslowski», ese territorio donde las cuestiones terrenales se transforman en cuestiones eternas, en preguntas insistentes e inquisitoriales sobre los grandes temas y misterios. Y, al mismo tiempo, ese salto permitía a Kieslowski transformar el tiempo lineal del cine, dar otra dimensión al tiempo, lograr el tiempo cíclico del eterno retorno (a través de la ralentización exasperante del discurso fílmico), o bien obtener, a partir de la coexistencia de varios ámbitos temporales, una auténtica ruptura de la conciencia del tiempo con lo lineal y progresivo. En eso consistió el genio de Kieslowski.

Kieslowski se refirió muy pocas veces a sus gustos cinematográficos. Parece que no le disgustaban Eisenstein, Fellini y Bergman. Admirar sólo admiró a Eduardo Coronado Quiroga. Coronado Quiroga, como tantos otros jóvenes latinoamericanos, llegó un día a Lodz para estudiar cine, procedente del Perú. Fue alumno de Kieslowski y él fue testigo de sus progresos. Para Kieslowski, Coronado Quiroga fue el documentalista más importante del siglo XX, alguien que había ido aún más lejos de su propia sombra. Un buen día, hace tres años, Coronado Quiroga abandonó el cine porque se dio cuenta de que la industria cinematográfica había ahogado el séptimo arte y se enroló como alto ejecutivo de una multinacional que opera en el Amazonas. Haciendo suyo por última vez el mandamiento de la Escuela de Lodz, Coronado Quiroga dijo simplemente que, para prostituirse, había otros caminos. He visto recientemente *Frente a frente*, *Prólogo* y *El regreso del Rey*, tres documentales de Coronado realizados en el inicio de los ochenta dentro de una muestra retrospectiva que el Instituto Cervantes de Varsovia dedicó al cine de autor latinoamericano de la Escuela de Lodz. Fue en el cine Tecza, el santuario del grupo de teatro de calle Akademia Ruchu, en el barrio varsoviano de Zoliborz. Hoy,

este cine está a punto de perecer amenazado por un negocio de solarium, *fitness-relax* y falsos paisajes tropicales de metacrilato. Hay algo trágico en todo esto: el cine Tecza desaparece, el gran genio del siglo XX que fue Coronado Quiroga sólo vive en los archivos y, en esos mismos días en que Kieslowski murió, la última película de Wajda —*Semana Santa*—, sólo pudo tener acogida en Varsovia en un cine de arte y ensayo donde sólo caben sesenta personas. Por eso, la muerte de Kieslowski lejos de ser una desgracia ha sido una premonición y una llamada a nuestra conciencia. La escatología del instante ha dado paso en esta su gran última escena a una escatología eterna, nos ha abierto los ojos y nos hemos dado cuenta de que, a nuestro alrededor, sólo crece la basura. □

Barcelona



Sergi Pàmies

A todos nos ha tocado alguna vez —generalmente por ineludible y doloroso compromiso— enseñar nuestra ciudad a un amigo, a un pariente, al amigo de un pariente, al pariente de un amigo, al amigo de un amigo o al pariente de un pariente. Cuando esto ocurre, debemos adaptar la oferta a las características del turista en cuestión (como el sastre calcula, de un rápido vistazo, las anchuras del traje de su próximo cliente).

En el caso de Barcelona, las posibilidades son diversas. Si el turista pertenece al sector lúdico de los clásicos *he-venido-aquí-a-divertirme-y-me-importa-un-pimiento-la-historia-y-sus-tem-plos-sagrados*, daremos gracias a Dios, renunciaremos gustosos a la arquitectura, a los museos y a las ruinas y nos centraremos exclusivamente en la playa y en el gremio de la hostelería y su noble y rica oferta de bares, restaurantes y discotecas.

Si, por un casual, el sujeto al que debemos pasear forma parte del nutrido grupo de turistas *he-venido-aquí-a-ver-los-tópicos-y-no-pienso-renunciar-a-ellos-por-muy-tópicos-que-sean*, pues duro con él: paseo por Las Ramblas, subida al monumento a Colón, lucha a codazo limpio en los aledaños de la Sagrada Familia para abrirse paso entre un tumulto nipón, toneladas de *pà amb tomàquet* y, como

guinda, un sorbito de la vomitiva agua de la fuente de Canaletas que, según la tradición, tan buena suerte trae.

De un tiempo a esta parte, por desgracia, abunda el turista alternativo que, lejos de considerarse vulgar miembro del rebaño internacional organizado, solicita —con mirada perversa y guiño cómplice— que le mostremos *la otra Barcelona*, la *auténtica*, como suele llamarla. Evidentemente, tras este ruego —que roza los límites de la exigencia— se esconde un deseo de ver cosas que los demás turistas no han visto ni verán jamás, cosas que le diferencien cualitativamente de los demás mortales y que le permita brillar con luz propia cuando, de regreso a su país, recuerde y comente en *petit comité* su paso por nuestra ciudad. A estos cultos especímenes no hay que llevarles jamás a La Sagrada Familia, ni sugerirles un paseo por el puerto; eso sería ofenderles. Adoran los tugurios del barrio Chino y esa Barcelona un poco roñosa, panal de rica miel de escritores mediocres, plagada de ficciones en forma de símbolos y de realidades en forma de pequeños traficantes y ladrones de poca monta. Les encanta comer de pie, en bares mal iluminados y de aire irrespirable, con el volumen del televisor a todo trapo mezclado con los alaridos mecánicos de una máquina tragaperras que tortura la hermosa melodía de *El tercer hombre*. Y, si son jóvenes, se pirran por las noches alternativas de las discotecas *after hours*. Son modernos, qué le vamos a hacer, y, la verdad, tras un periplo de estas características, el cicerone indígena —que debe compaginar su trabajo habitual con su actividad de guía turístico a tiempo parcial— acaba hecho polvo.

Lo malo, sin embargo, es que, a menudo, el cicerone no conoce ninguna *otra Barcelona*, entre otras cosas porque esa supuesta *otra* ciudad es un fenómeno cambiante que no coincide con lo que al cicerone le pareció, en otros tiempos, la *otra Barcelona* de sus amores o porque, simplemente, el cicerone de

marras es un respetable padre de familia de vida monótona, voluntariamente gris y ordenada, acérrimo enemigo de cualquier forma de *otredad*. Para comodidad de estos cicerones en apuros, se ha ido creando —de un modo casi involuntario— un circuito urbano teóricamente alternativo, alejado del mecánico casillero del mundanal turista organizado, y que ofrecemos a nuestros invitados como un plato original cuando, en realidad, quizás no lo sea tanto (basta observar lo concurridas que están algunas de estas rutas supuestamente insólitas). En poco tiempo, esta *otra Barcelona* oficial, que mezcla elementos tradicionalmente minoritarios con algunos explosivos templos construidos con motivo de los Juegos Olímpicos del 1992, se ha convertido en otro tópico, tan sólido como los que se alimentan del futurismo de Gaudí y de su mosaica visión de los parques y jardines.

Y, puestos a confesar, confieso que, tras numerosas travesías agotadoras con turistas cultos y alternativos, sedientos de nuevas sensaciones, ávidos por someterse a un cursillo acelerado de barcelonismo militante, uno acaba tan exhausto que añora las maneras de aquél tío jubilado que, con su máquina de retratar a cuestas, nos agradecía eternamente un simple paseo por el puerto montado en una *golondrina* y se daba con un canto en los dientes con una paella mediocre, pagada a precio de oro, junto al mar. □

Madrid



Rosa Pereda

Bueno: ha dejado caer el Ministerio de Cultura y todo el mundo está de acuerdo —el mundo que interesa en los votos, es decir, el de los nacionalistas catalanes—, y le ha hecho un homenaje a Azaña y a lo anterior a Azaña creando un Ministerio de Fomento, que suena tan decimonónico, tan ritual y tan abstracto, y ha dejado caer el Ministerio de Asuntos Sociales, que era bastante más concreto de lo que parecía. Y no le gusta Moncloa —pues que renuncie, dicen los amigos de mi hijo— y le vamos a dar cien días de impunidad, es decir, de gracia, con lo que nos pondremos en el verano. Que buena falta nos hace a todos, que a mí también me gustaría ir a Cartagena de Indias a pescar con Gabriel García Márquez. Pero no se me arregla.

Está Chavela Vargas en Madrid: va a grabar un disco nuevo con la Warner, que le pone una orquesta, y va a presentar otro, *Somos*, producido como el anterior, *Volver, volver*, por Manuel Arroyo. Chavela Vargas es el alma de México. Un alma emigrada, como tantas, que vivió la bohemia de los cincuenta, de los Agustín Lara y los José Alfredo, de Soraya y la princesa de Saboya, de Negrete y María Félix (entre paréntesis, qué diferencia separa a estas dos mujeres, Chavela y la Félix), del bolero y el corrido, y se hizo un

nombre de escándalo, que decía la Montes que no podría nunca actuar en el Olimpia porque no tenía buena reputación. En realidad la tenía malísima, pero como ella dice, si fuera por las reputaciones, el Olimpia estaría constantemente cerrado. De hecho actuó en el Olimpia de París con Jeanne Moreau en el público de excepción y Pedro Almodóvar como presentador. Algo de aquel «último trago» que hace llorar a Marisa Paredes en *La flor de mi secreto* está en el alma de este Madrid primaveral y lluvioso de después de los pactos.

Chavela no se animó a ir al cumpleaños de *El País*, una fiesta con poderío donde las haya. Maruja Torres —que yo creo que no está por lo de la tregua de cien días— me decía que es que le dan la columna hecha, con todas ellas cambiándose el *look*, recién salidas de la peluquería de urgencia. Se refería a las chicas de la derecha que entonces esperaban direcciones generales, y alguna estaba allí, en la fiesta, con la crema de los entrantes y los salientes, empezando por los números uno. Que cómo sentaría que el primer acto presidencial de Aznar fuera visitar la exposición de los veinte años de *El País*, y que se cruzara allí con el sonriente y relajado Felipe González.

La fiesta fue una clase particular de muchas cosas. Primero, la exposición que comisariaba Fernando Huici, colaborador de *Letra Internacional*, es una clase de historia: estos veinte años que diga lo que diga el tango ya son años, vistos desde el periódico que nació justo a la vuelta del franquismo, y que, acompañando los acontecimientos de estas dos décadas, se ha convertido en algo más que un periódico. La clase, con sus áreas *heavy* y sus áreas de descanso, sus golpes de humor y sus guiños al espectador, dan buena cuenta de la historia del diario y de la nuestra. Y segundo, la fiesta misma, el público invitado y asistente, que, si bien se mira, a los que estuvimos aquel 4 de mayo del nacimiento tampoco nos extraña tanto: como entonces, y como en

las primeras elecciones democráticas, como en la fiesta de los diez años, como en las verbenas de *El País*, la concurrencia siempre ha sido plural, en casi todos los sentidos de la palabra. Tanto políticamente como en el recorrido por el espectro de la vida social española. ¿Que había banqueros? Claro: también había pintores, folclóricas y escritores. ¿Que estaban los políticos de la derecha? Y los de la izquierda, del PSOE a IU. Y los sindicalistas. Y los editores, y los poetas líricos... Todos, sólo que un poco mayores. En fin. Una fiesta memorable. Aunque aprovechara el cielo para dejar caer una tromba de agua, justo a la hora de la inauguración, parecida a aquella de la gran corrida del 81, cuando Curro Romero mató cuatro toros y la plaza, puesta en pie y calada de agua, le pedía el sobrero: allí está, como la gran corrida de la veintena.

Más mayores sí que estamos. Pero yo creo que se notaba más en la Fiesta del Rey, la del 23 de abril, cuando el monarca abre las puertas del Palacio Real a los escritores y en general al mundo del libro. Este año, la fiesta, que otras veces es un guateque rumboso, estaba más bien macilenta y mayorona, con tantas señoras de negro que agobian completamente entre los dorados afrancesados del Salón de Poniente, que es que no acabamos de entender que según los viejos protocolos, no podemos ir de negro a las fiestas de la reina. Aunque desde Coco Chanel, el negro sea un color, y aunque resulte de tantísima elegancia pequeñoburguesa.

Estaba así, oscurecida, la fiesta real, alta de edad y baja de melatonina. La opinión general es que, entre los escritores, había habido muchos que disculparon su asistencia como protesta al homenajeado, a Cela, que, como me decía un amigo, «ha sembrado muchos vientos» y en cuya elección, por otra parte, nada tiene que ver la Corona. No me parece elegante situar este premio, pero más me hubiera gustado otro broche para la larga década que termina: empezar

con Rosales y acabar con Cela es, creo, bastante duro. Claro que si los que vienen tienen una tregua de cien días, ¿qué no tendrán los que se van? Un descanso de un par de años, porque hay quien piensa que esto va a ser un sabático. Ojalá, en cualquier caso, todos muestren la misma elegancia. No vaya a ser lo del latino, *¡vae victis!*

¡Ay de los vencidos!, querido Pirrón. Aunque sea por pocos puntos. Se dice que María Corral está cantada para el Reina Sofía, pero yo no me creo que esto vaya a suceder. La copla dice que cigarro que se te apaga, no lo vuelvas a encender, aunque no tengas otro, y cuando no nos ha quedado más remedio sabemos que el gusto es amargo. No, no le toca a María Corral volver a la dirección del Reina cuando se le ha enmendado la plana en tantas cosas, y particularmente en la instalación de la colección permanente, que no tiene color con lo que había: que ahora parece un museo de verdad. Y cuando se le ha visto el plumero de la ira tantas otras. Sería un gesto de raro talante, que rompería la caja de los ruidos y la tregua, y es de temer que ahí habría demasiados enemigos innecesarios para el degradado Ministerio de Cultura, para la recién ministra, que hay quien dice que, desde el punto de vista liberal y apriorístico, es lo mejor del Gobierno. No lo vuelvas a encender, dice la copla, y al hombre que ya has querido, no lo vuelvas a querer, por muy bueno que haya sido. Que Chavela Vargas está en Madrid diciendo que España es tierna, que España es dulce, que España la llena de alegrías. Esa alma mexicana que prefiere a Emiliano Zapata, que no puede ocultar su simpatía por el comandante *Marcos*, poeta y visionario, dice, y que está segura de que México, «el macho de América», el país «machón y bronco» saldrá del hoyo. Nuestra maldición, comentó una noche en que todos bebíamos menos ella, parafraseando al poeta, es estar tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos.

Nosotros, Chavela, no sé bien a qué distancia estamos, ya sabes que todo eso cambia, de Dios y de los Estados Unidos. Sé que hace una primavera de agua y fiestas y que nos espera una preocupada tregua de cien días. De gracia. □

COLABORADORES

JAVIER ALFAYA

Escritor español

BLANCA ALVAREZ

Periodista y escritora española

ROBERTO BLATT

Filósofo uruguayo residente en España

ALBERT CAMUS (1913-1960)

Escritor francés

SALVADOR CLOTAS

Director de Letra Internacional

UMBERTO ECO

Semiólogo y novelista italiano

ARCADI ESPADA

Periodista español

ÖDON VON HORVATH (1901-1938)

Escritor y dramaturgo austriaco

LIDIA JORGE

Escritora portuguesa

RYSZARD KAPUSZINSKI

Escritor y periodista polaco

VINICIUS DE MORAES (1913-1980)

Escritor, poeta y músico brasileño

JUAN NUÑO (1927-1955)

Filósofo español. Fue profesor de la Universidad Central de Venezuela

CRISTINA PERI ROSSI

Escritora uruguaya

RAYMOND REHNICER

Urbanista de Sarajevo emigrado a Praga

MIGUEL RUBIO

Escritor y crítico de cine español

OSCAR SCOPA

Filósofo y escritor nacido en Buenos Aires y residente en Madrid

PAUL VIRILIO

Urbanista y filósofo francés

TRADUCTORES

HECTOR ABAD FACHOLINCE

Umberto Eco

ROSA PILAR BLANCO

Wilhelm Schmid

TERESA GALLEGO, AMALIA GARCIA GALLEGO

Paul Virilio

JAVIER GARCIA GALIANO

Ödon von Horváth

CRISTINA GARCIA OHLRICH

Ryszard Kapuściński

MARIO MERLINO

Lidia Jorge

SANTOS TOLEDO

Raymond Rehnicer

LETRA INTERNACIONAL no se identifica necesariamente con las opiniones de sus autores y colaboradores, ni se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.

Umberto Eco publicado originalmente en *L'Espresso*, 1978. R. Kapuściński, texto basado en una conversación mantenida con Frank Berberich, director de la edición alemana de LETRA INTERNACIONAL. Lidia Jorge por cortesía de la revista portuguesa *Finisterra*. Todos los derechos son de sus autores. Ilustraciones de R. Kapuściński tomadas de la obra de Eduardo Urculo; ilustraciones de B. Alvarez, manipulaciones realizadas a partir de obras de Aubrey Beardsley; ilustraciones P. Virilio de Paloma Muñoz a partir de un dibujo de Denis Dittrich. © de las reproducciones autorizadas: VEGAP, 1996

DISTRIBUCION

ESPAÑA	Librerías: Siglo XXI de España; Quioscos: COEDIS
ARGENTINA	Prometeo Libros - Avda. Corrientes, 1916 - 1045 Buenos Aires Teléf. y Fax: 953 11 65
CHILE	Editorial Contrapunto - Avda. Eliodoro Yáñez, 2541 - Santiago de Chile Teléf.: 223 30 08 - Fax: 231 06 94
COLOMBIA	Siglo del Hombre Editores Ltda. - Avda. CRA 3, 17-73 - A.A. 24692 Santa Fé de Bogotá D. C. Teléf.: 281 39 05 - Fax: 281 38 76
ECUADOR	Libri Mundi - Juan León Mena, 851 - Quito Teléf.: 544 185 - Fax: 504 209
MEXICO	Gandhi Mexico - Col. Chimalistac - 01050 México D.F. Teléf.: 07 525 6611041 - 6620601 - 6620988 - Fax: 6612043 Delfos - Avda. San Felipe, 31 - Col. San Felipe, D.P. 31240 - Chihuahua Teléf.: 07 52 14 18 98 92 - Fax: 07 52 14 18 80 44
URUGUAY	Beltrame Regina Libros - Soriano, 120 - 11100 Montevideo Teléf.: 07 5982 984215 - 915253 Gandhi - Benito Blanco, 875 - Teléf.: 775870 - Fax: 480564
VENEZUELA	Grupo Editorial Alfa - Los Mangos, Edificio Alfa Las Delicias - 1050 Caracas Teléf.: 715 676 - Fax: 762 02 10

REDACCIONES

BELGRADO:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Iovan Hristic.

Redacción: Cika Liubina 1/V, 1100 Belgrado.

BERLIN:

LETTRE INTERNATIONAL

Dirección: Frank Berberich, Antonin J. Liehm.

Redacción: Rosenthaler Str. 13, 10119 Berlín.

BUCAREST:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: B. Elvin, Antonin J. Liehm.

Redacción: Aleea Alexandru, 38, sectorul 1, Bucaresti.

BUDAPEST:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Gábor Mihályi, Antonin J. Liehm.

Redacción: Iskola u. 37-39, 1011 Budapest.

PARIS:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Antonin J. Liehm.

Redacción: 41 rue Bobillot, 75013 París.

PRAGA:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Tomáš Vrba, Antonin J. Liehm.

Redacción: Hellichova 5, 11800 Praga 1.

ROMA:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Federico Coen, Antonin J. Liehm

Redacción: Fondazione Lelio Basso. Via della Dogana Vecchia 5, 66086 Roma.

SAN PETERSBURGO:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Alexandre Ninov, Antonin J. Liehm

Redacción: Vsermirmoe Slovo, c/o J. B. Karakol, 19304 Leningrado.

SOFIA:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Svetla Ivanova, Antonin J. Liehm.

Redacción: Open Society Fund, Serdika Str. 1, 1000 Sofia.

VARSOVIA:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Jacek Kurczewski, Antonin J. Liehm.

Redacción: ul. Hipoteczna 2, P. O. Box 133, 00950 Varsovia.

ZAGREB:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Slobodan P. Novak, Antonin Liehm.

Redacción: Trg Bana J. Jelacica 7, 41000 Zagreb.

Empieza
una nueva
era.



Disfrútala.

Presentamos el nuevo Airbus 340 de Iberia. Un avión con increíbles avances tecnológicos que permiten una navegación más segura y confortable. Como las múltiples conexiones con satélites que localizan el avión al milímetro. Con las pantallas individuales interactivas de cristal líquido con 8 canales de vídeo, por ejemplo. Porque no todos los aviones son iguales, prepárese a hacer vuelos intercontinentales cómodamente en otra clase de avión. El avión más moderno que existe.

IBERIA
MUCHO MÁS QUE VOLAR

PROBLEMA

Un profesional que viaja a menudo por el extranjero, ¿cómo puede ahorrar en las llamadas y detallarlas?

SOLUCION:



LA NUEVA
TARJETA DE CREDITO
TELEFONICA INTERNACIONAL
QUE PERMITE AHORRAR
DESDE EL PRIMER PASO DE
CONTADOR Y LOS DETALLA
TODOS, DEL PRIMERO
AL ULTIMO.

**Call iT, una
respuesta única.**